







#### ERNEST MANDEL

ERNEST MANDEL (1923-1995) ES UNA DE LAS REFERENCIAS FUNDAMENTALES DEL MARXISMO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX. SU OBRA ESCRITA COMPRENDE CEN- TENARES DE ARTÍCULOS Y DECENAS DE LIBROS, TRADUCIDOS A NUMEROSAS LENGUAS. UNA PÁGINA WEB, [WWW.SAP-POS.ORG/MANDEL/](http://WWW.SAP-POS.ORG/MANDEL/), HA INICIADO LA TAREA DE RECOGER TODA ESA INMENSA PRODUCCIÓN; LA VERSIÓN EN CASTELLANO ESTÁ EN PREPARA- CIÓN. TAMBIÉN EN LA WEB [WWW.MARXISTS.ORG/ARCHIVE/MANDEL/INDEX.HTM](http://WWW.MARXISTS.ORG/ARCHIVE/MANDEL/INDEX.HTM) PUEDE ACCEDERSE A UNA SELECCIÓN DE SUS TEXTOS EN INGLÉS. ENTRE SUS OBRAS PUBLI- CADAS EN CASTELLANO DESTACAMOS: *TRATADO DE ECONOMÍA MARXISTA*. ERA, MÉXICO, 1969; *CONTROL OBRERO, CONSEJOS OBREROS, AUTOGESTIÓN*. ERA, MÉXICO, 1970; *LA TEORÍA LENINISTA DE LA ORGANIZACIÓN*. ERA, MÉXICO, 1971. *ENSAYOS SOBRE EL NEOCAPITALISMO*. ERA, MÉXICO 1971; *EL CAPITALISMO TARDÍO*. ERA, MÉXICO, 1972 (EN 1997 SE PUBLICÓ EN FRANCÉS LA VERSIÓN DEFINITIVA DE LA OBRA, CON TEXTOS INÉDITOS DE MANDEL, MÁS UN PREFACIO DE DANIEL BENSARD Y UN POSTFACIO DE JESÚS ALBARRACÍN Y PEDRO MONTES. NO HAY VERSIÓN EN CASTELLANO); *INTRODUCCIÓN A LA TEORÍA ECONÓMICA MARXISTA*. ERA, MÉXICO, 1973. *EL FASCISMO*. AKAL, 1974; *EL DÓLAR Y LA CRISIS DEL IMPERIALISMO*. ERA, MÉXICO, 1974; *LA CRISIS*. FONTAMARA, BARCELONA, 1975; *INTRODUCCIÓN AL MARXISMO*. AKAL, MADRID, 1977; *CRÍTICA DEL EUROCOMUNISMO*. FONTAMARA, BARCELONA, 1978; *ALINEACIÓN Y EMAN- CIPACIÓN DEL PROLETARIADO*. FONTAMARA, BARCELONA, 1978; *SOBRE LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO*. FONTAMARA, BARCELONA, 1978; *LA FORMACIÓN DEL PEN- SAMIENTO ECONÓMICO DE MARX, SIGLO XXI*. MÉXICO, 1980; *EL PENSAMIENTO DE LEÓN TROTSKY*. FONTAMARA, BARCELONA, 1980; *LAS ONDAS LARGAS DEL DESARROLLO CAPITALISTA*. SIGLO XXI, MADRID, 1980 (EN 1995 SE PUBLICÓ UNA SEGUNDA EDICIÓN NOTABLEMENTE AMPLIADA EN INGLÉS. NO HAY VERSIÓN EN CASTELLANO); *MARXISMO ABIERTO*. CRÍTICA, BARCELONA, 1982; *TROTSKI: TEORÍA Y PRÁCTICA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE*. SIGLO XXI, MÉXICO, 1983; *EL CAPITAL. CIENTO AÑOS DE CONTROVERSIAS EN TORNO A LA OBRA DE KARL MARX*. SIGLO XXI, MÉXICO, 1985; *CRIMEN DELICIOSO. HISTORIA SOCIAL DEL RELATO POLICÍACO*. TEXTOS DE CIENCIAS SOCIALES, MÉXICO, 1986; *¿HACIA DÓNDE VA LA URSS DE GORBACHOV?* FONTAMARA, MÉXICO, 1991; *EL SIG- NIFICADO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL*. FONTAMARA, MÉXICO, 1991; *EL PODER Y EL DINERO*. SIGLO XXI MÉXICO, 1994. SU ÚLTIMA OBRA, *TROTSKY AS ALTERNATIVE*. VERSO, 1995 NO HA SIDO TRADUCIDA AL CASTELLANO.

# Escritos de Ernest Mandel

EL LUGAR DEL MARXISMO EN LA HISTORIA Y OTROS TEXTOS

Prólogo de Miguel Romero



DISEÑO COLECCIÓN: JOAQUÍN GALLEGO

© VIENTO SUR, 2005  
LIMÓN, 20. BAJO EXTERIOR DERECHA  
28015 MADRID  
TEL. 91 559 00 91

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2005  
FUENCARRAL, 70  
28004 MADRID  
TEL. 91 532 05 04  
FAX 91 532 43 34  
WWW.CATARATA.ORG

ESCRITOS DE ERNEST MANDEL.  
EL LUGAR DEL MARXISMO EN LA HISTORIA Y OTROS TEXTOS

ISBN: 84-8319-234-9  
DEPÓSITO LEGAL: M-37.222-2005

ESTE MATERIAL HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

LA IMPRESIÓN DE ESTE LIBRO SE HA REALIZADO SOBRE PAPEL FABRICADO CON FIBRA VIRGEN PROCEDENTE DE BOSQUES GESTIONADOS DE FORMA RESPONSABLE Y RESPETUOSA CON EL MEDIO AMBIENTE, SEGÚN CERTIFICA EL FOREST STEWARDSHIP COUNCIL (FSC).

# ÍNDICE

**PRÓLOGO, de Miguel Romero 9**

**IN MEMORIAM: ERNEST MANDEL, por Robin Blackburn 23**

**ENTREVISTA DE TARIQ ALÍ A ERNEST MANDEL:  
LOCURAS DE JUVENTUD 31**

**EL LUGAR DEL MARXISMO EN LA HISTORIA 39**

1. El contexto histórico general 39
2. Las características fundamentales del marxismo 46
3. La transformación de las ciencias sociales por el marxismo 49
4. La superación del socialismo utópico 76
5. La transformación proletaria de la acción y la organización revolucionarias 87
6. La fusión del movimiento obrero real y del socialismo científico 94
7. El itinerario personal de Marx y de Engels 103
8. Recepción y difusión del marxismo en el mundo 111

## **OCTUBRE DE 1917: ¿GOLPE DE ESTADO O**

### **REVOLUCIÓN SOCIAL? 123**

1. Octubre de 1917: ¿Golpe de Estado o revolución social?  
    La legitimidad de la Revolución Rusa 123
2. La apuesta internacional 132
3. La apuesta nacional 145
4. La apuesta política 154
5. La orientación bolchevique: un análisis crítico 164
6. Las concepciones organizativas de Lenin 176
7. La apuesta estratégica 189
8. A manera de conclusión 203
9. Cronología 209

### **LISTA DE ABREVIATURAS 222**

¿Está viva la obra de Mandel en este primer curso del siglo XXI, tan diferente del futuro que orientó sus luchas y sus sueños? ¿Qué pueden encontrar en ella quienes, coincidiendo o no con la corriente política en la que Mandel militó, buscan ahora respuestas a los desafíos de la emancipación humana, de la revolución socialista, que constituyeron la energía y el horizonte de su vida y su obra?

Cuando se cumplen diez años de la muerte de Ernest Mandel, el homenaje, por justificado que sea, debe ceder el lugar al debate, y leer a Mandel es la condición para un debate serio sobre sus ideas. La reedición en este libro de dos de sus últimos textos es una buena noticia para quienes creemos que, efectivamente, Ernest Mandel es un pensador revolucionario vivo. Estas notas quieren ser una invitación a su lectura.

No existe, afortunadamente, un "mandelismo" canónico, mérito que hay que atribuir en primer lugar al propio Mandel, que detestaba el patético caudillismo de tantas organizaciones de izquierda. Hay, pues, motivaciones y razones muy distintas entre quienes pensamos que Mandel sigue siendo una imprescindible referencia intelectual y militante.

Yo lo veo como un enlace entre dos siglos, la persona que pasó el testigo en el más difícil relevo de la trayectoria de una de las corrientes revolucionarias de nuestra época, a la que Daniel

Bensaid, que formó parte del "equipo" de Ernest Mandel, ha llamado, con pudor autobiográfico, "un cierto trotskismo":

*El hundimiento del "socialismo realmente existente" ha liberado a la nueva generación de los antimodelos que envenenaban el imaginario y comprometían la propia idea del comunismo. Pero la alternativa a la barbarie del Capital no se diseñará sin un balance profundo del siglo terrible que ha terminado. Al menos en este sentido, un cierto trotskismo, o un cierto espíritu de los trotskismos no está superado. Su herencia, sin normas de uso, es sin duda insuficiente, pero no menos necesaria para deshacer la amalgama entre estalinismo y comunismo, liberar a los vivos del peso de los muertos y pasar la página de las desilusiones<sup>1</sup>.*

Para este camino, "al menos", Mandel es una buena compañía. Mandel fue un hombre muy valeroso en la acción, como muestra su biografía en la entrevista con Tariq Alí, incluida en este libro, pero también en el pensamiento. Arriesgaba mucho, hasta la temeridad, en los análisis, en los pronósticos y hasta en la elección de sus temas de trabajo: así pudo escribir una "teoría marxista de la burocracia"—su penúltimo libro, *El poder y el dinero*<sup>2</sup>—en medio de la crisis terminal de la antigua URSS, y sin esperar siquiera a la conclusión del régimen del Gorbachov.

Era, por encima de todo, un militante. Pensaba, hablaba, escribía... para intervenir sobre la realidad, para ayudar a sus camaradas a comprenderla y a actuar sobre ella. Por eso trabajaba en caliente, un paso, y a veces más de uno, por delante del presente, en un territorio peligroso.

Éste es el riesgo de la misión del enlace, sometido a las tensiones de las dos épocas que definen su trayectoria, entre la necesidad de transmitir una herencia y la necesidad de mantenerla viva en relación con la nueva etapa, cuyos perfiles apenas ve esbozados.

"*De omnibus dubitandum*", "dudar de todo": a Mandel le gustaba recordar este lema de Marx. Y lo aplicó más sistemáticamente de lo habitual en un dirigente político.

Mandel no fue un doctrinario. Pero fue un hombre de "respuestas". Consideraba que una organización política revolucionaria,

especialmente en una época de desconcierto y desesperanza, tenía que basarse en “respuestas”, sometidas al debate, a la crítica y a la rectificación, pero con categoría de puntos de referencia estables. Y quienes buscan y dan respuestas son quienes cometen errores; las preguntas siempre tienen, o pueden reclamar, la inocencia.

Hay, por supuesto, errores de diversa naturaleza en la obra de Mandel; cada lector o lectora destacará unos u otros, según sus propias ideas. Es absurdo hacer una lectura “talmúdica” de Mandel. Necesita la metodología de “apropiación crítica” que él consideraba constitutiva del marxismo, como puede leerse en *El lugar del marxismo en la historia*, y que a su vez aplicó al estudio de sus maestros, como puede verificarse en el balance crítico de la política bolchevique en *Octubre de 1917: ¿Golpe de Estado o revolución social?*

*La gran fuerza de atracción intelectual del marxismo reside en que permite una integración racional, completa y coherente de todas las ciencias humanas, sin equivalente conocido [...]. El marxismo es la ciencia del desarrollo de la sociedad humana, es decir, a fin de cuentas, la ciencia de lo humano, punto<sup>3</sup>.*

He aquí una “respuesta” típica de Mandel. No particularmente atractiva en estos tiempos, hay que reconocerlo. Pero, sobre todo, tomada literalmente, una respuesta que cerraría el debate, la investigación y la autocrítica. Nada de esto se corresponde con su trayectoria intelectual y política. Intentaré una interpretación del significado de esta sentencia.

Mandel estaba convencido de que: “sólo una teoría basada científicamente y capaz de comprender la realidad puede ser un arma eficaz en el combate por la transformación socialista de la sociedad”. Pero esta tesis no le conducía a una visión apologética del marxismo, sino a una extraordinaria autoexigencia:

*Un control severo de las fuentes y de los hechos; la disposición a verificar de nuevo cada hipótesis de trabajo, desde el momento en que tendencias contradictorias parecen aparecer o aparecen realmente; un despliegue ilimitado de la libertad de crítica más amplia y, por ello mismo, la necesidad de pluralismo científico e ideológico: éstas no son solamente*

*componentes del método marxista, son, por decirlo así, condiciones previas necesarias para que el marxismo pueda alcanzar su pleno desarrollo [...]. Un seudomarxismo que sacrifica la autocrítica pública despiadada, la expresión pública de la verdad, incluso muy cruel, a no se sabe qué "exigencias prácticas", es indigno, no solamente de la dimensión científica del marxismo, sino también de su dimensión liberadora. Es también, a largo plazo, totalmente ineficaz<sup>4</sup>.*

Este enfoque, que es incompatible con una idea cerrada y autosuficiente de la teoría, caracteriza el trabajo intelectual de Mandel, especialmente, sus dos obras maestras como científico social: *El capitalismo tardío*<sup>5</sup> y *Las ondas largas del desarrollo capitalista*<sup>6</sup>. Su objetivo en ellas no era, simplemente, actualizar el conocimiento de las leyes de desarrollo del modo de producción capitalista en las condiciones generales del último tercio del siglo XX. Para Mandel se trataba, como dice Francisco Louça<sup>7</sup>, de "la incorporación de la historia a la vida económica real, es decir, la economía política (o la economía como 'ciencia moral') en sentido clásico", en definitiva, la continuación del propio programa de *El Capital*. Louça añade: "De lo que trata es de procesos y no de equilibrios, cambios en vez de continuidad, dialécticas y no causalidad circular, determinación en vez de determinismo". Éste es el sentido, y el contenido fundamental, creo yo, de la "integración coherente" que buscaba Mandel, necesaria para intentar comprender el movimiento real de la vida económica, una comprensión sin la cual la transformación del mundo es imposible.

La "apropiación" de los estudios de Mandel, particularmente de esas obras excepcionales, debe ser crítica. Hay en ellas muchas ideas que hoy resultan perfectamente válidas, e incluso aparecen como anticipaciones (por ejemplo, lo fundamental de su análisis de "la naturaleza específica de la tercera revolución tecnológica", que, entre otros aspectos, establece la dinámica de la dualización de la sociedad como un elemento estructural, consecuencia de la incapacidad del capitalismo para impulsar una nueva fase expansiva).

Otras ideas me parecen más discutibles (por ejemplo, alguna de las consideraciones sobre cómo el Estado en el capitalismo

tardío responde a las crecientes dificultades para la valorización del capital:

*... una tendencia en el capitalismo tardío hacia el aumento no sólo de la planificación económica del Estado, sino también de la socialización estatal de los costos (riesgos) y pérdidas en un número cada vez mayor de procesos productivos. Hay, por lo tanto, una tendencia inherente bajo el capitalismo tardío a que el Estado incorpore un número cada vez mayor de sectores productivos y reproductivos dentro de las condiciones generales de producción que el mismo Estado financia. Sin esta socialización de los costos, estos sectores no serían ni remotamente capaces de responder a las necesidades del proceso de trabajo capitalista.*<sup>8</sup>

La "socialización de costos" ha ido fundamentalmente por otros caminos (gigantescas subvenciones a los procesos de reconversión, de producción y de inversión, y comercio exterior; privatizaciones con alta rentabilidad garantizada...) que entran con dificultad en este diagnóstico.

Se ha calificado a Mandel, justamente creo yo, como un "marxista clásico", aludiendo a la profundidad de sus raíces en la obra fundacional de Marx y Engels, pero también a su cultura militante, a su concepción de la revolución y de la vida. Tiene razón Gilbert Achcar cuando dice:

*... si el "retorno a Marx" debe ser considerado como el rasgo característico del marxismo moderno, Ernest Mandel es el más actual de los marxistas de la última época. La parte principal de su obra se basa, en efecto, sobre una reapropiación y una actualización directas del marxismo original*<sup>9</sup>.

En este sentido, me parece especialmente significativo recordar lo que Mandel consideraba el "anclaje materialista" del viejo proyecto socialista, la "principal contribución" de Marx a la causa de la emancipación humana:

*... los movimientos radicales de emancipación sólo pueden tener éxito si se vinculan no sólo con intereses específicos de clase, sino también con una situación específica de clase,*

*que permita a la clase llevar a cabo la transformación radical de la sociedad. Que se lo permita en el sentido económico de la palabra, es decir, que disponga del poder necesario para ello. Que se lo permita en el sentido político-sociológico de la palabra, en la medida en que muestre, al menos periódicamente, la inclinación a ello*<sup>10</sup>.

Mandel consideraba que esta tesis tenía carácter científico, en el sentido más fuerte de la palabra. Su validez debía demostrarse empíricamente en dos sentidos: la existencia de una fuerza social, cuyos intereses materiales coinciden con el proyecto socialista, y la acción social efectiva de esta clase, movida por esos intereses, en esa orientación.

Llevaba muchos años trabajando en lo que llamaba "los grandes ciclos de la lucha de clases" desde mediados del siglo XIX y sus relaciones con las ondas largas del capitalismo. Su punto de partida, como en las ondas largas, era un material empírico que admitía un interpretación cíclica: época de ascenso hasta 1848; caída posterior hasta la derrota de la Comuna en 1871; segundo ciclo ascendente desde 1890 hasta la época de la victoria de la Revolución Rusa en 1917; nuevo declive hasta la ofensiva del nazismo en la Segunda Guerra Mundial; nuevo ascenso en la inmediata posguerra hasta la victoria de la revolución en Yugoslavia, pero con una estabilización del capitalismo en Europa, Japón y EE UU; posteriormente, estancamiento de las luchas en el hemisferio occidental y desarrollo de movimientos de liberación nacional en países del Sur; en fin, nuevo ascenso en 1968, con la particularidad de que no puede apoyarse en ninguna victoria revolucionaria.

Mandel rechazaba todo determinismo objetivista en sus estudios sobre las ondas largas del capitalismo y, con más razones aún, en estos estudios sobre los ciclos de las luchas sociales. Lo que intentaba comprender es lo que llamaba la "dialéctica del factor objetivo y del factor subjetivo de la historia", entre "la tendencia a la rutina cotidiana de la vida proletaria y las rupturas periódicas hacia grandes enfrentamientos de clase". No está nada claro en qué puede consistir tal "dialéctica". Pero queda por ver qué hay sobre estos temas en los archivos de textos no publicados de Mandel, probablemente enormes. En todo caso, nos hemos perdido un debate apasionante entre

Mandel y, por ejemplo, Sidney Tarrow<sup>11</sup>. (La mayoría de los debates públicos de Mandel han tenido un carácter excesivamente "defensivo": con Krasso, con Nove, con Bahro. En cambio, hay debates que se echan en falta en su abundante producción polémica: con Bloch, al que sólo hace breves referencias; con Polanyi, a quien no sé si llegó a conocer personalmente; y, en especial, con dos de sus contemporáneos, Manuel Sacristán y Jean Marie Vincent, también marxistas abiertos, lúcidos e innovadores, cuyas aportaciones van en sentidos distintos, y a veces contradictorios con las de Mandel. Por ejemplo, el estudio crítico que Vincent dedicó a su memoria: *Ernest Mandel et le marxisme révolutionnaire*, Editions Page deux, Lausanne, 2001, constituye un serio desafío a las ideas de Mandel sobre la clase obrera como sujeto revolucionario.)

Se ha criticado frecuentemente a Mandel por "obrerismo". Creo que estas críticas tienen fundamento en cuanto a la sobrevaloración, hasta la mitificación, del papel político que atribuyó a la clase obrera industrial, al "obrero de la gran fábrica", "... los trabajadores productivos de la industria (son) la vanguardia (del proletariado) (aunque) sólo en el sentido más amplio"<sup>12</sup>.

Estamos ante un problema más político que teórico: los conceptos que utiliza Mandel de relaciones de producción ("todas las relaciones fundamentales entre hombres y mujeres en la producción de su vida material"), clase obrera ("la característica estructural que define al proletariado en el análisis marxista del capitalismo es la obligación socioeconómica de vender su propia fuerza de trabajo"<sup>13</sup>, "...de un modo más o menos continuo"<sup>14</sup>), división social del trabajo en el capitalismo ("la división entre productores de plusvalía y todos aquellos que amplían o aseguran el proceso de expansión del capital"), no son "obreristas", en absoluto.

Pero ese problema político tiene considerable importancia, porque creo que está en el origen de las dificultades de Mandel para comprender a los llamados "nuevos movimientos sociales", especialmente, el ecologismo y el feminismo.

Hay que decir, muy en primer lugar, que sobre la necesidad de participar y apoyar las luchas de estos movimientos, Mandel no tuvo dudas, especialmente, cuando entraban en conflicto con las burocracias obreras:

*La burocratización de las grandes organizaciones obreras ha aplastado el entendimiento de los intereses de clase en el sentido más amplio de la palabra y por eso, los intereses de grupo, los intereses gremiales, es decir, la defensa del puesto de trabajo directo [...] pasan a un primer plano. La primera reacción del obrero de una gran empresa dedicada a producir máquinas para centrales nucleares es, en estas condiciones, frecuentemente no una reacción de clase, es decir, configurada a partir de los intereses generales de la clase mayoritaria de esta sociedad [...], sino que su reacción es una reacción gremial en tanto que trabajadores de un determinado sector de producción cuyos puestos de trabajo se verían amenazados por una moratoria en la construcción de nuevas centrales nucleares<sup>15</sup>.*

Pero sobre el papel político autónomo de estos movimientos, Mandel era, al menos, muy reticente. Por una parte, porque consideraba posible, e imprescindible, que el movimiento obrero asumiera los objetivos emancipadores de todos los movimientos sociales para poder expresar el "interés general" de la mayoría social frente al capitalismo; desde este punto de vista, consideraba que esa "autonomía" era innecesaria. Por otra parte, porque esa autonomía podía alejar a los movimientos del conflicto social fundamental sobre la propiedad de los medios de producción; en ese sentido, la consideraba potencialmente negativa.

A partir de las grandes luchas de los "nuevos movimientos" de la primera mitad de los años ochenta, y de la influencia que tuvieron en algunas de las organizaciones de la Cuarta Internacional, Mandel fue considerando con creciente interés sus aportaciones. ¿Le faltó tiempo para aproximarse más a estos movimientos, especialmente "nuevos" para una persona de su generación? Así lo creo. Por ejemplo, en el plano teórico, los conceptos de "intereses específicos de clase" y "situación específica de clase" requieren una revisión marxista en esta época y un debate entre diversas corrientes de pensamiento crítico: Mandel debe ser una de las referencias para esa tarea.

Aunque hay una evolución notable del pensamiento de Mandel, no fueron nada frecuentes en él los cambios importantes y explícitos de opinión en cuestiones teóricas de fondo. Por eso,

son especialmente recomendables los trabajos de Catherine Samary en los que realiza un balance minucioso y muy crítico de las ideas de Mandel sobre los problemas de la transición al socialismo, a la luz de la restauración capitalista en la URSS<sup>16</sup>.

Samary "descubre" un importante cambio de opinión de Mandel sobre el papel del mercado en las sociedades de transición, entre los puntos de vista que defendió en su conocida polémica con Alec Nove en la *New Left Review* entre 1986 y 1988 (en la que definió a la democracia directa como sustitución del mercado en el sector socializado de la economía, en el que no existirían ni moneda, ni precios, sino intercambio directo de valores de uso o de trabajo concreto), y los que escribiría dos años después, en un artículo con un título extraño tratándose de Mandel, "Plan o mercado: la tercera vía": "De hecho la vía más eficaz y más humana para construir una sociedad sin clases es un tema de experimentación y debe progresar por aproximaciones sucesivas. No hay buenos libros de 'recetas' para eso, ni la 'planificación total', ni el 'socialismo de mercado' "<sup>17</sup>. Los elementos que debían ser utilizados en esta experimentación son los que definió Trotsky: el plan, el mercado, la democracia, a los que Mandel añadió un cuarto elemento, muy querido por él: la reducción radical del tiempo de trabajo, que debe suministrar el tiempo necesario para ejercer la democracia.

"Un leninista con ligeras desviaciones luxemburguistas"<sup>18</sup>. A Mandel le gustaba, presumía puede decirse, definirse así. Sus ideas sobre la organización partidaria se corresponden bastante bien con esta definición. En cambio, sus ideas sobre el papel político de los movimientos de masas y su capacidad para descubrir y para crear, imprescindible para la acción política revolucionaria, y sobre las instituciones coherentes con la emancipación humana, le definirían mejor intercambiando los términos: "un luxemburguista con ligeras desviaciones leninistas". Pienso que fue en esta área, especialmente en sus trabajos sobre la autoorganización y la autogestión, donde Mandel hizo las aportaciones políticas más importantes, más vivas y, ojalá, más duraderas.

Mandel publicó *Control obrero, consejos obreros, autogestión*<sup>19</sup> en 1970. En el clima vanguardista posterior al 68, donde el "partido" era la preocupación central de la izquierda revolucionaria,

había que tener lucidez y coraje para proponer como eje de la estrategia emancipadora, precisamente, la autoemancipación de la clase obrera, y como sus medios fundamentales, las manifestaciones concretas de autoorganización: las múltiples variantes de “consejos”.

Con los años y con la durísima experiencia de los “Estados revolucionarios” que nos ha tocado vivir, Ernest fue haciéndose más “luxemburguista”. Sus propuestas iban orientadas cada vez más a que la fuerza política estuviera donde está la fuerza social emancipatoria.

Ésa es la base de la radicalidad democrática, que consideró un imperativo de la organización del poder político post-revolucionario:

*El ejercicio del poder político por las masas trabajadoras en el marco de la democracia consejista y del pluralismo de partidos políticos son precondiciones adicionales absolutas para la superación de la indiferencia, la apatía y la atomización política. Las masas trabajadoras han de obtener, mediante la experiencia práctica, la prueba de que son ellas realmente las que adoptan por sí mismas todas las decisiones importantes [...]. La inmediata abolición de la división del trabajo entre productores y administradores, es decir, el inmediato ejercicio del poder administrativo y estatal, del “trabajo general” por la masa de los trabajadores es la condición material objetiva previa para el desarrollo de la “conciencia general” ...<sup>20</sup>.*

Ése es también el origen del papel fundamental que atribuyó a la reducción radical de la jornada de trabajo:

*El verdadero dilema, que es la opción histórica fundamental a que está confrontada hoy la humanidad, es el siguiente: o bien una reducción radical del tiempo de trabajo para todos —empezando por la media jornada o media semana de trabajo— o bien la perpetuación de la división de la sociedad entre los que producen y los que gestionan. La reducción radical del tiempo de trabajo para todos —que era la gran visión emancipadora de Marx— es indispensable, a la vez para adquirir por todos el saber y la ciencia, y para la autogestión*

*generalizada (dicho de otro modo, un régimen de productores asociados). Sin esta reducción, esos dos objetivos son utópicos<sup>21</sup>.*

Y ésta es, en fin, la razón última del impulso libertario de su crítica al Estado:

*Las víctimas humanas causadas por el terror estatal en el siglo XX son incomparablemente más numerosas que las causadas por el terror individual o la anarquía o los accidentes o no importa qué. En una sociedad escindida por intereses materiales antagónicos, toda tendencia a reforzar el Estado entraña la tendencia a reforzar el terror estatal, la violencia estatal y la arbitrariedad estatal [...]. Sólo si el Estado se debilita y órganos de control social que no sean órganos estatales adquieren cualitativamente más poder que el que hoy tienen, sólo entonces podrán limitarse efectivamente los peligros de esta evolución arbitraria y basada en la violencia<sup>22</sup>.*

Palabras que parecen dichas ahora mismo y que deben decirse ahora mismo.

En su testamento, Mandel llamó a la Cuarta Internacional "el sentido de mi vida". No podía haberlo expresado mejor. Dedicó la mayor parte de sus muy considerables energías a construir la Internacional. En este esfuerzo no se permitió, y no permitía, ni la menor duda. La convicción sobre la necesidad de la tarea le permitió resistir a un muy modesto balance de resultados en términos de fuerzas e influencia política, a la terrible decepción por el curso de los acontecimientos en el Este, a la falta de perspectivas para las luchas y movimientos anticapitalistas en todo el mundo... Mandel llamaba "programa" a esta convicción. Otros preferimos llamarla de otra manera: compromiso militante, por ejemplo. En la práctica, viene a ser lo mismo.

Mandel ha desempeñado un papel determinante en la historia de la Cuarta Internacional durante casi medio siglo. En esta larga etapa ha habido momentos de euforia y de amargura, de acuerdo y de conflicto, y orientaciones políticas diversas. No creo que tenga sentido intentar codificar una política "mandelista". No sólo por

los giros y rectificaciones inevitables en un período tan extenso y tan complejo. También porque Mandel no ejerció nunca de "gurú", y aún con toda la autoridad moral que tenía, respetaba muchísimo las opiniones mayoritarias y no siempre coincidió con las políticas concretas de la Internacional.

Cualquier interpretación en este tema es puramente subjetiva. En la "forma de hacer política" de Mandel, yo valoro especialmente, en primer lugar, la radicalidad democrática también en la organización militante, tan distinta de los cuentos al uso sobre el "pluralismo". Asimismo, la atención siempre despierta y esperanzada hacia el surgimiento de nuevos procesos de radicalización y la voluntad de convergencia con las organizaciones y corrientes que los encarnaban, desde el guevarismo al sandinismo, pasando por el PT brasileño: aquí especialmente, Mandel no admitía ningún *a priori* ideológico, sólo contaba la lucha real; en mi opinión, las decepciones y los errores acumulados no cambian la vigencia de este punto de vista. Finalmente, en el orden, no en la importancia, la construcción de la Internacional, de organizaciones políticas militantes internacionalistas, volcadas hacia la movilización social tan amplia y unitaria como sea posible, comprometidas por entero con el proyecto de la revolución socialista.

Se suele atribuir un optimismo desmedido a Mandel. No lo veo yo así. Especialmente desde comienzos de los años ochenta, había en él una preocupación enorme por el curso de los acontecimientos y por los problemas de la Internacional. Pero donde la razón le metía en una encrucijada, salía de ella no con optimismo, sino con esperanza. Esa esperanza, que forma parte de lo más valioso de su legado, estaba construida con dos materiales muy resistentes y, esta vez, nada "científicos". El primero es el compromiso con sus camaradas del pasado, no los "trotskistas", sino todas las personas insumisas, rebeldes, revolucionarias de todas las épocas, las "generaciones vencidas" de Walter Benjamin. El segundo es mucho más modesto, solamente una chispa:

*Nosotros, marxistas de la época de la lucha de clases entre el capital y el trabajo asalariado, sólo somos los representantes más recientes de esa corriente milenaria, cuyos orígenes se remontan a la primera huelga en el Egipto faraónico,*

y que, pasando por las innumerables sublevaciones de los esclavos en la Antigüedad y las revueltas campesinas en los viejos China y Japón, conducen a la gran continuidad de tradición revolucionaria de los tiempos modernos y del presente.

*Esta continuidad resulta de la chispa inextinguible de la insubordinación a la desigualdad, a la explotación, a la injusticia y a la opresión, que se renueva siempre en la historia de la humanidad. En ella reside la certidumbre de nuestra victoria, porque ningún César, ningún Poncio Pilatos, ningún emperador de derecho divino, ni ninguna inquisición, ningún Hitler, ni ningún Stalin, ningún terror, ni ninguna sociedad de consumo han conseguido sofocar duraderamente esa chispa*<sup>23</sup>.

Que así sea.

MIGUEL ROMERO

Madrid, 24 de julio de 2005

## NOTAS

1. D. Bensaid, *Les trotskysmes*, PUF, París, 2002.
2. E. Mandel, *El poder y el dinero*, Siglo XXI, México, 1994. El libro fue reseñado por Mikel de la Fuente en el nº 23 de *Viento Sur*. El último libro de Mandel, *Trotsky as alternative*, fue publicado en inglés en 1995. Creo que no hay versión en castellano.
3. E. Mandel, "Pourquoi je suis marxiste", en G. Achcar (ed.), *Le marxisme d'Ernest Mandel*, PUF, París, 1999, pp. 205-208.
4. E. Mandel, "Pourquoi...", p. 218.
5. E. Mandel, *El capitalismo tardío*, Era, México, 1972. En 1997 se publicó en francés la versión definitiva de la obra, con textos inéditos de Mandel, más un prefacio de Daniel Bensaid y un postfacio de Jesús Albarraçin y Pedro Montes. Lamentablemente, no hay versión en castellano.
6. E. Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Siglo XXI, Madrid, 1980. En 1995 se publicó una segunda edición en inglés, ampliada con dos nuevos capítulos, de la que tampoco hay versión en castellano.
7. F. Louça, "Ernest Mandel y el pulso de la historia", en *Viento Sur* nº 28, octubre de 1996.
8. E. Mandel, *El capitalismo tardío*, p. 478, énfasis en el original.
9. Gilbert Achcar, *La actualidad de Ernest Mandel*, www.vientosur.info.
10. E. Mandel, *Marxismo abierto*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 88-89.
11. Sidney Tarrow, *El poder en movimiento*, Alianza Universidad, Madrid, 1997. Puestos a dar cuenta de las equivocaciones, y aunque el asunto no tenga mayor importancia, quede aquí constancia de una de las mías. En el artículo que escribí en *Viento Sur* (nº 23, octubre de 1995: "Un hombre de respuestas en un

- tiempo de preguntas”), tras la muerte de Mandel, que me ha servido de referencia para éste, trato el interés de este proyecto de Mandel con mucho escepticismo. He cambiado de opinión, hacia una posición de “expectativa”.
12. E. Mandel, *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, Siglo XXI, México, 1985, p. 128.
  13. *Ibidem*. Véase también el apartado de este mismo libro: “¿Los trabajadores improductivos son parte del proletariado?”.
  14. E. Mandel, *Introducción al marxismo*, Akal, Madrid, 1977.
  15. E. Mandel, *Marxismo abierto*, p. 83.
  16. C. Samary, “Mandel et les problèmes de la transition au socialisme”, en G. Achcar (ed.), *Le marxisme d'Ernest Mandel*, PUF, París, 1999.
  17. E. Mandel, “Plan ou marché: la troisième voie”, *Critique Communiste*, nº 106-107, abril - mayo de 1991.
  18. E. Mandel, *Marxismo abierto*, p. 83.
  19. E. Mandel, *Control obrero, consejos obreros, autogestión*, Era, México, 1970.
  20. E. Mandel, *Marxismo abierto*, p. 139.
  21. Citado por Michel Husson, “Après l'âge d'or: sur *Le troisième âge du capitalisme*”, en Gilbert Achcar (ed.), *Le marxisme d'Ernest Mandel*, PUF, París, 1999.
  22. E. Mandel, *Marxismo abierto*, pp. 28-29.
  23. E. Mandel, “Pourquoi...”, p. 230.

## IN MEMORIAM: ERNEST MANDEL\*

ROBIN BLACKBURN

Ernest Mandel, que murió el 20 de julio a la edad de 72 años, destacó por su talento como pensador, orador y dirigente político, en una combinación de cualidades que se ha ido haciendo cada vez más difícil de encontrar a medida que ha progresado este siglo. Fue uno de los principales economistas marxistas y autor de más de veinte libros publicados en muchos idiomas, aunque nunca persiguió una carrera académica. Fue un gran orador en media docena de idiomas y un infatigable organizador y militante. Defendió con pasión las ideas de León Trotsky cuando era no sólo impopular sino también peligroso y fue un destacado dirigente de la Cuarta Internacional durante cuatro décadas. Pero, a diferencia de muchos dirigentes de grupúsculos, su persona, arropada en una imagen que parecía salida de un desván, supo ganarse el cariño, el respeto y la admiración de amplios sectores de la izquierda. Quizá más que nadie, fue el educador de la nueva generación ganada al marxismo y a la política revolucionaria en la revuelta estudiantil de los años sesenta, especialmente en Europa y las Américas. Estados Unidos, Francia, Alemania occidental, Suiza y Australia le prohibieron durante años la entrada, considerando su mera presencia una amenaza a su "seguridad nacional". Su *Introducción a la Teoría Económica Marxista* (1968) vendió medio millón de ejemplares en todo el mundo. Durante treinta años, Ernest Mandel fue un colaborador regular de

*New Left Review* y la Editorial Verso publicó con orgullo muchos de sus libros. Echaremos mucho de menos sus riñas cariñosas y su irrefrenable optimismo.

Ernest Mandel nació en una familia belga, de origen judío, que había emigrado desde Polonia a comienzos de siglo. En la entrevista con Tarik Alí que publicamos [véase p. 31], Mandel describe sus primeros contactos con un grupo trotskista, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial y sus experiencias en la Resistencia y un campo de prisioneros alemán. Tras el fin de la guerra, estudió en la Universidad de Bruselas y en la École Pratique des Hautes Études en París. Su primera gran obra fue el *Tratado de Economía Marxista*, en dos tomos, publicado en francés en 1962 y en inglés en 1967. Pero ya era conocido como un notable polemista y había contribuido, utilizando el nombre de Ernest Germain, en discusiones internas en el movimiento trotskista y el debate iniciado por Jean-Paul Sartre en *Les Temps Modernes* sobre "Los Comunistas y la Paz".

El marxismo de Mandel fue atractivo para el nuevo equipo de la *New Left Review* a comienzos de los años sesenta porque abordaba los problemas políticos del momento y se sustentaba en un amplio conocimiento de la antropología, la historia y la economía. Pedimos a Mandel que escribiera un artículo sobre Bélgica. El resultado comenzaba en el siglo XVI con la revolución de los Países Bajos, explicaba por qué la Bélgica del siglo XIX había sido el "típico Estado burgués europeo", analizaba la huelga general belga de 1960-1961 y terminaba con un esquema de las "reformas estructurales" imprescindibles para el futuro<sup>1</sup>. Este ensayo se convirtió en un modelo para los sucesivos estudios de países publicados por la *New Left Review*. Su Tratado fue comentado en el número 21 por el eminente economista H. D. Dickenson.

Las dos contribuciones más características y comentadas de Mandel a la *New Left Review* durante los años sesenta fueron una vindicación de Trotsky en un debate con Nicholas Krasso y el muy reproducido ensayo *¿Dónde va América?* Krasso era un antiguo discípulo de Lukács que había jugado un papel en el advenimiento de los Consejos Obreros en Budapest en 1956. Su artículo en la *New Left Review* criticaba lo que creía el reduccionismo "sociologista"

del concepto de "revolución permanente" y el análisis de la naturaleza de los Estados obreros de Trotsky. Las dos largas respuestas de Mandel buceaban en los sucesos del siglo, defendían la necesidad de construir una alternativa marxista al estalinismo y argumentaban que éste no era solamente una teoría equivocada y peligrosa sino también la expresión de una "capa social autónoma", la burocracia. Tanto Krasso como Mandel tendían exageradamente a medir a Trotsky con la vara leninista. Krasso, criticando a Trotsky por no haber tenido la habilidad política de Lenin en su batalla contra Stalin; Mandel, al ser extremadamente cauto a la hora de diferenciar la herencia de Trotsky de la ortodoxia leninista. Cuando le señalé este punto, Mandel me refirió a su folleto *La Teoría Leninista de la Organización* (1976), en el que era mucho más explícito:

*Lenin, en su primer debate con los mencheviques, subestimó gravemente el peligro de autonomización del aparato y de burocratización de los partidos obreros... Trotsky y Luxemburgo se dieron cuenta de este peligro antes y de una manera más acertada que Lenin<sup>2</sup>.*

Muchos notables escritores, influenciados por Trotsky, acabaron dedicándose a la Historia, como el propio Trotsky: Isaac Deutscher, C. R. L. James, Daniel Guérin, Pierre Broué. Pero los escritos de Mandel deben más en su inspiración a la influencia de Rosa Luxemburgo, en su detallado análisis del capitalismo y su compromiso apasionado con el universalismo marxista. A pesar de su devoción por la memoria de Lenin, Mandel estaba imbuido de una visión luxemburguista de la creatividad del movimiento obrero en acción. También podría decirse que su propia creatividad florecía cuando menos se preocupaba de la reacción que pudiera causar en los sectores menos ilustrados del movimiento trotskista: en un mitin en una manifestación o escribiendo para el *Frankfurter Rundschau*.

Cuando se relee *¿Dónde va América?* (1969) resulta sorprendente la precisión con la que previó las consecuencias que tendría para Estados Unidos la intensificación de la competencia y la caída de la tasa de ganancia. Lo que el futuro deparaba era un estancamiento de los salarios, cuando no su declive, creciente miseria

pública y especulación financiera ajena a cualquier inversión productiva<sup>3</sup>. Mandel escribía entonces la que sería su obra más importante, *El capitalismo tardío*, un análisis documentado de la dinámica y de los límites del boom de posguerra. En aquella época, los principales economistas ortodoxos y la mayoría de los comentaristas escribían como si el capitalismo hubiera finalmente superado para siempre sus ciclos comerciales y creado las condiciones para su crecimiento constante y el pleno empleo. En la izquierda, quienes defendían la teoría del capitalismo monopolista de Estado afirmaban que se había establecido un sistema capitalista regulado bajo la hegemonía de Estados Unidos, en el que la competencia interimperialista había perdido importancia. *El capitalismo tardío*, publicado en 1972 en Alemania y en 1975 en Gran Bretaña, ofreció un análisis muy diferente y, como el tiempo demostraría, mucho más afortunado. A través de una original reelaboración de la teoría de las ondas largas del desarrollo capitalista de Kondratiev, Mandel defendió que el boom de posguerra había perdido su impulso y que se habían creado las condiciones para una caída de la tasa de ganancias, la erosión de los salarios reales en Estados Unidos y la reaparición de un paro masivo en los países industrializados. Con toda justicia, puede decirse que *El capitalismo tardío* es todavía la principal obra marxista sobre el tema, combinando una teoría general de las "leyes del movimiento" capitalista con el análisis específico de su desarrollo de posguerra.

Ernest Mandel se ganó la vida escribiendo y como activista político. Asesoró a los sindicatos belgas en temas económicos y, hacia el final de su vida, impartió algunas clases en la Universidad de Bruselas. Sus contactos con el mundo académico fueron escasos. Pero en 1978 fue invitado por la Universidad de Cambridge para pronunciar las lecciones magistrales que llevan el nombre de Alfred Marshall. El libro que las recopiló, *Las ondas largas en el desarrollo capitalista*, ha sido reeditado recientemente, con dos nuevos capítulos que analizan el curso de la recesión global en las dos últimas décadas y polemizan con otros estudiosos de la economía mundial. Mandel analizó las inexorables tendencias estructurales implícitas en el ciclo comercial capitalista, pero al mismo tiempo subrayó que las precondiciones para una nueva fase alcista tienen ante todo un carácter político y social.

Las predicciones políticas de Mandel fueron menos acertadas que sus pronósticos económicos, y con frecuencia demasiado optimistas. Como muchos otros, vio en la huelga general en Francia de 1968 el heraldo de una nueva ola de luchas obreras y estudiantiles que desafiarían el orden capitalista en toda Europa occidental, confluyendo con un renacimiento de la revolución anti-burocrática en el Este y de los movimientos anti-imperialistas en el Tercer Mundo. Intentó explicar la Primavera de Praga, la Ofensiva del Tet y los Sucesos de Mayo como un todo. Los camaradas franceses de Mandel jugaron un importante papel en la revuelta de Mayo, en París y en otras ciudades; a él se lo encontró un periodista británico en una de las barricadas, detrás de los restos carbonizados de su propio coche, diciendo: "¡Qué maravilla! ¡Es la Revolución!". La gran capacidad de Mandel como orador en francés, alemán, inglés, castellano e italiano le convirtió en el mensajero del 68 en toda Europa y más allá. Recuerdo el relato de un amigo del increíble espectáculo de cómo consiguió poner de pie, en una estruendosa ovación, a más de mil flemáticos fineses con una de sus emocionantes peroratas.

Pero Ernest no se limitaba a decir lo que la gente quería oír. Sus intervenciones, que duraban una hora o más, eran siempre una invitación a la reflexión: el cuidado con el que exponía sus argumentos, la amplitud de sus conocimientos y su sabiduría imbuían de una gran fuerza moral las conclusiones a las que llegaba. Su apretada agenda de conferencias en todos los rincones de Europa a los que le dejaban llegar, o a los que él llegaba por otros medios, en América Latina, Japón, India, Australia y Norte América ayudó a ganar nuevos militantes para la causa y le permitió seguir el desarrollo de los acontecimientos en muchas tierras, pero seguramente le robó un tiempo precioso para escribir y, finalmente, minó su salud.

Aunque Mandel se equivocó en cuanto al destino final de los diversos focos de lucha que alimentaron el 68, alentó a los jóvenes a comprometerse con los movimientos emancipatorios. Bien fuera en Checoslovaquia o Polonia, el Estado español o México, quienes siguieron y se inspiraron en la visión de Mandel jugaron un papel modesto, pero no insignificante, en la lucha contra la dictadura y la opresión. En estos últimos años, la quinta de Mandel se ha unido en

su mayoría a los nuevos partidos de la izquierda, como Rifondazione en Italia, Izquierda Unida en el Estado español y el Partido de los Trabajadores en Brasil.

La amplitud de la visión de Mandel no era común en quienes se dedican a la política. Le conocí en una conferencia organizada por la Organización de Estudiantes Laboristas, en 1963 en Folkestone. Como secretario del Club Laborista de Oxford había tenido que acompañar a gente como Harold Wilson y Richard Crossman. El leonino Mandel, con su desprecio por los cálculos mezquinos del día a día y su capacidad para pensar en términos históricos, no podía ser más distinto de aquellas zorrunas inteligentes. Mandel insistió en que nos escapásemos de la conferencia para visitar la catedral de Canterbury; mi reticencia, provocada por el colegio, a entrar en un lugar de culto anglicano se evaporó tan pronto como Mandel empezó a comentar los aspectos más brillantes de la arquitectura gótica y los detalles de los artesanos que habían construido la catedral. Nos detuvimos un momento ante la tumba del arzobispo martirizado durante la Revuelta Campesina, ante una lápida que nos invitaba a rezar por la paz social. Más tarde, tuve la suerte y el placer de acompañarle en un viaje a Tenochtitlan, y a los canales de las afueras de Ciudad de México que sólo recientemente, como nos explicó Mandel, habían recuperado los niveles de productividad agrícola alcanzados en la época de los aztecas. Sin embargo, las diversiones de Mandel no eran siempre tan sublimes. Su vicio por las novelas policíacas le condujo a escribir un libro sobre la materia: la única de sus obras traducidas al ruso antes del colapso de la URSS.

No sólo estuvimos encantados de publicar en la *New Left Review* sus análisis económicos sino también artículos y libros sobre otras materias. Entre ellas, una elegante respuesta a la obra de Solzhenitsyn y una maravillosa disquisición sobre el papel del individuo en la historia<sup>4</sup>. En los ochenta, publicó asimismo *El significado de la Segunda Guerra Mundial*, en el que intentó aprehender la complejidad de lo que interpretó como cinco guerras en una.

Hay que situar en una categoría especial "En Defensa de la Planificación Socialista", un artículo escrito para la *New Left Review*

en respuesta a *La Economía del socialismo posible* de Alec Nove. Mandel había ya abordado estos temas en los sesenta, cuando el Che Guevara solicitó su consejo; en aquella época había hecho una señalada contribución en apoyo de la posición del Che: que no se podía ignorar el mercado mundial ni dejar que impusiera sus prioridades. Como su mentor, Trotsky, Mandel no creía convenientes los intentos anticipados de suprimir por completo el mercado, pero menos aún creía en las virtudes del "socialismo de mercado". Sus poderosos argumentos a favor del papel esencial de una amplia planificación democrática de la vida económica, si se quería de verdad superar la desigualdad y el despilfarro capitalistas, provocaron muchas discusiones, tanto en la *New Left Review* como en otros círculos<sup>5</sup>. Al mismo tiempo que previno de los peligros de apoyarse en el mercado, Mandel siguió siendo implacable en su condena de la dictadura burocrática. Tras el colapso de la URSS, mantuvo la esperanza de que resurgiera un nuevo movimiento obrero en el Este y predijo que la restauración del capitalismo no sería ni fácil ni rápida<sup>6</sup>.

Vi a Mandel hablar en público por última vez en diciembre de 1991, en Madrid, en un debate con Felipe González sobre el futuro del socialismo. El primer ministro español, poco inteligente, se permitió darle lecciones a Mandel sobre las virtudes del constitucionalismo y el respeto de los derechos humanos. Mandel hizo una tétrica descripción de la suerte de los treinta millones de parados en Europa y atacó a la social-democracia por capitular ante los dictados deflacionistas del Bundesbank. También señaló la contradicción que existía entre el discurso de González y el hecho de que varios miles de jóvenes pacifistas e insumisos se estuvieran pudriendo en las cárceles mientras ellos debatían. Estoy seguro de que fueron muy pocos los que en la sala, o viendo los encuentros por televisión, no vieron en el frágil y septuagenario Ernest Mandel al vigoroso y principista defensor del socialismo y en González al miserable y comprometido prisionero de los poderosos.

NOTAS

- \* Traducción de G. Buster, anteriormente publicada en *Viento Sur*, n.º 23, octubre de 1995.
1. Ernest Mandel, "The Dialectic of Class and Region in Belgium", *New Left Review* n.º 20, verano de 1963, pp. 5-31.
  2. Ernest Mandel, "The Leninist Theory of Organization", en Robin Blackburn (ed.), *Revolution and Class Struggle: A reader in Marxist Politics*, Londres 1977, p. 100. Traducción al español: *La Teoría Leninista de la Organización*, ed. Era, México.
  3. Ernest Mandel, "Where is America Going?", *New Left Review* n.º 54, marzo-abril de 1969, pp. 3-17. Traducción al español: *¿Dónde va América?*, ed. Anagrama, Barcelona.
  4. Ernest Mandel, "Solzhenitsyn, Stalinism and the October Revolution", *New Left Review* n.º 86, verano de 1974; "The Role of the Individual in History. The Case of the Second World War", *New Left Review* n.º 157, mayo-junio 1986.
  5. Ernest Mandel, "In Defense of Socialist Planning", *New Left Review* n.º 159, septiembre-octubre 1986. Nove contestó a Mandel en el n.º 161, y Mandel volvió a responder con "El mito del socialismo de mercado" en el n.º 169. Otros participantes en el debate fueron Auerbach, Desai y Shamsavari, en el n.º 170, y Diane Elson en el n.º 179. Los textos de Mandel, Nove y Elson fueron publicados en castellano en *Inprecor*.
  6. Ernest Mandel, *Power and Money*, ed. Verso, Londres, 1992.

## ENTREVISTA DE TARIQ ALÍ A ERNEST MANDEL: LOCURAS DE JUVENTUD\*

Tariq Alí: Ernest, tenías diez años cuando Hitler llegó al poder en Alemania y dieciséis cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Sin duda, un momento muy difícil para ser joven, especialmente para alguien como tú, de origen judío. ¿Qué recuerdas de ese período?

Ernest Mandel: Curiosamente —quizá se deba a una mentalidad un poco especial, que no se corresponde con la media— no guardo en absoluto un mal recuerdo de aquella época. Recuerdo, sí, la tensión, el nerviosismo, la excitación, pero no una sensación de desesperación. En absoluto. Tiene que ver con el hecho de que pertenecía a una familia muy politizada.

T.A.: ¿Tu padre era un militante?

E.M.: En aquel momento, mi padre no militaba. Sí lo había hecho cuando la revolución alemana. Había huido de Bélgica a Holanda durante la Primera Guerra Mundial porque no quiso hacer el servicio militar. Ya entonces era un socialista muy de izquierdas y había conocido a Willem Pieck —quien llegaría a ser presidente de la República Democrática Alemana— en Holanda. Cuando estalló la revolución alemana fueron juntos a Berlín. Trabajó durante algunos meses en la primera agencia de prensa de la Rusia soviética en Berlín. Conoció personalmente a Radek y a mucha otra gente. Así fue como encontré en nuestra biblioteca una colección fantástica de viejas publicaciones: libros de Marx, de Lenin, de Trotsky, el órgano

de la Internacional Comunista *Imprecor*, así como literatura rusa y cosas por el estilo. Mi padre dejó de militar alrededor de 1923. Su vida fue paralela a los altos y bajos de la revolución mundial. Cuando Hitler llegó al poder, se quedó de piedra. Era perfectamente consciente de lo que significaría para el mundo. Recuerdo —y éstas son, quizá, las primeras memorias políticas que tengo, a los nueve años, en 1932— cuando fue eliminado el Gobierno socialdemócrata de Prusia, como consecuencia del llamado *putsch* de Papen, y el ministro de Interior Severing, junto con el jefe de la policía, hizo aquella infame y famosa declaración "Ich weiche vor dem Gewalt" (me inclino ante la violencia). Un teniente y dos soldados habían entrado en su oficina y simplemente les entregó todo el poder que habían acumulado en catorce años, desde 1918, en cinco minutos. La noticia apareció en el diario socialdemócrata de Amberes, nuestra ciudad. Mi padre hizo comentarios muy agudos. Dijo que todo acabaría muy mal, que era el comienzo del fin. Lo recuerdo muy bien. Y cuando Hitler llegó al poder, acogimos en casa a los primeros refugiados, así como a algunos miembros de nuestra familia y amigos. De 1933 a 1935, Bélgica vivió años terribles. Nos encontramos en lo más hondo de la crisis y la gente tenía mucha hambre. Era mucho peor que hoy, por supuesto, mucho peor. La reina de Bélgica se convirtió en un personaje popular distribuyendo pan y margarina en las colas de parados. Unos de los refugiados que albergamos en casa nos contó, como la cosa más natural del mundo, que había vendido su cama para comprar pan en Berlín. Dormían en el suelo porque habían tenido que comprar pan. Fue una época terrible. Mi padre también pasó malos momentos, pero nunca llegamos a ese punto. Nunca pasamos hambre, aunque nuestro nivel de vida cayó dramáticamente. 1933, 1934, 1935 fueron años con menos actividad política.

T.A.: ¿Tu militancia política comenzó con la guerra?

E.M.: Mucho antes. 1936 fue el año decisivo, tanto para mí como para mi padre. Dos acontecimientos tuvieron lugar: la Guerra Civil española y los Procesos de Moscú. Ambos ejercieron una gran influencia en nosotros. El movimiento obrero jugó un papel importante tanto en Amberes como en Bélgica. La guerra civil española desató una tremenda ola de solidaridad. Recuerdo perfectamente la manifestación del 1 de mayo de 1937. Había quizá cien mil personas

en la calle, se recogía dinero para la lucha y la gente que volvía de las Brigadas Internacionales en España. Fueron recibidos con una enorme ovación que nunca olvidaré. Fue el mayor acontecimiento internacional que tuvimos en Bélgica antes de la campaña de solidaridad con Vietnam. Después, los Procesos de Moscú, que supusieron un golpe terrible para mi padre. Había conocido personalmente a varios de los acusados del primer juicio, que habían sido funcionarios de la Comintern. Radek fue uno de los principales encausados del segundo juicio. Mi padre enfureció sin límites e inmediatamente organizó un comité de solidaridad con los encausados en los Procesos de Moscú. Se puso en contacto con un pequeño grupo trotskista en Amberes. Se reunían en nuestra casa y así fue como a la edad de trece años me convertí en un simpatizante de Trotsky. No un militante, porque la organización no era tan estúpida como para afiliarse a un niño de trece años. Pero yo me colaba en las reuniones y escuchaba. Y como me consideraban un joven espabilado no se oponían. Era un momento interesante porque acababa de reunirse la conferencia fundacional de la Cuarta Internacional.

T.A.: ¿Cuándo fue eso?

E.M.: En 1938. La Liga Socialista de la Juventud de Estados Unidos, la organización juvenil del SWP, envió a un camarada llamado Nattie Gould para que nos hablara de la conferencia fundacional. Todavía le estoy viendo delante de mí. Hizo una gira por varios países de Europa occidental para informar de la conferencia fundacional y el trabajo del SWP. Vino a Amberes y estuvo en casa, donde se reunió la célula de la organización. Creo que fue después de esa reunión cuando fui admitido formalmente como candidato. Después tuvo lugar un cierto vacío, probablemente el período más difícil en nuestro país. En 1939 todo el mundo estaba seguro de que la guerra estallaría. Estábamos muy aislados. Repartimos un panfleto en las calles de Amberes, aunque no fue un acto muy inteligente dado el clima político.

T.A.: ¿Qué decía el panfleto?

E.M.: Era contra la guerra. Decía que la guerra se aproximaba, pero que no era nuestra guerra y esto y lo otro. No fue muy bien acogido y estaba escrito en un lenguaje abstracto y propagandista. ¡Yo no lo escribí, así pues, no soy responsable de él!

T.A.: ¿Pero lo distribuiste?

E.M.: Naturalmente, lo reparé.

T.A.: ¿Tenías quince años cuando distribuiste tu primer panfleto?

E.M.: Casi dieciséis. Atravesábamos un momento muy difícil, probablemente el más difícil que hemos tenido. Nuestra organización estaba compuesta en Bélgica por dos sectores. Uno era una pequeña base de masas en un distrito minero, con unos seiscientos militantes que se habían unido a nosotros desde la social-democracia. Teníamos la mayoría absoluta en un pueblo minero y la respuesta de la patronal fue cerrar inmediatamente el pozo, para nunca volverlo a abrir. Todos los mineros que habían votado por la extrema izquierda fueron represaliados por su compromiso. Antes de la guerra, durante la guerra o después de la guerra, nunca más pudieron trabajar. Al camarada Scargill le resultarán familiares estos recuerdos. No se ha inventado nada nuevo bajo el sol.

T.A.: ¿Cuándo te uniste a la Resistencia?

E.M.: Bueno, este sector del que hablábamos se desintegró en cuanto la organización pasó a la clandestinidad. Su dirigente fue asesinado por los stalinistas, con la excusa de que colaboraba con los nazis. Una mentira absoluta. Después de la guerra, estos camaradas —tengo que llamarlos así, aunque ya no fuesen trotskistas sino socialistas en la oposición, socialistas de izquierdas— se presentaron a las elecciones municipales y volvieron a obtener la mayoría absoluta. Ésa era la mejor prueba de que no habían colaborado con los nazis: se trataba de una acusación ridícula. Con la pérdida de esta gente, la organización se debilitó notablemente. Quizá éramos una o dos docenas de miembros en el invierno de 1939-1940, justo antes de la invasión alemana. La organización era clandestina. El clima político en el país era terrible. El ejército alemán inició la invasión el 10 de mayo y las operaciones militares concluyeron con la capitulación el 28 de ese mismo mes. El país fue ocupado y en las primeras semanas hubo una desorientación total. Henri de Man, el líder del partido socialista, siguió siendo viceprimer ministro. Capituló ante los nazis. Hizo un llamamiento público a colaborar con la ocupación. Parte del aparato sindical le apoyó. En cuanto al partido comunista, publicaba su periódico legalmente. A causa del pacto Hitler-Stalin, se sometieron a la censura nazi. Todo ello fue

un tremendo choque para nosotros. Éramos muy débiles y muy pocos. Entonces nos enteramos del asesinato del *Viejo*, de Trotsky. Los periódicos belgas publicaron la noticia alrededor del 21 de agosto. Inmediatamente, una de las figuras legendarias del comunismo belga, el camarada Polk, que había sido uno de los fundadores del PC, miembro de su comité central en los veinte y posteriormente opositor de izquierdas, trotskista, vino ver a mi padre en nuestra casa. Lloraba. Había conocido al *Viejo* personalmente. Otros vinieron también. Se juntaron siete u ocho personas, que dijeron lo mismo. La única manera de responder al asesinato era reconstruir la organización inmediatamente, enseñarles a esos sucios asesinos que nunca podrían acabar con las ideas ni con la oposición. Decidimos reconstruir la organización y enviamos mensajeros a todo el país.

T.A.: ¿Todo ello clandestinamente?

E.M.: En la más absoluta clandestinidad. Descubrimos que los camaradas en Bruselas pensaban de manera muy parecida. En un par de semanas pusimos en pie un esqueleto de organización. Empezamos a publicar nuestro primer periódico ilegal antes del final de 1940. Organizamos una pequeña imprenta clandestina, y todo empezó a funcionar bastante bien, debo decir, dadas las circunstancias. Era una pequeña organización clandestina y tuvimos una buena acogida en algunos sectores obreros, porque, de alguna manera, teníamos el monopolio. El partido comunista no se identificaba con la Resistencia. Y los socialdemócratas, por su parte, sí lo estaban con la colaboración. Debo decir que la Resistencia no era algo popular. La mayoría de la gente aún pensaba que los alemanes ganarían la guerra. En el mejor de los casos se mostraban pasivos y abstencionistas. En el peor, querían estar del lado de los vencedores.

T.A.: ¿Seguíaís estando aislados?

E.M.: Después del invierno, las cosas cambiaron. La derrota de los alemanes en la Batalla de Inglaterra tuvo algo que ver con ello. Aquel invierno fue muy duro y muy amargo. Las raciones de comida eran muy pequeñas, y había mucho descontento entre los obreros. Las primeras huelgas estallaron en marzo. Y el PC comenzó a cambiar su orientación. No es verdad que esperara hasta el ataque alemán contra la URSS. En cuanto que vieron cierto movimiento, un

movimiento de masas, empezaron a actuar con cautela para no quedar totalmente al margen de los acontecimientos. No querían regalarnos el monopolio de la Resistencia, a nosotros y a otros nuevos grupos, que es lo que hubiera pasado de seguir en la pasividad total. Y por supuesto, cuando se inició el ataque contra la URSS, se volvieron más audaces. Para nosotros, las cosas se hicieron más difíciles, pero al mismo tiempo el campo de la resistencia de masas se amplió. Debo decir que nunca dudé por un momento que los nazis perderían. Puedo decirlo con cierta satisfacción, cuando miro hacia atrás. Era joven, no muy maduro —un poco loco desde muchos puntos de vista— pero nunca jamás dudé que los nazis serían derrotados. Estaba absolutamente convencido. Y ello me llevó a intentar algunas acciones alocadas.

T.A.: ¿Distribuiste panfletos a los soldados alemanes?

E.M.: Sí, pero eso no fue lo peor. Por el contrario, se trataba de algo muy correcto. Cuando me arrestaron la primera vez, conseguí escapar de prisión. Me volvieron a coger por segunda vez, y me escapé del campo. La tercera vez que me capturaron, me deportaron a Alemania. Estaba muy contento. No comprendía que había un 99,9 por ciento de posibilidades de que me matasen.

T.A.: Porque eras marxista y judío.

E.M.: Judío, marxista, comunista y trotskista. Cuatro razones para querer ser asesinado por distintos grupos de gente, por decirlo de alguna manera. Estaba contento de que me deportasen a Alemania porque estaría en el corazón de la revolución alemana. Me decía: "Estupendo, estaré donde quiero estar". Algo completamente irresponsable, por supuesto.

T.A.: ¿Volviste a intentar escapar de nuevo?

E.M.: Bueno, se trata de otra locura. El hecho de que esté vivo sólo demuestra la excepción de la regla. De nuevo, puedo decir con satisfacción que mi forma de ver las cosas ayudó. Aunque tampoco hay que exagerar, porque la suerte también me echó una mano. Mediante un comportamiento político, y creo que una posición correcta en una serie de cuestiones básicas, enseguida pude establecer buenas relaciones con algunos de los guardianes. No me mostraba como la mayoría de los belgas y de los franceses, que eran muy anti alemanes. Yo busqué deliberadamente a aquellos guardianes

con los que poder establecer cierta comunicación política. Ésa era la actitud más inteligente, incluso desde el punto de vista de mera supervivencia. Así que intenté localizar a aquellos alemanes que fueran simpáticos, que dieran señales de algún tipo de posición política. Enseguida encontré a algunos antiguos socialdemócratas, incluso algunos antiguos comunistas.

T.A.: ¿Entre los guardianes del campo de concentración?

E.M.: Sí, entre los guardianes. No era un campo de concentración, sino un campo de prisioneros. Ya me habían condenado, lo que era una ventaja. En los campos de concentración estaban las SS, la peor gente. En los campos de prisioneros, funcionarios de penitenciarias, como en una cárcel inglesa. Así que algunos de ellos estaban en el cuerpo de los años veinte y treinta. Pensé que alguno sería socialdemócrata, porque los ministros de Interior habían sido antes de los nazis muchos de ellos socialdemócratas. Y así era, como descubrí que también entre los prisioneros jóvenes alemanes —muchos más de lo que te imaginas— había izquierdistas y pacifistas. Me hice amigo de ellos. Mi primer amigo era una persona increíble, a quien habían condenado a cadena perpetua por haberse opuesto públicamente a la guerra. Era el hijo de un obrero ferroviario socialista de Colonia. Cuando estuvo convencido de que podía confiar en mí, me dio la dirección de su padre y de varios de sus amigos diciendo: "si alguna vez escapas, te ayudarán, te esconderán en un tren y podrás volver a tu país". Así que me puso a trazar un plan. Aunque todo era una locura, como comprenderás. Trabajábamos en un lugar que nunca podré olvidar, una de las mayores plantas de Alemania, quizá la mayor.

T.A.: ¿Qué producían?

E.M.: Gasolina, gasolina sintética para la maquinaria de guerra, para los aviones y los tanques. Era como un microcosmos de Europa. Había prisioneros de guerra rusos, occidentales, prisioneros políticos, de los campos de concentración, civiles deportados, trabajadores libres y algunos obreros alemanes. En total 60.000 personas trabajaban allí. Era como un microcosmos de la sociedad europea bajo los nazis. También había un grupo de trabajadores belgas, incluso de Amberes, mi ciudad. Me hice amigo de ellos y les pedí ropa, para poder cambiarme y dejar mi uniforme de prisionero. Estudié la alambrada electrificada que rodeaba el campo y encontré

que había zonas de desconectaban durante la mañana para poder hacer los cambios de guardia en las torretas de vigilancia. Así que, simplemente, salté la alambrada. Tenía guantes, pero estaba totalmente loco, totalmente loco.

T.A.: El tipo de locura que te salvó la vida.

E.M.: En cierto sentido. Había un riesgo terrible de ser capturado y ejecutado en el acto. De hecho, por desgracia, me pillaron. Estuve en libertad durante tres días, que fueron embriagadores, muy estimulantes. Por primera vez desde que me encarcelaron, obtuve algo de fruta fresca. Una mujer alemana me dio peras y manzanas, lo que me hizo feliz. Conocía el camino a la frontera, cerca de Aachen. Pero me cogieron en los bosques, a la tercera noche. De nuevo, tuve mucha suerte. Comencé a hablarle al guarda forestal que me había detenido. Le dije: "Escucha, ¿has leído los periódicos? Los aliados están ya en Bruselas y pronto estarán en Aache. Si me matas ahora, pronto tendrás un gran problema. Mejor, déjame en la cárcel y ahórrate líos". Entendió y hasta fue simpático.

T.A.: Ya entonces, Ernest, eras capaz de convencer al diablo.

E.M.: Bueno, si quieres decirlo así. Incluso me dio un pedazo de pan. No quiero presumir. Lo que hice era algo elemental. Por supuesto, les di un nombre falso. Tampoco les di el nombre correcto del campo del que me había escapado, así que me llevaron a otra cárcel. Pero finalmente se enteraron y durante dos semanas me encerraron en una celda de castigo, esposado y con grilletes, porque sabían que me había escapado del campo. Pero a pesar de ello, estaba más seguro allí. El comandante del campo del que me había escapado vino a verme a la cárcel —una pequeña celda oscura— y me dijo: "Eres un pájaro raro. ¿Sabes que si te hubieran devuelto te hubiéramos colgado inmediatamente?". Le dije que sí. Se me quedó mirando, totalmente asombrado. Pero claro, en esta cárcel no podía colgarme. Ya me habían condenado, así que me tuvieron en Eich desde octubre de 1944 hasta comienzos de marzo de 1945. Después me transfirieron a otro campo, en donde estuve tres semanas, y a final de mes me liberaron.

\* Traducción de G. Buster, anteriormente publicada en *Viento Sur*, n° 23, octubre de 1995.

## EL LUGAR DEL MARXISMO EN LA HISTORIA

### 1. EL CONTEXTO HISTÓRICO GENERAL

El marxismo es, en última instancia, el producto de la aparición del modo de producción capitalista a partir de los siglos XV y XVI en algunas regiones de Europa occidental (Italia septentrional y central, los Países Bajos, Inglaterra, partes de Francia, Alemania, Bohemia y Catalunya), sobre la base del cual surge una sociedad burguesa que domina progresivamente la vida social en todas las esferas de la actividad humana. El modo de producción capitalista se funda en la apropiación privada de los grandes medios de producción y subsistencia (instrumentos de trabajo, tierra y víveres) por los capitalistas (es decir, propietarios de importantes sumas de dinero). Éstos utilizan una parte de su capital para comprar la fuerza de trabajo de una clase social, el proletariado, obligado a vender esta fuerza de trabajo puesto que ya no tiene acceso a los medios de producción para generar su manutención. En esta relación antagónica entre el Capital y el Trabajo asalariado, posibilitada por la generalización de la producción mercantil (la transformación de los medios de producción y de la fuerza de trabajo en mercancías), se funda el nuevo modo de producción.

Éste surge en medio de una sociedad —la sociedad feudal—, cuya lenta descomposición abre una fase de transición larga y

contradictoria, que se extiende en algunas de las regiones de Europa occidental arriba citadas entre los siglos XIII a XVI, incluso hasta el XVIII, pero cuyos aspectos continúan en actividad mucho más tiempo. A menudo se designa esta fase con el término de sociedad semifeudal. Se funda en la pequeña producción mercantil, en la que los principales productores —los campesinos y los artesanos— son productores libres y no siervos, que disponen de sus propios medios de producción. El modo de producción capitalista no aparece sino cuando estos productores libres son despojados progresivamente de sus medios de producción y del libre acceso a la tierra.

El modo de producción capitalista surge inicialmente bajo la forma de empresa agrícola comercial, industria a domicilio y manufactura. En la primera, el productor (campesino) es despojado de sus herramientas de trabajo (la tierra, sus animales, sus instrumentos) y enganchado como obrero agrícola o doméstico de hacienda por un hacendado-empresario que produce para el mercado. En la segunda, el productor igualmente despojado, produce para un comandatario capitalista. En la tercera, los productores desposeídos son concentrados ya en gran número bajo un mismo techo. Hacendados, comerciantes y empresarios, así como sus asalariados, comienzan a constituir un mercado interno para las mercancías (alimento, textiles, herramientas, bienes de consumo).

Hay que subrayar, sin embargo, que esta forma inicial del modo de producción capitalista, del siglo XIII a principios del XVIII, no es hegemónica, ni se encuentra consolidada. En esta etapa del desarrollo histórico, la burguesía no conquistó en ninguna parte el poder político, salvo en los Países Bajos del Norte y en algunas ciudades como Ginebra, y aún allí con su fracción más aristocrática, la burguesía de los banqueros y de los grandes comerciantes.

El Estado sigue siendo un Estado semifeudal (a menudo una monarquía absoluta). La mayoría de los privilegios de la nobleza y del clero se conservaron, aunque estas clases dominantes de la sociedad feudal se empobrecieron progresivamente en relación con la burguesía y se descompusieron lentamente. En particular, los asalariados propiamente dichos, no constituyen sino una pequeña minoría entre los productores, que son, en su gran

mayoría, campesinos libres (pequeños productores comerciantes) o parcialmente sujetos a los restos de la servidumbre.

Es a partir de la revolución industrial, que se produce en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se consolidará e impondrá definitivamente el nuevo modo de producción capitalista. Con el sistema de la fábrica basado en el maquinismo se extenderá a través del mundo y pondrá de relieve plenamente todas sus características fundamentales. Es solamente a partir de este momento cuando podrá ser plenamente comprendido, y sus leyes de desarrollo (su lógica y su dialéctica internas) podrán ser aprendidas.

El maquinismo, que es la base de la fábrica capitalista moderna, es el resultado de una lenta transformación de las herramientas de trabajo artesanales/industriales a partir del siglo XIII (molinos de agua, técnicas de cultivo y de ganadería, técnicas mineras, etc.) que desemboca finalmente en el empleo de una nueva fuente de energía en la producción: la fuerza del vapor. Esta transformación es estimulada a partir del siglo XVI por un acelerado progreso de las ciencias naturales y su utilización creciente en la técnica de producción y circulación de mercancías.

Uno de los resultados más espectaculares de estos progresos de las ciencias aplicadas es la difusión de la ciencia de la navegación y de la construcción naval. Esta difusión hace posible las grandes expediciones de descubrimiento y pillaje desde Europa hacia África del Sur y del Este, Asia y las Américas del siglo XVI (1492: "descubrimiento" de América por Cristóbal Colón), que pone en funcionamiento una enorme expansión del comercio internacional. De esta manera, nace un verdadero mercado mundial para productos llamados coloniales, mientras que el mercado de alimentos se extiende a toda Europa, seguido más tarde por el de los productos manufacturados. Este mercado mundial estimulará, a su vez, la expansión del modo de producción capitalista. Pero el progreso acelerado de las ciencias naturales, en correlación con la expansión del modo de producción capitalista, transforma progresivamente también los modos de vida, de actividad y pensamiento de las masas urbanas, tanto los de la nueva burguesía como los de la pequeña burguesía y los primeros precursores del proletariado moderno. Por lo demás, no deja de influir también a sectores de las masas rurales, por lo menos en algunos países.

La sociedad feudal se caracterizaba esencialmente por una gran estabilidad de la existencia humana. Cada quien "tenía su lugar" y "permanecía en su lugar". Los hijos de los siervos eran siervos. Los de la nobleza eran nobles o pertenecían al clero. Los hijos de artesanos llegaban a ser artesanos. Había una ideología religiosa no menos inalterable, la religión católica consolidada por la escolástica, encubría, racionalizaba y justificaba esta sociedad fuertemente jerarquizada.

Por cierto, estas rigideces no eran absolutas. Al igual que la técnica, el pensamiento y el cuestionamiento social experimentaron progresos significativos en la sociedad feudal en Europa (sobre todo en el siglo XIII). Hubo avances en el campo filosófico; la "izquierda aviceniense", de origen islámico, por ejemplo, se acercó al materialismo. La extensión del comercio internacional estimuló prácticas intelectuales (¡la contabilidad!) generadoras del pensamiento racionalista. Sin embargo, todos estos progresos fueron lentos, contradictorios, sujetos a marcadas recaídas hacia el control religioso (el surgimiento de la Inquisición) y el oscurantismo, sobre todo en el siglo XV, ligadas a una crisis generalizada de la sociedad feudal.

A partir del siglo XVI y de la aparición del modo de producción capitalista, el clima ideológico y cultural se modifica, en conexión íntima con la modificación radical de la vida cotidiana y de las mentalidades de las poblaciones urbanas. El sentimiento de que todo cambia rápidamente sustituye al sentimiento de que hay un orden fijo eterno. La duda, el cuestionamiento de los "valores establecidos", el examen crítico de las pretendidas "leyes divinas", así como de las instituciones humanas, se generaliza progresivamente. Los dogmas religiosos son los primeros sometidos a una revisión, bajo el efecto combinado de las conquistas de las ciencias naturales, de la propagación del espíritu crítico y de las rebeliones contra los abusos, los privilegios y la corrupción del clero. Así, se desarrollan paralelamente el humanismo casi ateo, la Reforma (luteranismo, anglicanismo, calvinismo, puritanismo) y la filosofía racionalista-naturalista (Galileo, Descartes, Spinoza).

En última instancia, estos movimientos ideológicos expresan las aspiraciones de las nuevas clases urbanas y rurales que se desarrollan con el modo de producción capitalista: la burguesía, la

pequeña burguesía de funcionarios e ideólogos (maestros, sabios, artistas), el artesanado independiente, el pre-proletariado (asalariado una parte del año solamente), los hacendados-empresarios. Cada una se reconocerá total o parcialmente en una de las variantes de la nueva religión y en las nuevas corrientes filosóficas.

Esta lucha ideológica adquirió esencialmente una forma religiosa, lo que se explica por el papel de la religión como ideología hegemónica en la sociedad feudal, ideología de la que todas las clases están profundamente impregnadas por la educación y en la vida cotidiana. No obstante, de lo que se trata es en realidad de una verdadera lucha de clases, como lo demuestran los grandes combates sociales y políticos en los que desembocaron estos conflictos religiosos, combates que llegan hasta guerras civiles y verdaderas revoluciones: la rebelión de los husitas en Bohemia en el siglo XV; la guerra de los campesinos en Alemania, la revolución de los Países Bajos, las insurrecciones de la Comuna de Gand y la de Munster (movimiento de los anabaptistas) en el siglo XVI; las guerras de religión en Francia durante los siglos XVI y XVII; todo lo cual desemboca en la revolución inglesa de 1640-1688.

Dada la debilidad relativa de la burguesía en los siglos XVI y XVII, estos movimientos resultan sólo parcialmente victoriosos. A menudo, desembocan en derrotas. La Contrarreforma, triunfante con los jesuitas en Italia, España, los Países Bajos del Sur, Austria y una parte de Alemania, sucede a la Reforma. En el terreno político, es la monarquía absoluta la que se extiende y no la república burguesa. Muchas secuelas de la Edad Media —la servidumbre, la arbitrariedad judicial, incluida la Inquisición y la tortura, la censura y la colocación en el index de libros "sediciosos"— subsisten. Galileo se ve obligado a confesar públicamente que se equivocó cuando demostró, contrariamente a la opinión de la Biblia, que es la Tierra la que gira alrededor del Sol y no a la inversa.

Avances y retrocesos se combinan en todas partes del mundo. La colonización europea desemboca en la exterminación de los indios de América. El capitalismo comercial organiza la trata de negros, devasta África y extiende plantaciones y manufacturas en América con ayuda de millones de esclavos y no de proletarios libres.

No es sino con el advenimiento del capitalismo industrial en la segunda mitad del siglo XVIII que el progreso y el optimismo social se generalizan rápidamente. Bajo la dirección de la burguesía y de sus ideólogos revolucionarios, todo lo que subsiste del orden feudal es fácilmente impugnado, atacado y ridiculizado. El asalto contra la monarquía absoluta se transforma en un asalto general contra el orden social que ella sustenta, en un triunfo cada vez más amplio de la nueva sociedad burguesa en todos los terrenos de la vida social. Estos triunfos en la transformación de las costumbres, las ideas y los "valores" reconocidos, desembocarán en las grandes revoluciones burguesas del siglo XVIII: la revolución norteamericana de 1776 y la revolución burguesa de 1789. Este movimiento proseguirá en Europa y en América Latina a principios del siglo XIX, con desigual éxito según los países.

Estas revoluciones son también el desembocadero de una vasta toma de conciencia de capas burguesas, pequeñoburguesas y preproletarias; a saber, que la humanidad puede decidir su propio destino, que éste no está predeterminado por la Providencia divina o por alguna fatalidad. Fe en la razón humana como motor de su emancipación, he aquí como podemos resumir el "espíritu de la época" del Siglo de las Luces. Después de haber penetrado en las ciencias naturales y la técnica, este "espíritu de la época" penetra en la crítica de las instituciones estatales, la actividad filosófica y literaria, en la lucha política. Llevada por un cambio radical de las relaciones de fuerza entre la burguesía por una parte, y la monarquía, la nobleza y el clero por otra, esta ola emancipadora encontrará su expresión suprema en las dos grandes revoluciones del siglo XVIII.

Sin embargo, a medida que se expande el modo de producción capitalista, el aspecto contradictorio de la sociedad burguesa, el carácter ambiguo no menos contradictorio del progreso económico y político que encarna la expansión de la sociedad burguesa y las revoluciones burguesas, comienza a manifestarse a la luz del día. El capitalismo no es sólo una expansión colosal de conocimientos, riquezas y derechos humanos. Es también una acumulación de miserias, injusticias, opresiones y negación de derechos humanos elementales. La polarización de la sociedad entre ricos y pobres estalla a los ojos de todos los observadores, incluso a los de escritores con

opiniones reaccionarias, como Balzac, e ideólogos conservadores. Esta toma de conciencia va acompañada de una nueva práctica social: la lucha de clases de los obreros-artesanos, los preproletarios y los proletarios contra los capitalistas. Así va a surgir el "cuarto estado", que se enfrenta progresivamente contra el "tercer estado", contra la burguesía; esto supone un cambio fundamental de la escena política y social, que había estado dominada hasta ese momento por la lucha de esta última contra la monarquía, la nobleza y el alto clero.

El debilitamiento de las monarquías absolutas y la aparición de movimientos revolucionarios de masas permiten a diversas capas sociales oprimidas expresar sus reivindicaciones, apoyándose a menudo en la interpretación más radical de los principios de la democracia. La igualdad entre los individuos debe aplicarse a los sexos. Así, apareció la "Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadanía" en plena Revolución Francesa. Ella no debe permitir discriminación de casta o raza: también se inician la emancipación de los judíos, el movimiento por la abolición de la esclavitud, la extensión del sufragio universal. Finalmente, implica la igualdad entre las naciones y su derecho a la autodeterminación, de allí el surgimiento de movimientos democráticos nacionales, particularmente en Irlanda, Italia y Alemania.

Una realidad económica y una práctica socio-política nuevas engendran así una interrogante científica nueva, acompañada de ideologías nuevas. ¿Debe limitarse la emancipación al "ciudadano", a los derechos jurídicos y políticos del hombre? ¿No debiera extenderse al productor, al explotado, al "hombre (y la mujer) económicos"? Así al final del Siglo de las Luces surge la cuestión social, el problema de la emancipación económica, y con ella, el socialismo como corriente de ideas y movimiento real que actúa por esta emancipación.

Del surgimiento del modo de producción capitalista al maquinismo y la fábrica moderna; del surgimiento del proletariado concentrado en las fábricas a la lucha de clases parlamentaria elemental; de las resistencias de pueblos colonizados contra las nuevas formas de explotación capitalistas a los movimientos de independencia radicales (América Latina, Irlanda, etc.); de la aparición, en el punto culminante de las grandes revoluciones burguesas, de revolucionarios que ya no se sitúan exclusivamente en relación a los objetivos de la burguesía revolucionaria, a un principio de articulación de objetivos

socialistas en favor del joven proletariado; del racionalismo burgués radical a su "superación" por las ciencias sociales críticas y lúcidas que comienzan a descubrir todos los resortes secretos de la historia y del "orden social" en general (es decir, la sociedad dividida en clases antagónicas, de la propiedad privada) sin limitarse a la crítica del orden semifeudal: he ahí la evolución y el contexto histórico que hacen posible el nacimiento del marxismo.

El socialismo, la idea de un "regreso a la edad de oro", es decir, una sociedad sin clases, es mucho más viejo que el capitalismo industrial. Son prácticamente tan viejos como la propia división de la sociedad en clases. Encontramos ecos de ella en la antigua poesía griega, en los profetas hebreos, en los primeros padres de la Iglesia católica, en numerosos pensadores de la China clásica y del islam. Durante la Edad Media y en los grandes movimientos ideológicos a partir del siglo XV, esta tradición se extiende cada vez más. También es reforzada por la existencia de sociedades relativamente igualitarias encontradas por los europeos durante viajes de descubrimientos o campañas de conquista.

El marxismo se sitúa sin ninguna duda en la huella de esa vieja y venerable tradición de sueño y combates de emancipación de los pobres, explotados y oprimidos. Comparte con ellos interrogantes, protestas, preocupaciones, rebeliones. Pero todo lo que es específico del marxismo no se explica, en última instancia, sino por lo que es nuevo a partir del siglo XVIII, y que está íntimamente ligado a la consolidación del modo de producción capitalista por la revolución industrial: la aparición definitiva del proletariado como clase social fundada en el trabajo asalariado; la toma de conciencia radical de la "cuestión social" nacida del nuevo antagonismo social: el del capital y el trabajo asalariado.

## 2. LAS CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DEL MARXISMO

El marxismo aparece a la vez como una transformación revolucionaria y una unificación progresiva: de las ciencias humanas, más exactamente de las ciencias sociales; del movimiento político de

emancipación, principalmente de las organizaciones revolucionarias, surgidas de la extrema izquierda de la Revolución Francesa; del movimiento obrero elemental y espontáneo, creado por los propios trabajadores al margen de cualquier teoría filosófica o sociológica; del socialismo premarxista, es decir, de la elaboración de proyectos de una sociedad mejor, de "soluciones de la cuestión social" esencialmente en el plano teórico e ideológico: teorías filosóficas, sociológicas, económicas, combinadas con actividades educativas y filantrópicas (fundación de las primeras colonias "comunistas").

En cada uno de estos terrenos, Marx y Engels parten de lo que ya existe, asimilan plenamente los logros acumulados y los someten a un examen crítico. De esta manera, los transforman radicalmente, pero conservando todo lo que contienen, a juicio suyo, de fundamentalmente válido.

En el terreno de las ciencias sociales, la apropiación crítica concierne sobre todo a la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y la historiografía sociológica francesa, que había descubierto y aplicado los conceptos de clases sociales y lucha de clases.

En el campo del movimiento de emancipación social, Marx y Engels prosiguieron la continuidad de la acción revolucionaria y de la organización revolucionaria tal y como surgen del babouvismo y del blanquismo, combinándolas con las lecciones que se extraen de las primeras organizaciones revolucionarias alemanas, cuya experiencia viven, que desembocarán en la creación de la Liga Comunista, a la que se adhirieron. Hacen suyas las reivindicaciones democráticas radicales de las organizaciones que, contra el absolutismo, quieren instaurar la república democrática en Italia, Irlanda y España. Abolir la esclavitud de Estados Unidos, Brasil y en las colonias europeas. Se esforzaron por integrar también las lecciones que se pueden extraer de la primera experiencia de un partido de masas obrero, el partido cartista de Gran Bretaña.

En el terreno del pensamiento y de la organización socialistas (en general no revolucionarios y ni siquiera políticos), se esfuerzan por introducir el análisis científico de la sociedad burguesa, de sus tendencias de desarrollo, de su futuro, de las contradicciones que determinarán su decadencia y caída. Aplican este método particularmente

para el análisis de la opresión de la mujer, emprendido por los socialistas feministas utópicos. Es el esfuerzo por transformar el socialismo esencialmente utópico en socialismo científico. Simultáneamente, Marx y Engels buscan asentar el pensamiento y la organización socialistas sobre la necesidad de la acción política, es decir, de fusionarla con la organización y la acción revolucionarias.

Finalmente, en el movimiento elemental de autoorganización de la clase obrera, Marx y Engels se esfuerzan por introducir sobre todo el programa (los principios) del socialismo científico, del comunismo, lo que implica que insistan sobre el colectivo socialista junto a los objetivos inmediatos y sobre la acción política revolucionaria paralela a la acción económica (sindical-mutualista) y educativa.

De esta manera, el marxismo aparece como una cuádruple síntesis: síntesis de las principales ciencias sociales; síntesis de estas ciencias sociales y el proyecto de emancipación de la humanidad; síntesis del proyecto de emancipación humana y el movimiento real de auto-organización y de auto-emancipación del proletariado moderno; síntesis de este movimiento obrero real y la acción, en forma de organización política revolucionaria.

Estas síntesis no pueden considerarse terminadas de una vez y para siempre. Puesto que su único axioma es que la medida definitiva de toda acción humana y el fin último del ser humano es el propio ser humano, están sometidas siempre a la prueba de la práctica, y no son en absoluto dogmáticas. Deben ser constantemente reexaminadas a la luz de cada experiencia o de datos nuevos sobre un pasado todavía insuficientemente conocido.

Sin embargo y en el mismo sentido, todo lo que en esta síntesis se apoya ya sobre un enorme cuerpo de experiencias y de datos empíricos, no pueden ser puesto en tela de juicio a la ligera, a la luz de datos parciales, coyunturales, es decir, de manera esencialmente impresionista. Ese cuestionamiento deberá a su vez ser criticado y sujeto a revisión, a la luz de hechos ulteriores, si éstos confirman la síntesis inicial.

De una manera más general, estas síntesis se apoyan sobre una visión global de la sociedad burguesa y de la historia humana en sus modos de producción sucesivos, es decir, sobre la capacidad de extraer leyes de desarrollo de una sociedad particular considerada

en su totalidad. Cualquier enfoque fragmentario que intente "soslayar" esa visión global debe ser más que puesto en duda. Casi siempre desemboca fatalmente en análisis falsos y previsiones no confirmadas por los hechos.

Además, estas síntesis implican siempre una apropiación crítica de los elementos de las ciencias universitarias más avanzadas, así como un análisis crítico del movimiento de emancipación tanto a nivel de las organizaciones revolucionarias, como al de los intentos por resolver "la cuestión social" y a los esfuerzos elementales de auto-organización y auto-emancipación de la clase obrera. En esta apropiación crítica hay un continuo equilibrio dialéctico entre la recuperación y la innovación.

En el espíritu del marxismo, dado el método de aproximación a la realidad (al devenir social) adoptado por Marx y Engels, este equilibrio es inevitable. El marxismo no cree en la ciencia infusa y aún menos en el conocimiento intuitivo. Tampoco se comporta como un "educador" unilateral ni en relación con el proletariado, ni en relación con el movimiento histórico (en las peripecias de la lucha de clases). Aprende constantemente de la realidad, que está en transformación continua. Comprende que los educadores necesitan también ser educados, que sólo la praxis revolucionaria colectiva, enraizada en la praxis científica por una parte, y en la praxis real del proletariado por otra, permite esta autoeducación de los revolucionarios y de la humanidad trabajadora.

### 3. LA TRANSFORMACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES POR EL MARXISMO

#### 3.1. LA TRANSFORMACIÓN DE LA FILOSOFÍA CLÁSICA ALEMANA

El aporte principal de la filosofía alemana al marxismo es la dialéctica de Hegel que Marx y Engels recuperaron ampliamente, transformándola y reconstruyéndola desde su base.

La dialéctica tiene un origen muy antiguo. Se la encuentra desde el alba del pensamiento filosófico, particularmente en el filósofo griego Heráclito ("todo cambia", "todo se mueve", "todo

se transforma"; en griego: "panta rei") y varios pensadores chinos como Kung-sung Lung y Tai-chen. Posteriormente fue desarrollada por el filósofo judeo-holandés Spinoza (siglo XVII). Y fue elevada a sus más altos niveles por la filosofía clásica alemana encarnada por Hegel, uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos. Los logros del pensamiento dialéctico son ante todo:

- La concepción de toda realidad como sometida a un cambio continuo, es decir, no como una suma de hechos sino como una combinación de procesos.
- La concepción de toda realidad como una totalidad en movimiento, de la que ninguna parte puede ser comprendida aisladamente, al margen de sus interconexiones, de sus relaciones con las otras partes.
- La concepción del movimiento como resultado de las contradicciones internas de esta totalidad.
- La concepción del conocimiento como una aprehensión de lo real por el pensamiento (por medio de la actividad humana), es decir como una interacción entre el sujeto y el objeto. El sujeto tiende a transformar lo real aprehendiéndolo, pero él mismo se transforma mediante la actividad investigadora, de aprehensión y de transformación de lo real.
- La concepción del conocimiento como la extracción, mediante el análisis y la acción, de leyes de desarrollo inherentes a los procesos aprehendidos. La dialéctica del pensamiento debe ajustarse a la dialéctica de lo real (al movimiento real) para poder comprender a este último.

Esta metodología general del pensamiento eficaz, científico, del pensamiento, que permite acercarse a través de aproximaciones sucesivas a una comprensión de la realidad en su totalidad, constituye un enorme paso adelante en relación con el método puramente analítico del saber fragmentado, excesivamente especializado, basado esencialmente en la experimentación parcial y la lógica formal.

La dialéctica no rechaza la experimentación parcial y la lógica formal, las incorpora. Pero al mismo tiempo capta sus límites.

Permite así un progreso pluridisciplinario del conocimiento, que el marxismo cristaliza particularmente en el terreno de las ciencias que tienen como objeto a toda la sociedad, y que alcanzará tarde o temprano al conjunto de las ciencias humanas.

El pensamiento de Hegel, estimulado por la experiencia que el gran filósofo alemán había adquirido de la Revolución Francesa (en su juventud, Hegel había formado parte incluso de un grupo revolucionario prejacobino), llega al borde de un "salto cualitativo" en varios terrenos clave: particularmente en el del papel motor que el trabajo social juega en la historia humana. Pero la victoria de la contrarrevolución política en Francia y en Europa, y el carácter todavía insuficientemente maduro de la sociedad burguesa y la lucha de clases proletaria durante las dos primeras décadas del siglo XIX, no le permitieron a este gran genio franquear ciertos límites de su pensamiento. Éste sigue caracterizándose por las debilidades siguientes:

a) Concibe la dialéctica como esencialmente idealista. Considera el movimiento de las ideas como fundamental en relación con el movimiento de la realidad material. De hecho, lo real es a menudo identificado con lo ideal. La dialéctica de la historia es reducida, en última instancia, a la dialéctica de la "idea absoluta". La realización de la libertad se concibe como finalidad de la historia—Hegel comparte esta concepción con el Siglo de las Luces—, es decir, con el proyecto de emancipación humana que sustentaba todo el combate de la burguesía revolucionaria, la realización de la libertad espiritual: "El esclavo espiritualmente libre puede ser más libre que el amo".

b) La filosofía de la historia que se desprende de esta concepción idealista de la dialéctica adquiere, debido a esto, una dimensión demasiado abstracta, casi metafísica. Los protagonistas de la historia, los objetos de estudio y los sujetos del movimiento de emancipación no son ya el hombre y la mujer concretos, tal como viven, trabajan, son explotados y sufren al mismo tiempo que piensan, tienen su "vida interior" y sus estados de ánimo. Sino que demasiado a menudo este lugar lo ocupan los "seres espirituales", es decir las ideas y las ideologías, incluyendo las religiones.

Es cierto que esta debilidad metafísica de la filosofía de la historia de Hegel está atemperada por intuiciones geniales sobre las

relaciones entre el trabajo (la producción), la organización de la vida material y el Estado (la estructura social), intuiciones que llevan al filósofo alemán al borde casi de un análisis de numerosos fenómenos históricos que, hablando con propiedad, podríamos calificar de materialista.

c) Una filosofía de la historia idealista, fundada sobre la concepción idealista de la dialéctica, puede degenerar fácilmente en visión apologética de la realidad social, y particularmente del Estado (el Estado prusiano) en el cual está inserto el filósofo.

La famosa fórmula de Hegel "todo lo que es real es racional; todo lo que es racional es real", no es automáticamente apologética si se considera el verbo "ser" en su acepción dialéctica, como el equivalente de "devenir, transformarse, crecer, para después declinar y desaparecer". En este sentido la fórmula puede significar:

*Todo lo que es real sobrevive sólo en la medida en que esta realidad corresponde a una necesidad y, en esta medida, a su propia racionalidad. En la medida en que esta racionalidad declina y se descompone, en la medida en que sus contradicciones se manifiestan cada vez más y se vuelven cada vez más explosivas, esta realidad se vuelve cada vez más "irreal", es decir, comienza a descomponerse y por lo tanto a desaparecer, a dar lugar a una realidad nueva, más racional. Y paralelamente: Todo lo que es racional, aunque todavía no esté realizado plenamente, aunque todavía no sea más que potencial, embrionario, llegará a ser cada vez más real, se realizará progresivamente en los hechos.*

Pero esta misma fórmula, potencialmente revolucionaria, puede ser interpretada también de manera profundamente conservadora. Expresaría entonces lo siguiente:

*Toda realidad es racional (de otra manera no existiría), es decir necesaria (el resultado inevitable de una combinación de procesos que la han producido). No se debe, por lo tanto, ponerla en tela de juicio. Todo lo que es racional y necesario ya se ha realizado. Lo que no se ha realizado no es (o no es todavía) ni racional, ni necesario; si no ya se hubiere realizado.*

De hecho, las dos interpretaciones paralelas se encuentran en el pensamiento del propio Hegel. La primera predomina en sus obras juveniles. La segunda en sus obras crepusculares. Ambas dieron nacimiento a dos escuelas, a dos líneas de discípulos. La segunda marca la escuela de los "viejos hegelianos", soportes de la monarquía prusiana, de la religión, y del Estado que se supone que encarna "la virtud" (como en Platón y Aristóteles) y el "bien común", opuesto al egoísmo económico y social que domina "la sociedad civil". La primera da vida a la escuela de los "jóvenes hegelianos", filósofos radicales, contra el sistema, contestatarios, ateos (sobre todo Feuerbach), entre los que Marx se enrola en su juventud y cuya obra despiadada de crítica filosófica, histórica, social, económica y política continuará.

En una de sus obras juveniles menos conocidas, *Der Geist des Christentums* (*El espíritu del cristianismo*), Hegel llega a escribir:

*Sólo lo que es objeto de libertad es la idea. ¡Hay que superar por lo tanto el Estado! Ya que todo Estado está destinado a tratar a los seres humanos libres como si se tratara de piezas de un mecanismo (Raiderwerk). Eso no debe ser así. El (Estado) debe por consiguiente terminar... Al mismo tiempo, quiero establecer aquí los principios de una nueva historia de la humanidad, es decir, de toda la miserable obra humana del Estado, la constitución, el gobierno y la legislación ¡y quitarle hasta la piel!* (G.W.F Hegel, *Der Geist Christentums*, Ullstein, 1978, p. 341; traducción de E.M.).

d) Una dialéctica idealista desligada de la realidad material puede carecer de todo criterio epistemológico, de todo criterio de verificación en última instancia. Al mismo tiempo, corre el riesgo de encerrarse en un razonamiento circular, léase en el solipsismo. Puede tomar un carácter dogmático, al servirse únicamente de la coherencia interna del razonamiento como justificación última del sistema de pensamiento, como prueba final de su grado de verdad, de su veracidad.

Marx y Engels trataron de corregir estas debilidades de la dialéctica idealista "volviéndola a poner sobre sus pies" (en el sobreentendido de que Hegel la había puesto de cabeza, es decir, cabeza

abajo). Tuvieron asimismo que transformar la dialéctica idealista en dialéctica materialista. Esta última se funda en las observaciones siguientes:

a) La realidad material (la naturaleza y la sociedad) existe independientemente de los deseos, pasiones, intenciones e ideas de los que buscan interpretarla. Es una realidad objetiva que el pensamiento trata de explicar. Ni qué decir tiene que los procesos de conquista de conocimientos (y por lo tanto las ciencias, incluida la ciencia socialista) son también procesos objetivos, objetos potenciales de un examen científico crítico.

b) El pensamiento jamás puede identificarse totalmente con la realidad objetiva, aunque sólo sea porque esta última está en permanente transformación, y la transformación de lo real forzosamente precede siempre en el tiempo al progreso del pensamiento. Sin embargo puede acercarse a ella cada vez más. Lo real es pues comprensible. Los avances del pensamiento, de la ciencia (no necesariamente un avance lineal y permanente) son posibles y se verifican concreta y prácticamente en la historia humana por sus consecuencias (previsiones verificadas, aplicaciones realizadas, etc.), es decir, por sus resultados prácticos. Por lo tanto el criterio último del grado de veracidad del pensamiento, de la ciencia, es práctico. El pensamiento es eficaz (científico) en la medida que la explicación de los procesos reales no es solamente coherente para explicar lo que ya existe, sino que sirve también para prever lo que todavía no existe, para integrar esta previsión en la interpretación del proceso real considerado en su totalidad, y para modificar y transformar la realidad en función de un objetivo preestablecido. En última instancia, el conocimiento es un instrumento de supervivencia del género humano, un medio para modificar el lugar de esta especie en la naturaleza, con el fin de aumentar su viabilidad.

c) La dialéctica de la historia es una dialéctica de seres humanos reales y concretos, y no una dialéctica del "hombre en general", o "del hombre y de la mujer como seres esencialmente espirituales". Los seres humanos reales y concretos son seres humanos social e históricamente específicos, es decir, determinados por las

condiciones sociales específicas en las que viven, condiciones que cambian según la época histórica.

d) El movimiento de emancipación real que se realiza progresivamente a través de la historia, con grandes avances a los que suceden graves recaídas, no es ni exclusiva, ni esencialmente, ni en primer lugar, el movimiento de emancipación espiritual. No es sobre todo una conquista progresiva de la libertad del espíritu, sino una conquista progresiva del espacio material de vida y de libertad, de posibilidades de gozo. Entre ellos, los gozos espirituales, estéticos, etc., ocupan sin duda un lugar importante. Pero su satisfacción está condicionada por la satisfacción previa de las necesidades elementales de alimentación, protección, salud, necesidades sexuales, de educación, de acceso a la cultura, etc. Se trata de liberar a los individuos de las limitaciones que les impone una estrecha dependencia de las fuerzas de la naturaleza, así como aquellas que impone una dependencia estrecha de otros individuos.

La libertad espiritual del esclavo es sin duda vital para su supervivencia. Pero el combate por su liberación material, es decir, por la abolición de la esclavitud como institución social, de toda la realidad social que la sustenta, es de más largo aliento. De todas maneras, existe en la historia un movimiento real de emancipación material por parte de los propios esclavos. El programa que Marx y Engels se fijaron en sus obras juveniles, y al cual permanecieron fieles toda su vida es el de combatir todas las instituciones y todas las condiciones en las que el hombre es un ser humano miserable, explotado, oprimido, alienado, y debido a esto, mutilado, incapaz de realizar todas sus posibilidades humanas. Es por lo tanto una ruptura radical con todo uso apologetico de la dialéctica.

La fusión de la dialéctica materialista con los principales descubrimientos de la historiografía sociológica francesa, alimentada a su vez por el principal logro de la economía política inglesa —el papel central del trabajo social en la existencia humana— permitió a Marx y Engels elaborar de manera coherente su teoría del desarrollo social de la humanidad: la teoría del materialismo histórico, llamado también "interpretación materialista de la historia".

## 3.2. LA TRANSFORMACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA SOCIOLÓGICA FRANCESA

La comprobación de que no "son los grandes hombres los que hacen la historia", sino que ésta resulta fundamentalmente de conflictos que oponen a un gran número de individuos, es decir conflictos de fuerzas sociales, se impuso rápidamente en la historiografía desde sus orígenes. En historiadores griegos como Tucídides encontramos ya una fórmula como ésta: "Toda ciudad se encuentra dividida en una ciudad de ricos y una de pobres, entre los cuales se produce una guerra permanente". Autores clásicos chinos llegaron rápidamente a la misma conclusión. La encontramos también en los más grandes pensadores del mundo islámico, sobre todo en los grandes historiadores/sociólogos Al Biruni e Ibn-Khaldun, que llegan hasta el umbral del materialismo histórico.

Es la experiencia de las grandes revoluciones burguesas, del siglo XVI al XVIII, las lecciones que de ellas se extraen y que alimentan preocupaciones políticas actuales, la que lleva a la historiografía francesa de principios del siglo XIX a crear antes que nada los conceptos de clases sociales y de conflictos entre clases sociales, es decir de lucha de clases, como instrumentos para comprender la marcha de la historia. Así, uno tras otro, Francois Quesnay, Augustín Thierry, Mignel, Guizot y Thiers, en sus estudios sobre la revolución inglesa, la conquista de Inglaterra por los normandos, sobre la Revolución Francesa y el restablecimiento de los Borbones en 1815, manejan estos conceptos.

Por lo demás, habían sido precedidos en esta vía por algunos autores ingleses y alemanes, particularmente Schiller en su estudio de la revolución de los Países Bajos en el siglo XVI. Algunos grandes pensadores del Siglo de las Luces, particularmente Voltaire y Montesquieu, habían ya establecido que la historia está determinada en última instancia por las condiciones materiales en las que se desarrolla. Sin embargo, tendían a privilegiar las condiciones naturales (clima, situación geográfica, razas, etc.) y políticas (constitucionales) sobre las condiciones sociales y económicas. Jean Jacques Rousseau y Condorcet se adelantaron en esta vía.

El mérito de la historiografía sociológica reside en una aplicación sistemática de los nuevos conceptos de clase, si no a toda la

historia humana por lo menos a grandes partes de ella abarcando uno o varios siglos. En este sentido, se trata de una verdadera revolución en las ciencias sociales, que combina avances en la historiografía con una mejor comprensión de la estructura y la dinámica de las sociedades. Marx y Engels son, por lo tanto, los herederos de la historiografía sociológica francesa, así como de la filosofía clásica alemana.

No obstante, si bien el progreso de la ciencia histórica y de la ciencia de la sociedad significan indudablemente un gran progreso, la obra de los historiadores franceses de principios del siglo XIX tiene grandes lagunas en relación con una interpretación científica de la historia, así como contradicciones flagrantes en la comprensión de la realidad sociopolítica —y por lo tanto histórica— de su época, la del capitalismo triunfante:

a) Los conceptos de “clases sociales” y de “conflictos entre clases sociales” son manejados de una manera esencialmente descriptiva. Si bien no se niega la base material de estos conflictos, e incluso es puesta de manifiesto correctamente sobre todo en lo que concierne a ciertas oposiciones de clases en la sociedad feudal (¡no en todas!), no se llega a establecer claramente el vínculo estructural, orgánico, entre el lugar de las clases sociales en la sociedad, principalmente en la producción, y sus intereses materiales, su papel social y las luchas políticas.

b) Las luchas ideológicas, los conflictos entre sistemas de ideas, los “valores espirituales” (Dios, la religión, la Libertad con L mayúscula, el bien común, la belleza, incluso la nación) son consideradas generalmente como superpuestas a los conflictos de intereses materiales, como desligadas de éstos y poseedoras de un sentido que les sería intrínseco, cuando no otorgándoles un valor eterno.

c) En general no se abordan, o se tratan de forma marginal, los intereses y los combates de las capas (clases) más pobres de la sociedad, las que en el pasado no supieron imponerse duraderamente, los eternos vencidos de las revoluciones y de las luchas sociales y políticas. Cuando se les describe se hace a menudo sin comprenderles, a la luz de prejuicios y hasta de odios de clase manifiestos.

A pesar de sus aspectos a veces grotescos, cada generación de cronistas e historiadores transmite así innumerables calumnias a la generación siguiente. Citemos en desorden y al azar: la leyenda que cuenta de los cátaros, a la vez que rechazaban tener relaciones sexuales y que practicaban el infanticidio a gran escala; la que dice de los pueblos eslavos de la Alta Edad Media, que habían sido incapaces de constituir estados, "cualidad" según ella reservada a los pueblos germánicos; aquélla que cuenta que los judíos estarían desprovistos de "cualidades marciales"; la leyenda de que los anabaptistas "socializaron a las mujeres" en Munster; la que cuenta que los indios de México practicaban el sacrificio humano a muy vasta escala; la de la crueldad de los pieles rojas de América del Norte, y la de la "pereza congénita" de los negros, que según esto habrían rechazado trabajar de no haber sido sometidos a la esclavitud.

Decididamente, la historiografía —con excepción de la que está influida por el marxismo— ha producido una historia reescrita por los vencedores, a despecho tanto de la verdad histórica como del honor de los vencidos.

d) Más particularmente, la aplicación de los mismos conceptos de clases y de lucha de clases se hace de manera cada vez más reticente, a medida que se trata de plantear los antagonismos entre el capital y el trabajo asalariado, a medida que el siglo XIX se acerca y que se trata de analizar las luchas sociales contemporáneas, la historiografía y la sociología desembocan inevitablemente en la política. A partir de este momento, y bajo la presión evidente de sus propios intereses de clase, los grandes historiadores sociólogos burgueses niegan que, actuando en política como lo hacen, defiendan intereses materiales específicos diferentes de los de otras clases sociales. Se transforman bruscamente en defensores de un "orden social" eterno, del "bien común", del "interés general de la nación", de los "valores espirituales supremos".

Sus adversarios de clase ya no son presentados como tales, sino como "sembradores del desorden", como "anarquistas sangrientos" (más tarde se hablará de bolcheviques que llevan un cuchillo entre los dientes y echan los dedos de los niños en la sopa, e incluso de los que encarnan el "Imperio del Mal"), "promotores de la violencia", en resumen, como "bárbaros" que se oponen a la

"civilización". Los ideólogos politiqueros racistas y fascistas lo dirán más claramente todavía: "sub-hombres", seres desposeídos de la cualidad humana, lo que permite justificar la inhumana manera en que son tratados estos adversarios.

e) No se revelan los orígenes de las clases sociales y el Estado. Al mismo tiempo, ambos son presentados como fenómenos casi eternos, salvo quizás en los estadios más primitivos de la existencia humana. Su desaparición se considera imposible, es decir, "contraria a la naturaleza humana".

Al desarrollar la teoría del materialismo histórico, Marx y Engels rebasaron estas lagunas y estas contradicciones de la historiografía sociológica francesa, y enriquecieron y precisaron los conceptos de clases sociales y lucha de clases.

a) Las clases sociales no son instituciones sociales eternas y permanentes de la sociedad (de la existencia) humana. Surgen en una etapa determinada del desarrollo de la sociedad. Se desarrollan y se transforman de formación social a formación social y están destinadas a desaparecer. La organización social pasa y pasará por los estadios sucesivos de la sociedad primitiva sin clases, a las diferentes formas de la sociedad de clases, hasta la sociedad futura (comunista) sin clases.

b) Para comprender esta marcha general de la historia, es decir, el origen, desarrollo, exacerbación y desaparición de la división de la sociedad en clases, hay que partir de la primacía para el género humano, como para toda especie viviente, de la supervivencia material. Sin embargo, la especie humana se distingue de todas las otras especies porque ella misma produce su supervivencia (su subsistencia cotidiana y la reproducción de la especie) mediante una acción colectiva deliberada: el trabajo social. Este trabajo social crea un producto social que se divide esencialmente en producto necesario y excedente social.

El producto necesario permite mantener (y por lo tanto reproducir) la fuerza del trabajo y los instrumentos de trabajo existentes. El excedente social es el conjunto de los bienes habitualmente producidos no indispensables para esta manutención.

Mientras el excedente social sea insignificante la división de la sociedad en clases es imposible, en el sentido de que una fracción de la sociedad se libere de la necesidad de producir su propia subsistencia (y sea mantenida gracias al excedente social). Mientras el excedente social sea real, incluso creciente, pero insuficiente para liberar a la gran mayoría de la sociedad de la obligación de consagrar lo esencial de sus esfuerzos para la producción/reproducción de su existencia material (de la existencia material de toda la sociedad), la división de la sociedad en clases es inevitable. A partir del momento en que el excedente social se vuelve tan grande e importante que el producto necesario es ya sólo el resultado de un esfuerzo reducidísimo (algunas horas de trabajo por día), surge la base material para el advenimiento de la sociedad sin clases.

c) La magnitud del producto social, y por lo tanto también del excedente social, es en última instancia función de la productividad social del trabajo. El progreso económico es medible por esta productividad del trabajo, así como por la esperanza de vida media (la longevidad relativa) de los seres humanos. El nivel de la productividad media del trabajo depende esencialmente del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, a saber, fuerzas productivas objetivas (herramientas, instrumentos de trabajo, etc.) y fuerzas productivas humanas (número y cualificación de los productores/as). La técnica de la producción (tecnología) está en función por lo tanto de una combinación entre estos dos elementos, y code-terminada por el nivel de conocimientos técnicos (más o menos científicos) y culturales acumulados.

Igualmente, la liberación de una parte de la sociedad de la necesidad de consagrar la mayor parte de su tiempo a la producción de subsistencias en el sentido amplio del término —y por lo tanto la existencia de clases dominantes, poseedoras— no supone solamente una situación explotadora y expoliadora, aunque efectivamente éste sea su sentido fundamental. Corresponde también a la necesidad objetiva para la sociedad de asegurar la acumulación, la transmisión, el acceso a los conocimientos y la posibilidad de su ampliación. A esta función social puede llamársela de acumulación.

A partir de un cierto punto de desarrollo social (de desarrollo de las fuerzas productivas), la función de acumulación, anteriormente

ejercida en las pequeñas colectividades de manera comunitaria y benévola, fue acaparada por una fracción de la sociedad que se apropia, simultáneamente, de los medios de producción y de una parte del excedente social, con fines de consumo improductivo (muy a menudo derrochador). Ésta es la base y la función social de las clases dominantes. Viven del trabajo ajeno y monopolizan las funciones de gestión y acumulación.

d) En la producción de su vida material, en la organización social del trabajo, los seres humanos, y a partir de un cierto estadio de evolución, las clases sociales entablan entre ellos unas determinadas relaciones, que Marx y Engels llaman relaciones de producción. Toda forma de sociedad, toda formación social concreta, se caracteriza por esas relaciones de producción específicas. Estas relaciones de producción determinan el conjunto de las "relaciones económicas", es decir, no solamente la producción inmediata sino también la circulación de los bienes, la manera de tener acceso a ellos, y la forma de apropiación de los instrumentos de trabajo por parte de los productores (las unidades de producción). El conjunto de las relaciones de producción determina en última instancia el conjunto de las relaciones sociales —en la sociedad de clases: el conjunto de las relaciones entre las clases— y por ello mismo la propia estructura de la sociedad. Ésta es la primera tesis central del materialismo histórico.

e) Las relaciones de producción estables, que se reproducen más o menos automáticamente, son el elemento esencial de los distintos modos de producción. Marx y Engels reconocen una serie de modos de producción: el comunismo primitivo de la horda, el clan y la tribu; el modo de producción esclavista; el modo de producción asiático (actualmente los marxistas prefieren el término: modo de producción tributario); el modo de producción feudal; el modo de producción capitalista; el modo de producción comunista (del que el socialismo consumado constituirá la primera fase).

Entre estos modos de producción históricamente distintos, que sin embargo no se suceden de forma lineal ni siguen necesariamente el orden enumerado, se intercalan generalmente períodos de transición caracterizados por relaciones de producción menos estables, por una posibilidad de evolución más amplia. Marx y Engels por ejemplo

llamaron "pequeña producción de mercancías" a la fase de transición entre el feudalismo y el capitalismo, que tuvo por lo demás un primer ascenso durante el apogeo del modo de producción esclavista.

Sin embargo, un modo de producción es una estructura, no puede ser modificado fundamentalmente de manera gradual. Sólo puede ser derribado por una revolución. Hay que señalar además que cuando se estabiliza un nuevo modo de producción, pueden cohabitar, no obstante, relaciones de producción que representan supervivencias del pasado con las relaciones características del nuevo modo de producción. Pero la afirmación del nuevo modo de producción implica justamente que las relaciones de producción que le son características sean hegemónicas, incorporando así estas supervivencias que terminan por ser asimiladas (ley del desarrollo desigual y combinado).

f) Un modo de producción "progresista", es decir, superior al que reemplaza desde el punto de vista de la civilización material y de la cultura, debe terminar por dar un mayor impulso al desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, debe permitir a la sociedad economizar trabajo, reducir esfuerzo físico. (En la sociedad dividida en clases, son sobre todo las clases dominantes las que aprovechan para aumentar su tiempo libre, su consumo y su cultura. Sin embargo, las clases productivas pueden luchar con cierto éxito para participar de una manera modesta en este progreso.) Es lo que sucede en general durante las fases de consolidación y de auge de un modo de producción determinado. Pero, debido a sus propias características, a las leyes de desarrollo interno y a las contradicciones intrínsecas de cada modo de producción, a estas fases de consolidación y auge les sucede siempre una de decadencia. En ésta, las relaciones de producción existentes se convierten en trabas para cualquier salto adelante de las fuerzas productivas, o bien éstas dejan de crecer, o bien su crecimiento se produce "minando", desestabilizando de manera creciente y explosiva, las relaciones de producción, la estructura social y "el orden social" existentes. Entonces se abre un período de crisis social aguda cada vez más generalizada, de revoluciones y contrarrevoluciones sociales.

g) No hay ningún vínculo automático entre el nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas por una parte, y el

mantenimiento o la sustitución de las relaciones de producción y el modo de producción existentes por otra, salvo en el sentido más general, a saber, que este nivel limita el abanico de formas sociales de organización posibles (la fábrica moderna y el mercado mundial no eran posibles con la técnica del año 100 a.C., la esclavitud no puede generalizarse sobre la base de la técnica industrial actual, el comunismo era imposible con la técnica de los siglos XV y XVI, etc.). La mediación entre ambos es la lucha de clases real y los resultados globales en los que desemboca en momentos determinados.

Los hombres y las mujeres hacen su propia historia. No la hacen libres de presiones materiales ni con un conjunto ilimitado de posibilidades. Pero la hacen, y el proceso histórico concreto depende en primer lugar de los resultados de sus luchas ("factor subjetivo de la historia"), aunque éstas estén "sobredeterminadas" por una serie de factores históricos y sociales sobre los cuales no tienen un control directo ("los factores objetivos de la historia"). Sin embargo, esta "sobredeterminación" no es nunca de tal índole que abra la vía a una sola posibilidad histórica. Marx y Engels han destacado que en períodos de revolución social aguda —en la época de decadencia de un modo de producción— puede surgir una organización social superior desde el punto de vista de la vida y de la supervivencia del género humano, gracias a la victoria de la clase revolucionaria, o bien una descomposición conjunta de las clases sociales en lucha y la decadencia general de la sociedad. Es lo que sucedió particularmente con la decadencia del modo de producción esclavista en la antigüedad. Es el fundamento histórico de la alternativa "socialismo o barbarie", a la cual estamos enfrentados hoy en día.

h) La lucha de clases es siempre una lucha de clases generalizada en la mayoría de las esferas, si no es en todas, de la actividad social, independientemente de la consciencia que de ello tengan (o no) los y las que participan en ella. En efecto, el género humano no puede trabajar relaciones de producción sin establecer al mismo tiempo relaciones de comunicación. Todo lo que hacen y producen los seres humanos "pasa por su cabeza" y va acompañado de representaciones "ideológicas" (en forma de ideas, sistemas de ideas, esperanzas, temores y otros movimientos afectivos) que influyen a su vez sobre sus acciones materiales. Estos "sistemas de representación del

mundo material en la cabeza de los seres humanos” constituye una parte de la superestructura ideológica de cualquier sociedad. La base social (la infraestructura), las relaciones sociales de producción, determinan en última instancia esta superestructura social, es decir, determinan la evolución y las formas predominantes del derecho, las costumbres, la religión, la filosofía, las ciencias, el arte y la literatura de cada época. La existencia social condiciona la conciencia social. He aquí la segunda tesis central del materialismo histórico. Puesto que la clase dominante controla el excedente social y por consiguiente toda la sociedad, la ideología de la clase dominante es generalmente la ideología dominante de cada época.

Ello no significa sin embargo, que sea la única ideología existente en esa época. Subsisten a su lado restos de ideologías de las antiguas clases dominantes que pueden sobrevivir largo tiempo después del fin de su dominio. Pueden también coexistir ideologías de clases intermedias (por ejemplo, de la pequeña burguesía en la sociedad capitalista), e ideologías de nuevas clases en ascenso, revolucionarias en relación con las clases dominantes existentes. En general, una lucha de clases ideológica intensa precede y abre una época histórica de revolución social. Pero antes de la fase de la revolución misma es imposible para ninguna clase social conquistar la hegemonía ideológica sin controlar el excedente social, es decir, sin la hegemonía económica. Por esta razón, la burguesía, que había prosperado ampliamente bajo la monarquía absoluta, pudo llegar a ser hegemónica ideológicamente antes de la victoria de la revolución burguesa, mientras que el proletariado no puede conquistar una hegemonía comparable antes de la revolución que derroque el Estado burgués y expropiar el capital.

i) El Estado es un producto de la división de la sociedad en clases, un instrumento de consolidación, de mantenimiento y reproducción de la dominación de una clase determinada. Ésta es la tercera tesis central del materialismo histórico. El Estado no es consubstancial a la “sociedad organizada” o a la “civilización” en el sentido amplio del término. No existió desde siempre. No existirá siempre. El análisis de los orígenes, el desarrollo específico y la posibilidad de desaparición del Estado es una de las principales contribuciones del marxismo a las ciencias de la sociedad.

Las instituciones estatales son un componente esencial de la superestructura social, que incluyen tanto elementos de coerción (ejército, cuerpos represivos, justicia) como elementos necesarios para hacer aceptable por parte de las clases productivas la explotación y la opresión de clase que sufren, para ocultar y "legitimar" el carácter explotador y opresor de estas instituciones. Ésta es, en líneas generales, la función de las ideologías dominantes anteriormente mencionada, y de su transmisión por medio de instituciones como la familia, la enseñanza, las iglesias, los medios de comunicación de masas, la publicidad en la sociedad burguesa, etc. Asimismo toda lucha de clases desde que se inicia, y más aún cuando se generaliza, es forzosamente una lucha política—independientemente de la consciencia que de ello tengan los combatientes—, una lucha por el mantenimiento, el debilitamiento o el derrocamiento de un poder de Estado determinado, del poder político de una clase determinada.

j) Entre el derrocamiento del poder de Estado y de la dominación económica de la burguesía, y el acceso a una sociedad sin clases y sin Estado, se intercala un período histórico de transición caracterizado por la dictadura del proletariado, es decir, el ejercicio del poder de Estado por la clase de los trabajadores asalariados. Cuya función es impedir que los antiguos explotadores reconquisten el poder, así como organizar la economía y la sociedad con miras a la emancipación de la humanidad mediante una reorganización progresiva y consciente de todas las esferas de actividad social, comenzando por la producción material, la distribución de los bienes y servicios, la gestión de la economía y del Estado por los propios productores, la difusión de la cultura (el acceso universal a los conocimientos y a las informaciones), etc.

### 3.3. LA TRANSFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA POLÍTICA INGLESA

La apropiación crítica de la historiografía sociológica francesa había conducido a Marx y a Engels a enlazar los conceptos de clases sociales y lucha de clases con los conceptos de trabajo social y producto social. De esta manera llegaron a examinar los problemas de la ciencia económica y del análisis económico, entre los cuales, el

del intercambio y su explicación ocuparon un lugar central. Después de cierta vacilación por parte de Marx, se suscribieron a la tesis fundamental de la escuela clásica de la economía política inglesa: el intercambio se funda en una equivalencia (una comparación) de las cantidades de trabajo contenidas en las mercancías.

Esta teoría llamada del valor-trabajo tiene viejas raíces. Había sido toscamente enunciada por los teóricos escolásticos (Tomás de Aquino, Alberto el Grande) e islámicos (Ibn Khaldun) durante la Edad Media. Fue afinada en el siglo XVII por William Petty, tomando forma definitiva en el siglo XVIII en la obra de Adam Smith, y a principios del siglo XIX en la de David Ricardo.

Teoría de la burguesía en ascenso y revolucionaria, la economía política clásica se distinguió por una actitud abierta y franca respecto a los problemas por resolver. Abordó rápidamente la vida económica bajo el capitalismo como un fenómeno objetivo que había que explicar, y no como un conjunto de principios o de valores "morales" que había que aprobar o condenar. Reconoció que, como toda ciencia, la ciencia económica debía partir de los datos empíricos inmediatos (particularmente los precios) para descubrir las leyes que explican los movimientos de la economía. Fue así como situó con mucha razón el valor de las mercancías en el centro de la explicación. Por lo demás, en Adam Smith, los orígenes históricos de la economía de mercado constituyen, al menos, uno de los fundamentos de la validez de la teoría del valor-trabajo.

La idea de que sólo el trabajo es productor de valor había sido sesgada por los fisiócratas franceses del siglo XVIII (Quesnay, Turgot) hacia un sentido específico: sólo el trabajo agrícola podía ser productivo. Esta restricción del concepto reflejaba claramente el predominio de la agricultura en relación con la industria en la Francia pre-revolucionaria. Sin embargo, provocó dos avances importantes de la ciencia económica en relación con los logros de la economía política inglesa: los ingresos de las clases dominantes (propietarios terratenientes y comerciales/industriales) fueron concebidos como deducciones del producto del trabajo de la única clase productiva (para los fisiócratas: la clase campesina); la vida económica fue representada en su conjunto como un flujo y reflujo de productos e ingresos que gobernaban, al mismo tiempo, la producción del momento y la futura, es decir la

reproducción. Marx se inspirará en estos avances para perfeccionar su propia teoría económica.

Efectivamente, tenía que resolver varias contradicciones y debilidades fundamentales a las que ni Adam Smith ni Ricardo habían encontrado solución:

a) Su definición misma del valor era incompleta, insatisfactoria y caduca. Para la economía política inglesa clásica, el valor era, en el fondo, simplemente un instrumento de medición, un numerario que permitía reducir a un solo "factor" los diferentes elementos de costo de las mercancías o los ingresos de diferentes clases sociales. Smith y Ricardo no respondieron a la interrogante: ¿cuál es, pues, la esencia, la naturaleza de este misterioso valor?

b) La imprecisión de la naturaleza del valor condujo, en Adam Smith, a una contradicción inextricable —un verdadero razonamiento circular— en el intento de medir cuantitativamente este valor. Ricardo superó parcialmente esta contradicción. En efecto, para Adam Smith, el trabajo determina el valor de las mercancías. Pero "el valor del trabajo" está a su vez determinado por el salario. El *impasse* es evidente cuando se plantea la pregunta: ¿qué determina el valor del salario, es decir, el de los víveres (mercancías de subsistencia) que el obrero compra con su salario?

c) La economía capitalista es considerada como esencialmente estática. La explicación clásica apunta antes que todo a la del "estado de equilibrio". Las únicas perturbaciones del equilibrio que se contemplan son las que provienen de una imperfección de la competencia, es decir, de la supervivencia de monopolios de todo tipo, o las que provienen de los fenómenos monetarios. Ni siquiera se percibe, y por lo tanto no puede ser explicada, la dinámica fundamental de la competencia; el desequilibrio casi permanente que crea entre oferta y demanda, en que la primera rebasa casi siempre a la segunda y desemboca en crisis periódicas de sobreproducción. Esto refleja no solamente el hecho de que tanto Adam Smith como Ricardo vivieron antes de que este fenómeno de crisis periódicas se manifestara en toda su magnitud, sino que se debe principalmente a una incomprensión fundamental de la manera en que la competencia capitalista se funda en el proceso de producción,

en una transformación constante de la técnica y por lo tanto de los costos de producción, es decir, en modificaciones rápidas del valor de las mercancías.

d) La teoría del salario propia de la economía política clásica —teoría de Malthus y Ricardo— es también esencialmente estática. El salario oscila alrededor del mínimo vital fisiológico. Es una teoría por lo demás más demográfica que económica del salario. Suponen que son las fluctuaciones de la natalidad y de la mortalidad infantil las que regulan la oferta de la mano de obra en el "mercado de trabajo". Cualquier aumento de los salarios por encima del mínimo vital fisiológico provocaría un crecimiento de esta oferta suficiente para inducir a una baja de los salarios, que volverían así a caer, más o menos automáticamente, al mínimo fisiológico. El socialista alemán Ferdinand Lasalle retomará esta teoría falsa de los salarios bajo la fórmula "ley de bronce de los salarios" (*Eisernes Lohngesetz*). Podríamos resaltar que esta teoría de los salarios, que se funda en lo que sucede en una sociedad capitalista todavía esencialmente preindustrial o subindustrializada (enorme subempleo permanente y estructural), racionaliza el interés de la joven burguesía y sus esfuerzos con miras a hacer descender los salarios a un nivel bajísimo (pauperización absoluta del proletariado).

e) El principal representante de la economía política clásica, David Ricardo, defiende una teoría falsa de la moneda: la llamada teoría cuantitativa de la moneda, que introduce una contradicción fundamental en todo su análisis económico (en todo su sistema de pensamiento). Por una parte, Ricardo es un defensor sistemático y coherente de la teoría del valor-trabajo. Para él, el valor de todas las mercancías está determinado por la cantidad de trabajo que ellas representan. Pero, por otra parte, el valor de la moneda-oro está determinado por la cantidad de oro en circulación. Sin embargo es incuestionable que el oro es a su vez una mercancía producto del trabajo humano. ¿Por qué, entonces, su valor no está determinado por la cantidad de trabajo que contiene, sino más bien por la magnitud de su circulación?

f) La economía política clásica se pretende esencialmente objetiva. Da cuentas de la realidad, algunas veces de manera tan brutal que casi frisa con el cinismo, particularmente en la identificación

del trabajo productivo con el "trabajo" productor de ganancia. Pero cuando se enfrenta con la realidad de la lucha obrera y de su organización, sobre todo por el aumento de salarios y la reducción de la jornada de trabajo, deja bruscamente de contentarse con dar cuenta de una realidad innegable y se vuelve normativa, subjetiva y moralizadora. Tiende a condenar las organizaciones y las luchas obreras como "trabas a la libertad", obstáculos "para la competencia", "conspiraciones", "utopías contrarias a las leyes económicas (leyes del mercado) inexorables", "atentados contra el orden público", etc. Para ello debe negar un aspecto fundamental de la realidad económica y social que sus representantes más lúcidos, la "izquierda ricardiana" (los discípulos más radicales de David Ricardo) tienden no obstante a descubrir: a saber, el carácter explotador del modo de producción capitalista, que agudiza inevitablemente la lucha de las clases entre patrones y asalariados/as, y conduce de manera no menos inevitable a estos últimos a agruparse, a coaligarse para defender sus intereses. Si la libertad (burguesa) implica el derecho de todos y de todas a defender sus propios intereses económicos "egoístas", ¿por qué los asalariados/as no gozarían del mismo derecho?, ¿por qué sería legítimo que los patrones busquen aumentar sus ganancias y no lo sería que los asalariados intenten aumentar sus salarios?

Marx y Engels lograron superar todas estas contradicciones inherentes a la economía política clásica, gracias a dos descubrimientos científicos fundamentales de Marx, y a las consecuencias que de ellos se desprenden: la elaboración de un sistema coherente de análisis económico, que implica una explicación y una crítica coherentes, sin fallas, del modo de producción capitalista y de sus tendencias de desarrollo.

Marx estableció que el trabajo no es sobre todo una unidad para la medida común de los diferentes elementos de los costos de producción de las mercancías, sino que es la esencia misma del valor. El valor es trabajo, más exactamente una fracción del potencial de trabajo (de la masa de jornadas de trabajo/horas de trabajo) disponible en una sociedad determinada durante un período determinado.

Toda sociedad humana vive y sobrevive gracias a este trabajo social abstracto (haciendo abstracción de la profesión particular de

cada trabajador en particular). En una sociedad basada en la propiedad privada, el potencial de trabajo social global está fragmentado en trabajos privados, efectuados por individuos o unidades de producción independientes unas de otras. La distribución de estas tareas (fragmentos del trabajo social global) no se efectúa de manera consciente, sino espontánea. El mercado se encargará de corregirla luego. Los individuos deben hacer que se reconozca como trabajo social el trabajo que efectivamente han ejecutado. El trabajo privado es siempre una parcela de trabajo social, pero toda cantidad de trabajo privado no es automáticamente reconocida como tal. Es precisamente el valor de las mercancías el que gobierna este reconocimiento. El valor de las mercancías es la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlas (la fórmula "socialmente necesaria" se funda en la productividad media de trabajo en cada rama particular de la producción).

De este primer gran descubrimiento de Marx se desprende otro. El asalariado y la asalariada, el proletario y la proletaria no venden "trabajo", sino su fuerza de trabajo, su capacidad de producción. Es esta fuerza de trabajo la que la sociedad burguesa transforma en mercancía. Tiene por consiguiente su propio valor, elemento objetivo como el valor de cualquier otra mercancía: sus propios costos de producción, sus propios gastos de reproducción. Como toda mercancía, tiene una utilidad (valor de uso) para su comprador, utilidad que es la condición previa para su venta, pero que no determina en absoluto el precio (el valor) de la mercancía vendida.

Ahora bien, la utilidad, el valor de uso de la fuerza de trabajo para su comprador, el capitalista, es justamente la de producir valor, puesto que por definición todo trabajo en una sociedad mercantil agrega valor al valor de las máquinas y las materias primas a las que se aplica. Todo asalariado produce por lo tanto "valor añadido". Pero, como el capitalista paga un salario al obrero y a la obrera —salario que representa el costo de reproducción de la fuerza de trabajo—, comprará esta fuerza de trabajo sólo si "el valor añadido" por el obrero o la obrera rebasa el valor de la propia fuerza de trabajo. A esta fracción del valor producida de más por el asalariado, Marx lo llama plusvalor'. El plusvalor es la diferencia entre el nuevo valor producido por la fuerza de trabajo y el valor propio a esta

fuerza de trabajo, es decir, la diferencia entre el nuevo valor producido por el trabajador o la trabajadora y los costos de reproducción de la fuerza de trabajo.

El plusvalor, es decir, la suma total de los ingresos de la clase poseedora (ganancia + intereses + renta de la tierra) es pues una deducción (un residuo) del producto social, una vez asegurada la reproducción de la fuerza de trabajo y cubiertos sus gastos de mantenimiento. No es por lo tanto otra cosa que la forma monetaria del excedente social, que constituye la parte de las clases poseedoras en la repartición del producto social de toda sociedad de clases: los ingresos de los dueños de esclavos en una sociedad esclavista; la renta de la tierra feudal en una sociedad feudal; el tributo en el modo de producción tributario, etc.

El descubrimiento del plusvalor como categoría fundamental de la sociedad burguesa y de su modo de producción, así como la explicación de su naturaleza (resultado del trabajo excedente, del trabajo no compensado, no remunerado, proporcionado por el asalariado) y de sus orígenes (obligación económica para el o la proletaria de vender su fuerza de trabajo como una mercancía al capitalista) representa el aporte principal de Marx a la ciencia económica y a las ciencias sociales en general. Pero constituye ella misma la aplicación de la teoría perfeccionada del valor-trabajo en el caso específico de una mercancía particular, la fuerza de trabajo.

La aplicación rigurosa de la teoría del valor-trabajo al caso de la mercancía "fuerza de trabajo" exige sin embargo un análisis más profundo de las particularidades de esta mercancía. La "fuerza del trabajo", la capacidad de trabajo no es una capacidad puramente física que se pueda medir totalmente en términos energéticos (consumo de calorías y producción de energía que estas calorías permiten). El obrero y la obrera no están solamente dotados de músculos, sino también de nervios y de un cerebro. Si bien la reproducción de su capacidad de trabajo puramente física es indispensable para que lleven a cabo el trabajo que espera de ellos su patrón, esto es en la mayoría de las veces insuficiente para asegurar, por sí mismo, la cantidad de trabajo que el patrón desea obtener.

El trabajo doméstico de las mujeres en la familia contribuye a la reproducción de la fuerza de trabajo, de generación en generación, de

alimento en alimento, de enfermedad en enfermedad, etc., pero como no produce mercancías, no entra en la contabilización de las cantidades de trabajo que se gastan para la producción mercantil dentro de una economía de mercado, contabilización que Marx estudia y explica, evidentemente sin aprobarla o identificarse con ella.

La plena utilización de la fuerza de trabajo depende además de un esfuerzo y una atención que no son elementos puramente fisiológicos. El obrero y la obrera deben estar dispuestos a trabajar a un cierto ritmo, con una cierta aplicación y atención, con un mínimo de calificación (salvo para la mano de obra menos remunerada, y no del todo). Todas estas condiciones significan a su vez "gastos de reproducción" que entran en la determinación del salario. Esto es evidente en los casos de los costos de cualificación (aprendizaje, etc.), pero es igualmente cierto en cuanto al mínimo de esfuerzo, de atención, de cuidado otorgado a la herramienta, etc.

Por cierto, los capitalistas se esfuerzan por obtener estas cualidades al menor costo posible, gracias al miedo de los obreros a perder su empleo, la disciplina impuesta por el personal de control (capataces, encargados, cronometradores, etc.). No obstante, la experiencia confirma que estas cualidades suplementarias de la fuerza de trabajo, más allá de la simple capacidad fisiológica productiva de la energía, necesitan a su vez un cierto número de bienes y servicios de consumo para ser normalmente producidas y reproducidas.

Por lo tanto, el valor de la fuerza de trabajo implica dos elementos, el valor de dos categorías de mercancías: las que permiten satisfacer las necesidades físicas más elementales del obrero, es decir, las que aseguran el mínimo vital en el sentido más estricto del término; y las que permiten satisfacer las necesidades que Marx llama "morales-históricas", que han sido incorporadas al salario medio a través de la evolución histórica, gracias a las luchas obreras, y que difieren de país a país y de época a época.

Lejos de caer automáticamente y de manera permanente hacia el mínimo fisiológico, según Marx, los salarios fluctúan en función de la coyuntura económica y de la tendencia a largo plazo de este elemento "moral-histórico", ambos lo mantienen entre el crecimiento y la contracción. Estas fluctuaciones tienen como límites; por abajo, el mínimo fisiológico absoluto por debajo del cual se

degrada la capacidad física de trabajo del obrero (pierde peso, se desmaya en el trabajo, cae enfermo) y, como techo, el nivel a partir del cual desaparecería la ganancia.

La teoría de los salarios de Marx determina que los salarios fluctúan, por una parte, de acuerdo a la importancia del ejército industrial de reserva (la magnitud del desempleo y la masa de los asalariados y asalariadas potenciales pero no virtuales, como por ejemplo las amas de casa dispuestas a vender su fuerza de trabajo, la sobrepoblación rural, etc.) y por otra, en función de los resultados periódicos de las luchas entre el capital y el trabajo asalariado, según las relaciones de fuerza entre las clases. Las fluctuaciones del ejército industrial de reserva están determinadas en última instancia por los altibajos de la acumulación del capital. Esto significa un enorme progreso en relación con la teoría de los salarios de Malthus-Ricardo, puesto que ya no es por sí solo el movimiento demográfico, sino el conjunto de la dinámica económica del capitalismo el que determina ahora el movimiento de los salarios (no solamente la dinámica de la oferta de mano de obra, sino también la de la demanda de mano de obra).

Al integrar, además, las modificaciones periódicas de las relaciones de fuerza entre el capital y el trabajo en la determinación de los salarios, Marx y Engels superan el determinismo económico mecanicista y estrecho de la economía política clásica. La lucha de clases se convierte en una determinante (variable) parcialmente autónoma del devenir del modo de producción capitalista. Se establece una verdadera dialéctica entre las fuerzas motrices económicas de este modo de producción y la lucha de clases. El análisis económico permite explicar a la vez que justificar la lucha obrera desde un punto de vista objetivo, científico. La ciencia se convierte en arma de combate del proletariado.

La manera en la que Marx resuelve las contradicciones de la teoría ricardiana de la moneda constituye también un notable progreso de la ciencia económica. Para Marx, sólo una mercancía que tenga valor propio (su valor intrínseco) puede ser el "pivote" del sistema monetario. Esta mercancía es el oro. Al tener el oro su propio valor (el número de horas de trabajo socialmente necesarias para producir una onza de oro), los precios evolucionan a

largo plazo en función de la relación entre la evolución de la productividad del trabajo en la industria y la agricultura por una parte, y la de la productividad del trabajo en las minas auríferas por otra. La teoría cuantitativa de la moneda no tiene ninguna validez para la moneda metálica.

Si hay “excedente” de oro en un país, en relación con las necesidades de la circulación y de los pagos, el oro “no pierde su valor”. Es retirado parcialmente de la circulación, atesorado. En la teoría marxista del dinero, las fluctuaciones de los stocks de oro (cantidades de dinero atesoradas), desempeña el papel de regulador que restablece el equilibrio entre la masa monetaria en circulación y el valor de la mercancía contra la que debe intercambiarse, teniendo en cuenta los pagos a realizar y la rapidez de la circulación de esta moneda. Sin embargo, en una aplicación estricta de la teoría del valor-trabajo, la moneda de papel pierde efectivamente “valor”—es decir que una unidad de papel-moneda representa una cantidad más pequeña de oro—si se emite en exceso (inflación de papel-moneda).

Partiendo de estos dos descubrimientos científicos en el campo de la economía, Marx pudo desarrollar las principales tendencias de desarrollo del modo de producción capitalista, cuya validez han confirmado brillantemente 125 años de historia económica y social desde la redacción del tomo I de *El Capital*:

a) La tendencia a revolucionar constantemente la técnica de producción y organización, a través de un progreso técnico que apunta fundamentalmente a economizar el trabajo, es decir, que fundamentalmente sustituye el trabajo vivo por máquinas.

b) La tendencia a someter todas las decisiones de inversión de las empresas a la búsqueda de incrementar sus ganancias. El capital está sediento de plusvalor porque sólo él es la fuente última de las ganancias, y el empuje hacia la maximización de ganancias es el resultado inevitable de la competencia y la propiedad privada.

c) La acumulación de capital (el crecimiento de la masa de capitales) es el objetivo y el resultado no menos inevitable de todos los mecanismos económicos capitalistas.

d) La acumulación del capital toma la forma de una concentración y centralización progresivas de los capitales. Los capitales crecen

en magnitud. Pero al mismo tiempo, un número creciente de capitalistas pequeños y medianos son absorbidos por un número cada vez menor de firmas gigantescas.

e) En el crecimiento de los capitales, la parte de éstos consagrada a la compra de la fuerza de trabajo (capital variable) crece menos rápidamente que la parte consagrada a la compra de máquinas, de materias primas auxiliares, de energía, etc. (capital constante). La composición orgánica del capital (relación entre capital constante y capital variable) tiende a aumentar a largo plazo.

f) La relación entre la fracción del plusvalor total atribuida a cada rama de actividad capitalista y los capitales que en ella se invierten tiende a igualarse: es la tendencia a la perecuación de la tasa de ganancia, a la formación de una tasa media de ganancia, por lo menos en cada país y por un período determinado.

g) Esta tasa media de ganancia tiende a disminuir con el aumento de la composición orgánica del capital. La tendencia a la baja es compensada por varias fuerzas que actúan en sentido inverso, en primer lugar el incremento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, el aumento de la tasa de plusvalor (relación entre el trabajo excedente y el trabajo necesario en el proceso de producción existente); pero a la larga se impone la tendencia a la baja de la tasa media de ganancia.

h) De esta disminución de la tasa media de ganancia resultan inevitablemente crisis periódicas de sobreproducción de mercancías y sobreacumulación de capitales, de las que se han producido 21 desde 1825, es decir, desde la primera crisis del mercado mundial de productos industriales. La duración del "ciclo industrial" (sucesión de fases de crisis, de estancamiento, de reactivación económica, prosperidad, de recalentamiento y de crisis) ha oscilado hasta hoy entre 6 y 9 años, o sea una cada 7 años y medio, como promedio.

i) Al igual que la crisis económica, las crisis sociales, es decir, las luchas periódicas de gran envergadura entre el capital y el trabajo, son inevitables en un régimen capitalista; dada la tendencia del capital a aumentar las ganancias a expensas de los salarios y a provocar crisis y desempleo, y la réplica no menos inevitable de los trabajadores y trabajadoras asalariados, que tratan de defender y aumentar sus salarios, y reducir la duración media del trabajo.

j) Periódicamente estallan crisis políticas después de fases de relativa estabilidad política del capitalismo, es decir, movilizaciones objetivamente revolucionarias del proletariado y ensayos contrarrevolucionarios de la burguesía. Con el proletariado el capitalismo crea a su propio enterrador. No puede crecer significativa y duraderamente sin que crezca de la misma manera el proletariado, sin que se desarrolle la lucha de clases proletaria. El proletariado tiende por lo demás a constituir una fracción mayoritaria de la población activa, al menos en los países industrializados y semi-industrializados.

#### 4. LA SUPERACIÓN DEL SOCIALISMO UTÓPICO

Uno de los lugares comunes más notorios utilizados contra el socialismo, es el que plantea que éste sería "contrario a la naturaleza humana". La propiedad privada sería "innata" a la especie humana. Según ella siempre habría habido ricos y pobres y siempre los habrá.

La antropología, la arqueología, la prehistoria, la etnología nos enseñan, sin embargo, que no es así en absoluto. Los seres humanos han vivido varios millones de años sin propiedad privada de los medios de producción, sin economía de mercado, ni sociedad dividida en clases. El *homo sapiens*, su tipo físicamente más evolucionado, ha vivido así durante decenas de miles de años. La propiedad privada y la división de la sociedad en clases abarcan probablemente menos de 10.000 años, y solamente para una fracción muy reducida de la especie humana, es decir, una proporción infima del tiempo de vida humana sobre la Tierra.

La tesis apologética de la inevitabilidad de la desigualdad social es refutada, también, por un fenómeno posterior al surgimiento de la división de la sociedad en clases. La desigualdad social ha sido constantemente cuestionada dentro de la propia sociedad de clases.

Se puede interpretar este cuestionamiento de la manera más diversa. Puede verse en él la expresión de los intereses objetivos de los explotados, aun cuando éstos —y sus portavoces— no hayan dado siempre este sentido a sus rebeliones. Puede verse en él la expresión de los fundamentos de nuestra naturaleza antropológica, la

tendencia instintiva a la cooperación entre los hombres, sin la cual el trabajo social y la supervivencia de nuestra especie serían imposibles. Se puede afirmar que el deseo de justicia —y por lo tanto, de rebelión contra la injusticia social— corresponde, en el nivel de la psicología individual a esta necesidad social, y se abren un camino hacia la consciencia por lo menos de ciertos individuos, según las vicisitudes de su historia individual (y particularmente lo que sucede durante su infancia). Puede explicarse por una combinación ponderada de todos estos factores.

Como quiera que sea, está demostrado que desde hace por lo menos 5.000 años la sociedad dividida en clases ha sido impugnada, no solamente por la crítica ideológica, la literatura, la visión y la proyección de una sociedad socialista sin clases, sino también, y sobre todo en la práctica, por rebeliones periódicas de los explotados y oprimidos. Éstas van desde las primeras huelgas y sublevaciones de campesinos en el Egipto de los faraones, a las rebeliones de esclavos en la Grecia y Roma antiguas, de las cuales la más célebre es la que dirigió Espartaco durante el siglo I de nuestra era. Están también los poderosos movimientos de esclavos que contribuyeron a la caída del Imperio Romano, los de los bagaudas en Europa occidental y los donatianos en África del Norte.

India y sobre todo la China clásica fueron marcadas por innumerables sublevaciones campesinas, algunas de ellas victoriosas, que dieron nacimiento a nuevas dinastías imperiales. En Japón, en la época de los Tokugawa, hubo entre 1603 y 1863, más de 1.100 rebeliones campesinas. También en la Rusia zarista se dieron numerosos levantamientos campesinos, el más célebre de ellos fue el de Pugachev en Ucrania en el siglo XVII.

En la América colonizada por los españoles y los portugueses, los indios sometidos a la servidumbre y los esclavos se insurreccionaron a menudo. La más conocida de estas rebeliones fue la de los indios de Perú, dirigida por Tupac Amaru a mediados del siglo XVIII. Hubo también la rebelión victoriosa de los esclavos negros de Haití, los jacobinos negros, a finales del siglo XVIII. Existieron numerosas sublevaciones de esclavos negros en el siglo XIX en América del Norte, particularmente la que dirigió Nat Turner en 1831.

En Europa occidental y central se extiende del siglo XIII a XVI una cadena casi interrumpida de jacqueries (sublevaciones campesinas como la que dirigió John Ball en Inglaterra en 1381), y levantamientos de artesanos y oficiales contra el reino de la nobleza y los ricos comerciantes. Estos movimientos desembocaron en las grandes revoluciones burguesas, las de los Países Bajos, de Inglaterra, de Estados Unidos y Francia, con las que se entrecruzan; introduciendo en ellas por lo demás profundas contradicciones, con una dinámica embrionaria de revolución permanente.

Toda contestación religiosa e ideológica, incluyendo el socialismo utópico, se corresponde en última instancia a estos movimientos reales de rebelión; de campesinos libres sometidos a tributos y a la obligación de trabajo gratuito para el Estado, de esclavos, de siervos, de artesanos y oficiales de artesanos, y de los primeros antepasados asalariados y semiasalariados del proletariado moderno.

Encontramos en esta larga historia de rebeliones, voces que se levantaron contra la desigualdad social con mayor o menor vehemencia, apoyándose en la memoria de una sociedad más igualitaria. El mito o la leyenda de la "Edad de Oro", de una sociedad fraternalmente unida que habría precedido a la sociedad dividida en grupos combatiéndose unos a otros, inspiró al viejo poeta griego Hesíodo (siglo VII a.C.). Este tema se encuentra en la mitología de muchos pueblos.

La impugnación se ha expresado a menudo en una forma religiosa. Los primeros padres de la Iglesia cristiana eran fervientes "partidarios del reparto y la comunidad de bienes", adversarios de la propiedad privada. La famosa fórmula "la propiedad es un robo", generalmente atribuida a Proudhon, quien la tomó del convencionalista Brissot, proviene en realidad del obispo de Bizancio Juan Crisóstomo ("Juan, la boca de oro"), que vivió en el siglo III d.C. Estos padres de la Iglesia eran los herederos directos de sectas radicales judías, como la de los eseos, que pululaban en Palestina después de la conquista romana, que eran los continuadores de los profetas hebreos más radicales.

Más tarde encontraremos imprecaciones violentas contra la desigualdad social en las sectas disidentes de todas las grandes religiones. Citemos en especial a los donatianos en África del Norte y los masdeístas en Irán.

Durante las guerras religiosas de los siglos XV y XVI, la denuncia de la desigualdad social era particularmente virulenta en los husitas de Bohemia y los anabaptistas de Alemania. Durante la revolución inglesa de 1640-1688 se elevaron numerosas voces, particularmente las de los liberadores, para denunciar que persistía la explotación de los pobres a pesar de la extensión de los derechos políticos.

Sería falso presentar esta tradición socialista, en el sentido más general del término, como resultado de una "subcultura de los pobres" que acompañaría en cada sociedad de clases a la cultura de los ricos. En primer lugar, porque la mayoría de los autores citados no son pobres—generalmente analfabetos en esas sociedades—, sino que proceden más bien de fracciones de las propias clases poseedoras, o de grupos intermedios de intelectuales (escribas, sacerdotes, filósofos, sabios). Sería más correcto hablar de una ideología de las sucesivas clases explotadas, que se desarrolla a través de la historia paralelamente a la ideología de las clases poseedoras, en oposición a ésta y limitada a una reducida minoría de la sociedad.

Sin embargo, de estos gritos de protesta y de rebelión se desprenden poco a poco modelos sistemáticos de reorganización de la sociedad fundada en la propiedad colectiva. Puede considerarse *La República* del filósofo griego Platón como el antepasado de esos modelos. El prototipo de estas "utopías" es, sin embargo, la obra del canciller de Inglaterra, Tomás Moro, ejecutado por el rey Enrique VIII en 1535 y santificado más tarde por la Iglesia católica; obra llamada precisamente *Utopía* (descripción de un país llamado así, en donde se establece una sociedad comunitaria).

Variantes de esta primera utopía, más o menos inspiradas en ella, fueron redactadas más tarde por el italiano Campanella (1568-1639): *Civitas Soli* (*La Ciudad del Sol*); por el inglés James Harrington (1611-1677): *The Commonwealth of Oceana* (*La Comunidad de Oceanía*) y por los franceses Fenelón (1651-1715): *La Télémachie* (*Las aventuras de Telémaco*), Jean Meslier (1664-1729): *Le Testament* (*El Testamento*), Morelly: *La Basiliade* (1753) (*La Basiliada*) y *Le Code de la Nature* (1754) (*El Código de la Naturaleza*). Estas últimas son indudablemente las dos utopías socialistas más significativas, particularmente porque en *El Código de la Naturaleza*, Morelly describe una

sociedad sin Estado en donde se conciben las condiciones económicas como determinantes de las condiciones políticas. El francés Mably (1709-1785) será un inspirador directo de Charles Fourier.

Todos estos autores tienen en común el hecho de que se limitan a descubrir en un plano puramente literario una sociedad mejor. No obstante, después de Morelly y Mably, surgen los socialistas utópicos propiamente dichos, que no conformes con esas descripciones las combinan con un combate práctico por su realización. Los más importantes de entre ellos son:

- El conde francés de Saint-Simon (1760-1825), ideólogo más bien de la joven burguesía industrial que de la clase obrera naciente. Denuncia sobre todo las fechorías de la monarquía, de la nobleza, del clero, de los banqueros, y de los empresarios ricos. Se hace el cantor de los "obreros", pero esta categoría reúne en él tanto a los obreros propiamente dichos, como a los empresarios industriales directamente comprometidos en el desarrollo de sus fábricas. Alaba igualmente el crédito barato y la toma del poder por todos los obreros. La industria y el trabajo son para Saint-Simon la base de todo progreso. Sus discípulos jugarán un papel importante entre los políticos burgueses liberales de los años 1830-1860 de varios países.
- El industrial inglés Robert Owen (1771-1858) estaba animado por un sentimiento profundo de rebeldía contra la miseria obrera en Gran Bretaña. Para encontrar remedio a ella preconizó sucesivamente la legislación social, la fundación de colonias comunistas en América, la centralización de los sindicatos ingleses en una sola confederación nacional (Gran National Union, 1834) y finalmente la creación de cooperativas obreras de producción; la primera fue fundada en Rochester en 1839. Robert Owen entró en la historia como padre del movimiento cooperativo.
- El pequeño comerciante francés Charles Fourier (1772-1837) y su discípulo, Víctor Considerant, son los críticos más radicales de la sociedad burguesa y de sus fundamentos últimos: la propiedad privada; la división social del trabajo entre agricultura e industria (entre campo y ciudad); la producción

mercantil; la economía monetaria, fuente de venalidad y corrupción universales; la opresión de las mujeres en la familia patriarcal. Para él, la solución de la cuestión social reside en la creación de falansterios, colectividades de productores-consumidores de 1.000 a 2.000 personas, administradas por sí mismas y que trabajarían a la vez como agricultores, artesanos y artistas. Mientras que el resto de los primeros socialistas fundaron sus sistemas exclusivamente en la razón, Fourier, anticipándose a Freud, a la psicología del inconsciente y al feminismo radical modernos, concede una gran importancia en la consolidación de la sociedad socialista a la satisfacción humanista y a la sublimación de los instintos y las pasiones.

- El abogado francés Etienne Cabet (1788-1856), a quien corresponde el mérito de haber sido el primero en utilizar el término comunista para describir su doctrina y la sociedad futura. De todos los autores enumerados, Cabet ejercerá la influencia más importante en el medio obrero durante su vida. Su *Voyage en Icarie (Viaje a Icaria)* fue leído por miles de trabajadores (él mismo estimaba haber conseguido 200.000 adeptos, cifra forzosamente exagerada). Marcó profundamente la conciencia obrera en Francia en vísperas de la revolución de 1848. Su descripción de una economía planificada por el Estado —opuesta a la economía de mercado— ejercerá una influencia directa sobre los socialdemócratas franceses como Luis Blanc y alemanes como Ferdinand Lasalle. Algunos ven en ella incluso el modelo de la planificación burocrática estalinista, tal como funcionaba en la URSS y en otras sociedades modeladas sobre su ejemplo.
- Finalmente, la obrera francesa Flora Tristán (1803-1844) preconiza en *L'Union Ouvriere* la creación de "palacios obreros" en todas las ciudades, donde se practicaría la igualdad más absoluta y los dos sexos recibirían una educación común. Tristán fue una crítica radical de la condición de las mujeres de su época, a las que describía como "proletarias de los propios proletarios". Sus ideas inspiraron las tentativas de "organización del trabajo" hechas

durante la revolución de 1848 y Marx asumió la defensa de su feminismo frente a sus críticos.

Mirando estos autores de una manera general, el "socialismo utópico" en su conjunto, no merecen el reproche de haber tenido la cabeza en las nubes, de haber estado desligados de la realidad social y económica de su época, o de no haber tenido preocupaciones prácticas. Muy por el contrario, se revelaron como críticos lúcidos de la sociedad burguesa, de la que captaron los rasgos esenciales de su evolución a largo plazo y sus contradicciones; y anticipadores todavía más clarividentes de las transformaciones necesarias para el advenimiento de una sociedad sin clases. Marx y Engels les deben mucho. Aprendieron mucho de ellos. Recuperaron muchas de sus ideas y las desarrollaron. No obstante, el socialismo utópico está marcado por profundas contradicciones. Las principales debilidades del socialismo utópico que los fundadores del socialismo científico tuvieron que superar son las siguientes:

a) Oponen el proyecto de la sociedad socialista a la sociedad burguesa existente, sin relacionarlo con los logros y las contradicciones de ésta. Para Marx y Engels, por el contrario, la sociedad sin clases resultará (podrá resultar) de fuentes económicas (desarrollo de las fuerzas productivas, socialización del trabajo) y socio-políticas (maduración y organización del proletariado, culminación de la lucha entre el capital y el trabajo) que emanan precisamente de estos logros y estas contradicciones.

b) Para los socialistas utópicos, el motor esencial de la llegada de la nueva sociedad es la educación y la propaganda, fenómenos ante todo individuales y superestructurales. En la medida que el compromiso individual se supone que apunta a resultados numéricos más amplios, es visto como un fenómeno de "propaganda por la acción", idea recuperada más tarde por los grupos revolucionarios anarquistas y terroristas. De aquí la importancia que los socialistas utópicos conceden a la realización inmediata de "células de la sociedad futura", cooperativas y colonias comunistas, etc.

Para Marx y Engels, por el contrario, la sociedad burguesa sólo puede ser abolida en su totalidad, y no fábrica por fábrica, ciudad

por ciudad, hacienda por hacienda. Lo que exige por tanto el compromiso activo de la mayoría de la población. Si bien Marx y Engels no cuestionaron en absoluto el valor demostrativo de esas experiencias comunistas —que confirman que una sociedad sin patrones, sin producción mercantil y sin dinero es posible—, afirmaron que estaban condenadas al fracaso (a ser reabsorbidas por la sociedad burguesa) mientras permanecieran aisladas.

c) Los socialistas utópicos exageran el peso de la razón (para Fourier: de la razón y de las pasiones) en la determinación de las acciones de las grandes masas. No comprenden suficientemente que lo que puede ser determinante en los individuos tomados aisladamente, puede ser en gran medida neutralizado cuando un gran número de individuos actúan conjuntamente, aunque sólo fuera por el juego de las leyes de la probabilidad (del gran número). Pasiones y razonamientos diversos se eliminan entre sí como factores determinantes de tales acciones. Marx y Engels se fundan en los intereses comunes de individuos pertenecientes a una clase social, destinada a ser mayoritaria en la sociedad burguesa, para abrir el camino a la llegada de la sociedad socialista: el proletariado. Esta visión, sin embargo, no margina en la lucha por el socialismo ni la importancia de la propaganda y la educación, ni la de la razón y una serie de movimientos afectivos; en la medida en que todas estas fuerzas deben facilitar gradualmente, y en grados diversos, la toma de conciencia de sus intereses de clase por el proletariado: la conquista de la conciencia de clase.

d) La principal debilidad de los socialistas utópicos, que se desprende de todas las debilidades precedentes y que explica en última instancia por qué estaban condenados al fracaso, es que la sociedad sin clases aparece en ellos como otorgada a masas que la aprueban, o que incluso son reacias, por regímenes esencialmente autoritarios, léase tiránicos y despóticos. De *La República* de Platón y la *Utopía* de Moro, hasta la *Icaria* de Cabet, los filósofos, los sabios, los eruditos, los educadores reinan como dueños y algunas veces explícitamente como dictadores. Subsisten en estas utopías la represión, el castigo, incluso las prisiones, el ejército y la guerra. Sólo los falansterios de Fourier, las cooperativas de Owen y la visión de Tristán constituyen una honrosa excepción —por lo menos parcialmente— a esta regla.

Marx y Engels, por el contrario, conciben la llegada de la sociedad sin clases como resultante del movimiento real de autoorganización y autoemancipación de las grandes masas. "La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos; ¡proletarios de todos los países uníos!" He aquí lo que resume el aporte más revolucionario y novedoso del marxismo al pensamiento y a la historia humanas, el que representa la ruptura más radical con todas las otras doctrinas.

Para comprender el socialismo utópico, sus raíces, sus logros y sus insuficiencias, hay que explicitar su naturaleza social. Esencialmente representa la expresión ideológica de una rebelión contra la sociedad de clases, contra la desigualdad social inspiradas por clases sociales preproletarias, que no disponen aún de la fuerza económica material, o de la cohesión social necesaria para asegurar la permanencia de la victoria de un régimen sin propiedad privada.

En realidad, la sociedad dividida en clases no ha sido impugnada solamente a nivel de la crítica ideológica. Como ya lo hemos visto, lo ha sido sobre todo en la práctica, por sublevaciones periódicas de los explotados y oprimidos. No se trataba en absoluto de movimientos dispersos de pequeños grupos desesperados. Se trataba de poderosos movimientos de masas, que aglutinaban miles y a veces millones de personas, y que consiguieron en varias ocasiones la victoria. A pesar de la valentía, la devoción, el idealismo y la extraordinaria audacia de la visión social que caracterizaron a muchos de estos movimientos, todos fracasaron en el sentido de que no lograron establecer duraderamente una sociedad sin clases. O bien perdieron el poder en beneficio de sus enemigos, después de haberlo conservado durante años (los husitas en Tabor, los anabaptistas en Münster, etc.), O bien, al permanecer en el poder, terminaron por restablecer un régimen de clases, fundamentalmente análogo al que habían tratado de derrocar (dinastías Han y Tan en China).

Un caso particularmente demostrativo es el de los cosacos del Don y de Crimea. Al principio eran siervos evadidos que reconquistaron su libertad y reconstituyeron una sociedad tribal independiente e igualitaria, que resistía fieramente cualquier intento de los zares por someterlos. Sin embargo terminaron por convertirse,

finalmente, en el principal instrumento del zarismo para someter y oprimir a las sociedades tribales del Cáucaso y Siberia.

El fracaso histórico de todas estas rebeliones contra la desigualdad social fue explicado por Marx y Engels sobre la base de la interpretación materialista de la historia. En las condiciones concretas en las que se desarrollaron estas rebeliones, el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas sólo hizo posible la siguiente alternativa: o "el comunismo de la miseria" en el cual no habrá progresos; o el reemplazo de una clase poseedora de privilegios por otra. Sólo con el auge de las fuerzas productivas realizado por el capitalismo surge, por primera vez en la historia, la posibilidad material del restablecimiento duradero de una sociedad sin clases, no a un nivel de miseria sino de abundancia (de saturación de las necesidades fundamentales).

Por lo tanto las insuficiencias y contradicciones del socialismo utópico reflejan, en última instancia, la inmadurez de las condiciones materiales (económicas y sociales) en las cuales las clases oprimidas preproletarias combatieron por una sociedad sin clases. En definitiva su "utopismo" no tiene relación con el objetivo a realizar, sino con las condiciones necesarias para su realización.

¿Quiere decir esto que en la óptica del materialismo histórico las rebeliones de los explotados, de las clases populares más pobres del pasado, eran condenables o por lo menos inútiles puesto que eran utópicas, es decir, porque no podían desembocar en el establecimiento duradero de una sociedad sin clases?

Semejante visión mecanicista de un "marxismo" vulgar no corresponde de ninguna manera a la opinión de Marx y Engels; como reconocen por los demás muchos críticos del marxismo, que ven en este hecho una contradicción entre Marx y Engels "hombres de ciencia", y Marx y Engels "moralistas apasionados por la revolución". En realidad no hay ninguna contradicción entre la toma de posición incondicional e indiscutible de Marx y Engels en favor de Espartaco, de las jacqueries, de Thomas Münzer, de Babeuf, de Tai Pings y los Cipayos; y el reconocimiento de la imposibilidad de un triunfo duradero de estos movimientos revolucionarios.

En primer lugar, creer que sólo la conquista del poder puede influir perdurablemente en la historia es dar prueba de una visión

miope. Incluso revoluciones derrotadas han podido cambiar el curso de la historia, acelerar la marcha de los acontecimientos, imponer a sus vencedores la realización de una parte de sus objetivos, cuando éstos respondían a necesidades históricas particularmente económicas, al interés de una mayoría de la sociedad, y si los vencidos luchaban con energía y obstinación por estos objetivos. La abolición de la esclavitud a pesar de la derrota de las rebeliones de los esclavos, la realización de la unidad alemana, a pesar de la derrota de la revolución de 1848, suponen dos ejemplos contundentes de ello.

Además, las rebeliones masivas y las revoluciones populares dan a las ideas —y por lo tanto también al proyecto de sociedad igualitaria sin clases— una resonancia y una fuerza de choque que no tienen parangón con las que resultan de la propaganda oral y literaria. Las rebeliones populares del pasado, a pesar de sus fracasos, contribuyeron en tal medida a enriquecer el patrimonio socialista de la humanidad como no hubiera conseguido sólo la obra de los filósofos y filántropos. Sin estas rebeliones y revoluciones se habrían retardado considerablemente el desarrollo del socialismo utópico, el del socialismo científico y la formación de la conciencia de clase proletaria.

Finalmente, la tarea a la que el proletariado moderno está confrontado es la más difícil que haya tenido que realizar clase alguna en la historia: construir una sociedad nueva sin haber ejercido anteriormente ni el poder económico, ni el político, ni el cultural-ideológico. La realización de esta difícil tarea sería más difícil aún si la lucha de emancipación del proletariado no pudiera comprenderse como la heredera legítima, la ejecutora testamentaria, de miles de años de esfuerzos de emancipación de la humanidad laboriosa, esfuerzos no solamente derrotados sino que produjeron también numerosos progresos sociales reales.

En definitiva, la base de esta visión sobre las revoluciones del pasado y el socialismo utópico de Marx y Engels es, en primer lugar, una compleja concepción dialéctica y no lineal ni puramente economicista y mecánica del progreso histórico. Es también una constatación que implica un compromiso moral.

Los explotados y los oprimidos se rebelaron, se rebelan y se rebelarán de todas las formas posibles contra sus insoportables condiciones, piensen lo que piensen los ideólogos, y predigan lo

que predigan los "educadores" sobre sus posibilidades de éxito. El deber de todo socialista, de todo hombre y mujer que ame la humanidad, es combatir a su lado e intentar aumentar al máximo la lucidez y las posibilidades de éxito de los combatientes. No hay nada de romántico en este compromiso. El otro término de la alternativa es tolerar la explotación y la opresión existentes, como un mal menor en relación con el esfuerzo de emancipación de sus víctimas.

## 5. LA TRANSFORMACIÓN PROLETARIA DE LA ACCIÓN Y LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIAS

La evolución del socialismo utópico había producido tres figuras de peso, que marcan la transición de la filantropía y el propagandismo preproletario a la acción proletaria propiamente dicha: el alemán Weitling y los franceses Pierre-Joseph Proudhon y Auguste Blanqui. Sin embargo dos de estos socialistas, Blanqui y Weitling, se inscriben no tanto en la continuidad del socialismo utópico (Weitling se reclama aún parcialmente de ella), como en la tradición revolucionaria que surge de las revoluciones norteamericana y francesa.

Durante estas revoluciones la extrema izquierda pequeñoburguesa (jacobina) y preproletaria, representada sobre todo por Sam Adams y Thomas Paine en Norteamérica e Inglaterra, y por Gracchus Babeuf en Francia, había planeado un tipo de organización revolucionaria encaminada a prolongar la acción política más allá de la consolidación de las principales conquistas revolucionarias.

La agitación de Tom Paine y sus camaradas desembocó, más tarde, en la constitución de la London Corresponding Society (LCS), dirigida por Thomas Hardy, y en numerosas asociaciones similares en Gran Bretaña, entre las cuales la más importante fue la United Irishmen en Irlanda, dirigida por Wolfe Tone. Mientras que la LCS era estrictamente legal, los United Irishmen y otros agrupamientos de provincia se constituyeron como liga secreta. Pero todas tenían en común el hecho de que sus principales reivindicaciones fueron políticas-democráticas (la conquista del sufragio universal para la LCS; el sufragio universal y la emancipación nacional para la United Irishmen). Sus reivindicaciones económicas, favorables a las clases

trabajadoras, no fueron más allá de una reforma de la sociedad burguesa.

En cambio, para el jefe de la Conspiración de los Iguales, Babeuf, y para sus camaradas, se trataba ya claramente de la conquista revolucionaria del poder, y no sólo de la conquista de libertades democráticas. Además apuntaban a objetivos colectivistas, que tendían a satisfacer las reivindicaciones económicas y sociales de las capas más pobres y más explotadas de la población, en primer lugar el preproletariado (semiproletariado) y el proletario naciente. Sin embargo estas organizaciones revolucionarias surgieron de manera independiente de la autoorganización de los asalariados en el sentido propio del término.

Los seguidores de Babeuf intentaron apoderarse del poder mediante un golpe de Estado en plena contrarrevolución thermidoriana, en 1797. Fueron aplastados por la represión. El propio Babeuf fue ejecutado. Uno de los supervivientes de la Conspiración de los Iguales, Buonarotti, se esforzó por salvar la continuidad de los principios y proyectos revolucionarios de Babeuf en la Sociedad de las Estaciones, que surgió en París tras la caída de los Borbones a principios de los años 1830, y cuyo líder indiscutible fue Augusto Blanqui. Blanqui fue el revolucionario francés de mayor relevancia en el siglo XIX. Militante de convicción, firmeza, valor y honestidad inquebrantables, fue la encarnación de las aspiraciones y de la acción revolucionarias del proletariado francés y sobre todo del parisiense. Intentó conquistar el poder por medio de una serie de golpes de Estado, fue detenido en numerosas ocasiones —finalmente pasó más de veinte años de su vida en la cárcel—, pero logró mantener la continuidad de su organización clandestina. Cuando estalló la Comuna de París, en marzo de 1871, se encontraba aún en la cárcel en territorio controlado por el Gobierno contrarrevolucionario de Thiers. Considerado por todos —incluido Marx— como el dirigente natural de la Comuna, en la cual sus partidarios constituyeron una minoría agrupada en torno a Vaillant, su liberación fue exigida por la Comuna a Thiers a cambio de los rehenes tomados, entre los que estaba el arzobispo de París. Thiers rechazó la propuesta, demostrando hasta qué punto la burguesía temía la capacidad de organización y estímulo del gran revolucionario, y los efectos de sus dotes de dirigente sobre el

desenlace de la guerra civil. Durante los años 1880-1890 la corriente blanquista terminó por fusionarse con la corriente marxista en el proceso de creación del partido obrero socialista de masas en Francia.

El alemán Wilhelm Weitling, al contrario de Blanqui, era un obrero autodidacta, que llegó a sus conclusiones comunistas y revolucionarias no solamente sobre la base del estudio, sino partiendo también de la experiencia vivida de la condición proletaria. Oficiales y artesanos alemanes que recorrían toda Europa —y que gracias a este modo de vida pudieron ser los primeros en superar el estrecho horizonte localista y corporativista de las primeras capas proletarias de su país—, crearon en 1834 en París (bajo la influencia de la Sociedad de las Estaciones blanquista) la Liga de los Réprobos (*Bund der Geächteten*), sociedad secreta de la que surgió en 1838 la Liga de los Justos (*Bund der Gerechten*), dirigida por Weitling, que se dio un programa comunista utópico titulado “la Humanidad tal cual es y tal como debería ser”.

Esta sociedad secreta abandonó sus proyectos vagos de lucha por el poder después de la conspiración blanquista de 1839, y se orientó más bien hacia objetivos de implantación de cooperativas y de colonias comunistas, bajo la influencia de Owen y Cabet. Sin embargo, la tradición de la organización revolucionaria clandestina fue mantenida. La Liga de los Justos fue rebautizada como Liga Comunista (*Bund der Komunisten*) cuando Marx y Engels se adhirieron formalmente en 1847. (El Comité de Correspondencia Comunista, que habían constituido al inicio de 1846, estableció desde un principio contacto con la Liga de los Justos.)

Las organizaciones revolucionarias babouvistas, blanquistas y alemanas representan un eslabón indispensable que lleva de las revoluciones burguesas de los siglos XVI, XVII y XVIII, a la acción revolucionaria proletaria de los siglos XIX y XX. Sus principales logros fueron:

1. La toma de conciencia de la necesidad de la acción política para la conquista del poder, toma de conciencia que surge de la comprensión de las principales lecciones que se extraen precisamente de las revoluciones burguesas, si no de todas las revoluciones de la historia. Esta lección no fue compartida por todos y todas. Ni siquiera

fue ampliamente difundida entre los adeptos al socialismo, ni ampliamente aceptada en el seno de la joven clase obrera asalariada. Muy por el contrario, en estos dos medios prevalece el apoliticismo, ya por escepticismo y desagrado en relación a la acción política tradicional burguesa y pequeñoburguesa ("los obreros son engañados siempre por los politiqueros y la política"), ya como resultado de un balance lúcido pero incompleto extraído de las propias revoluciones contemporáneas. Efectivamente, para la clase obrera, éstas habían desembocado en la sustitución de un grupo de explotadores por otro, y para nada en una verdadera emancipación. Socialistas utópicos y obreros en vías de autoorganización extrajeron de ello la conclusión de que la acción política era decepcionante e inútil: había que concentrar el esfuerzo en la emancipación económica. El tipo de organización debía ser adaptado a este objetivo.

Babeuf, Blanqui y Weitling, por el contrario, comprendieron, en diversos grados, el papel clave que el poder político desempeña en la consolidación de la explotación que sufren los proletarios y preproletarios. Por esta razón, proclamaron una acción política de nuevo tipo, revolucionaria proletaria, con miras a derrocar el Estado burgués. La forma de organización debía adaptarse a ese objetivo.

2. La defensa de la organización revolucionaria de vanguardia. Partiendo de una aguda sensibilidad sobre la fuerza y eficacia del aparato de represión burgués y de las capacidades contrarrevolucionarias de la burguesía. Babeuf, Blanqui y Weitling estaban convencidos de que sólo un núcleo de revolucionarios profundamente motivados, endurecidos y disciplinados podía acabar con ese poderoso enemigo. Para ellos, la principal lección extraída de la derrota política del "Cuarto Estado" durante la Revolución Francesa y con posterioridad a 1830 no era la inutilidad de las revoluciones populares, pretendidamente condenadas al fracaso, sino la inevitabilidad de la derrota de las clases populares si se enfrentaban a los ricos sin una dirección y una organización de hierro. Estaban convencidos de que, dirigidos por esa minoría bien preparada en su tarea histórica, las clases populares podían triunfar en las explosiones del futuro. En este sentido, Babeuf y sobre todo Blanqui son los precursores manifiestos del concepto leninista de "revolucionarios profesionales".

3. La defensa de la tradición y la continuidad revolucionarias. Thermidor, el Consulado y el Imperio que sucedieron a los avances de la gran Revolución Francesa de 1789 y 1793, habían provocado una inmensa decepción en las masas populares y la *intelligentsia* progresista en Francia y Europa, comparable en algunos puntos a las olas de desilusión, de escepticismo, cinismo y de "reprivatización" que se observaron después de la derrota de las revoluciones de 1848-1850, o después de la toma de conciencia de la realidad del Thermidor en la URSS entre 1930 y 1940, o finalmente, después del reflujo de la esperanza de revolución en Europa a partir de 1975-1976. Intelectuales de los más representativos de su época, como el filósofo alemán Kant y el poeta inglés Wordsworth, que habían sido partidarios entusiastas de la revolución, se transformaron en adversarios reaccionarios de ésta. Hubo sin embargo excepciones como la del poeta inglés Shelley, que siguió siendo un revolucionario convencido.

Entre los demócratas radicales comprometidos en la acción política y entre los asalariados comprometidos con la acción sindical, esta ola de reacción ideológica provocó generalmente un reflujo hacia concepciones puramente legalistas y reformistas (gradualistas) de la acción y de la organización.

Frente a esta ola de adaptación capituladora ante la ideología de la clase dominante, los primeros núcleos revolucionarios pre-proletarios y proletarios mantuvieron la tradición revolucionaria del siglo XVIII, incorporando a ella el máximo de autocrítica que estaba al alcance de los revolucionarios de esta época. Esta continuidad facilitó enormemente el surgimiento de una nueva concepción y tradición revolucionaria, puramente proletaria, a partir de la revolución de 1848.

Pero, simultáneamente con sus méritos, debemos subrayar las lagunas de los proyectos revolucionarios de Babeuf, Blanqui y Weitling:

a) La lucha por el poder político se concibe como emanación de una minoría, e incluso de una minoría reducidísima de la sociedad y de las propias clases populares. De aquí el carácter forzosamente conspirativo y violento de esa acción revolucionaria, la

“técnica del golpe de Estado” adquiere preeminencia sobre la acción política de masas propiamente dicha. La lucha adquiere, debido a esto, un carácter golpista y utópico, sin embargo la capacidad de un pequeño grupo de conspiradores para eliminar de un sólo golpe al poderoso aparato represivo de estados como el francés o el prusiano era sumamente limitada.

b) La organización revolucionaria que se pronuncia por este tipo de actividad política es forzosamente clandestina y elitista, resultado de una severa selección que a la larga pocos individuos resisten. La naturaleza reducida y secreta de la organización refuerza a a su vez la naturaleza golpista de la acción, y la tendencia a desdénar su conexión con amplios movimientos espontáneos de masas, con las luchas de clase económicas, etc.

c) La organización esencialmente clandestina y la acción revolucionaria esencialmente insurreccional, desembocan en una visión a todas luces elitista y autoritaria del Estado que surge de la victoria revolucionaria. Se trata de un poder al servicio del pueblo, para el pueblo, pero no ejercido directamente por el pueblo (Weitling, más directamente proletario que Blanqui, era más prudente en la materia). Nuevamente, el vínculo con el movimiento de emancipación real de los asalariados no se establece, o se hace de manera insuficiente.

d) La ausencia de conocimientos económicos suficientes hace que los objetivos económicos y sociales a alcanzar por la revolución sigan siendo imprecisos (sobre todo en Blanqui) o utópicos (en Weitling); sobre todo, debido a un análisis insuficiente de la naturaleza del capitalismo y sus contradicciones. Desde este punto de vista, Babeuf, Blanqui y Weitling quedan a la zaga de los socialistas utópicos o los economistas posttrickardianos más audaces.

Estas debilidades y lagunas de los primeros núcleos revolucionarios preproletarios y proletarios se explican, en última instancia, por su naturaleza social y el contexto en el que se desarrollaron. Se trata de organizaciones que proceden del proletariado preindustrial, artesanal y manufacturero que no han podido aún generalizar, léase aprehender, las primeras experiencias de lucha y organización de masas del proletariado industrial propiamente dicho. En realidad,

se esfuerzan por combinar la tradición jacobina pequeñoburguesa de las grandes revoluciones del siglo XVIII con la experiencia organizativa del proletariado preindustrial, y no llegan a extraer conclusiones de las primeras experiencias revolucionarias del proletariado industrial propiamente dicho. Marx y Engels tuvieron que superar estas lagunas de manera sistemática, elaborando sus propias concepciones de la organización y la acción revolucionarias del proletariado, que desembocaron después de la revolución de 1848-1850 en una concepción propia de la revolución proletaria:

a) La acción política revolucionaria —la lucha por la conquista del poder— debe resultar, en lo esencial, de la acción de las amplias masas de los asalariados y sus aliados directos, pero sobre todo de los propios proletarios. El potencial económico de los asalariados es determinante (*Alle Räder stehen still, wenn Dein Starker Arm es will*: Todas las ruedas se paran cuando así lo decide el brazo fuerte); su fortalecimiento numérico, hasta convertirse en la mayoría de la nación, se considera como una de las condiciones previas esenciales de la victoria duradera de la revolución.

b) Debido a esto, la organización político legal —la constitución del proletariado como partido político independiente de la burguesía y de la democracia pequeñoburguesa— se considera un elemento esencial en la victoria revolucionaria. La organización de sociedades secretas no se contempla, salvo en condiciones de extrema represión y aun en este caso solamente con el fin de mantener la continuidad, no como instrumento para la toma del poder. En definitiva se condena resueltamente el putchismo.

c) A partir de esto se considerará prioritario el proyecto de autoorganización del proletariado, tanto para prepararse en el ejercicio del poder como para conquistarlo y ejercerlo. Se desechan el autoritarismo y el elitismo, al igual que una visión demasiado "instrumentalista" del Estado. Mientras Babeuf y Blanqui eran partidarios más bien de un Estado fuerte en la tradición jacobina. Marx y Engels, bajo la influencia de la revolución de 1848-1850 y sobre todo de la de la Comuna de París, propugnarán el concepto de la destrucción de la maquinaria estatal y la dictadura del proletariado

—este último concepto proviene de Blanqui— como un Estado que comienza a extinguirse desde su nacimiento.

d) La emancipación política (revolución política) y la emancipación económica y social están estrechamente combinadas en Marx y Engels. El programa de la toma revolucionaria del poder está ligado, desde el *Manifiesto Comunista*, a una serie de transformaciones económicas y sociales que deben permitir a los productores liberarse de las cadenas de la condición proletaria, y gozar de las condiciones materiales indispensables para el ejercicio del poder y el desarrollo de todas sus capacidades individuales. Sin la realización de estas condiciones socioeconómicas, el advenimiento de una verdadera sociedad sin clases sigue siendo utópico.

Esta superación por Marx y Engels de las concepciones revolucionarias de los primeros núcleos proletarios preindustriales no es solamente el producto de una experiencia revolucionaria más amplia, de una comprensión más profunda de la dinámica de la sociedad burguesa y de las condiciones de victoria del socialismo, es decir, de todas las conquistas del materialismo histórico. Corresponde también manifiestamente al interés de clase del proletariado, de cuya mentalidad es expresión.

## 6. LA FUSIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO REAL Y DEL SOCIALISMO CIENTÍFICO

La organización de masas de los trabajadores construida por los trabajadores mismos surge en Gran Bretaña, cuna de la revolución industrial y de la gran industria. En realidad es anterior a la expansión de las grandes fábricas. Data de la segunda mitad del siglo XVIII, período durante el cual el proletariado británico es todavía, ante todo, artesanal, manufacturero y agrícola.

Su principal forma de organización son las asociaciones de oficiales de artesanos (compañeros), quienes constituyen verdaderamente un puente entre las corporaciones semif feudales y el sindicalismo moderno. Reflejan el pasado en su estrechez de espíritu e intereses, su localismo y su corporativismo. Anuncian el futuro en

sus principales formas de lucha, que incluyen la huelga y las acciones contra los esquiroles, su solidaridad tenaz, su esfuerzo por conquistar un mínimo de capacidad financiera de autodefensa, y sus estatutos y espíritu cada vez más democrático: asambleas generales, elección de los dirigentes, constitución de comités, control de la tesorería, etc.

La patronal británica cogió miedo a estas asociaciones y huelgas; en ellas vio, sobre todo, el turbulento carácter político de la época, la impopularidad de las guerras contra la Revolución Francesa, la influencia de las asociaciones projacobinas como la London Corresponding Society. Mediante una ley promulgada en 1799 fueron prohibidas las coaliciones obreras. En Francia, en plena revolución, se estableció una prohibición similar con el voto de la Ley Le Chapelier en 1791, lo que confirmaba muy bien el carácter burgués de la gran Revolución Francesa.

El voto de esta ley obstaculizó la organización del joven proletariado inglés pero no la impidió en absoluto. La obligó a pasar a la clandestinidad, y sus luchas en defensa de los intereses materiales de los trabajadores adquirieron un carácter más violento. Esto se manifestó rápidamente con el movimiento de los ludistas (1812-1813) centrado sobre todo en la región de Nottingham, notablemente organizado y casi impenetrable a la policía, los soplones y los rompeshuelgas. Contrariamente a una leyenda difundida por sus enemigos de clase, los ludistas no eran de ninguna manera adversarios, por principio, de las máquinas.

El objetivo de sus acciones no era tanto la eliminación de las máquinas de la industria textil sino más bien el aumento de los salarios, la lucha contra la carestía de la vida y el desempleo, además de otros objetivos clásicos de los primeros sindicatos. La táctica de inutilizar las máquinas se impuso porque los trabajadores arrendaban aún, en su mayoría, las máquinas a los patrones para utilizarlas en sus casas. En estas condiciones, el hecho de inutilizar las máquinas fue considerado como un medio eficaz para combatir a los esquiroles; el único recurso para conseguir realmente una huelga general. La burguesía inglesa se espantó tanto con los "rompemáquinas" que hizo que se votara una ley para castigar ese "crimen" con la pena de muerte.

Después de la caída de Napoleón y el restablecimiento de la paz, hubo una larga depresión económica en Gran Bretaña que condenó a cientos de miles de obreros al desempleo, hizo descender fuertemente los salarios y provocó violentos motines de hambre. Como estos motines se combinaron con una reactivación de la agitación por el sufragio universal, la burguesía redobló la represión. En 1819 tuvo lugar una gran manifestación en St. Peter's Field, cerca de Manchester, que fue reprimida a sangre y fuego por el duque de Wellington, vencedor de la batalla de Waterloo, lo que llevó a que los escritores radicales la bautizaran con el nombre de la "matanza de Peterloo". Muchos historiadores consideran esta masacre como la chispa que hizo nacer el movimiento obrero moderno en Gran Bretaña.

A partir de ese momento el movimiento siguió un doble derrotero. Por una parte, se multiplicaron los sindicatos clandestino y semilegales, así como las huelgas por reivindicaciones económicas. La presión en contra de la Ley sobre las Coaliciones creció cada vez más; a ella se sumaron los patrones más inteligentes, que comprendieron que en caso de huelga era preferible tener frente a ellos interlocutores representativos y legales, con los que se pudiera negociar un rápido fin de ésta, que apostar a su prolongación indeterminada. Finalmente, la Ley fue derogada en 1825. Las asociaciones profesionales de obreros tomaron sistemáticamente el nombre de *trade unions* (unión de los oficios) a partir de los años 1824-1825, y superaron rápidamente su estrecho carácter localista y corporativista.

Por otra parte, la agitación de William Cobbett en el período 1815-1819, que había desembocado en la concentración de Peterloo, fue sustituida en 1830-1832 por una nueva campaña a favor del sufragio universal, que derivó esta vez en el Reform Bill de 1832, ley redactada por los liberales y que aumentaba la representación de las ciudades. Después del fracaso de los liberales en el Parlamento, la agitación conduciría a la creación del primer partido obrero de masas, el partido cartista. Partiendo de la experiencia de la agitación de los años 1815-1819, éste tomó la petición de masas como principal medio de combate. Se trataba de reunir firmas a favor de una Carta que exigía el sufragio universal.

La agitación, comenzada en 1837-1938, culminó en una impresionante manifestación en Glasgow, Escocia, que concentró a 150.000 personas. Por lo demás, en esta ciudad, la fusión de las luchas económicas con la lucha política de la clase obrera había conocido un primer éxito en 1819-1820, con una huelga de 60.000 obreros, mineros sobre todo, en favor del sufragio universal.

Simultáneamente se produjeron también en el continente europeo y Estados Unidos las primeras tentativas de organización y de acción autónomas de la clase obrera. Artesanos de Filadelfia, en Estados Unidos, constituyeron en 1828 el pequeño primer partido obrero de la historia. En 1831 se produjo en los suburbios obreros de Lyon, capital de la sedería francesa, la primera insurrección netamente obrera; la de los "canut", los tejedores de Croix-Rousse, quienes se apoderaron de la ciudad durante varios días. En 1844 se produjo una rebelión de los tejedores de Silesia, en Alemania, inmortalizada por el gran poeta Heinrich Heine.

En Bélgica, el país más industrializado del continente, los obreros de las fábricas de hilados textiles de Gante intentaron constituir sindicatos desde 1810-1815. Con el triunfo de la revolución de 1830, los obreros ganteses enviaron peticiones a la Cámara en exigencia del sufragio universal, la libertad de asociación, la plena libertad de prensa y un impuesto sobre la herencia. Éstas fueron apoyadas por los obreros de Bruselas y Lieja. En 1836 tuvo lugar el primer mitin político obrero en Bruselas, impulsado por Jacobo Kats, autor del primer catecismo obrero que influyó indiscutiblemente en los jóvenes autores del *Manifiesto Comunista*, redactado en Bruselas.

Finalmente, es menester señalar la aparición, entre las sectas socialistas utópicas, de la corriente de Proudhon en Francia la cual, a diferencia de las corrientes saint-simonianas, fourieristas y owenistas, tuvo un origen estrictamente obrero. Proudhon, como Weitling, era un obrero autodidacta, aún cuando se tratara de un obrero artesanal. Llegó con retraso a la escena histórica y se esforzó, como Marx y Engels, por incorporar las conclusiones extraídas de la filosofía clásica alemana y de la economía política inglesa a la doctrina socialista. Pero lo hizo sobre la base de conocimientos

insuficientes y mal asimilados, con una falta de madurez científica evidente, que en última instancia reflejaba la situación social particular del artesanado y del proletariado francés.

Para él, se trataba de emancipar al obrero/artesano de la dominación del dinero (del capital), sin abolir la producción mercantil y la competencia: ilusión típicamente artesanal/pequeño-burguesa. Algunas veces se ha presentado a Proudhon, no sin razón, como el padre de la idea de la autogestión obrera. En sus ideas se encuentra esbozado el callejón sin salida del "socialismo del mercado", evidente en Yugoslavia desde la década de los setenta. Lo mismo ocurre con el riesgo político y social que acompaña a este *impasse* económico: el riesgo de fraccionar a la clase obrera en grupos que se oponen entre sí por obra de la competencia, pues sus ingresos dependen de los éxitos del mercado.

A pesar de su gran diversidad, todos estos intentos iniciales de acción y de organización autónomos de los trabajadores/productores directos presentan una serie de rasgos comunes, que hacen de ellos los verdaderos iniciadores del movimiento obrero moderno. Éste nació antes de Marx y Engels e independientemente de ellos, como nació independientemente de la acción de cualquier agitador o "teórico" (utópico) intelectual. Es el producto directo de la explotación y de la miseria que sufren los obreros con el régimen capitalista, el producto inmediato de la sociedad burguesa.

Si hay que buscar un "responsable" de la lucha obrera, ese responsable es la patronal, es decir, la lucha de clase cotidiana, permanente, despiadada que el capital y su Estado practican contra el trabajo asalariado.

El gran mérito de estas primeras acciones y organizaciones de los trabajadores asalariados mencionados es la conquista de la independencia de clase, la toma de conciencia por parte de los obreros de la necesidad de organizarse al margen de los patrones, grandes o pequeños, con el objetivo de defender sus propios intereses, que son diferentes a los de la pequeña burguesía, incluso de su ala más radical. De esta manera, miles de obreros alcanzaron un primer nivel de conciencia de clase: la conciencia de clase económica, sindicalista, que es necesario considerar como un enorme paso adelante, puesto que adquiere un carácter masivo y permanente, en

relación con la situación atomizada y desorganizada de la existencia y de las primeras resistencias obreras.

Por tanto, de estos primeros intentos de acción colectiva y de organización permanente de la clase obrera se desprenden las formas esenciales de lucha del proletariado, que marcan hasta hoy en el mundo entero su lucha como clase: huelgas y formas de organización adecuadas al éxito de las huelgas (constitución de fondos de ayuda mutua y de resistencia, piquetes de huelga, propaganda y acción contra los esquiroles, educación en la solidaridad colectiva, etc.); manifestaciones y marchas masivas; prensa de masas (en Inglaterra, uno de los primeros propagandistas políticos de la clase obrera y precursor del cartismo, William Cobbett, publicó en 1816 un número especial en su periódico *Political Register*, con una tirada de 200.000 ejemplares, que contenía su "Carta de los trabajadores manuales y obreros asalariados"); peticiones y agitaciones del tipo más diverso a favor del sufragio universal y de la generalización de las libertades democráticas, etc.

Sin embargo, estas primeras manifestaciones de acción y organización de clase independientes revelan una serie de debilidades comunes a casi todas ellas:

a) La acción y la organización son discontinuas. Incluso los primeros sindicatos no duraron mucho tiempo, con excepción de algunos sindicatos de oficios muy cualificados, que disponían de un monopolio de hecho en el restringidísimo mercado de trabajo, y que lo defendían a menudo con métodos corporativos que prohibían el acceso de otros obreros y obreras, buscando excluir en particular a las mujeres de los empleos cualificados permanentes. Aquellos sindicatos tendían a fortalecerse en períodos de auge y a desaparecer en los períodos de crisis y desempleo. Sabido es que las luchas amplias y violentas coinciden más bien con los períodos de crisis, atenuándose en los períodos de auge. Al carácter discontinuo de la organización le corresponde por lo general un carácter geográficamente fragmentario, sobre todo local o regional. Sólo los cartistas aparecen como un movimiento de clase verdaderamente nacional.

b) La acción y la organización son muy minoritarias. No engloban todavía sino a una ínfima fracción del proletariado. Por lo

mismo, tienden más bien a reflejar las particularidades de grupos distintos, tanto en sus reivindicaciones como en sus medios de acción, que a ser su expresión común de toda la clase.

c) Si bien sus reivindicaciones en general expresan intereses reales de los trabajadores, la mayoría de las veces se trata de intereses inmediatos o a medio plazo. Cuando se bosquejó un intento de "programa máximo", que proyectara la imagen de una sociedad en la que la explotación del hombre por el hombre fuese suprimida, se hizo por lo general en términos vagos e insuficientes, tomando ideas de los socialistas utópicos, o bien de los economistas post-ricardianos más críticos, incluso algunas veces de simples charlistas.

d) Si bien en los primeros sindicatos auténticos la conquista de la independencia de clase es casi total en el plano de la lucha y la organización económicas (en el caso de las primeras cooperativas es más complejo), no sucede lo mismo en el terreno de la lucha y la organización políticas. La separación de la democracia proletaria de la democracia pequeñoburguesa es un proceso extremadamente complicado, discontinuo e irregular, que pasa por altibajos sucesivos, avatares múltiples y recaídas hacia organizaciones multclasistas.

El caso más típico es el de Inglaterra, donde los obreros más activos políticamente, apoyaron primero a la agitación pequeñoburguesa en favor del sufragio universal, y luego la lucha del partido liberal Whig en favor de la Reform Bill, constituyendo posteriormente su partido político independiente con el cartismo, para recaer en los años 1850, por un largo período, en la dependencia del partido liberal.

Lo mismo sucedió durante cerca de dos décadas en Alemania, donde el primer partido obrero independiente permanente sólo fue constituido en 1863 por Ferdinand Lasalle. Este partido se fusionó con el llamado partido marxista de Liebknecht y Bebel, en 1875.

En Francia y en Bélgica, hubo que esperar aún más tiempo antes de que se constituyeran partidos obreros de masas independientes y duraderos. En Estados Unidos y otros países donde el movimiento sindical es poderoso, como el caso de Argentina, este segundo estadio de la conciencia de clase del proletariado no ha sido conquistado aún en nuestros días.

Marx y Engels emprendieron durante medio siglo, un esfuerzo gigantesco y constante para acabar con estas debilidades. Finalmente lo lograron en un número importante de países (todos los países industrializados en el siglo XIX, excepto Estados Unidos). Podemos caracterizar este esfuerzo como una fusión gradual y progresiva del movimiento de organización y de acción real del proletariado con las principales conquistas del socialismo científico, en su forma más accesible a las grandes masas (no con todos los elementos de la doctrina marxista).

a) Marx y Engels participaron en la lucha para que se aceptara a la organización sindical permanente como forma de organización elemental indispensable para la lucha de emancipación de la clase obrera. Tuvieron que oponerse, en este punto, a la influencia sectoria de numerosas tendencias: prudonianas, post-ricardianas, ciertas tendencias cooperativas y comunistas dogmáticas y más tarde, a algunas tendencias anarquistas libertarias.

b) Marx y Engels consiguieron que se aceptara el principio de la organización política independiente (del partido político independiente) de la clase obrera, y su participación, en todas aquellas partes donde fuera posible, en las luchas legales normales, incluso (pero no solamente) en las elecciones. Si en lo que concierne a la generalización de la organización sindical, su papel fue el de un estimulador, en lo que respecta a la organización política independiente desempeñaron el papel de motor esencial, aun cuando en Alemania la primera iniciativa consumada haya venido de Lasalle.

c) Se esforzaron por unificar el movimiento obrero por encima de las barreras sindicales/políticas, nacionales/étnicas, raciales/continentales y entre obreros y obreras. La fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (Primera Internacional), en 1863, fue el primer resultado de estos esfuerzos. Ella reunió, además de los sindicatos británicos de la época, a los primeros partidos y núcleos obreros alemanes, suizos, belgas, italianos, españoles, franceses, etc., así como a grupos o corresponsales socialistas en Estados Unidos (principalmente compuestos por inmigrados alemanes), Polonia, Rusia, Uruguay, Argentina, Cuba, México, etc. Este esfuerzo de unificación se fundó en conceptos de

organización democrático-pluralistas, sin los cuales habría sido irrealizable.

d) Le asignaron objetivos a largo plazo claros y precisos, comunes a la gran mayoría de las organizaciones obreras de fines del siglo XIX: la apropiación colectiva de los grandes medios de producción y de cambio; la creación de una sociedad sin clases, la democracia obrera fundada en la autoorganización del proletariado (“la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”).

e) Establecieron una perspectiva clara y simple para alcanzar este objetivo, aceptada por millones de trabajadores del mundo a principios del siglo XX: organización cada vez mayor de las grandes masas obreras en sindicatos y partidos (accesoriamente también en cooperativas y fondos asistenciales); educación cada vez más eficaz de estas masas gracias a la propaganda, la agitación y la acción de masas; desencadenamiento de luchas masivas y progresivamente generalizadas, iniciadas desde los puntos de partida más diversos (reivindicaciones democráticas, nacionales, económicas, antibélicas, etc.), y articulación de estas luchas con las contradicciones y crisis internas del modo de producción capitalista, hasta que toda esta avalancha desatara una lucha por la conquista del poder que se identifica con la revolución social (una transformación profunda del régimen de propiedad y de las relaciones de producción).

f) Proporcionaron un análisis teórico científico de las leyes de desarrollo y de las contradicciones internas del modo de producción capitalista, que sustenta esta perspectiva y explica por qué las crisis prerrevolucionarias y revolucionarias son a la larga inevitables bajo este régimen.

g) Permitieron, asimismo, una integración entre la lucha de los trabajadores por la mejora de sus condiciones de vida inmediatas y su avance hacia una transformación radical de la sociedad. Debido a esto, la unificación entre el movimiento y la organización reales de la clase (que apunta siempre a objetivos inmediatos) y el objetivo socialista/comunista fue haciéndose crecientemente una realidad. Esto le proporcionaba a la clase obrera una extraordinaria confianza en sí misma; tenía la sensación de caminar de éxito en éxito, de manera casi irresistible. El formidable auge del movimiento obrero en el período 1890-1920 (en España, Francia, Estados Unidos, el

punto culminante será alcanzado durante la década de 1930) es el reflejo de esta confianza.

Retrospectivamente podemos comprobar que, aunque esta unificación aseguró un primer auge impresionante del movimiento obrero organizado, fue insuficiente para asegurar la victoria de las revoluciones proletarias. Sin embargo, aquello era indispensable para crear las condiciones necesarias para la victoria.

## 7. EL ITINERARIO PERSONAL DE MARX Y DE ENGELS

El marxismo es un producto de su época. Pero no es un producto espontáneo ni automático. Para que la transformación de las ciencias sociales, la evolución del socialismo utópico hacia el socialismo científico, y la progresión desde la práctica y la organización revolucionarias pequeñoburguesas y preproletarias hasta la práctica y la organización revolucionarias proletarias se produjeran en los hechos, en el momento en que se efectuaron el papel de los individuos, Karl Marx y Friederich Engels fueron determinantes.

Por cierto, pudieron desempeñar este papel porque "la historia necesitaba de ellos", es decir, porque su actividad correspondía a una necesidad que muchas personas experimentaban (principalmente proletarios, pero también otros socialistas/comunistas de la época); el hecho de que otras personas hayan intentado avanzar en el mismo sentido confirma esta afirmación, porque tales esfuerzos de síntesis estaban en el ambiente (de la época). Sin embargo, la manera precisa en que esta síntesis y progresión fue realizada, su contenido y su dinámica exacta, dependió en gran medida de la personalidad de los fundadores del marxismo. Como sucede en la mayoría de los casos, la "necesidad histórica" está filtrada por personalidades determinadas que no pueden desviarla de su curso fundamental, pero que pueden hasta cierto punto imprimirle la huella de sus características individuales.

Ni Marx ni Engels fueron proletarios. El primero fue hijo de una familia de la pequeña burguesía acaudalada. Nacido en 1811, su padre era un abogado liberal influyente en la ciudad renana de

Tréveris (Trier), descendiente de una vieja familia de rabinos, pero convertido al cristianismo por razones de interés personal y no por convicción. Por el lado de su madre y de su mujer, Jeannie von Westfalen, Marx estaba ligado más bien a la alta burguesía que a las clases trabajadoras. Su evolución hacia el comunismo no estuvo determinada, pues, por la vivencia inmediata, o por sus propias condiciones miserables de existencia (posteriores a esta adhesión, y que se sitúan principalmente durante su segundo exilio en Londres, durante los años 1850-1860; en la década de los setenta su situación material mejoró). Su evolución está determinada esencialmente por el resultado de un trabajo intelectual y por motivaciones morales.

Esto es todavía más cierto en lo que concierne a Friederich Engels. Nacido en 1820, proviene de una familia burguesa de industriales textiles de Barmen, en el Ruhr. Vivió la mayor parte de su vida como gerente de una fábrica textil que su familia poseía en Inglaterra. Tuvo una vida confortable y dejó una cuantiosa fortuna a su muerte, en 1895. En él también el itinerario hacia el comunismo fue en primer lugar intelectual y moral.

Pero en los pensadores, la evolución, la toma de conciencia progresiva, no es resultado de un esfuerzo intelectual desligado de la conflictiva realidad cotidiana. Su motivación, no solamente científica sino también moral, proviene justamente de una confrontación con situaciones sociales —miseria y rebeliones obreras, luchas sociales— que se desarrollan ante sus ojos e influyen en ellos profundamente. Por esto, también es resultado de un compromiso, el de no comportarse de manera puramente interpretativa, y por lo tanto atentista y pasiva, ante la miseria humana en general y la "cuestión social" en particular. Marx y Engels se decidieron rápidamente por la acción, porque concordasen su actividad y sus convicciones; tendieron así hacia la unidad de la teoría y la práctica que se convierte, a la vez, en criterio epistemológico (sólo la práctica puede en última instancia confirmar el contenido de verdad de una teoría) y en obligación moral.

Su compromiso con y en el movimiento obrero se convirtió, por lo demás, en la condición previa para que pudieran realizar la más importante de sus contribuciones a la historia: la fusión progresiva

del movimiento real de emancipación de los trabajadores con los principales logros del socialismo científico.

Debido a esto, el itinerario individual de Marx y de Engels se entrecruza con una serie de encuentros, aprehensiones de situaciones y conflictos, que sucesivamente los orientan y reorientan. Unidos a los resultados de sus análisis científicos críticos —es decir, a un examen crítico de los principales elementos de las ciencias sociales de su época—, dichos encuentros determinaron sus tomas de posición teórico-políticas y la evolución de éstas, desde el neohegelianismo al radicalismo político pequeñoburgués, desde la democracia pequeñoburguesa al socialismo/comunismo, y desde el comunismo rudimentario al socialismo/comunismo científico y revolucionario de su madurez.

a) El encuentro con la condición proletaria, con la miseria obrera, aparece desde el inicio de la actividad periodística de Marx como redactor (posteriormente jefe de redacción) de la *Gazeta renana* (*Rheinische Zeitung*) cuando acababa de terminar sus estudios universitarios, en 1842. En Engels es todavía más claro: frente a la condición obrera en Inglaterra, desde su llegada a aquel país. De ello resultará la primera gran obra de los dos jóvenes pensadores, *La Situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) (*Die Lage der Arbeitenden Klasse in England*).

b) El encuentro con la resistencia y la organización proletaria se produce, esencialmente, durante el primer exilio de Marx en París, y luego en Bruselas. Allí toma contacto con asociaciones obreras en París y Gante, pero sobre todo con los obreros de la Liga de los Justos en París, Londres y Bruselas, en los años 1846-1847. En Engels será determinante el contacto con los grupos cartistas y de obreros sindicalistas en la región de Manchester, así como sus contactos, más aislados, con los obreros de la Liga de los Justos en el Ruhr, todo esto en el periodo 1844-1847. Los dos fundadores del marxismo quedarán marcados por las explosiones obreras contemporáneas, sobre todo la rebelión de los tejedores de Silesia, en 1844.

c) La experiencia directa de la revolución de 1848-1850, adquirida a través de la participación personal y activa de Marx y de Engels en el desarrollo de la revolución en Alemania, y la manera

directa y rápida en que ambos siguieron los avances de la revolución en Francia, Austria, Hungría, Italia, etc. Sólo después de la insurrección proletaria de junio de 1848 y el balance que extrajeron del papel contrarrevolucionario de la burguesía alemana, es cuando llegaron a afinar en 1850 una estrategia de toma del poder fundada en una lógica de revolución permanente.

d) La experiencia de una organización revolucionaria proletaria viva —La Liga de los Comunistas— entre 1847 y los primeros años del segundo exilio de Marx en Londres. Esta experiencia hizo mucho más concreta la visión de los dos amigos sobre la organización proletaria, y los preparó y armó para comprender los problemas político-organizativos a los que se enfrentarían durante los años 1860-1870, y posteriormente.

e) La experiencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores entre 1863 y 1873, y sobre todo el esfuerzo por involucrar a los sindicatos ingleses en ella. Este fue el primer encuentro real de Marx y Engels con las organizaciones de masas de la clase obrera y con un medio obrero ideológico y políticamente muy diversificado, es decir, con los problemas del pluralismo y de la democracia obreras.

f) El encuentro, a partir de los años sesenta, pero sobre todo durante el decenio siguiente, con un nuevo progreso de las ciencias etnológicas y naturales —fundamentalmente, Darwin y Morgan—, que permitieron a Marx y Engels precisar su concepción del materialismo histórico.

g) La experiencia de la Comuna de París, sin lugar a dudas la más importante políticamente durante sus vidas, que contribuyó a clarificar su visión tanto del problema teórico-político del Estado, como el de la cuestión capital de los objetivos políticos de la revolución proletaria: el establecimiento y la forma de la dictadura del proletariado.

h) La experiencia —más exclusivamente referida a Engels— del auge de la diversidad, y del potencial de unificación de los partidos obreros de masas en muchos países durante los años 1875-1895, y los múltiples problemas estratégicos y tácticos que ello planteó.

Si bien la mayoría de estos encuentros fueron fecundos e incluso exaltantes para los fundadores del marxismo, permitiéndoles

poner a prueba y pulir muchas de sus concepciones políticas y de sus hipótesis teóricas, no por ello es menos cierto que en múltiples ocasiones este progreso se llevó a cabo a través de conflictos de ideas y de personas, en los que se vieron implicados no pocas veces a disgusto. Este aspecto "fraccional" de la actividad de Marx y Engels ha sido denunciado a menudo como una consecuencia de sus defectos personales, léase de su "autoritarismo" o incluso de un "terrorismo intelectual".

En realidad, toda la historia confirma que las ideas y las organizaciones no pueden progresar sino mediante la confrontación de ideas y agrupamientos, que discrepan entre sí ante acontecimientos o problemas nuevos. Pensar que pueda ser de otra manera sería creer, o bien en la ausencia de diversidad en los individuos y los intereses sociales, o bien en la infalibilidad de unos y en la evidencia de esto a la vista de los demás. Descartadas estas dos hipótesis absurdas, las luchas de grupos y tendencias son en general inevitables en la política, y en política obrera en particular.

Los conflictos y las rupturas sucesivas que más influyeron en la evolución intelectual de Marx y Engels fueron, en orden cronológico:

a) Su conflicto con los "jóvenes hegelianos" contemplativos y fundamentalmente liberales, así como con Moses Hess, con quienes Marx y Engels rompieron en los años 1844-1845. Esta ruptura se expresó teóricamente en *La ideología alemana* y las *Tesis sobre Feuerbach* (1845), verdadera acta de nacimiento del marxismo. Apoyada en una apropiación crítica y extensa de los logros de la filosofía alemana y de la historiografía sociológica francesa, pero en una apropiación solamente parcial de los logros de la economía inglesa.

b) El conflicto con el socialismo utópico de Proudhon y el comunismo insuficientemente maduro de Weitling, que se extiende durante el período 1846-1848, desembocó en la redacción de la *Miseria de la filosofía* (1846) y del *Manifiesto Comunista* (1848). Está entrelazado con dos conflictos de clarificación —menos violentos— dentro de la Liga de los Comunistas, que se extiende desde la revolución de 1848 hasta principios de los años cincuenta.

c) El conflicto —en ocasiones bajo la forma de apropiación intelectual crítica, y en otras de un "diálogo interior"— con los

principales representantes de la economía política post-ricardiana inglesa, Hodgkin, Ravestone y Gray, que desembocará en la redacción de las principales obras económicas de Marx: *Los Grundrisse*, *El Capital*, y las *Teorías de la Plusvalía*, durante los dos decenios que van desde 1857 hasta la muerte de Marx.

d) El conflicto con Bakunin y sus partidarios en la Primera Internacional (1865-1873), que se prolonga hasta poco después de la derrota de la Comuna de París.

e) El conflicto con las tendencias de derecha en la socialdemocracia alemana, primero con los lasallianos y posteriormente con los primeros representantes del gradualismo reformista, que se prolonga desde el congreso de unificación de Gotha, en 1875, hasta la muerte de Marx, y que el propio Engels prolongará a lo largo de la década de 1880, hasta su propia muerte en 1895. Los principales productos de estos conflictos son la *Crítica del Programa de Gotha* (1875), de Marx, y el *Anti-Dübring* (1879), de Engels.

La cronología de estos conflictos aparece como un itinerario de las principales obras de Marx y Engels. Sólo faltan en esta lista los escritos políticos como *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, *La lucha de clases en Francia*, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, sus escritos periodísticos, y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, además de *La dialéctica de la naturaleza* de Engels.

Salvo un viaje realizado por Engels a Estados Unidos, hacia el final de su vida, la experiencia vivida por los dos fundadores del marxismo fue exclusivamente europea. Su pensamiento está profundamente marcado por la historia social e intelectual de Europa. Debido a esto, se les ha reprochado a menudo su "euro-centrismo", incluso hasta su particularismo alemán. Estos reproches no son fundados.

Ciertamente, el marxismo es un producto de las contradicciones maduras de la sociedad burguesa, que indudablemente se expresaron primero en Europa. En este sentido, no podía surgir en Asia, América o África, que conocieron a lo largo del siglo XIX sólo un desarrollo capitalista rudimentario.

Pero si bien el capitalismo nació en Europa, desde su inicio tuvo una dimensión internacional, léase mundial, que lo hizo

dependiente de todo aquello que sucedía en los otros continentes. El impacto violento, disgregador, destructor, inhumano que este capitalismo ejerció sobre las sociedades precapitalistas de América, Asia y África rebasa con mucho el impacto que éste produjo en las sociedades precapitalistas de Europa occidental, meridional, central y oriental. Marx y Engels eran sabios demasiado rigurosos y humanistas, demasiado apasionados como para no percibirlo, indignarse por ello, y rebelarse contra estos crímenes abominables.

La percepción del Tercer Mundo, de su degradación y su inevitable rebelión fue introducida rápidamente en sus escritos, aun cuando ésta ocupara poco lugar en sus escritos de juventud. Basta recordar sus tomas de posición resueltas en favor de los cipayos indios, los Tai-ping chinos y en favor de la emancipación general de los esclavos, para descartar la acusación de eurocentrismo. Asimismo, calificaron la expedición franco-hispano-británica en México como "una empresa entre las más monstruosas en los anales de la historia internacional" (artículo del 23/11/1861, MEN, vol. 15, p. 366). El estudio cada vez más avanzado de la historia del "modo de producción asiático", de la etnología, de las particularidades de las civilizaciones y sociedades no europeas, de la comunidad aldeana rusa (mir), ocupa un lugar creciente en el trabajo intelectual de Marx y Engels durante las dos últimas décadas de sus vidas, y marca su obra —incluso *El Capital*— de una manera clarísima.

Simultáneamente, las fuentes internacionales, la actividad decididamente internacionalista de los dos amigos, permite rechazar como francamente calumniosa la acusación de nacionalismo alemán que se les hizo. Las fuentes del marxismo provienen —en el plano de las ideas— tanto de Inglaterra y Francia como de Alemania. La experiencia y la actividad que los sitúa en la vida política de su tiempo se desarrolló tanto en Alemania como en Francia, Bélgica, Inglaterra, y en los países del Imperio Austro-Húngaro. Conciérne por igual a Polonia, Irlanda, Hungría, España, Suiza e incluso a Estados Unidos y Rusia. Su organización fue desde el principio internacional y no puramente alemana. Esto es cierto tanto para la Liga de los Comunistas como para la Asociación Internacional de los Trabajadores, y lo será aún más para la socialdemocracia internacional después de 1885, que desembocó en la Segunda Internacional.

En los países donde sus partidarios comenzaban a organizarse, Marx y Engels les exhortaron para que estudiaran la formación social concreta del país, para que se apropiasen de las tradiciones de lucha locales, y para que tradujeran su programa en la lengua de las organizaciones obreras y opositoras existentes; ése es el sentido general de sus *Cartas a los norteamericanos*, de 1848 a 1885.

Uno de los grandes logros de su vida política, fuente de auténtico y legítimo orgullo, fue la toma de posición de sus camaradas alemanes, Bebel y Liebknecht, contra la anexión de Alsacia-Lorena por Alemania en 1871, impugnando la primera Paz de Versalles. Había sucedido lo mismo, anteriormente, con la toma de posición por parte de la AIT, encabezada por sindicatos británicos, contra la actitud pro-sudista del Gobierno británico durante la Guerra de Secesión en Estados Unidos. Llevar a que la clase obrera de cada país desarrolle su propia política exterior, fundada en sus intereses de clase y en algunos principios que de ella se desprenden (ningún pueblo puede ser libre mientras oprime a otro), he ahí una ambición constante en su vida política. Ambición que se sitúa en las antípodas de cualquier nacionalismo, comenzando por el alemán.

Marx y Engels eran, sin duda, producto de su época. No podían superar completamente los límites subjetivos de ésta, y se hallaban determinados por experiencias todavía demasiado fragmentarias de la emancipación proletaria y humana. No eran infalibles. No podían comprender, explicar y preverlo todo, no obstante comprendieron, explicaron y previeron lo esencial. Obviamente tuvieron fallas.

Engels se equivocó al tratar a las pequeñas nacionalidades eslavas, en 1848-1849, como "pueblos sin historia", incapaces de constituir Estados o naciones realmente independientes. La historia le demostró su error al respecto. Marx se equivocó al aplaudir la anexión de California y otros territorios mexicanos por Estados Unidos, en 1845, caracterizando a los mexicanos como perezosos incapaces de explotar las riquezas naturales de estos territorios. En este caso actuó con un prejuicio racista.

En ambos casos, una aplicación juiciosa del materialismo histórico habría permitido explicar el comportamiento de unos y otros durante los años 1845-1855, de una manera muy diferente a la utilizada por Marx y Engels. Habría permitido explicar la segunda

revolución mexicana (la Reforma), dirigida principalmente por Benito Juárez, que sucedió a la guerra entre Estados Unidos y México juzgada por Marx. Habría permitido explicar el nacimiento de una izquierda checa y serbo-croata, antizarista, democrática, ferozmente nacional y socialista a la vez, cuya posibilidad negaba Engels. En ambos casos, Marx y Engels fueron insuficientemente marxistas. Había que interpretar con criterios de clase fenómenos políticos aparentemente desconcertantes, como el viraje de los campesinos y de la "intelligentsia" checa y croata durante la revolución de 1848, o como la aparente pasividad del campesinado mexicano ante la conquista yanqui.

Asimismo, aunque con una percepción aguda de la doble opresión que sufren las mujeres en toda sociedad de clases, y remontando el análisis de los orígenes de esta opresión hasta el surgimiento de esta sociedad, Marx y Engels no pudieron abarcar todos los aspectos de la emancipación femenina, los cuales sólo surgirán progresivamente en el siglo XX.

Dicho esto, el balance global de la actividad tanto teórica como práctica de los dos amigos es más que impresionante. Su contribución personal al progreso de las ciencias sociales, a la emancipación proletaria y humana se sitúa en la cima de lo alcanzado por el género humano. Sin ellos, la historia de los siglos XIX y XX no hubiera sido la misma.

## 8. RECEPCIÓN Y DIFUSIÓN DEL MARXISMO EN EL MUNDO

La explicación de los orígenes, el contenido y el desarrollo del marxismo desemboca necesariamente en el análisis de su difusión y de su influencia real en el mundo. A la larga, las ideas y el cuerpo global de ideas, es decir, las doctrinas, valen lo que vale su impacto sobre la historia real. Las ideas que no influyen jamás en nada ni en nadie son forzosamente marginales, incluso en la historia espiritual de la humanidad, sin hablar de su historia material. "La teoría se convierte en una fuerza material solo cuando la hacen suya las masas", había dicho ya el joven Marx.

Evidentemente debemos eliminar de este razonamiento el problema del cuándo. Las ideas que influyen en el mundo cada vez en mayor medida cincuenta o cien años después de haber sido formuladas, son más importantes que las ideas con un impacto inmediato, pero que comienzan a decaer enseguida hasta borrarse progresivamente de la escena política.

Lo que importa es que su impacto social se materialice tarde o temprano de manera amplia, creciente y —en lo que concierne a las ideas que refuerzan el movimiento obrero, al socialismo, la causa universal de la emancipación humana— a escala mundial. Y esto por la naturaleza mundial de la “Cuestión social”, de la explotación de los asalariados, de la opresión del proletariado y de todos los otros grupos humanos oprimidos: mujeres, nacionalidades y razas oprimidas, etc.

Finalmente, las características particulares del proletariado, su posición de subordinación económica e ideológica en la sociedad burguesa, subordinación que no superaran su organización combatividad y su peso social creciente, hacen que la versión específica (y a veces deformada) en la que se transmite el marxismo a las grandes organizaciones obreras y a las masas populares en una etapa histórica determinada, influye irrefutablemente en la conciencia de la clase. Ésta se articula de alguna manera con aquélla, positiva o negativamente, según las circunstancias. Pero esta articulación no puede estar desligada a su vez del desarrollo real de la organización y de la lucha del proletariado, es decir, del curso real de la historia.

La recepción y la difusión del marxismo en el mundo deben, por lo tanto, ser examinadas sucesivamente: en el estricto plano de la difusión de los escritos de Marx y Engels; en el plano de la influencia de estas ideas fuera del movimiento obrero propiamente dicho, es decir, en los medios intelectuales, universitarios y, en general, en “el espíritu de su tiempo” (las ideologías dominantes en las sucesivas fases por las cuales ha pasado la sociedad burguesa); en el movimiento obrero organizado; en la clase obrera en sentido amplio; a nivel internacional.

Las obras de Marx y Engels tuvieron una difusión demasiado desigual y muy desincronizada. Algunos escritos tuvieron un

impacto relativamente rápido y amplio. En primer lugar el *Manifiesto Comunista*, traducido a muchas lenguas, y difundido por decenas y luego centenas de miles de ejemplares (no obstante habrá que esperar los años 1920 y 1930 para que esta difusión se universalice y pueda hablarse de millones). El tomo I de *El Capital* tuvo también una difusión relativamente rápida en muchas lenguas, aunque a una escala más restringida que el *Manifiesto Comunista*, pudiendo hablarse generalmente de miles y no decenas de miles de ejemplares por idioma. La difusión de prácticamente todas las otras obras, con excepción probablemente de *El Anti-Dugring*, de Engels, fue más desigual y restringida.

Es necesario señalar a este respecto que algunas de las grandes obras de Marx y Engels fueron publicadas con un gran retraso, incluso la primera edición en su lengua original —el alemán—. La *Crítica del Programa de Gotha*, o los tomos II y III de *El Capital* aparecieron sólo veinte años después de su redacción. *La ideología alemana* y los *Grundrisse* más de 80 años después de haber sido escritos. Debido a esto, aunque sólo fuera por falta de información, tres generaciones sucesivas de marxistas no pudieron tener una adecuada visión de conjunto de la doctrina de Marx y Engels.

Señalemos que incluso en nuestros días quedan aún manuscritos inéditos de Marx. El último de sus grandes textos económicos fue publicado apenas en 1983.

Por lo mismo, las obras de divulgación del marxismo tuvieron un impacto de masas generalmente mucho más amplio que las de los propios maestros. Hay que conceder aquí un lugar privilegiado a los folletos de Karl Kautsky, en primer lugar a *La doctrina económica de Carlos Marx*, y al *Programa de Erfurt* (del PSD), difundidos por centenas de miles de ejemplares en muchas lenguas. Otros autores de popularización tuvieron un impacto similar, aunque en un plano más restringido, es decir, en una o varias lenguas. Esto es aplicable a los escritos de Bebel en alemán, de Jules Guesde y Lafargue en francés, de Labriola en italiano, de Iglesias en castellano, Herman Gorter en holandés, Plejanov en ruso, De León y Debs en Estados Unidos, que fueron leídos por las primeras generaciones de socialistas en una escala mucho más amplia que los propios Marx y Engels.

La recepción del marxismo en los medios intelectuales y universitarios fue todavía más lenta y desincronizada. Esto no debe asombrarnos. La resistencia de la burguesía y de las capas superiores de la pequeña burguesía a tomar intelectualmente en serio al marxismo se correspondía con la oposición intransigente de Marx y de los marxistas, no solamente a los intereses materiales de la sociedad burguesa, sino también a sus grandes "valores". El hecho mismo de la influencia creciente de las ideas marxistas en las masas era una razón de sobra para mantenerlas al margen de la enseñanza, de las universidades y de los manuales "oficiales". Con escasas excepciones —como la del economista austriaco Böhm-Bawerk, el filósofo italiano Benedetto Croce y el dirigente de la burguesía checa Thomas Masaryk—, los representantes prestigiosos de la ideología burguesa no se dignaban a polemizar contra el marxismo en un plano mínimamente serio. Habrá que esperar a las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, a la victoria de la Revolución Rusa y el auge del movimiento obrero europeo en los años 1918-1923 y del comunismo en China, así como a la crisis de los años treinta, para que la situación cambie. En Europa central, China, India y Japón primero, y en los países anglosajones, posteriormente, el marxismo penetra progresivamente en la universidad. En Francia y América Latina, esta penetración ineludible en el mundo intelectual se producirá sólo después de la Segunda Guerra Mundial.

Durante el período 1875-1900, la polémica en torno del marxismo será, en lo esencial, una polémica dentro del movimiento socialista, impulsada por los debates, los intentos de revisión y los sucesivos cismas. Uno de los más importantes en este orden es el que desencadenó Eduard Bernstein, uno de los principales ejecutores testamentarios y colaborador intelectual de Engels. No obstante, el marxismo influirá de manera creciente, aun cuando sea de forma indirecta, en las ciencias sociales académicas, sobre todo en la historiografía y la sociología, imponiendo una toma de conciencia de la importancia en la historia del "factor económico" y de los grupos sociales (en oposición a los "grandes hombres"). Remodela así la concepción misma de la historia, de una historia de estados y acontecimientos políticos esencialmente político-militares, en una historia de las sociedades.

El impacto del marxismo sobre la ciencia económica "oficial" fue más tardío. Se manifestó, primeramente, en el terreno de la teoría de las fluctuaciones económicas (*bussiness cycles*), y luego en el de las grandes magnitudes (teorías macro-económicas), sobre todo a partir de los años treinta; más tarde se situó en el terreno de la planificación, el análisis del imperialismo y del subdesarrollo y el de las sociedades post-capitalistas.

La influencia del marxismo en el movimiento obrero organizado se desarrolla de manera decisiva solamente a partir del nacimiento de los grandes partidos socialdemócratas de masas, durante los años 1885-1900 (en Alemania: 1875-1900). Su influencia en los sindicatos de masas de los países anglosajones no pasó de ser marginal. La misma observación puede aplicarse, en términos generales, a los partidos laboristas que sucesivamente surgieron de los sindicatos en Australia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, y más tarde en Canadá.

En general, los partidos socialdemócratas que terminaron por constituir la Segunda Internacional (dos congresos opositores en París, en 1889; un segundo unificado en Bruselas en 1891; un tercer congreso igualmente unitario en Zurich en 1893) adoptaron las tesis fundamentales del marxismo en sus programas o declaraciones de principios, generalmente moldeados sobre la base del Programa de Erfurt, redactado por Kautsky, con la cercana colaboración del propio Engels.

Se trataba, sin duda alguna, de un marxismo bastante sumario, reducido a algunas ideas centrales (lucha de clases; objetivo socialista de ésta mediante la apropiación colectiva de los grandes medios de producción e intercambio; conquista del poder político para alcanzar este objetivo; solidaridad internacional de los trabajadores). Pero, en relación con las primeras organizaciones de la clase obrera, tanto sindicales como cooperativistas y políticas, el conjunto de esta doctrina popularizada era se mire como se quiera sumamente coherente y constituía un enorme progreso, sobre todo en la medida que, a diferencia de las primeras sectas y ligas comunistas, influyó ampliamente en las masas.

Su debilidad esencial residía en su estrecho carácter determinista, tendente al fatalismo, que veía el tránsito del capitalismo hacia el socialismo de manera más o menos inevitable, bajo el

efecto combinado de la evolución económica y la organización socialista (obrero), sin conceder importancia primordial a la iniciativa política y a la acción consciente del partido. Ello implicaba a menudo un retroceso, incluso una desviación de la acción directa de las masas (“*Generalstreik ist Generalunsinn*”: “la huelga general es el absurdo general”, decían los dirigentes de los sindicatos alemanes), para no hablar de la acción revolucionaria o de la destrucción del Estado burgués.

Habría que esperar a la Revolución Rusa de 1905 para que una amplia corriente internacional, representada en lo esencial por Rosa Luxemburgo y por los socialistas rusos Lenin y Trotsky, se reapropie de la tradición marxista de acción directa de las masas y de iniciativa revolucionaria de los partidos. Durante los treinta años precedentes, esta tradición había sido marginal en la socialdemocracia —salvo parcialmente en Bélgica— y quedó limitada a los medios anarcosindicalistas y sindicalistas revolucionarios (España, Gran Bretaña, Argentina, parcialmente Estados Unidos, Italia y Francia).

Entre el auge organizativo, electoral y sindical de la socialdemocracia internacional en el cuarto de siglo 1875-1900, y la difusión de las ideas y las obras de Marx, hubo algunas veces una interacción directa. Un caso especial merece señalarse: el de Finlandia. Este pequeño país, bajo la bota del zarismo, logró en el lapso de una década, entre 1899 y 1911, crear uno de los movimientos obreros más poderosos y combativos del mundo entero. El auge de este partido desembocaría, por lo demás, en 1917-1918 en la más profunda y tenaz (así como la más reprimida), revolución proletaria, aparte de la de Rusia. En las elecciones parlamentarias de 1913, los socialistas finlandeses obtuvieron el 43 por ciento de los votos, la cifra más elevada en toda Europa, superior a la socialdemocracia alemana. ¡Arrancaron a la Dieta la decisión de hacer publicar el tomo I de *El Capital* de Marx a expensas del Parlamento!

La penetración de las ideas y de la doctrina marxistas en las amplias masas obreras de la época de la Segunda Internacional ha sido generalmente exagerada por los historiadores, incluso por los del movimiento obrero. Estas masas formaron sus convicciones político-sindicales mediante dos tamices: sus luchas normales por reivindicaciones inmediatas (objetivos económicos y sufragio

universal; en algunos países se añaden a éstas reivindicaciones nacional-democráticas) y la formación cotidiana proporcionada por la prensa y las reuniones socialistas. Del marxismo como doctrina coherente al marxismo sumario de los programas socialdemócratas, había un amplio trecho. De estos programas a la práctica, la experiencia y la educación cotidiana de los trabajadores, la distancia era todavía mucho más considerable.

La formación teórica sistemática de los trabajadores fue reducidísima. Las revistas teóricas marxistas, incluyendo a la más prestigiosa de ellas, la *Neue Zeit*, apenas tuvieron unos miles de suscriptores (10.000 para la *Neue Zeit*). Las escuelas centrales de los partidos, incluyendo a la del SDP que contaba con un millón de miembros, no reunían más alumnos que la actual escuela de la Cuarta Internacional.

Un ejemplo ilustra lo débil de esta penetración del marxismo en las masas. En Milán, fortaleza del socialismo italiano, las bibliotecas públicas prestaron 264.000 libros durante 1910. Estos préstamos se efectuaron en un 44 por ciento a obreros y en un 32 por ciento a estudiantes. Entre los autores de las obras prestadas, los nombres de Marx y Engels ¡no aparecen!

Lo que el marxismo aportó a las grandes masas, fuera de organizaciones políticas fuertes y de la comprensión general de la necesidad de unir la independencia de clase y la acción políticas—incluyendo la acción internacionalista— con la actividad sindical, fue un sentimiento general de estar “en el sentido de la historia”: el sentimiento de que el capitalismo estaba condenado a desaparecer y de que el socialismo le sucedería.

Acerca de la manera en que debería efectuarse este tránsito, no había ideas precisas ni siquiera un debate profundo. En lo esencial estaba limitado a las esferas de los militantes políticos más activos, entiéndase por esto a las esferas superiores del partido. Concernía a miles de individuos cuando el movimiento socialista era ya de millones. Penetraría profundamente en las masas sólo a finales de la Guerra Mundial de 1914-1918, es decir, cuando se planteó en la práctica, bajo el impacto combinado de esta guerra y las grandes revoluciones proletarias que de ella derivaron: las revoluciones rusa, finlandesa, alemana, austriaca, húngara, así como la crisis revolucionaria en Italia.

Sin embargo, la doctrina marxista tuvo un profundo efecto sobre las masas, que operaba a veces con mediaciones indirectas e imprevistas y que no cabe subestimar. Un ejemplo de ello lo brinda la lucha por la reducción a ocho horas de la jornada de trabajo.

Marx fue el gran propagandista y el gran educador del movimiento obrero internacional en cuanto a la importancia emancipadora de la reducción de la jornada de trabajo. La idea de una acción internacional de los trabajadores y de las trabajadoras por un objetivo de clase común a los proletarios de todos los países, es también una idea de origen claramente marxista. Pero, en la práctica, la decisión de hacer del Primero de Mayo en todos los países una jornada de huelga internacional por la jornada de ocho horas se expandió solamente después de la condena a muerte y la ejecución de cinco líderes anarquistas en Chicago, los mártires de Haymarket, acusados en 1886 de haber lanzado una bomba contra la policía. Fue necesaria esta tragedia para inflamar la imaginación y la sensibilidad obrera en gran escala. Ella fue la que desencadenó un poderoso y a la larga irresistible movimiento (la jornada de ocho horas fue finalmente arrancada en casi todos los países industrializados); por sí sola, la chispa del pensamiento y la propaganda marxistas se reveló insuficiente para ello.

El hecho de que el contenido revolucionario de la doctrina de Marx y Engels comenzara a ser cuestionable severamente por la socialdemocracia, desde finales del siglo pasado, con el revisionismo de Bernstein y la colaboración ministerial, proclamada y después practicada por Millerand en Francia y Bissolati en Italia, provocó cierta confusión en las masas. Esto se acentuó aún más debido a que este revisionismo, combatido en el plano de las ideas por la mayoría de los dirigentes socialdemócratas conocidos, que se llamaban marxistas, correspondía en medida creciente a su práctica cotidiana. Esto es aplicable sobre todo a Anseele y Vandervelde en Bélgica, a Troelstra en los Países Bajos, Branting en Suecia, Stauning en Dinamarca, Greulich en Suiza, Palacios y Justo en Argentina, y en buena medida a Víctor Adler en Austria. Sólo Bebel en Alemania, Guesde en Francia y Sen Katayama en Japón mantuvieron durante este período una coherencia intransigente frente a la teoría y la práctica revisionistas. Pero esta intransigencia se desmoronó en Bebel y Guesde después de la

Revolución Rusa de 1905, hacia 1910 (Guesde fue ministro en un gobierno de coalición burguesa llamado de "unión sagrada" en 1914). Katayama siguió siendo un marxista intransigente.

Sin embargo, si bien es cierto que la teoría marxista no se difundió ampliamente entre las masas en su versión original e integral, es preciso rechazar, igualmente, otra leyenda, según la cual las pocas ideas clave del marxismo que fueron extensamente retomadas por los primeros partidos socialdemócratas de masas no influyeron realmente en la conciencia de las masas. Esto es particularmente falso en lo que concierne al internacionalismo. Hubo durante el apogeo de la Segunda Internacional impresionantes manifestaciones de internacionalismo proletario. Es justamente debido a esta práctica por lo que la traición de agosto de 1914 fue tan desorientadora para las grandes masas, y monstruosa para la izquierda socialista.

Poco después del inicio de la guerra entre Rusia y Japón, los dirigentes socialistas de estos dos países, Plejanov y Sen Katayana, se abrazaron en el congreso de la Internacional en Amsterdam, y proclamaron su oposición a la guerra y a las clases poseedoras de sus respectivos países que la habían desencadenado. Cuando estalló la Revolución Rusa de 1905, se suscitó un poderoso movimiento de solidaridad internacional. Fue, por lo demás, el detonante de una radicalización de las luchas obreras en varios países, particularmente de una huelga general en Austria por el sufragio universal. Cuando la burguesía sueca quiso impedir por medio de la intervención militar el movimiento por la independencia de Noruega en 1906, el congreso del partido socialdemócrata sueco decidió oponerse a la guerra por todos los medios, incluso la huelga general, y organizó en Estocolmo una grandiosa manifestación de masas.

En 1913, el partido socialista italiano, oponiéndose a una poderosa ola chovinista, apoyada por una tercera parte de su grupo parlamentario, organizó una huelga general contra la expedición colonialista a Trípoli (Libia). La educación marxista, la profundización del marxismo y su aplicación a los nuevos problemas analíticos y estratégicos planteados por el inicio de la era imperialista, se siguió desarrollando en lo esencial dentro de la izquierda socialista. Esta última cobró importancia sobre todo en los partidos socialdemócratas hasta 1914 (1917, e incluso 1920), pero desembocó ya en escisiones en

varios países antes de la Primera Guerra Mundial: Rusia, Polonia, los Países Bajos y Bulgaria. En otras partes, corrientes sindicalistas revolucionarias desarrollaban algunos aspectos del marxismo al margen de los partidos socialistas. Esta izquierda marxista desembocó en la constitución de la Tercera Internacional, inmediatamente después de las grandes revoluciones de 1917-1919.

El fenómeno más relevante de todo este período de auge de los partidos políticos de masas influidos por el marxismo es la extensión mundial de la influencia de éste, que pasó sucesivamente de Europa occidental y central a Estados Unidos, Europa meridional y oriental (Rusia, Los Balcanes), Asia (Armenia, Georgia, Irán, Japón, China, India e Indonesia), América Latina (Argentina, Uruguay, Brasil, México, Cuba y Chile), Oceanía (Australia, Nueva Zelanda) y África (Egipto, Túnez, Sudáfrica).

Finalmente, y a pesar del retraso, los problemas específicos de los países coloniales y semicoloniales fueron integrados progresivamente tanto en el análisis como en la práctica marxistas, sobre todo a partir de las revoluciones rusa, iraní y china de 1905-1912. Hay que señalar que esto no sucedió, en términos generales, durante la revolución mexicana 1910-1917, que fue la última gran revolución contemporánea en la que no surgió ninguna corriente marxista destacada.

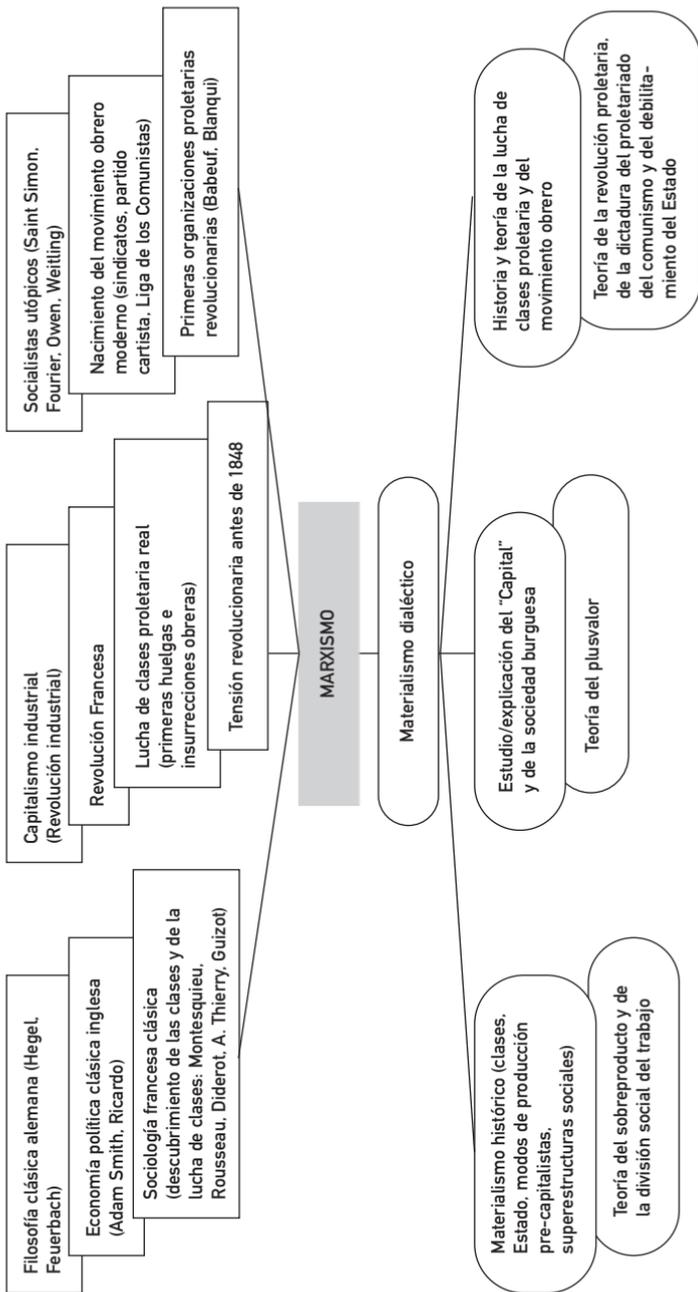
Al finalizar el III Congreso de la Internacional socialista, en Zurich, el 12 de agosto de 1893, Friedrich Engels, sentado en la sala como simple delegado, llegó hasta la tribuna en medio de una gran ovación. El viejo militante, conmovido, después de haber lamentado que su compañero de lucha Karl Marx no hubiera podido vivir este auge del movimiento obrero organizado mundialmente, expresó su confianza inquebrantable en "la nueva, más fuerte e invencible Internacional". Al mirar hacia atrás, los cincuenta y dos años de su vida política, y evocar las ciudades de Viena, Berlín, París y Londres, pudo proclamar "que Marx y él no habían luchado en vano, que podían ver su obra con orgullo y satisfacción". Terminó diciendo:

*No hay un sólo país, ni un solo Estado donde la socialdemocracia no tenga actualmente un poder al que todos tienen que tomar en cuenta. También somos "una gran potencia" que inspira temor. El futuro depende mucho más de ella y de nosotros que de cualquiera de las "grandes potencias burguesas".*

NOTAS

- \* Utilizamos "plusvalor" en lugar de "plusvalía" siguiendo la versión en castellano más rigurosa de *El Capital* de Marx, realizada por Pedro Scaron, edición de Siglo XXI. (Véase también *Elementos de análisis económico marxista*, Los libros de la Catarata, 2002.)

ESQUEMA DEL DESARROLLO DEL MARXISMO



## OCTUBRE DE 1917: ¿GOLPE DE ESTADO O REVOLUCIÓN SOCIAL?

### 1. OCTUBRE DE 1917: ¿GOLPE DE ESTADO O REVOLUCIÓN SOCIAL? LA LEGITIMIDAD DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Lo mismo en Occidente que en Oriente, actualmente está en curso una verdadera campaña de denigración de la Revolución de Octubre de 1917. A menudo, esta campaña toma acentos odiosos. Se funda en falsificaciones históricas y en mitos que no se quedan atrás de las falsificaciones y los mitos del estalinismo. Combatirla resulta indispensable no sólo desde el punto de vista científico y político. Se trata de una obra de indispensable salud intelectual. La lucha por la verdad también es un combate por un mínimo de decencia en la vida pública. En este primer apartado nos interesa volver sobre tres de los mitos que con más frecuencia se encuentran en el meollo de los escritos polémicos contemporáneos.

#### 1.1. EL MITO DEL GOLPE DE ESTADO MINORITARIO

La primera mistificación tiene que ver con la naturaleza misma de la Revolución de Octubre. Esta revolución no habría sido más que un diabólico golpe de Estado dirigido por un maestro de la manobra, Lenin, y ejecutado por una pequeña secta de revolucionarios

profesionales. Desde este punto de vista, los comentarios que siguieron a la intentona de golpe de Estado del 26 de agosto de 1991 resultan muy significativos. Algunos no dudaron en escribir que en 1991 una segunda intentona golpista (fallida) había permitido eliminar lo que en 1917 una primera (exitosa) había creado.

La verdad es otra. La Revolución de Octubre fue el punto culminante de uno de los más profundos movimientos de masas jamás conocido. En la Europa de esa época, sólo el levantamiento de los obreros alemanes de 1920, en reacción a la intentona golpista de Kapp-von Luttwitz, y la insurrección catalana de julio de 1936, frente a la toma del poder militar-fascista de los franquistas, tuvieron una amplitud comparable que, con todo, resultó más reducida y menos duradera.

Las fuentes históricas no dejan duda alguna en cuanto a la representatividad de los bolcheviques en octubre de 1917. Para convencerse de ello no hay necesidad de acudir a los escritos de la gente cercana a Lenin<sup>1</sup>. Hoy día, ha quedado bien establecida la amplitud del movimiento de masas antes, durante y después de la Revolución de Octubre<sup>2</sup>. Contentémonos aquí con citar algunos de los numerosos testimonios que emanan de los propios adversarios del bolchevismo.

N. N. Sujánov, miembro de la corriente socialista revolucionaria, lo menos que señala es que:

*...los bolcheviques trabajaban tesonadamente y sin descanso. Todo el día estaban con las masas, en los talleres. Todo el santo día, decenas de oradores, menores y mayores, hablaban en las fábricas y los cuarteles de Petrogrado. Para las masas, los bolcheviques se habían convertido en elementos de su propia comunidad, porque siempre estaban presentes, tomando la iniciativa tanto en los más mínimos detalles como en los asuntos más importantes de la empresa o el barrio militar. Se habían convertido en la única esperanza, así sólo fuera porque, formando un solo con las masas, eran pródigos en promesas y en cuentos de hadas atractivos aunque simples. Las masas vivían y respiraban de común acuerdo con los bolcheviques. Estaban en manos del partido de Lenin y Trotsky.*

*Resulta totalmente absurdo hablar de una conspiración militar en lugar de una insurrección nacional, cuando el partido era seguido por la gran mayoría del pueblo y cuando, de facto, ya había conquistado el poder real y la autoridad<sup>3</sup>.*

Por su parte, el historiador alemán Oskar Anweiler, crítico severo de los comunistas, hace notar que:

*Los bolcheviques eran mayoritarios en los consejos de diputados de casi todos los grandes centros industriales, así como en la mayor parte de los consejos de diputados de soldados de los cuarteles<sup>4</sup>.*

Marc Ferro, otro crítico feroz de los bolcheviques, no puede evitar dejar constancia de que:

*En primer lugar, la bolchevización fue el efecto de la radicalización de las masas y la expresión de la voluntad democrática [...]. En gran medida, la radicalización de las masas se explica por la ineficacia de la política gubernamental (con participación socialista desde mayo) que, bajo el ropaje de la necesidad, instituyó procedimientos de conciliación entre las clases dirigentes y la clases populares. Lejos de modificar el orden establecido, la negociación lo perpetuaba [...].*

*En consecuencia, surgió el descontento tanto en la ciudad como en el ejército. De esta situación se vieron beneficiados aquellos que, desde sus orígenes, habían impugnado el principio mismo de la colaboración de clase, entre ellos los más intransigentes, es decir, los bolcheviques, tendencia Lenin.*

*Los trabajadores pedían que se les concedieran condiciones de vida menos inhumanas. Fue la negativa, brutal o astuta, de los poseedores a esta demanda lo que llevó a la ocupación de fábricas, al secuestro de patrones, y luego, después de Octubre, a la venganza contra los burgueses [...].*

*Este movimiento se apoyó en una base popular de la que ya se mencionaron sus formas organizativas. Cuando los comités que la estructuraban participaron en el movimiento que condujo a Octubre, el temor a la represión y el coraje contra los dirigentes traidores resultaron suficientes para explicar una actitud*

*absolutista [!] elemental, sin relación con el absolutismo bolchevique, pero solidario con el movimiento que lo animaba*<sup>5</sup>.

Para Dan, uno de los principales dirigentes mencheviques, en vísperas de Octubre, las masas:

*... cada vez con más frecuencia comenzaron a expresar su descontento y su impaciencia en movimientos impetuosos, y terminaron [...] por volverse hacia el comunismo [...]. Las huelgas se sucedieron. Los obreros buscaron responder al rápido aumento del costo de la vida a través de incrementos salariales. Pero todos sus esfuerzos fracasaron como consecuencia de la continua desvalorización del papel moneda. Los comunistas lanzaron en sus filas la consigna de "control obrero", y les aconsejaron tomar en sus manos la dirección de las empresas con el fin de impedir el "sabotaje" de los capitalistas. Por otro lado, los campesinos comenzaron a apoderarse de las propiedades rurales, a echar a los terratenientes y a poner fuego a sus casas de campo ante el temor de que las propiedades se les escaparán de las manos de ese momento a la convocatoria de la Asamblea Constituyente...*<sup>6</sup>.

La Revolución de Octubre se realizó bajo la consigna de "Todo el poder a los soviets" —es decir, a los consejos de obreros, soldados y campesinos—. El historiador Beryl Williams resume el proceso histórico que condujo a Octubre en estos términos:

*Más que en los programas de los partidos o en la Asamblea Constituyente, era en el poder de los soviets donde las masas veían la solución a sus problemas. Sólo los bolcheviques estaban realmente identificados con este poder soviético [...]. [Su] partido se encontraba, entonces, en posibilidades de montarse sobre la ola popular hasta la toma del poder*<sup>7</sup>.

Recordemos que en el II Congreso de los Soviets, los partidarios de la orientación "Todo el poder a los soviets" obtuvieron el 69,6 por ciento de los mandatos. En el Congreso Pan-ruso de Diputados Campesinos, que se realizó del 9 al 25 de diciembre de 1917, hubo una ligera mayoría (S-R de izquierda y bolcheviques) a favor del poder de

los soviets. Al examinar la actitud de las masas frente a la disolución de la Asamblea Constituyente por parte del Gobierno soviético en enero de 1918, el historiador Anweiler concluye que:

*... en las filas del pueblo era raro que se protestara contra las medidas coercitivas de los bolcheviques y, desde luego, esto no tenía como causa única el terrorismo intelectual y físico, todavía relativamente "suave" en esa época. El hecho de que los bolcheviques se hayan anticipado, y con mucho, a las decisiones de la Constituyente sobre cuestiones tan vitales como los de la paz y la tierra, pesó no menos decisivamente en el balance [...]. Las masas obreras y campesinas se mostraban [...] más inclinadas a dar sus asentimiento a las medidas concretas de los nuevos dueños [...]. A pesar de la deficiencia de los soviets tanto en materia organizativa como, frecuentemente, en materia de representación, las masas los consideraban como "sus" órganos<sup>8</sup>.*

## 1.2. EL MITO DE LA UTOPIA MORTAL: ¿EL SOCIALISMO INMEDIATAMENTE?

Segunda mistificación, segunda falsificación histórica: los bolcheviques habrían ejecutado su intentona golpista con el fin de crear en Rusia, enseguida o a corto plazo, una sociedad ideal, un paraíso en la tierra. Habrían "llevado la utopía al poder", para retomar la fórmula del historiador soviético Alexandre Nekritch, quien, con todo, nos tenía acostumbrados a una mayor objetividad en sus anteriores escritos<sup>9</sup>.

En realidad, la toma del poder por los soviets tenía como meta cumplir objetivos muy concretos y precisos: detener la guerra inmediatamente, distribuir la tierra a los campesinos, asegurar el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas, evitar el aplastamiento de Petrogrado-La-Roja que Kerensky quería entregar al ejército alemán, detener el sabotaje de la economía por parte de la burguesía, establecer el control obrero sobre la producción e impedir la victoria de la contrarrevolución.

Estos objetivos pueden sintetizarse a través de la fórmula marxista clásica: lograr el cumplimiento de las tareas históricas de la revolución democrática-(nacional)-burguesa gracias al

establecimiento de la dictadura del proletariado, es decir, de la destrucción del Estado, ante todo el aparato de Estado burgués. La revolución, desde luego, conoció un rápido transcrecimiento hacia el cumplimiento de tareas socialistas. Pero esto fue así no porque los bolcheviques fueran unos utópicos, sino porque las masas obreras rechazaron toda autolimitación en su emancipación, como Trotsky lo había previsto desde 1906. Sintiendo dueñas del Estado y de las calles, ya no estuvieron dispuestas a permanecer sumisas en las empresas y a seguir siendo explotadas<sup>10</sup>.

En vísperas e inmediatamente después de la Revolución de Octubre, las iniciativas de control obrero en las empresas se multiplicaron de manera espontánea. Cuando los industriales tomaron medidas de despidos masivos e, incluso, de cierre de empresas, la revolución también desembocó, casi automáticamente, en embargos y expropiaciones de fábrica<sup>11</sup>.

Los bolcheviques no esperaban realizar "la utopía", es decir el socialismo, enseguida y en Rusia sola. En realidad, rechazaban tal idea de forma unánime. Lenin nunca escondió a las masas rusas que, para él, la conquista del poder de Rusia tenía por función histórica estimular la revolución internacional, ante todo la revolución alemana (beneficiándose del hecho de que la relación de fuerzas era más favorable al proletariado en Rusia que en cualquier otro país del mundo).

Julius Braunthal ha señalado la importancia que esta cuestión revestía a los ojos de Lenin:

*"Todo el futuro de la revolución obrera internacional y del socialismo está en juego." Este argumento vuelve una y otra vez en prácticamente todos los artículos y todas las cartas en los que, en el otoño de 1917, impulsa al Comité Central a pasar a la acción. No deja de repetir: "Ya no podemos poner en duda la maduración creciente y el carácter ineluctable de la revolución socialista mundial [...]. Estamos en el umbral de la revolución mundial. Seríamos unos verdaderos traidores a la Internacional si, en un momento parecido, en condiciones tan favorables, respondiéramos al llamado de la revolución alemana (por ejemplo [de los elementos] de la marina de guerra alemana) sólo a través de resoluciones"*<sup>12</sup>.

Obviamente, de lo anterior no hay que deducir que la orientación hacia el socialismo no resultaba esencial en la propaganda bolchevique y que la misma no influía, así fuera marginalmente, sobre las medidas concretas que tomaban.

En ese momento, contrariamente a sus posiciones previas a abril de 1917, para Lenin y los bolcheviques “poder de los soviets”, “poder obrero” (u obrero-campesino) y orientación socialista eran prácticamente sinónimos.

Pero Lenin no dejó de señalar que esto sólo significaba que se podía —y que era necesario— comenzar a comprometerse en esta vía, nada más. Lenin sabía que una sociedad socialista plenamente desarrollada (en el sentido tradicional, marxista, del término: una sociedad sin clases) sólo podía conocer la luz del día después de la victoria de la revolución internacional. Y así lo repitió en enero de 1918 ante el III Congreso de los Soviets:

*No me hago ilusiones en cuanto al hecho de que apenas hemos empezado el periodo de transición al socialismo, de que no hemos llegado aún al socialismo [...]. Estamos lejos incluso de haber terminado el período de transición del capitalismo al socialismo. Jamás nos hemos dejado engañar por la esperanza de que podríamos terminarlo sin la ayuda del proletariado internacional<sup>13</sup>.*

### 1.3. EL MITO DE UN PARTIDO-SECTA DE FANÁTICOS

Tercera mistificación, tercera falsificación histórica. La “intentona golpista” de octubre de 1917 habría sido perpetrada por una pequeña secta de revolucionarios profesionales extremadamente centralizada, fanatizada y manipulada por Lenin, ávido de poder, incluso de poder absoluto.

En realidad, en los meses que fueron de febrero a octubre de 1917 el pueblo bolchevique se convirtió en un partido de masas, aglutinando a la vanguardia real del proletariado de Rusia: los dirigentes naturales de la clase, reconocidos como tales por ella. Su número de revolucionarios profesionales (de permanentes) era extremadamente reducido<sup>14</sup>. Este partido ha sido el partido de masas menos burocratizado que jamás se haya conocido. Apenas

contaba con 700 permanentes de un total de entre 250 mil y 300 mil miembros. Funcionaba, además, de manera marcadamente democrática: los debates y las diferencias de opinión eran numerosos y, en términos generales, se expresaban públicamente<sup>15</sup>.

Esta libertad de expresión concernía no sólo a unos cuantos dirigentes que, en minoría, se expresaran públicamente (como Bujarin y los "comunistas de izquierda"), incluso en periódicos separados. Llegaba también a organismos enteros del partido. De esta manera, durante varios meses de 1917, el comité del partido en Viborg envió a sus propios agitadores a la flota del Báltico para oponerse a los argumentos del comité de Petrogrado, considerados como demasiado tolerantes frente al Gobierno Provisional.

Durante las conferencias de los comités de fábrica, antes de la Revolución de Octubre, dos corrientes bolcheviques se enfrentaron públicamente. La primera estaba representada por Miliutin y Larin, apoyados por Riazánov, Lozovsky y Chliapnikov. Esta corriente quería combinar el control obrero con la reivindicación de planificación central. La segunda estaba representada por Skrypnik y Tchubar e insistía sobre todo en la iniciativa descentralizada en la base.

Esta tradición se mantuvo viva. Se encuentran huellas de ella todavía en 1921, durante el X Congreso del Partido Comunista, cuando la batalla por prohibir las fracciones en el seno del PC causaba estragos (volveremos más adelante sobre este congreso). Durante el debate, Lenin atacó vivamente a Kiseliov, un delegado que había criticado algunos poderes disciplinarios extraordinarios que el proyecto de resolución concedía al Comité Central. Al rebasar sus polémicas palabras su pensamiento, Lenin no dudó en hacer inmediatamente una autocrítica:

*Camaradas, me arrepiento de haber empleado la palabra "ametralladora" [contra Kiseliov], y prometo solemnemente no emplear en el futuro expresiones gráficas de esa naturaleza, porque espantan a la gente por nada y porque luego hacen que sus reacciones resulten incomprensibles [Aplausos]. Nadie tiene la intención de jalar la ametralladora contra nadie, y estamos absolutamente seguros de que ni el camarada Kiseliov ni ningún otro tendrá que hacerlo*<sup>16</sup>.

El partido bolchevique era entonces un partido integrado al más alto nivel a la sociedad rusa y a sus fuerzas vivas. Esto fue lo que en una contundente fórmula recordó la primera Plataforma de la Oposición de Izquierda seis años después de la revolución, frente al ascenso de la fracción estalinista: "El Partido [era] esa colectividad independiente y viva que agarraba con fuerza la cambiante realidad, porque estaba ligado a ella de mil maneras"<sup>17</sup>.

Si la Revolución de Octubre no fue una intentona golpista, tampoco fue el simple desenlace de un espontáneo levantamiento de masas. Fue también una insurrección metódicamente preparada y ejecutada por los bolcheviques y sus aliados, partidarios del poder de los soviets: los anarquistas y los socialistas revolucionarios de izquierda. No se trató de una insurrección secreta y minoritaria. Se trató de una insurrección organizada a la luz del día, en lo esencial en el marco de instituciones emanadas de los soviets. Fue el resultado de una nueva legitimidad que se impuso a la gran mayoría de los trabajadores y los soldados, y luego, un poco más tarde, a una buena parte de los campesinos. La legitimidad de los soviets y los consejos de fábrica le ganó por la mano a la del Gobierno Provisional, el Estado Mayor militar, el empresariado y los terratenientes. De esta manera, en las empresas los obreros reconocían cada vez más la autoridad de los comités de fábrica en lugar de la de los patrones<sup>18</sup>.

Gracias a la agitación y a la organización magistralmente dirigidas por Trotsky, todos los regimientos de la guarnición de Petrogrado decidieron en asambleas públicas ya no reconocer las órdenes del Estado Mayor y la jerarquía militar, sino las del Soviet y su Comité Militar Revolucionario.

Fue en estas condiciones que el 25 de octubre de 1917 pudo realizarse el derrocamiento "técnico" del Gobierno Provisional, en un acto que tan poca sangre derramó: costó menos muertos de los que habitualmente hay como consecuencia de accidentes de tránsito durante un fin de semana normal en los principales países de Europa<sup>19</sup>.

En resumen, ¿qué fue, pues, la Revolución de Octubre? El punto culminante de un formidable movimiento de masas guiado hacia la toma del poder por un partido obrero de vanguardia estrechamente

integrado a las masas. Un partido que ante todo buscaba satisfacer las reivindicaciones inmediatas más candentes de la población, al tiempo que buscaba objetivos socialistas nacionales e internacionales más vastos<sup>20</sup>.

## 2. LA APUESTA INTERNACIONAL

La victoria de la Revolución de Octubre no puede entenderse fuera del contexto de la Primera Guerra Mundial. De todas las consignas bolcheviques, la del cese inmediato de la guerra y la de "paz sin anexiones ni indemnizaciones" fueron las que más eco encontraron entre la población. Estas consignas se convirtieron en el rasgo distintivo entre los bolcheviques y otros partidos que se reclamaban del socialismo y la revolución. Sobre todo los soldados, en su inmensa mayoría campesinos, ya no querían más guerra.

La descomposición del ejército, que en lo esencial seguía siendo el ejército zarista, desarmó al Gobierno Provisional después de las primeras tentativas de contrarrevolución. Esto fue lo que permitió la victoria de octubre y su consolidación.

Así lo admitieron más tarde, por lo demás, los mencheviques más lúcidos. Su principal dirigente, Dan, afirma de manera perentoria que: "La prolongación de la guerra dio la victoria a los bolcheviques en la Revolución Rusa"<sup>21</sup>. Más aún, la respuesta de los bolcheviques y los soviets después de la conquista del poder en octubre de 1917 permite juzgar a fondo la política del nuevo Estado revolucionario.

### 2.1. EL DERECHO DE LOS PUEBLOS A DISPONER DE SÍ MISMOS

El primer discurso que Lenin pronunció ante el II Congreso de los Soviets para presentar la política del nuevo poder emanado de Octubre fue su informe sobre la paz. En ese discurso se encuentra una vigorosa afirmación del derecho a la autodeterminación de las naciones, cuyos acentos democráticos resultan hoy día de gran actualidad:

*Si una nación, cualquiera que sea, es mantenida por la fuerza en los límites de un Estado; si, a pesar del deseo expresado por ella —independientemente de que lo haga en la*

*prensa, en asambleas populares, en acuerdos de los partidos o en movimientos de rebeldía o insurrecciones contra la opresión nacional—, no se le concede el derecho de decidir en votación libre, sin la menor coacción y con la retirada completa de la nación conquistadora o, en general, más poderosa, el problema de sus formas de existencia como Estado, su incorporación constituirá una anexión, es decir, una conquista y un acto de violencia.*

*El Gobierno considera el mayor crimen contra la humanidad continuar esta guerra por el reparto, entre las naciones fuertes y ricas, de los pueblos débiles conquistados por ellas, y proclama solemnemente su decisión de firmar sin demora unas cláusulas de paz que pongan fin a esta guerra en las condiciones indicadas, justas por igual para todas las naciones sin excepción<sup>22</sup>.*

El Gobierno soviético extendió este principio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos a todas las colonias y semicolonias fuera de Europa. Éste fue un acto revolucionario que tuvo incalculables repercusiones históricas. Dio un impulso decisivo a nacientes movimientos de liberación nacional en países como la India, China e Indonesia, así como un apoyo significativo a movimientos anti-imperialistas ya importantes (Turquía).

En una de sus primeras declaraciones, hechas el 30 de diciembre de 1917 durante las negociaciones de paz sostenidas con Alemania en Brest-Litovsk, el Gobierno soviético proclamó la extensión del derecho de las naciones a disponer de sí mismas, reconocido por el presidente estadounidense Wilson, a todos los países coloniales y semi-coloniales. Simultáneamente, abolió todos los desiguales tratados con China, sobre todo el que concernía a los ferrocarriles del Este chino y al derecho de extraterritorialidad de los ciudadanos rusos que vivían en China, Mongolia e Irán. Por otra parte, estos principios fueron incorporados a la primera Constitución soviética, la de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) de 1918.

La reacción de las fuerzas anti-imperialistas asiáticas fue inmediata. En China, el partido bolchevique fue llamado *Huang-i-tang*, el

“partido del humanismo más grande”. Sun Yat-sen, dirigente nacionalista chino, envió un mensaje de solidaridad a Lenin. En Irán, el movimiento nacional-democrático se reivindicó de la Revolución de Octubre, después de que Trotsky retirara de ese país a las tropas y a los instructores rusos.

Una de las consecuencias de esta política fue la famosa Conferencia de los Pueblos de Oriente, realizada en Bakú en 1920.

Además, por primera vez en la historia, el poder de los soviets abolió la diplomacia secreta, tomando la decisión de publicar todos los documentos diplomáticos y todos los tratados secretos. Sobre todo, inmediatamente decidió entablar negociaciones de armisticio con todos los gobiernos beligerantes dispuestos a comprometerse en ese camino.

## 2.2. OCTUBRE DE 1917: UNA REVOLUCIÓN PARA LA PAZ

Este hecho fue acompañado de un llamado a los trabajadores de los grandes países imperialistas a que se comprometieran en el camino de la paz y del socialismo:

*Al dirigir esta proposición de paz a los gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes, el Gobierno Provisional Obrero y Campesino de Rusia se dirige también, y sobre todo, a los obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la humanidad y de los tres Estados más importantes que toman parte en la actual guerra: Inglaterra, Francia y Alemania. Los obreros de estos países han prestado los más grandes servicios a la causa del progreso y del socialismo; han dado los magníficos ejemplos del movimiento cartista en Inglaterra de las revoluciones de importancia histórico-universal realizadas por el proletariado francés y, por último, de la heroica lucha contra la Ley de excepción en Alemania y del trabajo prolongado, tenaz y disciplinado para crear organizaciones proletarias de masas en este país, trabajo que sirve de ejemplo a los obreros de todo el mundo. Todos estos ejemplos de heroísmo proletario y de iniciativa histórica nos garantizan que los obreros de esos países comprenderán el deber en que están hoy de librar a la*

*humanidad de los horrores de la guerra y de sus consecuencias, que esos obreros, con su actividad múltiple, resuelta, abnegada y enérgica, nos ayudarán a llevar a feliz término la causa de la paz y, con ella, la causa de la liberación de las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y de toda explotación*<sup>23</sup>.

Y concluye de manera todavía más terminante:

*En el manifiesto del 14 de marzo [de 1917], [los soviets] proponíamos derribar a los banqueros: pero [antes de la Revolución de Octubre] no sólo no derribamos a los nuestros, sino que incluso nos aliamos con ellos. Ahora hemos derribado el gobierno de los banqueros.*

*Los gobiernos y la burguesía harán todos los esfuerzos posibles para unirse y ahogar en sangre la revolución obrera y campesina. Pero los tres años de guerra han ilustrado suficientemente a las masas; el movimiento soviético en otros países; la sublevación de la flota alemana, que los junkers del verdugo Guillermo II han aplastado [...]. El movimiento obrero triunfará y abrirá el camino hacia la paz y el socialismo*<sup>24</sup>.

Dirigiéndose a los pueblos de Europa, golpeados por la guerra, Trotsky proclamó: "Los obreros y los soldados deben arrancar de las manos criminales de la burguesía la causa [el derecho a decidir] de la guerra y de la paz, y tomarla en sus propias manos".

En otros términos, los bolcheviques concebían a la Revolución de Octubre un medio para poner fin a la guerra; correlativamente, debía favorecer y acelerar el desarrollo de la revolución socialista mundial.

Desde el punto de vista histórico, ¿se justificaba esta concepción? Indudablemente.

La Guerra Mundial constituyó un giro decisivo en la historia del capitalismo. Significó el comienzo de una era en el curso de la cual los rasgos destructores, bárbaros y regresivos del sistema crecieron considerablemente en relación a su capacidad para mantener el desarrollo periódico de las fuerzas productivas.

La Primera Guerra Mundial representó la masacre de diez millones de seres humanos, entre ellos la flor y nata de la juventud europea, para alcanzar objetivos a los cuales hoy día nadie reconoce legitimidad alguna<sup>25</sup>. La guerra fue el primero de una serie de desastres que, treinta años más tarde, condujeron a la humanidad a la barbarie de Auschwitz e Hiroshima. Los socialistas más lúcidos lo previeron desde antes de 1914. Y no sólo revolucionarios como Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo, sino también moderados como Jean Jaurès.

Al iniciarse este mortal conflicto, el compromiso era detenerlo enseguida y a cualquier precio. Ningún "objetivo de guerra", confeso u oculto, justificaba la continuación de la cacería.

El Gobierno de los soviets luchó por la paz inmediata durante las negociaciones de Brest-Litovsk con Alemania y Austria-Hungría. Ya un creciente número de trabajadores y soldados de todos los países rechazaba la guerra, lo que explica el inmenso eco que la posición soviética encontró en el mundo, sobre todo cuando se tradujo en la ejemplar agitación de Trotsky en la mesa de negociaciones.

Los representantes de Alemania y Austria chillaron ante la violación de todas las normas de la diplomacia. ¿Cómo? ¿Dirigiéndose a los soldados por encima de la cabeza de sus oficiales? ¿Llamándolos a la desobediencia e, incluso, a la insubordinación? ¿Llamando a las colonias al levantamiento? ¿Llamando a los obreros a la huelga? Viniendo estos llamados de un ministro de Asuntos Extranjeros, ¿no era pisotear las más elementales reglas de la civilización y la "convivencia entre las naciones"?

Pronto, los Gobiernos británico y francés pisaron los talones a sus implacables adversarios de los imperios centrales, denunciando, en su oportunidad, a los revolucionarios soviéticos.

En cambio, para los pueblos, la "civilización" y las "normas de convivencia entre las naciones" reivindicadas por los gobiernos beligerantes eran las de una masacre insensata, la destrucción de ciudades enteras, una inhumana opresión y la explotación. Era la "civilización" de la peste y la muerte. Lenin y Trotsky encarnaban la esperanza de una civilización superior, la de la vida, la libertad y la igualdad de derechos para todos y todas.

La propaganda imperialista —en parte sustituida por la social-democracia de derecha— resultaba, entonces, infinitamente más odiosa que la propaganda anticomunista de la época de la guerra fría y de hoy en día. Sin embargo, encontró un eco mucho menor entre las masas trabajadoras. Estas últimas constataban, en efecto, la sinceridad del poder soviético.

### 2.3. EL PODER SOVIÉTICO: EL INTERNACIONALISMO EN ACCIÓN

Las masas vieron que la primera Constitución soviética, la de 1918, suprimía la distinción entre “ciudadanos nacionales” y “extranjeros”. Toda persona que residiera en la Rusia soviética y que estuviera dispuesta a trabajar en ese país, inmediatamente gozaría de todos los derechos políticos, incluido el derecho de voto. MacLean, dirigente de los *shopstewards* (delegado de taller) de las fábricas de municiones de Glasgow, Escocia, encarcelado por el Gobierno británico (con el apoyo de los socialdemócratas) por irse a la huelga, recibió del Gobierno soviético el título de cónsul general de la RSFSR y, como consecuencia de este hecho, la inmunidad diplomática, lo que obligó a Londres a liberarlo. Por primera vez en la historia un *poder de Estado* demostraba a través de hechos que estaba al servicio de la clase obrera internacional.

Los bolcheviques mostraban así que permanecían fieles a las mejores tradiciones del movimiento socialista. La Segunda Internacional había fallado trágicamente en este terreno cuando el 4 de agosto de 1914 sus principales dirigentes aceptaron la lógica de guerra, en violación de sus más solemnes juramentos y de las resoluciones adoptadas por su propia organización durante sucesivos congresos.

Tras esta histórica capitulación, la práctica del nuevo poder soviético, conforme esta vez con los principios, hizo más por estimular el poderoso renacimiento del internacionalismo en el seno de las masas que mil discursos, artículos, folletos o libros. Fue esto lo que permitió la creación de la Tercera Internacional y lo que desencadenó un poderoso movimiento de solidaridad internacional con la asediada Revolución Rusa.

## 2.4. UNA TRADICIÓN SOCIALISTA: LA REVOLUCIÓN CONTRA LA GUERRA

En realidad, el nuevo poder soviético puso en marcha las resoluciones que la propia Segunda Internacional había adoptado en 1907 y 1913. En efecto, la política de réplica socialista a las amenazas de guerra no se limitó a denunciar el peligro de una carnicería sin precedente, llamando a impedir o a poner fin a la masacre. Gracias a los sostenidos esfuerzos de la izquierda, entonces dirigida por Lenin, Martov y Rosa Luxemburgo, la resolución aprobada por unanimidad en el Congreso de Stuttgart (1907) de la Internacional Socialista afirmaba:

*En caso de que la guerra estalle, [los partidos socialistas] tienen el deber de intervenir para detenerla rápidamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más profundas y acelerar la caída de la denominación capitalista*<sup>26</sup>.

En 1913, en el Congreso Extraordinario de Basilea, la Internacional dirigió una solemne advertencia a los gobiernos:

*Que los gobiernos sepan que bajo las actuales condiciones de Europa y bajo el estado de ánimo de la clase obrera, no podrán desencadenar la guerra sin peligro para ellos mismos.*

*Que recuerden que la guerra franco-alemana provocó la explosión revolucionaria de la Comuna; que la guerra ruso-japonesa puso en movimiento las fuerzas revolucionarias de los pueblos de Rusia; que el malestar provocado por la escalada de gastos militares y navales dotó a los conflictos sociales en Inglaterra y en el continente de una insólita agudeza y desencadenó huelgas formidables.*

*Estarían locos si no sintieran que la sola idea de una guerra monstruosa levanta la indignación y el coraje de los proletarios de todos los países.*

*Los trabajadores consideran un crimen tirar unos contra otros en provecho de los capitalistas, de la soberbia de las dinastías o de las combinaciones de los tratados secretos.*

*Si suprimiendo toda posibilidad de evolución regular, los gobiernos obligan al proletariado europeo a estallar en revoluciones desesperadas, cargarán con la responsabilidad de una crisis por ellos mismos provocada [...].*

*El proletariado consciente de que en estos momentos es en él quien descansa el futuro de la humanidad, y utilizará toda su energía para impedir el aniquilamiento de la flor de todos aquellos pueblos amenazados por los horrores de enormes masacres, el hambre y la peste<sup>27</sup>.*

En términos sucintos, Jean Jaurès, gran figura del socialismo francés, resumió este mensaje en la frase final de su discurso ante el Congreso de Basilea: "Los gobiernos deben ver que, al acentuar el peligro de la guerra, los pueblos fácilmente pueden hacer sus cuentas: su propia revolución les costaría menos muertos que la guerra ajena".

Prometiendo todavía más, Victor Adler, jefe de la socialdemocracia austriaca, afirmaba por su parte que: "Si se comete el crimen (el desencadenamiento de la guerra), un castigo histórico le sucederá: éste será el comienzo del fin del reino de los criminales".

*A posteriori*, a la luz de los acontecimientos de agosto de 1914, estos análisis y estas perspectivas pueden parecer irrealistas. Sin embargo, hay que hacer notar que Lenin, Rosa y Martov, por un lado, y Jaurès y Adler, por otro, lo único que predecían era el hecho de que al desencadenamiento de la guerra seguiría inmediatamente una revolución —y las revoluciones estallaron tres o cuatro años más tarde—.

## 2.5. INMEDIATAMENTE DESPUÉS DE LA GUERRA MUNDIAL

Es cierto que en agosto de 1914 Adler mismo capituló ante los "criminales" que en 1913 denunciaba, y que luego hizo todo por impedir la revolución, más que por prepararla. Es cierto, también, que las masas, incluidos los socialdemócratas, se dejaron arrastrar por la ola chovinista del momento.

Estos hechos son incontestables. Pero sería juzgar a la ligera concluir que los mismos derivaban inevitablemente de una práctica

cotidiana reformista (que combinaba las huelgas económicas y la preparación de "buenos" resultados electorales) e, incluso, que todo esto reflejaba la creciente integración del proletariado a la sociedad y el Estado burgueses. Porque en esas condiciones, ¿cómo explicar el cambio de actitud de estas mismas masas a partir de 1917, es decir, a partir del momento en que "la crisis económica y política creada por la guerra" provocó efectivamente la miseria, el hambre, la peste, las masacres, la supresión de las libertades democráticas, de la misma manera en que lo habían previsto las resoluciones de Basilea? ¿Cómo explicar la creciente ola de huelgas, incluso de huelgas políticas, que estallaron en contra de la "paz de rapiña" impuesta por el alemán Ludendorff a la Revolución Rusa en Brest-Litovsk en enero de 1918?

A partir de octubre de 1918, este cambio desembocó en una serie ininterrumpida de revoluciones. Un poco más tarde, es cierto, de lo que los bolcheviques esperaban. Con todo, se trató de revoluciones bien reales: revoluciones en Finlandia, Alemania, Austria y Hungría, creación de un poder soviético en Baviera<sup>28</sup>, crisis revolucionaria en Italia. En esos años, la revolución mundial fue una realidad tangible. Y lo fue no sólo para los bolcheviques, los socialistas revolucionarios y una buena parte de la izquierda socialista "centrista" del mundo. Lo fue también para la burguesía. El primer ministro británico, Lloyd George, escribió al respecto:

*Toda Europa está imbuida del espíritu de la revolución. Hay un profundo sentimiento no sólo de descontento sino, también, de indignación y revuelta contra las condiciones previas de la guerra. Todo el orden existente, en sus aspectos políticos, sociales y económicos, es cuestionado por las masas de la población de un punto a otro de Europa.*

Por su parte, el historiador italiano Gaetano Salvemini escribió que durante la ola de ocupación de fábricas en Italia de septiembre de 1920: "Los banqueros, grandes industriales y terratenientes esperaban la revolución social como corderos que esperan ser llevados al matadero"<sup>29</sup>.

En su *Histoire de l'Internationale*, el austromarxista Julius Braunthal resume la situación prevaleciente durante la primera

reunión de posguerra de la Internacional Socialista, realizada en Lucerna en agosto de 1919, en los siguientes términos: "Europa estaba en fermentación. Parecía que se estaba en vísperas de luchas decisivas entre la revolución y la contrarrevolución"<sup>30</sup>. Y agrega: Inmediatamente después de realizado el congreso de fundación de la IC se dio en Europa un ascenso revolucionario que parecía confirmar el pronóstico de Lenin"<sup>31</sup>.

En relación a Alemania, hace notar que:

*El imperialismo de las potencias occidentales impuso límites a la revolución social en Alemania. Pero incluso dentro de estos límites, estaban dadas las condiciones para una revolución social que rompiera el poder de la burguesía y del gran capital; que convirtiera en propiedad pública la industria pesada concentrada en pocas manos, las minas de hulla y la industria química; que quebrara (el poder del) capital financiero imponiendo el control del Estado sobre los bancos; que quebrara el poder de los Junkers mediante el reparto (en beneficio de los campesinos) de la gran propiedad agraria; sobre todo a través del desarrollo de un órgano de poder de la revolución —una fuerza armada reclutada entre los trabajadores socialistas y dirigida por los socialistas, como fue el caso de la Volkswehr creada por la social democracia austriaca—<sup>32</sup>.*

En su informe al III Congreso de la Internacional Comunista, Trotsky citó dos juicios retrospectivos de la burguesía europea que confirman plenamente este análisis de la situación prevaleciente en 1919-1920. Así, el 28 de abril de 1921, el reaccionario periódico francés *Le Temps* escribió:

*El 1 de mayo del año pasado estaba destinado a ser el comienzo de una huelga general que en sí misma debía abrir la vía a la fase inicial de la revolución. Hoy día, hay mayor confianza en cuanto al esfuerzo de la nación por superar todas las crisis derivadas de la guerra.*

Y el órgano representativo de la burguesía suiza, el periódico *Neue Zürcher Zeitung*, decía en ese mismo momento sobre Alemania:

*La Alemania de 1921 no se parece en nada a la de 1918. La conciencia gubernamental se ha vuelto tan fuerte que los métodos comunistas encuentran oposición en casi todas las capas de la población, aunque el número de comunistas haya crecido de manera desmesurada, cuando durante las jornadas revolucionarias no eran más que un pequeño puñado de gentes decididas*<sup>33</sup>.

Fuera de Rusia, es verdad, la ola revolucionaria sólo conoció victorias temporales: el establecimiento de las efímeras Repúblicas Soviéticas de Hungría y Baviera. La primera fase de la revolución alemana fue derrotada en enero de 1919. La revolución austriaca fue deliberadamente frenada por el partido socialista austriaco, que negoció un compromiso con la burguesía<sup>34</sup>.

#### 2.6. DERROTAS EN EUROPA: LA RESPONSABILIDAD DE LOS REFORMISTAS

Pero este compromiso no derivó de una relación de fuerzas objetivamente desfavorables. Al respecto, es necesario señalar la terrible responsabilidad histórica de los dirigentes del PS. En efecto, si los socialistas austriacos hubieran tomado el poder —hecho entonces perfectamente posible— la situación en Europa se habría modificado de una manera fundamental en favor de la revolución, asegurándose la unión territorial con las Repúblicas Soviéticas de Baviera y Hungría, recientemente establecidas y situadas a ambos lados de Austria. Al negarse a tomar el poder, los socialistas austriacos interrumpieron la cadena de la revolución social. Si hubieran actuado de otra manera, las tres repúblicas proletarias se habrían reforzado recíprocamente, generando un impulso revolucionario que habría podido propagarse a toda Europa<sup>35</sup>.

En cuanto a la revolución alemana, entablada en 1918 y luego duramente golpeada, conoció una recuperación que desembocó en la impresionante huelga general de marzo de 1920 en contra de la intentona golpista de Kapp-von Lüttwitz, a la que siguió una tercera ola en 1923 con la huelga general en contra del Gobierno Cuno<sup>36</sup>.

Pero, sobre todo, si los bolcheviques tenían "ilusiones" en la revolución mundial, éstas eran compartidas por millones de asalariados y asalariadas en todo el mundo.

En el I Congreso de la Internacional Comunista, realizado en marzo de 1919, no había más que un puñado de grupos revolucionarios que sólo representaban a unas cuantas decenas de miles de personas fuera de Rusia. Pero en los meses siguientes las simpatías "por Moscú" crecieron a tal punto que la mayor parte de los trabajadores organizados de numerosos países (España, Italia, Francia, Noruega, Bulgaria, Checoslovaquia) y una fuerte minoría en otros (ante todo en Alemania) solicitaron su adhesión a la IC. En Austria, Polonia y Suiza, los dirigentes de los partidos socialistas sólo pudieron detener este maremoto rompiendo, ellos también, con la socialdemocracia reformista y constituyendo la Internacional llamada "dos y media", que juró en favor de la dictadura del proletariado<sup>37</sup>.

Cabe señalar que la profunda radicalización del proletariado internacional después de la Revolución de Octubre tuvo raíces propias, hundidas en las condiciones vigentes en cada país. No fue un simple producto de exportación procedente de Moscú<sup>38</sup>. Esta radicalización modificó profundamente la relación de fuerzas internacional prevaleciente entre las clases. Para intentar contener la ola revolucionaria, con la ayuda de los reformistas, la burguesía debió conceder al proletariado importantes reformas por las cuales éste venía luchando infructuosamente desde hacía más de veinticinco años, sobre todo la jornada de ocho horas y el sufragio universal directo. Tan profunda era la radicalización que incluso hubo una huelga general en Suiza y un llamado del dirigente socialdemócrata Troelstra a la revolución en Holanda, dos países que habían permanecido neutrales durante la guerra y que eran mucho más estables que el resto de Europa.

En 1920, este cambio en la relación de fuerzas internacional prevaleciente entre las clases salvó a la Rusia soviética de un estrangulamiento militar, cuando la amenaza de la huelga general del movimiento obrero británico impidió al imperialismo británico intervenir al lado de las fuerzas contrarrevolucionarias de Weygand y Foch, durante la guerra ruso-polaca<sup>39</sup>. En este sentido

hay que precisar, también, que las esperanzas que los bolcheviques pusieron en la revolución mundial no eran ilusorias.

Sin duda, eran excesivas, sobre todo si se habla de victorias decisivas y a corto plazo. Lenin y Trotsky lo reconocieron rápidamente. Un poco paradójicamente, pecaron de exceso de espontaneidad. La ola revolucionaria parecía entonces tan profunda que subestimaron un poco el papel del factor subjetivo —de la dirección revolucionaria— para arrancar la victoria:

*Lo que esperábamos no era un asalto caótico y espontáneo, del que observamos la primera etapa en Europa en 1918-1919. Nos parecía (y había algunas justificaciones históricas para ello) que en un período en el que la burguesía se encontraba desorganizada, este asalto podía continuar en olas cada vez más profundas; que en el curso de este proceso se clarificaría la conciencia de las capas dirigentes de la clase obrera; y que de esta manera el proletariado alcanzaría el poder de Estado en un plazo de uno o dos años. Esta posibilidad histórica existía. Pero no se materializó. La historia —con la ayuda de la mala (o buena) voluntad de la burguesía, de su astucia y de su experiencia, de su instinto por el poder— concedió a la burguesía una tregua relativamente larga, el tiempo de respirar. El milagro no ocurrió<sup>40</sup>.*

Pero lo que sí resulta incontestable es que las masas de toda una serie de países querían la revolución. Abundan pruebas y testimonios en este sentido. Si a pesar de esto el combate revolucionario no triunfó fuera de Rusia, es porque no había una dirección adecuada; mejor aún: porque las direcciones hegemónicas en el movimiento de masas intervinieron activamente para impedir esta victoria.

A pesar de las dudas y contradicciones de su diagnóstico, es la conclusión a la que el propio Brauntal llega:

*¿Por qué no se produjo nada de eso [una posible revolución social]? En última instancia, porque la socialdemocracia alemana no intervino en la revolución como un partido revolucionario, porque la inmensa mayoría de sus dirigentes, así como las masas (su propia base), lejos estaban de pensar*

*en términos revolucionarios y, en consecuencia, no estaban preparados mentalmente para la prueba de la revolución*<sup>41</sup>.

El pueblo alemán, el proletariado alemán e internacional, la humanidad entera, pagaron un terrible precio por esta bancarrota, apoyada en crímenes. Volveremos sobre ello.

### 3. LA APUESTA NACIONAL

El régimen zarista fue derribado en febrero de 1917, esto es, ocho meses antes de la Revolución de Octubre. Fue en ese entonces que nacieron los soviets —los consejos de obreros, campesinos y soldados—. Sin embargo, al comienzo de este crucial período, los bolcheviques no tenían una presencia mayoritaria en los soviets ni se encontraban en el poder. Eran otras fuerzas políticas, burguesas liberales y mencheviques, las que constituían el Gobierno Provisional y las que enfrentaban la oportunidad de poner a prueba su capacidad. Con todo, se revelaron incapaces de resolver *el conjunto* de los candentes problemas que la situación planteaba. Es esta incapacidad la que explica el progresivo crecimiento de la influencia bolchevique y la aparición de una nueva situación revolucionaria en el otoño.

La paz inmediata no era la única tarea a la que se enfrentaba el Gobierno Provisional. La población resentía la urgencia de otros problemas y los soviets se comprometieron a resolverlos sin demora (sin que esto necesariamente se tradujera en una adhesión consciente de las masas al poder de los soviets).

Eran particularmente legítimas las cuestiones de la tierra, la miseria obrera y las instituciones políticas. En estos tres terrenos-clave de la vida sociopolítica, Rusia arrastraba una herencia de barbarie, atraso y subdesarrollo sobre la que se injertaban las consecuencias de una rápida y salvaje industrialización llevada a cabo bajo el báculo de la autocracia.

El mérito histórico de la Revolución de Octubre es el de haber permitido la rápida limpieza de esos verdaderos establos de Augias creados por el zarismo, de los que sufría en carne propia la gran

mayoría del pueblo ruso, prisionero de inhumanas condiciones. Basta describir estas condiciones para darse cuenta de nuevo de la hipocresía, si no es que del cinismo, de todos aquellos que responsabilizan a la Revolución de Octubre de la miseria que se extendió por Rusia hasta comienzos de los años veinte.

### 3.1. LA CUESTIÓN AGRARIA

La abolición de la servidumbre en 1861 se acompañó de una carga muy pesada para los campesinos. Se estima que el rendimiento capitalizado de las tierras que en ese momento recibieron era del orden de 648 millones de rublos-oro. Pero se les impuso una suma global de compra de 867 millones de rublos. Además, el campesino debía pagar un impuesto agrícola de 1,56 rublos por deciatina (una deciatina es una medida de superficie que equivale a 2,7 acres). O sea, en total 170 millones de rublos, mientras que los propietarios privados nobles y burgueses sólo pagaban 0,23 rublos de impuestos por deciatina.

Según una encuesta de 1902, la suma a pagar por el campesinado habría ido del 50 al cien por cien del ingreso neto por hacienda, según las dimensiones de éstas.

Además, en el momento del reparto de tierras, los terratenientes se apropiaron de las mejores, que antes estaban a disposición de los campesinos, "concediéndoles" sólo el derecho de comprar las menos fértiles.

A cambio de este pesado tributo, los campesinos no obtuvieron prácticamente nada del Estado zarista. En las regiones-clave de Rusia central, las condiciones de vida y de trabajo eran prácticamente las mismas que prevalecían mil años atrás, y el rendimiento por hectárea equivalía a la cuarta parte del rendimiento en Gran Bretaña y a menos de una quinta parte del rendimiento promedio de las haciendas campesinas (esto es, sin tomar en cuenta los dominios explotados por la nobleza y la burguesía)<sup>42</sup>.

En esas condiciones, la presión de la renta y del impuesto a pagar año tras año literalmente prohibieron a los campesinos hacerse con reservas. Esta situación, por una parte, entrañó el gradual agotamiento de la fertilidad del suelo a través de su sobreexplotación (¿de donde se ve que los problemas ecológicos no datan

de la época estalinista!) y, por otra, provocó hambrunas periódicas, con cada mala cosecha. La peor fue la de 1891.

Más grave aún que esta carga financiera, en sí misma insoporable, era la escasez de tierras. Se estima que las dimensiones de una hacienda capaz de alimentar a una familia campesina debían ir de 6,5 a 7 deciatinas. Y los campesinos que trabajan tierras antiguamente nobles o patrimoniales sólo recibían 3,17 y 4,9 deciatinas, respectivamente. Considerando el movimiento demográfico y el éxodo rural muy limitado, la media de tierra a disposición de cada campesino adulto era de 4,83 deciatinas en 1861 y de 3,1 deciatinas en 1905. Alrededor de 5 millones de hombres adultos que vivían en el campo no podían emplear realmente su fuerza de trabajo, incluso al bajo nivel de productividad media dada. En líneas generales, los campesinos necesitaban de 60 a 70 millones de deciatinas más.

Ahora bien, frente a unos 112 millones de deciatinas en manos de los campesinos, había 101,7 millones en manos de la nobleza, el clero y la burguesía, y 145 millones de tierras estatales y patrimoniales. Las empresas agrícolas de más de 50 deciatinas cada una (15 veces más grandes que la hacienda campesina media) ocupaban, por sí solas, un total de 80 millones de deciatinas.

La conclusión es evidente: los campesinos sólo podían obtener la tierra que les hacía falta mediante la radical supresión de la gran propiedad noble y burguesa.

Mientras esta revolución agraria no se llevara a cabo, los campesinos no tenían otra posibilidad que seguir rentando tierras a los grandes propietarios. A finales del siglo XIX, en la llamada zona de la "tierra negra" (en el corazón de Rusia), éstos arrendaron a aquéllos el 50 por ciento de sus dominios, proporción que en el resto del país varió entre el 30 y el 45 por ciento. El arriendo era extremadamente elevado; algunas veces alcanzaba el equivalente al 50 por ciento de la cosecha.

Sumando el precio de la compra, la carga del impuesto y la carga de la renta, el resultado daba una carga global para el campesinado que implicaba la ineluctable pauperización de la mayor parte de las familias campesinas. Entre 1888 y 1898, el número de caballos de los campesinos disminuyó de 19,6 a 17 millones y el ganado bovino de 34,6 a 24,5 millones. El número de haciendas sin caballos aumentó

el 22 por ciento en ese mismo periodo (todas estas cifras provienen de encuestas oficiales realizadas en esa época).

Corrigiendo —sin duda en el momento oportuno— las estadísticas que Lenin utilizó en su texto de 1908 titulado “El programa agrario de la socialdemocracia en el curso de la primera Revolución Rusa”, Teodor Shanin presenta el siguiente cuadro de la estratificación del campesinado en la Rusia europea hacia 1905: 15,8 por ciento de familias campesinas acomodadas detentan 15 deciatinas o más; 51,8 por ciento de familias campesinas detentan entre 7 y 15 deciatinas; 32,4 por ciento de familias campesinas pobres detentan menos de 7 deciatinas. (Se trata, en cada caso, de la propiedad por familia y no por cabeza de habitante.) Shanin concluye que para el período 1897-1905 había en Rusia en promedio: entre 0,8 por ciento y 1,2 por ciento de haciendas capitalistas (de 5,1 a 7,6 por ciento de la población campesina); entre 6 y 8 por ciento de trabajadores sin tierra (de 3 a 4 por ciento de la población campesina); entre 2,6 y 3,9 de campesinos ricos; entre 10,7 y 12,4 por ciento de campesinos acomodados; 51,8 por ciento de campesinos medios; entre 24,2 y 26,4 por ciento de campesinos pobres<sup>43</sup>. Los pobres representaban, pues, una tercera parte de la población lugareña.

La barbarie y la miseria en que el campesinado vivía bajo el zarismo se expresa claramente a través de su nivel de consumo. Por fuera de los gastos de alimentación y vivienda, la hacienda campesina media consagraba por cabeza de habitante 5,5 rublos anuales al vestido, 2,5 rublos a las necesidades culturales y espirituales y 1,4 rublos a otras necesidades materiales. Dos familias campesinas, compuesta cada una de seis personas, esto es 12 habitantes del campo zarista, consumían las mismas cosas que un solo obrero estadounidense (sin su familia) hacia 1905. Esto hace una diferencia de 1 a 12 (y, evidentemente, en esa época el consumo de un obrero estadounidense era muy inferior al consumo actual).

La exportación masiva de trigo por Rusia, su principal fuente de divisas antes de la exportación de petróleo, sólo fue posible porque la presión de la renta y del impuesto obligaban al campesino a vender el trigo, aun cuando no comía lo suficiente. Si el trigo hubiera cubierto plenamente las necesidades de consumo, Rusia se habría convertido en un país importador de este producto.

En su libro antaño clásico sobre Rusia, el conservador sir Donald Mackenzie Wallace, representante destacado del *establishment* británico, resume el deterioro de la situación de los campesinos rusos en los siguientes datos: el atraso en el pago de impuestos anuales (es decir, la suma de impuestos no pagados) pasó de 0,9 rublos por habitante hombre en 1882 a 6 rublos en 1893 y a 22 rublos en 1899 en las siete provincias de la zona de Tierra Negra<sup>44</sup>.

### 3.2. LA MISERIA URBANA

La miseria obrera y urbana no era menos pronunciada. Basta mencionar, al respecto, las condiciones de vivienda. Apoyándose sobre todo en el autor soviético G. Pouzis, Anatole Kopp afirma que, en las 131 ciudades situadas en los territorios que constituyeron la República Socialista Federativa de Soviets de Rusia (RFSSR): "sólo el 9 por ciento de las casas estaba conectado a la red [de alcantarillado]. De las 195 mil casas existentes en las 213 ciudades de la RFSSR y que, antes de la revolución, tenían una red de distribución de agua, sólo el 12,5 por ciento estaba conectada a aquélla"<sup>45</sup>.

En 1912, el número de personas por apartamento era de 8,7 en Moscú y de alrededor de 8 en Petrogrado, frente a 3,6 en Berlín, 4,2 en Viena y 2,7 en París<sup>46</sup>.

La jornada media de trabajo alcanzaba las diez horas, sin tomar en cuenta numerosas horas suplementarias. Según el historiador Prokopovitch, en 1909 en Petrogrado se necesitaba tres veces el salario anual medio para mantener decentemente a una familia. La miseria obrera era, pues, muy grande. En 1908, una familia obrera gastaba el 48 por ciento de sus ingresos en alimentación (por lo demás, en gran medida insuficiente), el 21 por ciento en vivienda (generalmente miserable), y el 15 por ciento en vestido. Para satisfacer otras necesidades, sobre todo atención médica e instrucción, incluso elemental, sólo le quedaba el 15 por ciento de su magro salario.

Pokrovski estima que entre 1892 y 1902, el salario real del obrero ruso cayó un 20 por ciento<sup>47</sup>. Y en una posterior edición aumentada de su obra, este historiador comunista, ampliamente alabado por Lenin, describe las miserables condiciones de vida de

los obreros rusos a finales del siglo XIX:

*El 63,7 por ciento de los obreros eran analfabetos [...]. En las fábricas de Moscú, los trabajadores textiles casi siempre se veían obligados a dormir sobre su bastidor. Toda una familia dormía, en efecto, en estos telares de dos metros y medio de largo por dos de ancho. Tenían que limpiar las piezas sucias con sus vestidos. Los patrones le decían al médico que a los trabajadores "les gustaba" vivir así [...].*

*El médico del que obtuvimos la información sobre los obreros de la industria textil se convirtió en inspector, lo que, dicho sea de paso, inmediatamente cambió su actitud. Dos años más tarde, describía el hábitat obrero de la mayoría de las empresas del Gobierno de Wladimir: contaminación, aire raro, dos familias en una habitación con una o dos ventanas [...].*

*Luego de la guerra imperialista y en medio de la guerra civil y el bloqueo, el obrero [ruso] se alimentaba, pues, peor [que el alemán]. Su alimentación habitual consistía en carne salada y pescado ahumado. La única carne fresca que consumía eran las vísceras de las aves [...].*

*Bajo esas condiciones de vida y de vivienda, las enfermedades golpeaban a los obreros. En las empresas textiles de Moscú, de cada 1.000 mujeres, 134 estaban tuberculosas. Además, había una "epidemia" —considerada "traumática" y enteramente "proletaria" por los médicos: las heridas [...]. En un período de tres años, en una empresa textil [grande] sólo uno de cada tres obreros no presentaba heridas<sup>48</sup>.*

La tasa de mortalidad infantil de los barrios exclusivamente obreros de Petrogrado era cuando menos el doble de la de los barrios "mixtos". Cerca de una cuarta parte de los niños nacidos en la capital morían antes de cumplir un año<sup>49</sup>.

Si se considera que estas descripciones de fuente marxista son excesivas, aquí está el juicio de un historiador burgués muy moderado:

*A menudo se afirma que los tugurios de Gran Bretaña alcanzaron un grado de inhumanidad que ninguna otra*

*sociedad ha de poder igualar. Esto es cierto en la medida en que en Inglaterra y Escocia la miseria más profunda correspondía a las capas sociales más bajas [...]. Pero no todos los obreros británicos pertenecían a las capas más bajas, ni mucho menos, mientras que éste sí era el caso de casi todos los trabajadores rusos [...]. En Rusia no había gradación: los obreros eran esclavos asalariados en el sentido estricto del término y sus salarios no permitían mantener una familia*<sup>50</sup>.

Por su parte, el universitario de origen ruso Nicholas V. Riasanovskym, cuyas obras normalmente son utilizadas en las universidades occidentales, escribe que:

*... a pesar de la legislación laboral y a pesar del hecho de que, sin duda, los salarios se incrementaron en los años previos a la Primera Guerra Mundial (lo que, dicho sea de paso, los historiadores soviéticos se obstinan en negar ferozmente), en términos generales los obreros rusos seguían viviendo en la miseria. Mal pagados, viviendo en tugurios sobrepoblados de manera inimaginable, casi iletrados y privados de cualquier otra ventaja, los proletarios de la Rusia imperial ofrecían un excelente ejemplo de esa mano de obra indigente y explotada, características de las primeras fases del capitalismo, y que Marx describe con tanto énfasis en El Capital*<sup>51</sup>.

Por otra parte, los profesores ingleses Kochan y Abraham citan un hecho apenas creíble:

*... una directriz publicada por Delianov, el ministro de educación en 1887, prohibía el ingreso a las escuelas secundarias a los niños procedentes de las capas sociales inferiores: [...] tal vez con excepción de aquellos niños que estén excepcionalmente dotados, los hijos de empleadas domésticas, cocineras, lavanderas, pequeños comerciantes y personas del mismo tipo no deben ser retirados del ambiente social al que pertenecen*<sup>52</sup>.

La sobreexplotación de los obreros era particularmente grave.

En 1914, los salarios de la mano de obra femenina equivalían a la mitad de los de la mano de obra masculina. En 1916, cayeron a menos del 40 por ciento<sup>53</sup>.

¿Se puede impugnar seriamente que la Revolución de Octubre haya hecho algo útil y sano al eliminar radicalmente estas abominaciones?

### 3.3. EL ESTADO ZARISTA

El papel opresor del Estado zarista tenía una precisa dimensión financiera: el 80 por ciento de los gastos presupuestarios estaba destinado al ejército y al aparato represivo. En lo esencial, se efectuaba a expensas del campesinado (aunque también a expensas de los obreros a través del impuesto indirecto). La financiación de la industria se daba, ante todo, gracias a las inversiones extranjeras.

La industria rusa no era competitiva en el mercado mundial. La estrechez del mercado nacional, debida a la pobreza de la inmensa mayoría de la población, tampoco podía asegurarle salidas suficientes. Además, los productos importados eran más baratos y de calidad superior a los de la industria rusa. De ahí derivaba una política proteccionista a ultranza y una tendencia a la expansión militar hacia el este y el sureste. Mediante la amenaza o la fuerza de las bayonetas, países como Turquía, Irán, Afganistán, China y Corea, así como las regiones del Cáucaso, estaban obligadas a comprar productos rusos. Con toda razón se ha hablado de un "capitalismo (imperialismo) a la cosaca". El asunto terminó mal con la guerra ruso-japonesa, en Zushima, cuando los ejércitos occidentales fueron derrotados.

Pero el lado más opresor y represivo del zarismo se expresa en el conjunto de instituciones (o de carencia de instituciones) constituidas por la autocracia y en lo que representaban para los pueblos del imperio: falta de derechos y libertades democráticas, extrema arbitrariedad burocrática, acentuada opresión nacional:

*Con la emergencia de una intelligentsia nacional en casi todos los pueblos minoritarios, el Gobierno debía bien*

*reconocer la necesidad de cierta autonomía local en las regiones fronterizas vulnerables, bien intentar convertir estas fuerzas nuevas a sus propias creencias. A fin de cuentas, entabló una vigorosa política de rusificación. En Ucrania, Rusia Blanca, Lituania y Polonia, se limitó o prohibió la enseñanza de la lengua vernácula en las escuelas y se impuso el uso del ruso. En las provincias bálticas [...], el Gobierno generó similar declinación en contra de las poblaciones alemanas [...].*

*Probablemente ahora le tocaba a los judíos rusos sufrir los peores tormentos. [Se produjeron espantosos pogromos]. Según Pobedonostev [representante laico de la Iglesia ortodoxa], una tercera parte de los judíos murió, otra emigró y la última fue asimilada.*

*Lo único que consiguió la aparente victoria sobre el nacionalismo islámico en Transcaucasia fue dar suficiente confianza a la intelligentsia de Georgia y Armenia para comprometerse en la agitación revolucionaria. En Asia, el creciente apoyo del Gobierno a un movimiento de agresivo proselitismo sólo podía ofender a los tradicionalistas islámicos de la población local [...]. Asia central y el Extremo Oriente eran tierra elegida por aventureros imperialistas rusos, oscuros aprovechados y seudovirreyes [...]»<sup>54</sup>.*

¿Qué hay de sorprendente en que en el momento de la Revolución de Febrero de 1917, campesinos, obreros y nacionalidades oprimidas emitieran un grito casi unánime: ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! La tierra, el derecho a la autodeterminación, la jornada de ocho horas y el control obrero, ¿enseguida!? Pero el Gobierno Provisional tergiversó, dudó, prolongó los plazos, pospuso la solución de estas cuestiones hasta después de los trabajos de la Asamblea Constituyente, cuyas elecciones fueron retardadas incesantemente.

¿Qué hay de sorprendente, en esas condiciones, en que las masas hayan tomado sus destino en sus propias manos, hayan buscado resolver ellas mismas sus vitales problemas, se hayan reconocido en la política bolchevique y en el poder de los soviets, cuando

éstos lo resolvían de la noche a la mañana?

#### 4. LA APUESTA POLÍTICA

Tanto en Occidente como en Oriente, la condena a la Revolución de Octubre se basa generalmente en la idea de que la "intentona golpista" bolchevique habría impedido la institucionalización y la consolidación de la democracia. De este hecho habría derivado un "régimen totalitario". En octubre de 1917 y en las semanas y los meses siguientes, la alternativa habría sido: democracia o dictadura.

Una vez más, se trata de una mistificación y una falsificación históricas flagrantes. En realidad, la polarización de las fuerzas sociales y políticas había llegado al paroxismo en Rusia. Esta polarización era tal que no dejaba espacio alguno a una experiencia de democracia burguesa institucionalizada, incluso prolongada. A partir de las jornadas de julio de 1917, marcadas por la radicalización de las exigencias populares, los partidos burgueses —y las pandillas militares a las que estaban ligados— adoptaron un curso netamente represivo.

El golpe de Estado militar de Kornilov de agosto de 1917 no cayó del cielo. Fue el reflejo del endurecimiento de las luchas sociopolíticas. Su fracaso sólo acentuó la sed de venganza contrarrevolucionaria de las clases poseedoras y sus secuaces. Esto se vio en vísperas y al día siguiente de la insurrección de Octubre.

El odio de las clases poseedoras rusas tomó una amplitud raras veces conocida. Se le puede comparar, por ejemplo, con el de la burguesía francesa durante la Comuna de París, en 1871, y con el de la reacción española durante el verano de 1936.

Correctamente, Jacques Sadoul hace notar que: "[...] querían establecer un régimen absolutista que ahogara en sangre a la revolución y masacrara indiscriminadamente a judíos, bolcheviques, socialistas y cadetes"<sup>55</sup>.

##### 4.1. REACCIÓN RUSA E IMPERIALISMO ALEMÁN

Este odio de clase era tan profundo que en el espacio de unos cuantos meses la nobleza y los monárquicos "patrióticos", que se habían indignado por el escaso celo de los soldados durante la ofensiva de

Kerensky contra el frente de la Galitzia polaca en junio de 1917, hicieron votos por la llegada de tropas alemanas a Petrogrado para aplastar el foco revolucionario y se convirtieron en feroces germanófilos<sup>56</sup>. Como una vez más lo señala Sadoul:

*... desde la llegada de [el embajador alemán] Mirbach a Moscú, los monárquicos se sintieron a gusto. La primera visita del embajador alemán fue a la gran duquesa, cuñada de Nicolás II. Vio después a otros destacados monárquicos. Se trataba, evidentemente, de preparar la restauración del zarismo. Los monárquicos absolutistas estaban dispuestos a aceptar todo sin vergüenza, y particularmente la alianza militar con Alemania y la independencia de Ucrania*<sup>57</sup>.

Un miembro de la embajada alemana, el Freiherr Karl von Bothmer, lo confirma plenamente:

*Desde hace algún tiempo, los círculos monárquicos han entrado en marcada actividad y nos abren su corazón [...]. A raíz de estas discusiones me he encontrado a una serie de importantes personalidades que simpatizan con nosotros. Todas sus declaraciones van en el mismo sentido: No podemos hacer nada sin ustedes. Deben intervenir directamente; entonces podremos actuar*<sup>58</sup>.

#### 4.2. LA REPRESIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA

Este odio de clase, por lo demás, no ponía en la mira en primer lugar a los bolcheviques y a sus aliados. Ponía en la mira sobre todo a las masas populares, comenzando por los campesinos "sin freno" en su poblado, exigiendo que los "saqueadores" fueran metidos en cintura.

Fueron los burgueses y los nobles, con el vacilante apoyo de los partidos reformistas, ante todo los S-R de derecha, los que desencadenaron la guerra civil inmediatamente después de la Revolución de Octubre, Y durante los años 1918-1921 dieron prueba de una crueldad sin límite.

El periodista estadounidense A. R. Williams, quien vivió en Rusia durante la revolución, cita el siguiente pasaje, tomado de un artículo de N. Shiffrin, redactor del periódico antibolchevique *El*

Día, con fecha de 7 de septiembre de 1919:

*Como usted sabe, los bolcheviques cambiaron el nombre de los antiguos regimientos. Ahora las tropas de Moscú llevan en los hombros las iniciales K. L. —Karl Liebknecht—. [El ejército blanco del Norte] capturó a uno de esos regimientos y lo llevó ante el tribunal de guerra. En el frente blanco los procesos son muy cortos. Cada soldado es interrogado y, si acepta ser comunista, inmediatamente es condenado a muerte, bien fusilado. Los rojos, lo saben perfectamente.*

*El lugarteniente K. se coloca ante el regimiento prisionero y dice: "Quienes sean verdaderos comunistas, que muestren su valor y avancen". A estas palabras sigue una pausa pesada y oprimiente. Luego, más de la mitad del regimiento avanza en fila cerrada. Son condenados a muerte y fusilados. Pero antes de la ejecución, cada soldado debe cavar su propia tumba. [...]*

*A los condenados se les ordena desvestirse [...] para que sus uniformes no se manchen de sangre o sean despedazados por las balas. Lentamente, los comunistas se quitan la camisa y hacen un nudo su vestimenta [...]. Luego, desnudos, cavan sus tumbas [...]. Una orden, un resplandor en la noche, los disparos resuenan [...]. Los comunistas siempre se mantienen de pie, muy erguidos. Una segunda salva. Las balas van derecho al corazón y brotan los chorros de sangre [...]»<sup>59</sup>.*

El relato anticipa hasta en sus más mínimos detalles los métodos que las fuerzas especiales nazis, las SS, utilizarán cuando las tropas alemanas ocupen la URSS en el curso de la Segunda Guerra Mundial: la masacre de comisarios políticos y de judíos obligados a cavar sus propias tumbas. Se trataba, además, de prisioneros de guerra. Aquí está el verdadero rostro de los "defensores de la democracia" contra la "dictadura bolchevique".

El Freiherr von Bothmer relata en su ya citado libro que:

*Los checoslovacos [prisioneros de guerra que el imperialismo armó contra el poder de los soviets durante el verano de 1918] y los siberianos actuaban con una total carencia de escrúpulos frente a los miembros de los soviets que caían en sus manos. Las numerosas ejecuciones impresionaron pro-*

*fundamente a todos los bolcheviques*<sup>60</sup>.

El escritor alemán Alfons Paquet, corresponsal en Rusia de la *Frankfurter Zeitung*, constata además que después de la ocupación temporal de Jaroslav, en julio de 1918, los bolcheviques miembros del soviét fueron ejecutados por la contrarrevolución, esta vez con la participación activa de los S-R.

Hay que recordar que, al mismo tiempo, terroristas S-R de izquierda mataron a importantes dirigentes bolcheviques, entre ellos a Volodarsky y a Uritsky. Una S-R de izquierda, Fanny Kaplan, atentó contra Lenin, en un acto que le costó la vida. Con razón, los autores bolcheviques afirman que: "Fue bajo las salvas de los fusiles checoslovacos, detrás de las montañas de cadáveres de la flor y nata del proletariado de Siberia y el Ural, [...] que se constituyó el así llamado "ejército popular" (blanco)"<sup>61</sup>.

Las intentonas de los partidos conciliadores de crear un régimen llamado "de la Asamblea Constituyente" fracasaron rápidamente. Los golpes de Estado entregaron el poder a dictadores militares como el almirante Kolchak o el general Vrangel<sup>62</sup>.

#### 4.3. DICTADURA BLANCA O PODER DE LOS SOVIETS

La opción real no estaba entre democracia burguesa o dictadura bolchevique. Estaba entre dictadura contrarrevolucionaria o poder de los soviets.

El carácter dictatorial de la contrarrevolución no deja lugar a dudas. John Rees transcribe correctamente la política de terror de las fuerzas reaccionarias:

*Cuanto más grande sea el terror, más grande serán nuestras victorias, declara Kornilov. Hay que salvar a Rusia, incluso, si para ello debemos prender fuego a la mitad [del territorio] y derramar la sangre de las tres cuartas partes de la población rusa.*

Ataman Semyonov fue puesto bajo la autoridad del general blanco Kolchak<sup>63</sup>. El espectáculo que brindaban las zonas bajo su control no deja ambigüedad alguna en cuanto a la naturaleza de su reino:

*En las cercanías de la capital, hombres y mujeres ino-*

*centes colgados por docenas de los postes telegráficos; en los campos de ejecución, a lo largo de la vía férrea, las tropas rociando con ametralladora los furgones llenos de víctimas.*

Bajo las órdenes de otro dirigente blanco, el barón Urgan-Sternberg:

*... hombres y mujeres encontraban la muerte apaleados, colgados, con la cabeza cortada y el cuerpo desmembrado, víctimas de un incalculable número de torturas que transformaban a un ser vivo en lo que un testigo llamó una "masa informe de sangre". Un miembro del staff médico de Urgan-Sternberg describió una orden redactada por el barón como el producto del cerebro trastornado de un perverso y un megalómano sediento de sangre humana<sup>64</sup>.*

#### 4.4. LOS POGROMOS

En 1918-1921, Ucrania fue el escenario de los peores pogromos —masacres perpetradas contra las comunidades judías— que Europa conociera hasta la "solución final" de los nazis. Según Zvi Gitelman, hubo 2.000 pogromos; de esos, 1.200 se llevaron a cabo en Ucrania. El autor estima en 150 mil el número total de víctimas. Estas masacres iban acompañadas de inauditas crueldades:

*Los hombres eran enterrados hasta el cuello y morían bajo los cascos de caballos que eran pasados sobre ellos, o eran literalmente despedazados por caballos que tiraban en direcciones opuestas. Los niños eran estrellados contra los muros ante los ojos de sus padres; las mujeres embarazadas eran un blanco favorito, sus fetos eran asesinados frente a ellas. Miles de mujeres fueron violadas y a consecuencia de esta experiencia cientos de ellas perdieron la razón<sup>65</sup>.*

Estos pogromos fueron fría y conscientemente organizados por los dirigentes contrarrevolucionarios. Como el reaccionario autor inglés Bruce Lincoln lo hace notar:

*Los pogromos tampoco eran explosiones espontáneas de odio religioso y racial. Eran incidentes friamente calculados,*

*marcados por violaciones colectivas, una extrema brutalidad y destrucciones sin precedente. A finales de agosto, en la comunidad judía de Krememshuk, los blancos violaron a 350 mujeres, entre ellas mujeres encintas, mujeres que acababan de dar a luz e, incluso, mujeres a punto de morir*<sup>66</sup>.

La contrarrevolución también se apoyó en el ejército de ocupación alemán. En cuanto éste conquistó la ciudad de Odesa y sus alrededores, publicó una proclama fechada el 16 de noviembre de 1918, y la reprodujo en su órgano *Neue Nachrichten*, en la que particularmente afirmaba:

*Hemos penetrado en territorio ruso con la intención de restablecer el orden y liberar al país de los usurpadores bolcheviques [...]. A partir de este momento, todos los elementos nocivos a Rusia, es decir, los bolcheviques y aquellos que los apoyan, son declarados fuera de la ley. Quien los acoja se verá sujeto a tribunal militar*<sup>67</sup>.

La lista de las atrocidades cometidas por los blancos puede extenderse indefinidamente:

*Los asesinatos cometidos por Iudenich (sólo en la ciudad de Iamburg, 650 personas fusiladas o colgadas en agosto de 1919) [...]; por las bandas bálticas y los alemanes de von der Goltz, en Rigo (alrededor de 4 mil víctimas) [...]; por Kolchak (mil soldados rojos quemados vivos en Perm durante su retirada) [...]*<sup>68</sup>.

#### 4.5. LA CONTRARREVOLUCIÓN SOCIAL

Evidentemente, la "alternativa política" al poder de los consejos tenía un contenido socioeconómico preciso, como sucede en el curso de toda revolución social. Ahí donde los blancos establecieron su dictadura, las conquistas de Octubre fueron rápidamente, si no es que inmediatamente, suprimidas. Los terratenientes retomaron la posesión de sus dominios. Se suprimieron los derechos de las minorías nacionales. Los soviets fueron ferozmente perseguidos. Se negaron radicalmente los derechos democráticos de los

obreros. Esto fue lo que causó la derrota de los blancos:

*Un factor esencial en la derrota de Kolchak fue la baja moral de sus tropas; era frecuente que en el curso de una batalla los soldados desertaran para unirse al campo comunista. Otro factor fue su incapacidad para ganarse a la población que, aunque lejos de ser pro-comunista, prefería como último recurso el reino de los soviets.*

*Hubo muchas causas para la victoria del ejército rojo en la guerra civil, pero la mayor parte de ellas se reduce a un simple hecho: a pesar de la impopularidad de los comunistas, el pueblo, tomado como un todo, prefirió el régimen de los soviets a las otras posibilidades ofrecidas. A los campesinos no les gustaba ni uno ni otro campo, y hubieran preferido que se les dejara solos; pero en el momento de elegir, optaron por los comunistas que le daban la tierra, en lugar de hacerlo por los blancos que se la quitaban, o que amenazaban con quitársela<sup>69</sup>.*

Fue esto lo que perdió a los blancos. No pudieron conquistar o reconstituir una base popular. En lo esencial, sus ejércitos eran ejércitos de oficiales, sin capacidad ni, incluso, sin voluntad de reclutar conscriptos. Aquí se ve hasta qué punto estos oficiales temían a los campesinos.

#### 4.6. ¿UNA TERCERA VÍA?

Confrontados a este diagnóstico difícilmente discutible, los adversarios de Octubre frecuentemente reaccionan en dos sentidos diametralmente opuestos. Unos reconocen que en Rusia no había base para un régimen democrático (burgués), sea por razones sociales (inestabilidad extrema, ausencia de clases medias, soportes tradicionales de la democracia), sea por razones etno-culturales (falta de tradiciones democráticas en el Imperio ruso, tendencia de las masas a fluctuar de manera violenta entre la pasividad resignada y las explosiones caóticas e incontrolables). En esas condiciones, la "desviación totalitaria" de los bolcheviques era inevitable, resultando peor que un régimen autoritario de derecha.

Sin embargo, para otros había la posibilidad de una tercera

vía. Según éstos, si el régimen de Kerensky no hubiera sido derribado por “la intentona golpista bolchevique”, poco a poco se habría estabilizado, llevando a cabo una represión moderada tanto contra la extrema derecha como contra la extrema izquierda<sup>70</sup>. Una vez convocada la Asamblea Constituyente y repartida la tierra a los campesinos ordenada y legalmente, se habría estabilizado una democracia burguesa comparable a la de Polonia, con ciertas limitaciones que Europa occidental no conoció.

Esta visión no es realista, pues subestima el carácter explosivo de las contradicciones sociales. Creer que los capitalistas hubieran aceptado una legislación social que minara la competitividad de sus fábricas y creer que los propietarios de otras tierras hubieran aceptado la distribución de las mismas bajo el pretexto de que estas reformas habrían sido realizadas por una Asamblea Constituyente elegida por sufragio universal, es desconocer las lecciones de la historia europea de los años veinte y treinta.

Durante estos años la democracia burguesa no sólo fue severamente limitada sino, incluso, suprimida —salvo en un plano muy limitado— en Polonia y los Países Bálticos, y fuertemente restringida en Finlandia. También fue eliminada en Italia, Alemania y España, tres países mucho más adelantados que la Rusia de 1917. Los propios dirigentes mencheviques lo reconocieron. Dan escribió que:

*Tras haber evaluado la relación de fuerzas real [el CC de los mencheviques] llegó a la conclusión de que —independientemente de sus intenciones subjetivas— la victoria de los elementos que marchaban sobre Petrogrado obligadamente habría significado la victoria de la peor de las contrarrevoluciones<sup>71</sup>.*

#### 4.7. EL PRECIO DE OCTUBRE DE 1917

La opción era, entonces, victoria de la revolución socialista o victoria de una de las más sangrientas contrarrevoluciones, que hubiera llevado al poder a un Hitler ruso que habría resultado peor que el Hitler alemán que conocimos.

Es a la luz de este diagnóstico y de todo lo que implica como se

puede responder a la cuestión de saber si, en resumidas cuentas, el precio que se pagó por la Revolución de Octubre fue demasiado elevado o no. Decididamente, nuestra respuesta es no. Una derrota de la revolución de 1917 hubiera resultado al pueblo ruso y a Europa mucho más caro de lo que resultó la victoria.

Para falsear el cálculo, los adversarios de la Revolución de Octubre recurren a un juego de manos ya utilizado en contra de la Revolución Francesa: sumar indiscriminadamente las víctimas de la revolución y las de la contrarrevolución, las consecuencias económicas de la primera y las de la segunda. ¿En qué puede responsabilizarse a la Revolución Francesa de las víctimas de las guerras napoleónicas? ¿En qué puede responsabilizarse a la Revolución de Octubre de las víctimas del terror y los pogromos de los blancos?

Los sofistas arguyen que la guerra civil y el terror blanco no son más que productos de la revolución. La respuesta cae por su propio peso: ¿la revolución no es, a su vez, el producto del antiguo régimen? Chocamos aquí con la concepción de un flujo histórico sin amarras en el tiempo y en el espacio, una concepción que, en definitiva, nunca permite sacar conclusión alguna. Al afirmar querer aprehender el movimiento histórico en su conjunto, en realidad este método disimula la responsabilidad precisa de fuerzas sociales y políticas dadas en relación a acciones específicas.

#### 4.8. JUICIO MORAL Y PREJUICIO DE CLASE

Por otra parte, el problema tiene una dimensión que no hay que pretender disimular. En tiempos de revolución, en un primer momento la población trabajadora generalmente tiende a reaccionar de manera generosa. Pero frente a la guerra civil, cuando una y otra vez se ve provocada y agredida por sus adversarios de clase, tiende también a utilizar la violencia directa, incluso algunas veces la violencia "salvaje". Ya en una carta a su mujer en la que comentaba la ejecución de la princesa de Lamballe tras la toma de la Bastilla, Baboeuf recordaba que estos excesos son el producto, en gran medida inevitable, de siglos de confrontación del pueblo con la violencia y la crueldad de sus opresores<sup>72</sup>. Esperar en esas condiciones que en todo momento las masas se muestren escrupulosamente respetuosas de los derechos

del hombre y la mujer es, en realidad, exigir un milagro.

En resumidas cuentas, lo que esconden las condenas abstractas y pseudo-morales de la violencia revolucionaria, sin consideración del contexto histórico preciso, es un prejuicio de clase muy crudo. La violencia tradicional de los detentadores del poder es "normal". Representa un "mal menor", cualquiera que sea su amplitud. La respuesta contestataria del pueblo sublevado es, por definición, "peor", incluso si su amplitud es en realidad infinitamente más limitada que la de los poseedores. La hipocresía salta a la vista.

A menudo, este prejuicio de clase recubre un temor a las masas cuyo resorte social una vez más resulta evidente. Como dice un historiador francés más bien moderado:

*Después de 1861, la intelligentsia y el Estado constantemente se preocuparon por cercar al pueblo, por temor a su potencial anárquico y destructor. Su temor común (debido a la ignorancia) les impidió tener de él una idea objetiva, fundada en el conocimiento concreto de la realidad del país. Los dos sucumbieron a la stijiinost (fuerza elemental) popular de comienzos del siglo XX<sup>73</sup>.*

Es completamente equivocado querer sumar los costos de la Revolución de Octubre de 1917 y los posteriores costos del régimen estalinista. En efecto, el estalinismo es el producto de una verdadera contrarrevolución burocrática. Confundirlos revela una subestimación e, incluso, una negación de la amplitud de ésta y del corte radical que el "thermidor soviético" —la contrarrevolución burocrática— significó respecto a Octubre y al período que le siguió inmediatamente<sup>74</sup>. El costo del estalinismo resultó verdaderamente dramático para el proletariado soviético e internacional. Hoy día se le puede medir en toda su amplitud.

La magnitud de esta contrarrevolución estalinista expresa mucho mejor que los sutiles análisis sobre la pretendida responsabilidad de las ideas de Lenin (e incluso las de Marx) en relación a los crímenes de Stalin, la tragedia histórica que se produjo. En los años 1920-1930 Stalin asesinó a un millón de comunistas. ¿Puede afirmarse seriamente que esto no es más que un "detalle de la historia"?

¿No resulta odioso arrojar al mismo saco a víctimas y verdugos?<sup>75</sup>

## 5. LA ORIENTACIÓN BOLCHEVIQUE: UN ANÁLISIS CRÍTICO

En lo esencial, la Revolución de Octubre fue el producto tanto de contradicciones sociales objetivas que adquirieron una irreprimible dinámica explosiva, como de la evolución de la relación de fuerzas entre las clases y las capas sociales que actuaban en ese marco.

Dicho esto, a la luz de la posterior evolución de la Rusia de los soviets y de la URSS, debemos preguntarnos si ciertas políticas puestas en marcha por el partido bolchevique después de la toma del poder favorecieron o no el proceso de degeneración burocrática del primer Estado obrero.

Desde luego, la degeneración burocrática de los años 1920-1930 no se inició o no fue causada fundamentalmente por la orientación del partido. Esta degeneración burocrática también hunde sus raíces en las contradicciones objetivas de la sociedad soviética y de la situación internacional entonces prevaleciente. Sin embargo, tanto las decisiones como las actitudes concretas del partido bolchevique —o de los diferentes componentes de su dirección— en momentos precisos y en relación a problemas precisos, también incidieron en el proceso de burocratización del régimen. Es necesario, entonces, intentar comprender qué errores pudieron haberse cometido.

### 5.1. LA PROHIBICIÓN DE LOS PARTIDOS SOVIÉTICOS

El más grave de estos errores fue la prohibición de los partidos soviéticos en el momento mismo en que el poder revolucionario había ganado la guerra civil de 1918-1920. A pesar de lo poco dado que era a la autocrítica en relación a las decisiones de la dirección y del gobierno del que era el miembro más influyente después de Lenin, Trotsky formuló al respecto dos juicios explícitos. En 1936 escribió que:

*La prohibición de los partidos de oposición produjo la de las fracciones [en el seno del partido bolchevique]; la prohibición de las fracciones llevó a prohibir el pensar de otra manera que el jefe infalible. El monolitismo policiaco del partido tuvo por consecuencia la impunidad burocrática que, a su vez, se transformó en la causa de todas las variedades de des-*

*moralización y de corrupción*<sup>76</sup>.

Dos años más tarde, en el *Programa de Transición* se pronunció explícitamente a favor del pluripartidismo:

*La democratización de los soviets es imposible sin la legalización de los partidos soviéticos. Los mismos obreros y campesinos, con sus votos libres, señalarán a los partidos que reconocen como partidos soviéticos*<sup>77</sup>.

Es innegable que en 1920 los obreros consideraban a los mencheviques como un partido soviético, ya que numerosos miembros de este partido resultaron electos, sobre todo en Sharkov y en Moscú. Y esto también es válido para los anarquistas.

Sin duda alguna, la prohibición de los partidos soviéticos y la de las fracciones en el seno del partido gubernamental que de manera lógica siguió a esta medida (cada fracción es, en efecto, otro partido en potencia) eran concebidas como medidas provisionales ligadas a circunstancias particulares que debían ser levantadas cuando la situación objetiva mejorara. Evidentemente, debemos preguntarnos cuáles fueron las consecuencias precisas de estas decisiones precisas puestas en marcha en el momento preciso.

Pero también tenemos que hacernos otra pregunta, muy diferente y de alcance más general: ¿cuáles fueron las consecuencias de las teorías que se levantaron para justificar tales prohibiciones, así fuesen coyunturales? Desde nuestro punto de vista, a largo plazo estas justificaciones teóricas causaron más daño que las medidas mismas —y todavía hoy siguen causándolo—.

## 5.2. EL PELIGRO SUSTITUCIONISTA

La prohibición de los partidos soviéticos se asentó en una concepción sustitucionista de la construcción del socialismo —y de la política socialista/comunista en general—, concepción que, con todo, Trotsky siempre denunció vigorosamente (salvo durante sus “años negros” de 1920-1921), y que, de igual forma, Lenin combatió durante buena parte de su vida.

Según esta concepción, la mayor parte del proletariado sería muy poco consciente para poder gobernar un país (los socialdemó-

cratas eran de la misma opinión, e incluso agregaban: para poder dirigir un sindicato). Más tarde se introdujo un nuevo argumento: el de su desclasamiento y corrupción (incluso a través de las sobreganancias coloniales).

Muy pronto, este punto de partida llevó a la conclusión de que, en lugar de la clase obrera realmente existente, el que debía gobernar era el partido. El aparato partidario, incluso su dirección o su "jefe infalible", eran entonces los instrumentos decisivos para cambiar de sociedad. Stalin expresó el contenido real del sustitucionismo en una fórmula sin equívoco posible: "los cuadros deciden sobre todo".

La doctrina sustitucionista del partido alimentó una concepción verticalista, estatista, paternalista y autoritaria del poder, incluso cuando fue posible evitar los peores excesos y crímenes del estalinismo.

Se le puede envolver, es cierto, con un buen número de cláusulas restrictivas: el partido (la dirección del partido) gobierna en lugar de la clase obrera pero se apoya en ella, la moviliza, registra sus reacciones, corrige sus propios errores a la luz de la práctica, etc. Pero todo esto no modifica en nada la actitud fundamental. No es la clase obrera la que gobierna y la que toma las decisiones de manera democrática. Es una pequeña minoría la que dirige en su lugar.

En esas condiciones, se vacía a los soviets de al menos un componente vital de su contenido. Pueden, como máximo, servir de instrumento de combate eficaz contra el enemigo de clase. Pero ya no aseguran el ejercicio directo del poder por parte del proletariado y/o las masas trabajadoras en su conjunto.

Sin un multipartidismo real *en los hechos* los soviets no conocen una verdadera democracia. No pueden, en efecto, *escoger* realmente entre diversas opciones de política económica, social, cultural, etc.

En la medida en que la supresión de la democracia *soviética* toma un aspecto represivo, esta represión ya no contempla sólo a la gran, mediana y pequeña burguesía. Golpea también a la clase obrera. Incluso se puede afirmar que cuanto más numeroso y hegemónico es el proletariado, socialmente hablando, más se

encuentra en el punto de mira.

### 5.3. LA AUTO-EMANCIPACIÓN

Una concepción y una orientación política de esta naturaleza se contraponen a lo que fue la principal contribución de Marx a la teoría socialista (incluso a la teoría de la organización revolucionaria): la idea de autoliberación y auto-organización creciente del proletariado. La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos, no de los sindicatos, los partidos, los gobiernos o los estados. Estos últimos son instrumentos indispensables en ese proceso histórico. Pero nunca podrán sustituir la actividad propia de los/as asalariados/as y otras capas explotadas u oprimidas. No debe pasarse por alto el papel emancipador fundamental de esta autoactividad.

Pero suponer que la ideología sustitucionista creó a la hidra de la burocratización equivaldría a desconocer el papel motor de los intereses materiales y sociales en la historia. Fue más bien la existencia de la burocracia obrera la que produjo la ideología del sustitucionismo. Pero una vez surgida, esta ideología favoreció a su vez el proceso objetivo de burocratización.

### 5.4. LA POSICIÓN DE ROSA LUXEMBURGO

Esto fue lo que Rosa Luxemburgo entendió cuando en sus primeros comentarios sobre la Revolución Rusa advirtió del peligro a los dirigentes bolcheviques:

*Pero al sofocarse la vida política en todo el país, también la vida en los soviets tiene que resultar paralizada. Sin sufragio universal, libertad ilimitada de prensa y de reunión y sin contraste libre de opiniones, se extingue la vida de toda institución pública, se convierte en una vida aparente, en la que la burocracia queda como único elemento activo*<sup>78</sup>.

Esta cita de Luxemburgo no describe correctamente el estado de la vida pública de la Rusia de 1918. Entonces había una diversidad y un debate de ideas políticas muy vivo, con actividad legal o cuasi-legal de numerosas organizaciones. Rosa escribió su folleto

en prisión y no disponía de información suficiente.

Con todo, la cita ofrece un diagnóstico crítico destacable y profético de las tendencias de desarrollo a más largo plazo, sobre todo a partir de 1920-1921. Haberlo formulado desde el verano de 1918 —“solo la burocracia sigue (seguirá) siendo el elemento activo”— denota una lucidez y una capacidad de análisis teórico verdaderamente excepcionales. Además, sentimos que Rosa tiene razón cuando escribe que:

*El error básico de la teoría de Lenin y Trostky es que, al igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia [...]. Obviamente, éste opta por la democracia, y por la democracia burguesa [...]. En cambio, aquéllos optan por la dictadura [del proletariado] [...]. Una vez alcanzado el poder, es misión histórica del proletariado crear, en lugar de la democracia burguesa, una democracia socialista, y no destruir toda democracia. Con todo, la democracia socialista no comienza sólo en la Tierra Prometida, una vez creada la infraestructura de la economía socialista, como regalo de Santa Claus al bravo pópulo [pueblo] que mientras tanto habrá apoyado fielmente al puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza al mismo tiempo que la obra de demolición de la dominación de clase [burguesa] y de construcción del socialismo. Comienza en el momento de la conquista del poder por parte del partido socialista. No es otra cosa que la dictadura del proletariado.*

*¡Pues sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la manera en que la democracia se aplica, no en su abolición, en el control enérgico y resuelto sobre los derechos adquiridos y las condiciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales no puede llevarse a cabo la transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser obra de la clase y no de una pequeña minoría de dirigentes, actuando en nombre de la clase: en otras palabras, debe provenir de la participación activa de las masas, permanecer bajo su influencia inmediata, ser sometida al control de todo el público y ser un producto de la creciente educación política de las masas*

*populares*<sup>79</sup>.

Rosa Luxemburgo es mucho menos lúcida cuando en el mismo folleto critica las orientaciones del partido bolchevique y del poder de los soviets en lo que concierne a la cuestión de las nacionalidades y a la cuestión campesina, pues adopta posiciones dogmáticas que no toman en cuenta ni las necesidades políticas ni las necesidades económicas, tanto inmediatas como históricas (relativas a la época de transición). Califica de "pequeño-burguesas" y oportunistas las consignas centrales de derecho a la autodeterminación y de distribución de la tierra a los que la trabajan, en el caso de la reforma agraria.

Y sin embargo, si los bolcheviques se hubieran opuesto al deseo de autodeterminación de los pueblos integrados por la fuerza al imperio zarista, y a la sed de tierra de la inmensa mayoría de los campesinos, inevitablemente habrían perdido el poder. Lo que pasó en la URSS después de 1928 y lo que ahí pasa en la actualidad lo confirma trágicamente.

En realidad, si la dirección y los cuadros bolcheviques pecaron en la materia —Lenin y Trotsky en menor medida que otros— fue por sectarismo izquierdista y no por exceso de oportunismo. Por otra parte, en relación a estas cuestiones se puede volver contra Rosa el argumento de que sus posiciones mantienen "paralelismo" con el razonamiento de Kautsky. Porque Kautsky también acusó a Lenin y a Trotsky de oportunismo hacia los campesinos.

##### 5.5. LA ALIANZA OBRERA Y CAMPESINA Y EL COMUNISMO DE GUERRA

Es difícil juzgar hasta qué punto la política de requisición de trigo por parte del poder soviético asediado, llamado de "comunismo de guerra", era inevitable, en cierta medida al menos, en 1918-1920. Pero es cierto que esta política amenazaba cada vez más con romper la alianza obrero-campesina, a saber, la base misma del poder soviético<sup>80</sup>.

No es menos cierto que esta política llevó a un retroceso cada vez más pronunciado de las fuerzas productivas, sobre todo de la producción de víveres, hecho que amenazó con desfondar a toda la

economía rusa.

La producción agrícola, esencialmente de cereales, retrocedió cerca de 30 por ciento; el ganado caballar, 25 por ciento; el bovino, 20 por ciento; el porcino, 28 por ciento; la producción industrial, cerca del 60 por ciento. A cambio de la misma cantidad de trigo, el campesino recibía sólo el 5 por ciento de los productos industriales que recibía en 1917-1918. De ahí su rechazo a vender trigo a cambio de un dinero que prácticamente carecía de valor. Y de ahí la obligación de requisar el trigo.

Pero de ahí también derivó la caída absoluta de la producción de trigo y no un simple retroceso de los campesinos hacia la economía de subsistencia. Y si la producción bajaba, a la larga había cada vez menos trigo que requisar.

A esto siguió una tendencia generalizada a la especulación y al mercado negro, tendencia que desfavoreció sobre todo a las capas más pobres.

Trotsky, jefe del ejército rojo durante la guerra civil, se encontraba a la cabeza de un ejército compuesto, en lo esencial, de un millón de campesinos. Constantemente viajaba a través de todo el inmenso país. A raíz de este hecho percibió mejor que Lenin y los otros dirigentes del partido las preocupaciones inmediatas de la gente campesina. Un año antes le había propuesto a Lenin el abandono del "comunismo de guerra" a favor de la adopción precoz de una política más suave, la "NEP" ("Nueva Política Económica"). En ese momento chocó con la resistencia de Lenin y de la mayor parte de la dirección<sup>81</sup>.

Aprobamos el juicio del historiador soviético Roy Medvedev sobre esta cuestión, quien opina que la tentativa de continuar la política de requisición de trigo una vez finalizada la guerra civil provocó la crisis social de 1921, incluido el levantamiento de Cronstadt. Éste fue un grave error que costó muy caro<sup>82</sup>.

Por otra parte, bajo el "comunismo de guerra" el proletariado se debilitó no sólo en términos numéricos, sino también física y moralmente. En 1921, el productor industrial consumía durante la producción sólo el 30 por ciento de la energía consumida en 1913-1914 y menos de la mitad de la consumida en 1916-1917. Esto entrañó una caída radical de la productividad del trabajo.

Algunos idealizaron la política de "comunismo de guerra" al

poner el acento en el paso a formas de producción y distribución "directamente comunistas". Kritsman, del que tomamos los datos estadísticos que acabamos de citar, habla al respecto de los "años heroicos de la gran Revolución Rusa"<sup>83</sup>. En parte, muchos dirigentes bolcheviques le siguieron los pasos.

Haciendo de la necesidad una ley, éstos teorizaron las restricciones de la escasez y el racionamiento. Idealizaron el retorno a la economía "natural" (más exactamente, a una economía de tres sectores: una economía de subsistencia, una economía de trueque y una economía monetaria).

Toda la tradición marxista y todo el sentido común del proletariado abogan, sin embargo, contra este "comunismo de la miseria", por más atractivos y estimulantes —¡para el futuro!— que puedan haber sido los "modelos" muy igualitarios elaborados y aplicados en ese momento<sup>84</sup>. Este "modelo" no desencadenó ninguna dinámica capaz de sacar al país de la creciente hambruna. Y sí, en cambio, causó una confusión mental a la que Stalin recurrió cínicamente en 1928-1934.

#### 5.6. LA CUESTIÓN DE LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

La guerra civil y la intervención de las potencias imperialistas contra la Rusia de los soviets, ante todo la del imperialismo alemán, explican en parte los orígenes y las desviaciones del "comunismo de guerra".

Pero aquí está otro importante error cometido durante las negociaciones de Brest-Litovsk por la mayoría de los dirigentes y cuadros bolcheviques, con la notable excepción de Lenin, quien en ese momento alcanzó la cima de su lucidez política, a saber, el retraso buscado para concluir la paz separada con los imperios centrales.

Había una diferencia capital entre las condiciones tranquilamente propuestas por estos imperios durante la primera fase de las negociaciones de Brest-Litovsk, abiertas en diciembre de 1917, y las arrancadas luego de la interrupción de las mismas por los soviets y de la reanudación del avance del ejército alemán. Las primeras eran aceptables para una buena parte de la opinión obrera y urbana pequeño burguesa. Las segundas fueron sentidas como una

humillación nacional y una traición a los intereses del proletariado de la Unión Soviética e Internacional. Además, implicaban el control de Ucrania por parte de la Alemania imperial y la represión del movimiento campesino ucraniano. Las reacciones, pues, fueron violentas, provocaron la ruptura de la coalición entre bolcheviques y S-R de izquierda y estimularon marcadamente la guerra civil.

La mayor parte del Comité Central y de los cuadros bolcheviques rechazaron firmar inmediatamente las condiciones de paz resultantes de la primera fase de las negociaciones de Brest-Litovsk. Invocaron a su favor —como Trotsky por su posición intermedia: “ni guerra ni paz”— el hecho de que su actitud correspondía a los sentimientos de la mayoría de la población urbana. Pero no correspondía a los sentimientos de la mayor parte de la población campesina, sin hablar de los de los soldados de un ejército en plena descomposición. Y sobre todo no concluía en ninguna alternativa concreta. ¿Derrocamiento inmediato del reino de los Hohenzollern y de los Habsburgo? ¿Quién podía garantizarlo? ¿Organización inmediata de una “guerra revolucionaria”? ¿Con un ejército inexistente?<sup>85</sup>

El único resultado de la negativa a firmar inmediatamente la paz fue permitir al ejército alemán ocupar nuevos y muy importantes territorios, y sobre todo arrancar Ucrania, con sus inmensas riquezas, a la República de los Soviets. Lenin lo había predicho día tras día. De nuevo se ve que el precio que la revolución debió pagar por un error fue muy elevado.

### 5.7. EL TERROR ROJO

La cuestión del terror —y la creación de la Cheka— está estrechamente ligada a las consecuencias de la paz de Brest-Litovsk. Ambas cuestiones se explican a la luz de estos acontecimientos.

La cuestión del terror —independientemente de la de sus inadmisibles excesos— es menos clara de lo que uno quisiera. Basta remitirse a la experiencia de la guerra civil española de 1936 para darse cuenta de ello. En ese momento, no sólo los estalinistas sino también los anarquistas y los socialdemócratas —de derecha, de “centro” y de izquierda—, así como muchos grupos obreros autónomos y no organizados, aplicaron medidas de terror rojo de conside-

rable magnitud. No tenían posibilidades de elegir.

Cuando ustedes se confrontan con un enemigo implacable, asesino, torturador, que no retrocede ante nada, que transforma a las mujeres y a los hijos de los militantes en rehenes, que fusila en masa a los prisioneros de guerra y a los adversarios políticos, deben tomar ciertas medidas de retorsión para limitar las pérdidas. Así lo dicta el sentido común. Si los asesinos mismos no quieren pagar un elevado precio por sus crímenes, deben ser los primeros en detenerse.

Hay que constatar, por lo demás, que Lenin se esforzó en no tener que recurrir al terror inmediatamente después de Octubre. Dijo al respecto:

*Se nos reprocha proceder a los arrestos. Sí, es una realidad: hoy detuvimos al director del Banco Estatal. Se nos reprocha practicar el terror, pero no es el terror de los revolucionarios franceses que guillotinaron a gente desarmada, y espero que no lleguemos a eso. Lo espero porque somos fuertes. Cuando aprehendemos gente, le decimos que quedará en libertad si se compromete a no sabotear. Y tomamos en cuenta su compromiso*<sup>86</sup>.

Sólo que aquí está la cuestión: a pesar de la generosidad inicial de los bolcheviques, los contrarrevolucionarios se comportaron con un cinismo y una falta de escrúpulos total. Los generales Krasnov, Kaledin y otros, así como los oficiales detenidos durante la insurrección de Octubre, fueron liberados bajo la promesa de que se abstendrían de toda acción antigubernamental. Pero de inmediato faltaron a su palabra, tomaron las armas y causaron la muerte de miles de obreros.

El pueblo comete estos errores una, dos veces... Luego responde con dureza. ¿Es esto sorprendente?

Entre las acciones particularmente cínicas de las futuras "víctimas del terror", A. R. Williams señala el uso que los blancos hacían de los camiones de la Cruz Roja para atravesar las líneas del frente y proporcionar municiones a sus ejércitos<sup>87</sup>. Williams relata además una emocionante manifestación del espíritu de generosidad de la revolución escenificada durante la toma del Palacio de Invierno. Los cadetes-oficiales se habían rendido. La multitud estaba encolerizada,

sobre todo después de haber descubierto las cámaras de tortura en los bajos fondos del palacio. Antónov-Ovseienco, quien iba al frente del destacamento de la Guardia Roja, gritó: "Al primero que toque a un prisionero, lo fusilo". Terminó por convencer a la muchedumbre:

*¿Saben adónde lleva esta locura? Cuando matan a un guardia blanco prisionero, matan a la revolución y no a la contrarrevolución. He dado veinte años de mi vida en el exilio y en prisión por esta revolución [...]. La revolución significa algo mejor, significa vida y libertad para todos. Ustedes dan su sangre y su vida por la revolución. Pero también deben darle otra cosa [...]: su inteligencia. Deben comprometerse por la revolución más allá de la satisfacción de sus pasiones. Tuvieron el valor de llevar a la revolución a la victoria. Ahora, en nombre de su honor, deben dar prueba de magnanimidad. Ustedes aman a la revolución. La única cosa que les pido es no matar a lo que aman*<sup>88</sup>.

Pero después de haber sufrido la salvaje violencia de los contrarrevolucionarios, el clima se modificó. Repetimos: ¿debe uno sorprenderse de ello?

Es necesario, por lo demás, circunscribir la amplitud del terror. Hasta marzo de 1920, el número total de víctimas del terror rojo se evaluó oficialmente en 8.620 personas. Morizet, por su parte, lo evaluó en poco más de 10.000. Tras la derrota de los ejércitos blancos de Denikin y Kolchak, el Gobierno soviético abolió la pena de muerte durante varios meses (se reintrodujo a partir de la ofensiva de Polonia contra Ucrania en mayo de 1920).

La atmósfera en la Rusia soviética estaba bastante alejada de este temor universal que tantos historiadores describen. Se puede dar cuenta de la lectura del relato que hace Morizet, testigo ocular del proceso que el Tribunal Revolucionario de Moscú llevó a cabo el 14 de julio de 1921 a un oficial superior blanco, Galkin:

*Creo que nunca antes había visto público y magistrados que simpatizaran tanto con el acusado. Los cuatrocientos obreros y soldados presentes en la sala, los tres jueces y el acusador, jóvenes los cuatro, miraban con una suerte de amistad a ese pequeño hombre de treinta y cinco años, en ropas raídas, que un*

*suboficial bonachón vigilaba revólver en mano, para obedecer la regla. Ninguna barrera entre ellos y él. Cuatro soldados armados, interesados sobre todo en los debates, delimitaban vagamente el espacio libre que llenaban el banco de jardín reservado al acusado, la mesa del defensor y la nuestra.*

*Más que en una terrible audiencia del Tribunal Revolucionario, se pensaba en una apasionada controversia entre hombres en desacuerdo sobre la solución de un caso de conciencia*<sup>89</sup>.

Galkin fue condenado a una pena ligera que pronto le fue conmutada, a pesar del hecho de haber tomado las armas contra el poder de los soviets. Pero después de la experiencia vivida, afirmó detestar todavía más a los dictadores contrarrevolucionarios blancos. El tribunal creyó en su palabra.

#### 5.8. LA CHEKA

La cuestión de la Cheka es muy diferente de la anterior: se trata de medidas concretas de terror puestas en práctica en el curso de una guerra civil cruel. La Cheka implica la creación de una institución, de un aparato con la tendencia inevitable de toda institución y todo aparato a volverse permanente y a sustraerse a todo control.

Se puede fusilar a un torturador fascista tras un proceso público, por corto que sea. No se puede someter al control público a una policía política secreta.

Los archivos de la Cheka, que comenzaron a publicarse gracias a la *glásnost*, muestran ampliamente que desde el principio el gusano estaba en la fruta, y esto a pesar de la honestidad personal de Felix Dzerzhinsky, el primer dirigente de la Cheka, de quien nadie sospecha intenciones impropias. Basta mencionar un hecho: miembros e informantes de la Cheka se aseguraban una prima (una parte del botín) por toda fuente de riquezas tomada en el domicilio de un "especulador" o de un responsable de "crímenes económicos". La dinámica de corrupción no deja lugar a dudas.

Vale lo mismo en el caso de la tendencia de la Cheka a escapar a todo control. Esta peligrosa dinámica se afirmó muy pronto. Una

anécdota la pone en evidencia. Lenin sentía gran estima y amistad por el dirigente menchevique Mártoov. Un día lo llamó al Kremlin, le entregó un pasaporte falso y le dijo: "Abandona el país inmediatamente. Si no, en unos cuantos días la Cheka te detendrá y no podré impedirlo".

G. Leggett, un reaccionario extremadamente hostil al régimen bolchevique, admite sin embargo que al principio esta autonomía fue sólo coyuntural:

*En la oposición inevitable entre la violencia arbitraria de la Cheka y el sistema de legalidad soviética elaborado por el Comisariado del Pueblo para la Justicia, la Cheka sacaba ventaja cada vez que el régimen era amenazado, y la ventaja era para el Comisariado una vez que la crisis se atenúa<sup>90</sup>.*

El propio Lenin se mostraba resueltamente a favor de la constitución de un Estado de derecho y de la necesidad de tomar pasos decisivos en esta dirección. En el conflicto en torno a la reforma de los servicios de la policía política al término de la guerra civil, que en 1921 opuso a Dzerzhinsky y a Kámenev, Lenin apoyó a éste, quien proponía limitar la competencia de la Cheka a los problemas de espionaje, a los atentados políticos y a la protección de los ferrocarriles y los almacenes de víveres. Cualquier otra actividad represiva debía ser de la incumbencia del Comisariado del Pueblo para la Justicia.

También hay que constatar que la Cheka no fue una criatura del partido bolchevique o de Lenin. Fueron sobre todo los S-R de izquierda los que jugaron un papel clave en su constitución. Es verdad, sin embargo, que la tendencia de la Cheka a volverse un aparato autónomo, cada vez menos controlable, estaba presente desde sus inicios. Al respecto, Victor Serge utiliza el término "degeneración profesional". Ésta es la razón por la que nuestra conclusión es que, sin duda, la creación de la Cheka fue un error.

## 6. LAS CONCEPCIONES ORGANIZATIVAS DE LENIN

¿Las concepciones organizativas de Lenin abrieron la vía a los excesos de la Revolución de Octubre y a la dictadura estalinista? Una de las

tesis generalmente sostenida por los críticos del bolchevismo es que el exceso que sobrevino a partir de 1918 —la disolución de la Asamblea Constituyente, el terror, la prolongación del comunismo de guerra— resulta, en última instancia, de las concepciones organizativas de Lenin. Las concepciones que estos autores atribuyen a Lenin, fuentes últimas del mal, pueden resumirse en los siguientes términos: las revoluciones las “hace” el partido revolucionario y no las masas; el partido debe estar formado por una reducida cohorte de revolucionarios profesionales altamente centralizada; en razón de este hecho, se encuentra en gran medida al margen del control de la clase obrera; esta clase no es apta para situarse al nivel de la acción política revolucionaria, sin hablar siquiera de acceder a la conciencia política revolucionaria<sup>91</sup>.

Otros autores, como Louis Fischer, dan un paso más allá y afirman que las concepciones organizativas de Lenin, como las expresadas clásicamente en el folleto *¿Qué hacer?*, estarían inspiradas en rasgos psicológicos poco agradables del personaje: odio ciego al zarismo y a las clases poseedoras; sed de venganza por la ejecución, por parte de la autocracia, de su hermano; y la convicción de que la violencia, el terror, “el exterminio del enemigo” juegan un papel esencial en toda revolución.

Cualesquiera que sean sus variantes, todas estas afirmaciones no son, en el mejor de los casos, más que visiones unilaterales de la realidad histórica, de los escritos de Lenin y de las acciones que inspiró o dirigió.

### 6.1. LENIN Y EL PODER

Ante todo, el retrato de un Lenin tenso como monomaniaco de la conquista del poder absoluto personal no corresponde en nada a la imagen del personaje que surge de los múltiples testimonios de aquellos y aquellas que frecuentó. Nikolai Valentinov, severo crítico del dirigente bolchevique, señala que:

*Un error muy grave, y muchos, casi todos lo cometen, es el de considerar a Lenin como un hombre de bronce, sin corazón, que sólo elaboraba resoluciones políticas, totalmente indiferente e insensible a las bellezas de la naturaleza. Adoraba el campo,*

*los prados, los ríos, la montaña, el mar y el océano*<sup>92</sup>.

Su reacción a la propuesta del Comité Central de dar comienzo a la publicación de sus *Obras Completas* revela la importancia más bien menor que Lenin concedía a su papel personal: "¿Por qué? Es absolutamente inútil. Hace treinta años se escribía todo lo imaginable. No vale la pena reproducir todo eso"<sup>93</sup>.

El mito de un Lenin cínico y carente de escrúpulos en la "lucha por el poder" se apoya sobre todo en una calumnia bastante infame: la afirmación de que en 1917 aceptó "el oro alemán" para financiar la propaganda bolchevique. Esta calumnia sirvió de base a la persecución de bolcheviques inmediatamente después de las jornadas revolucionarias de julio de 1917.

Al respecto, en la que por lo demás es una de las mejores biografías de Lenin, Ronald W. Clark da prueba de agnosticismo al llegar casi a insinuar que cuando el río suena es porque agua lleva. Incluso saca a colación, sin descartarla totalmente, la afirmación de un funcionario del Ministerio de Asuntos Extranjeros alemán en el sentido de que se habrían "invertido" 500 millones de marcos-oro en el movimiento bolchevique<sup>94</sup>.

Pero el propio Ronald Clark cita de paso la prueba más contundente del carácter infundado de esta calumnia: *Pravda*, el principal órgano de prensa de los bolcheviques, frecuentemente estaba corta de dinero. Los constantes y urgentes llamados sólo le permitían recoger unas cuantas decenas de miles de rublos<sup>95</sup>.

¿Cómo se explica que un movimiento que recibe decenas de millones de marcos-oro se encuentre hasta tal punto desprovisto?

## 6.2. '¿QUÉ HACER?' Y LOS AÑOS 1905-1907

Después, es imposible apoyarse únicamente en el folleto *¿Qué hacer?* —escrito en 1902!— para juzgar las concepciones organizativas de Lenin. No es posible separar las tesis que esta obra defiende —sin duda con un exceso posteriormente admitido por Lenin— de su contexto histórico preciso: el de un pequeño partido actuando en la más estricta clandestinidad.

Lenin nunca elevó estas tesis al rango de teoría general orga-

nizativa válida para todos los países (incluido Rusia) en cualquier momento, independientemente de la época y las condiciones concretas en que la lucha de clases se desarrolla.

Las concepciones alternativas entonces propuestas por los mencheviques subestimaban la coacción de la ilegalidad, la amenaza que ésta representaba para la continuidad de la actividad de clase, el papel de la centralización política —necesaria pero difícil— de la experiencia de las luchas fragmentadas y, sobre todo, el papel clave de la lucha por la autonomía política y, posteriormente, por la hegemonía de la clase obrera en la revolución. De manera latente, la escisión sufrida en 1903, en el curso del II Congreso del partido, contenía ya los gérmenes de la posterior diferenciación política central entre bolcheviques y mencheviques en relación al papel de la burguesía rusa en la revolución (la división entre estas dos corrientes del POSDR se formalizó en 1912)<sup>96</sup>.

Incluso en el *¿Qué hacer?* se encuentran pasajes de resonancia netamente “luxemburguista-trotskyista”:

*La organización de los revolucionarios profesionales sólo tiene significado en relación con la clase verdaderamente revolucionaria que espontáneamente inicia el combate [...].*

*Todo el mundo estará probablemente de acuerdo en que el “amplio principio democrático” supone las dos condiciones imprescindibles siguientes: en primer lugar, una publicidad completa y, en segundo lugar, el carácter electivo de todos los cargos. [...] Llamaremos democrática a la organización del partido socialista alemán, porque todo en él se hace públicamente, incluso las sesiones de sus congresos [...]”<sup>97</sup>.*

Tras la importantísima experiencia de la revolución de 1905, Lenin puntualizó su posición, de una manera parcialmente auto-crítica, utilizando la imagen del “bastón demasiado tenso en un sentido” (después de que —según el argumento— sus adversarios “torcieron el bastón en un sentido”, él lo torció en el otro para restablecer el equilibrio):

*A pesar de la escisión [...] de 1903 a 1907 la socialdemocracia dio al público la más amplia información sobre su situación interna (actas del II Congreso Común, del III*

*Congreso Bolchevique, del IV Congreso o Congreso Común de Estocolmo). A pesar de la escisión, el partido socialdemócrata, antes que los otros partidos, supo sacar provecho del pasajero período de libertad para levantar una organización legal con un régimen democrático ideal, un sistema electoral y una representación al congreso en función del número de miembros organizados del partido*<sup>98</sup>.

*Obviamente, la causa primera de este éxito [de los bolcheviques en la revolución de 1905-1907] reside en el hecho de que, por razones económicas objetivas, la clase obrera, cuyos mejores elementos constituyeron la socialdemocracia, se distingue de todas las clases de la sociedad capitalista por su mayor capacidad para organizarse. De no haberse cubierto esta condición, la organización de los revolucionarios profesionales habría sido un juguete, una aventura, una fachada sin nada detrás [...].*

Lenin se expresa de manera todavía más clara cuando afirma que:

*Me parece que el camarada Radin no tiene razón cuando plantea [...] esta pregunta: ¿El Soviet de diputados obrero o el partido? Pienso que, en absoluto, la solución es: el Soviet de diputados obreros y el partido. [...] Me parece que, en calidad de organización profesional, el Soviet de diputados obreros debe tender a incorporar a los diputados de todos los obreros, empleados, prestadores de servicios, asalariados agrícolas, etc., de todos aquellos que pueden y quieren luchar juntos para mejorar las condiciones de vida del pueblo trabajador, de todos aquellos que están dotados de una honestidad política elemental, de todos salvo las Centurias-Negras*<sup>99</sup>.

*[En el Congreso de Unificación de 1906], nos pusimos de acuerdo sobre el principio del centralismo democrático, sobre la garantía de los derechos de toda minoría y toda oposición leal, sobre la autonomía de cada organización del partido, y para reconocer que todos los cuadros del partido deben ser elegidos, revocables y están obligados a dar cuenta de su tra-*

bajo<sup>100</sup>.

*El principio del centralismo democrático y de la autonomía de los organismos locales significa precisamente libertad de crítica total y en todas partes, en tanto que no ponga obstáculo a la unidad de una acción determinada [...]*<sup>101</sup>.

*El Comité Central no tiene, en absoluto, el derecho de exigir a las organizaciones del partido que adopten su resolución [...]. Todos los miembros del partido están obligados a considerar la cuestión con plena independencia y pleno espíritu crítico y a pronunciarse por la resolución que, en su opinión, resuelve de manera más justa posible el problema en el marco de las resoluciones del Congreso de Unificación. [...La] organización del partido descansa ahora en una base democrática. Esto significa que todos los miembros del partido eligen a los responsables, a los miembros de los comités, etc. [...] que todos los miembros del partido determinan cuál debe ser la táctica [...]*<sup>102</sup>.

Un autor como Louis Fischer conoce perfectamente sus fuentes. Sin embargo, deliberadamente pasa por alto estos pasajes de los escritos de Lenin, e incluso muchos otros que apuntan en el mismo sentido<sup>103</sup>. Esto es dar prueba de una manifiesta deshonestidad intelectual. Aunque, por lo demás, no hace más que reincidir en ello.

Fischer residió en la URSS entre 1923 y 1936 como corresponsal extranjero, particularmente de la revista estadounidense *The Nation*. En calidad de corresponsal, hizo una apología de los Procesos de Moscú que fue de gran utilidad a Stalin y al estalinismo internacional<sup>104</sup>. En la biografía de Lenin, que redactó treinta años más tarde, escribe en cambio que:

*La vendetta de Stalin contra Trotsky hundió a la Rusia de los soviets en un baño de sangre. En realidad poniendo en la mira a Trotsky, los Procesos de Moscú, llevados a cabo en el curso de los años treinta, costaron al país a sus altos dirigentes [...]. En 1937, tocó el turno a los jefes militares de Rusia —y por miles—, a sus mejores directores de industria, escritores, planificadores, administradores [...]. Nunca será posible medir lo que esta demencial política*

*costó en desastres a Rusia [...]*<sup>105</sup>.

Quien en 1936-1938 se convirtió en abogado de esta "demencial política" no consideró necesario formular una sola palabra de pesar, de excusa o de autocrítica. Prefirió pasarse al otro lado de la barricada.

Ayer, el genial Stalin era el continuador del genial Lenin. Hoy, el déspota Stalin es un subproducto de la inclinación leninista al poder personal y a la violencia. Es de notarse lo que estas dos posiciones simétricas tienen de común: en última instancia, Stalin resulta de Lenin: ayer para bien, hoy para mal.

### 6.3. UN PARTIDO NO-MONOLÍTICO

Tocamos aquí una falsificación histórica mucho más general, presente en numerosos autores que tratan sobre la historia de la Rusia de los soviets de los años 1918-1923<sup>106</sup>. ¿Dónde está, pues, ese partido bolchevique supuestamente monolítico, salido de esa pretendida obsesión leninista por la hipercentralización?

En realidad, nunca se ha visto un partido obrero con tantas diferencias de opinión y tanta libertad de expresión, incluso pública, como el partido bolchevique de esa época —y seguramente no es el caso de los partidos socialdemócratas alemán o austriaco, incluso en sus mejores momentos. Podríamos citar innumerables episodios. Contentémonos con mencionar estos:

- Durante el debate sobre la oportunidad de la insurrección de octubre, Zinóviev y Kámenev, dos de los principales miembros del Comité Central, tomaron posición pública contra la decisión de la mayoría, en un artículo aparecido en el periódico de Gorki.
- Durante el debate sobre la constitución de un Gobierno de alianza de todos los partidos obreros, un día después del II Congreso de los Soviets, seis miembros del Comité Central y cierto número de miembros del Consejo de Comisarios del Pueblo, tomaron posición pública contra la decisión de la mayoría. Para dar más peso a su oposición, por lo demás, renunciaron a sus puestos<sup>107</sup>.
- En enero de 1918, en una reunión del Comité Ejecutivo

Central de los soviets, Riazánov y Lozovsky, dos dirigentes bolcheviques, votaron contra la disolución de la Asamblea Constituyente.

- Durante la firma de la paz de Brest-litovsk, los "comunistas de izquierda" que se encontraban alrededor de Bujarin publicaron un periódico para defender públicamente su posición minoritaria.
- Desde 1918, la llamada tendencia "centralista democrática", dirigida por los "comunistas de izquierda", a través de Ossinsky defendió en la revista *Kommounist* un proyecto de gestión obrera de la industria, muy diferente del de la mayoría del Comité Central. Pronto comenzó, muy tímidamente, a ponerlo en práctica.
- La oposición obrera, levantada en 1920 y dirigida por Shliapnikov, Miasnikov y Kolontai, defendió públicamente sus posiciones minoritarias.
- Todavía en 1921, contra la oposición de Lenin, el dirigente de la Cheka, I. Vardin (Megaldze), propuso legalizar a todos los partidos y agrupamientos de oposición que aceptaran el sistema soviético de gobierno. Sobre la base de su propuesta, se les debía autorizar la presentación de listas propias de candidatos a las elecciones a los soviets y debían disponer de una prensa libre conforme a sus dimensiones<sup>108</sup>.

Un episodio relatado por Ilyin-Zhenevsky, comisario del pueblo adjunto para la Defensa, simboliza bien esta atmósfera de libertad. A finales de marzo de 1918 se realizó la primera conferencia de soldados y marinos del ejército rojo. En la apertura de la conferencia, se propuso elegir una presidencia de honor compuesta por Lenin, Trotsky y Zinóviev. Los anarquistas se opusieron. La propuesta se adoptó, pero sólo por pequeña mayoría y con no pocos bolcheviques votando con los anarquistas.

Contra la oposición de los dirigentes de la delegación bolchevique y de Ilyin-Zhenevsky en representación del Gobierno, un bloque de anarquistas y bolcheviques "de izquierda" impuso que la conferencia gozase de poderes legislativos y de decisión, así como un importante aumento al sueldo de soldados y marinos, incre-

mento que el Gobierno había declarado no poder satisfacer<sup>109</sup>.

Se podría objetar que Lenin se opuso con violencia —una violencia esencialmente verbal que no desembocó en ninguna medida represiva administrativa— a estas rupturas disciplinarias.

Es verdad. Pero esto pasó al lado de lo esencial. Porque lo que estos episodios muestran es que el partido construido sobre la base de las concepciones organizativas de Lenin era no-monolítico; que un buen número de dirigentes y cuadros, tanto obreros como intelectuales, conservaron una gran independencia de espíritu, un espíritu crítico ultra agudo; que la práctica cotidiana de este partido refleja mucho más esta independencia crítica que cualquier educación monolítica o hiper-centralista.

Hay que constatar, además, que la inspiración de Lenin no era, en absoluto, fundamentalmente diferente. En marzo de 1921, cuando el X Congreso del partido prohibió las fracciones, Lenin se opuso a la propuesta de prohibir las tendencias, argumentando que cuando el partido se divide sobre problemas importantes es imposible impedir la elección de la dirección sobre la base de plataformas de tendencias distintas.

Y en más de una ocasión, cuando quedó en minoría en el seno de la dirección, decidió hacer caso omiso del hecho y buscó organizar una tendencia minoritaria, llegando incluso a defender públicamente posiciones minoritarias.

No se puede disimular estos hechos sin desnaturalizar la historia de la Rusia de los soviets de la época de Lenin.

#### 6.4. UNA TENSION INTERNA AL LENINISMO

Es verdad que en los escritos y en la práctica de Lenin también hay distintos rasgos paternalistas, autoritarios y sustitucionistas. En realidad, el conjunto de la teoría y la práctica organizativas de Lenin parece dominado por un juego de péndulo, del que ya dieron cuenta sobre todo Marcel Liebman, Paul Le Blanc y Stephen Cohen en su ya citado y excelente ensayo<sup>110</sup>.

En un primer acercamiento, este juego de péndulo puede resumirse en los siguientes términos: en las fases de ascenso revolucionario, de desarrollo tumultuoso del movimiento de masas, los

acentos democráticos, incluso libertarios, prevalecen en los escritos y en la práctica de Lenin. En las fases de reflujo revolucionario, de declinación de la actividad de masas, el tema del centralismo y la sustitución de la clase por el partido toma ventaja.

Quedaría fuera de lugar y sería injusto explicar este dualismo acudiendo al maquiavelismo. Hacerlo sería partir de un axioma psicologizante indemostrable<sup>111</sup>.

En rigor, se podría sustituir este axioma por su equivalente sociológico: el Lenin democrático y libertario actuaría bajo la presión de la masa y la vanguardia obreras; el Lenin hiper-centralista y sustitucionista buscaría una solución pragmática en una situación en la que, en la práctica, las masas no actuaran.

Pero esta explicación sociológica tampoco le hace justicia a Lenin. No da cuenta de la totalidad de la historia rusa de 1918-1923. Pero sobre todo no permite comprender la violencia casi desesperada con que Lenin reaccionó a partir de 1922, si no es que desde finales de 1921, ante la burocratización creciente del Estado y el partido (una burocratización de la que entonces toma conciencia). No explica ese "último combate de Lenin" contra la burocracia tentacular, ni la violencia de su enfrentamiento final con Stalin, ni los acentos verdaderamente patéticos que tomó: "Me parece que he incurrido en una grave culpa ante los obreros de Rusia por no haber intervenido con la suficiente energía y dureza..."<sup>112</sup>.

De igual forma toda explicación "sociológica" no puede más que ignorar un hecho histórico, con todo difícilmente discutible, que Paul Le Blanc opuso correctamente a la versión demasiado mecanicista del "péndulo" tal como fue formulada por Liebman: fue en los años de reacción, en 1908-1911, en la lucha contra la tendencia "liquidadora" que, en gran medida, Lenin reagrupó y formó a los cuadros bolcheviques que desde 1912 permitieron al partido volverse hegemónico en el movimiento obrero ruso.

#### 6.5. LA INDEPENDENCIA DE ESPÍRITU

El ejemplo ruso ilustra una regla histórica más general: es en los períodos no revolucionarios cuando se crean las premisas programáticas, políticas u organizativas para la "penetración" del partido

revolucionario en el curso de los posteriores ascensos de lucha.

La tesis de que el partido concebido por Lenin era un partido esencialmente dominado, si no es que compuesto, por intelectuales burgueses y no por obreros carece de fundamento factual<sup>113</sup>. Esta opinión la defiende, por ejemplo, Alfred Meyer, quien además afirma que el centralismo democrático era un sistema que "funcionaba muy bien en tanto que el partido era encabezado por un dirigente fuerte, que reinaba con mano de hierro"<sup>114</sup>.

Ninguna de las dos afirmaciones corresponde a los hechos. Para demostrarlo, basta citar a Beryl Williams, quien, con todo, se muestra muy hostil a los bolcheviques y a Lenin:

*El número de miembros del partido creció de común acuerdo con el ascenso de la popularidad de los bolcheviques. Mediante este proceso, el partido se transformó hasta el punto de ya no ser reconocible. En octubre se convirtió en un partido de masas, lejos del agrupamiento de elite intelectual de 1903 o de la idea que a menudo se tiene de él. Es difícil establecer el número de miembros, pero parece que en el curso de ese año [1917] se multiplicó por diez, hasta rebasar el cuarto de millón. En octubre, los trabajadores representaban la gran mayoría [...]. Contrariamente a la creencia popular, no estaban estrechamente organizados o unificados, aunque probablemente gozaban de mayor cohesión y, desde luego, de una dirección más fuerte que la de sus rivales. Pero había grandes diferencias de curso entre el Comité Central, las "sub-elites" locales de los comités distritales y los soviets, y las "sub-sub-elites" de las empresas. Los militantes de base, así como sus simpatizantes, tendían a actuar con destacable independencia<sup>115</sup>.*

Esta honesta descripción da una imagen mucho más fiel del funcionamiento real del partido bolchevique que las diversas leyendas en torno al "centralismo democrático" bajo Lenin. La misma permite comprender por qué Lenin chocó duramente con estos "hombres de comité" cuando menos cuatro veces: en 1905-1906; a comienzos de la Revolución de Febrero de 1917; en vísperas de Octubre; y a partir de 1921-1922. Las tres primeras veces, el cho-

que pronto terminó a su favor, gracias al apoyo que obtuvo de una amplia vanguardia obrera, incluso externa al partido. La cuarta vez, el apoyo faltó, con las trágicas consecuencias que conocemos.

#### 6.6. HACIA UNA CONCEPCIÓN COHERENTE

En realidad, Lenin nunca presentó una concepción global y totalmente coherente del partido y de sus principios organizativos. Pero a la luz de los hechos históricos parece que avanzaba paso a paso en esa dirección. Elemento de este proceso de clarificación, la unidad dialéctica entre auto-actividad de la clase y papel del partido de vanguardia se afirma progresivamente, salvo en el curso de los "años negros" de 1920-1921 (algunos dirán 1919-1921).

Un autor como Leopold Haimson afirma que los intelectuales y los marxistas rusos nunca pudieron resolver el problema de la contradicción entre la espontaneidad y la conciencia, entre la acción de las masas y la acción inspirada y organizada de la vanguardia. Sin embargo, la Revolución de Octubre proporcionó esta respuesta, ilustrada por la fórmula gráfica y clásica planteada por Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*:

*Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento, no es la caldera ni el pistón, sino el vapor*<sup>116</sup>.

Queda el alegato de que el modelo de organización de *¿Qué hacer?*, incluso aplicado durante un período limitado, produjo inconvenientes: cierto tipo de responsables, los "hombres de comités", poco aptos para adaptarse a un movimiento de masas tumultuoso. La compañera de Lenin, Krúpskaya, escribió al respecto que:

*Generalmente, los "hombres de comité" eran personas bastante pagadas de sí mismas. Podían ver la considerable influencia que el trabajo de los comités ejercía sobre las masas y, por regla general, no reconocían la democracia interna del partido. Argüían que "la democracia interna del partido sólo provoca problemas con la policía. Nosotros estamos ligados al*

*movimiento real". Despreciaban sobre todo a los militantes del partido que se encontraban en el extranjero [es decir, en el exilio], quienes, a sus ojos, no encontraban nada mejor que hacer que pelearse entre sí —"Deberíamos obligarlos a trabajar en las condiciones rusas". Los "hombres de comité" criticaban la influencia dominante del Centro en el extranjero [¡es decir, de Lenin!]. Al mismo tiempo, rechazaban toda innovación. No tenían ni el deseo ni la capacidad de adaptarse a condiciones rápidamente cambiantes<sup>117</sup>.*

Sea lo que sea, la historia real de la Rusia de los soviets entre 1918 y 1923 sólo puede entenderse en función de todos estos contradictorios elementos, y no en función de cierto pecado original de Lenin.

Quien quiera dedicarse a determinar los orígenes del estalinismo debe buscarlos primero en las fuerzas sociales y en sus relaciones recíprocas —lo que va más de acuerdo con los principios del materialismo histórico—, más que dedicarse única y exclusivamente al dominio de las ideas. Pero en lo que concierne a las fuentes intelectuales, las concepciones organizativas estalinistas no son la continuidad de las de Lenin; representan, al contrario, su negación brutal y terrorista.

#### 6.7. ¿RESTABLECER LA DEMOCRACIA SOVIÉTICA?

¿Cómo era posible oponerse eficazmente al proceso de burocratización en la Rusia de 1920, a saber: un país exangüe, golpeado por el hambre, cuyo sistema de transporte estaba totalmente desorganizado, con una clase obrera reducida a menos de la mitad, si no es que a una tercera parte, de lo que era en 1917, y en vías de desmovilización, no en función del fin de la guerra civil sino de la absoluta necesidad de aprovisionarse de víveres de manera individual? En tales condiciones materiales y sociales, el inmediato restablecimiento de la democracia soviética, e incluso el dar pasos decisivos hacia la gestión obrera, eran una flagrante utopía. La dirección del partido y del Estado debían priorizar el relanzamiento de la producción, ante todo de la producción agrícola, el incremento de la

productividad del trabajo y el restablecimiento del empleo.

El error de Lenin y Trotsky fue teorizar y generalizar las excepcionales condiciones del momento. Desde el comienzo de la NEP, en 1921-1922, el debilitamiento numérico y el desclasamiento de la clase obrera se habían detenido. La tendencia se había invertido.

Justo en ese momento la progresiva ampliación de la democracia soviética hubiera podido acelerar el restablecimiento socio-político de la clase obrera, facilitando su lenta re-politización. Pero al reducir, en ese momento preciso y de manera draconiana, lo que todavía subsistía en materia de democracia, los dirigentes soviéticos agravaron la despolitización del proletariado y del partido<sup>118</sup>.

Es imposible juzgar hasta qué punto un verdadero "curso nuevo" hubiera podido coronarse con éxito. Pero los trágicos resultados de la política seguida en 1921 resultan bastante manifiestos para no concluir que lo que era utópico en 1920 ya no lo era a partir de 1922.

## 7. LA APUESTA ESTRATÉGICA

La Revolución de Octubre plantea una cuestión estratégica clave a la que está confrontado todo movimiento obrero socialista: ¿cómo debe comportarse en una situación revolucionaria un partido que se reclama de la clase obrera y el socialismo (o el comunismo)? Esta cuestión remite a otra más amplia, la de la estrategia socialista (o comunista) a largo plazo —cuestión que no abordaremos aquí—.

Las revoluciones no caen del cielo. No pueden ser separadas mecánicamente de los períodos que las preceden, en el curso de los cuales las condiciones que las hacen estallar maduran poco a poco. Además, lo que entonces son y hacen los partidos que se reclaman de la clase obrera en buena parte procede de su composición y su actividad en las fases prerrevolucionarias o no revolucionarias (aunque no se puede negar que la revolución misma puede modificar sensiblemente algunas de estas determinaciones).

De manera esquemática pero útil, las dos filosofías estratégicas fundamentales opuestas en el curso de una revolución pueden

resumirse a través de la fórmula: fatalismo o voluntarismo.

### 7.1. FATALISMO Y VOLUNTARISMO

El enfoque fatalista se basa en la idea de que "las condiciones objetivas" y "las relaciones de fuerza" prácticamente determinan todo, que en gran medida el curso de los acontecimientos es independiente de las decisiones de los partidos y de sus dirigentes, y que en esencia la tarea de éstos consiste en trazar las fronteras entre lo que es "objetivamente posible" y el resto (que no sería más que aventurerismo e ilusiones). Hay que tener, entonces, el valor de decirle a las masas que una serie de sus aspiraciones son irrealizables. Los mencheviques encarnaron esta orientación en el curso de 1917. Sus principales asesores en el extranjero eran los austro-marxistas, cuyo dirigente y teórico Otto Bauer entró a la historia como el prototipo mismo del marxista fatalista.

El enfoque voluntarista de la estrategia en un período revolucionario se basa, por el contrario, en la idea de que cualquiera que sea el peso de los factores objetivos (económicos, sociales, tradición histórica y cultural) que parcialmente determinen el curso de los acontecimientos, éste no está del todo predeterminado. La acción concreta de las clases sociales (y de sus principales fracciones) y la actividad y la orientación precisa de los partidos y sus dirigentes también pueden pesar de manera decisiva sobre el curso de los acontecimientos.

### 7.2. UN DETERMINISMO 'PARAMÉTRICO'

No se trata de oponer un enfoque determinista (identificado con el "fatalismo") a una filosofía agnosciana o teleológica de la historia (que se identificaría con el "voluntarismo")<sup>119</sup>. Hablamos aquí de un voluntarismo que respeta las grandes coacciones histórico-materiales.

Se trata de evitar caer un determinismo mecanicista y lineal, que ha resultado perjudicial, sustituyéndolo por un determinismo más rico, fundado en una dialéctica de los factores objetivos y subjetivos<sup>120</sup>: una aprehensión de los "posibles", que hemos traducido por el concepto de "determinismo paramétrico"; una comprensión de la historia que permite tomar en cuenta lo que está "latente", lo "virtual". Tal concepción ya fue utilizada por Marx en el tomo I de

*El Capital.*

El curso de los acontecimientos no está totalmente indeterminado. La salida posible de la revolución oscila dentro de los límites predeterminados.

En la Rusia de 1917 no eran posibles ni el retorno a un régimen semi-feudal, ni el desarrollo de un capitalismo fundado en la democracia parlamentaria, ni la construcción acabada de una sociedad socialista sin clases. Pero en ese marco predeterminado, la acción de las masas, de los partidos y de sus dirigentes podía conducir a dos posibles variantes: victoria de la contrarrevolución burguesa ultrarreaccionaria (que sólo podía ser sangrienta, represiva, incluyendo la destrucción del movimiento obrero y de toda actividad autónoma de las masas obreras y campesinas) o victoria de la revolución gracias a la toma del poder por los soviets, posibilitando el *inicio* de la construcción de una sociedad nueva (fusionando, o por lo menos recibiendo, el apoyo de la revolución internacional).

En gran parte, el enfoque fatalista fue el producto del "marxismo" de la Segunda Internacional, inspirado por Kautsky. Se trata de una concepción fuertemente marcada por un determinismo mecanicista de inspiración semi-darwiniana<sup>121</sup>. Este enfoque implica que, incluso confrontados con una explosión revolucionaria, en el fondo los socialistas no pueden más que sufrir la marcha inexorable de los acontecimientos.

El enfoque voluntarista implicaba, por el contrario, que los socialistas eran conscientes de la posibilidad de influir decisivamente sobre la salida histórica a través de su propia acción. El principal mérito de los bolcheviques es haber intentado hacerlo. Y ésta es la principal lección que Rosa Luxemburgo sacó de los acontecimientos de Octubre, una lección que la llevó a moderar sus críticas hacia Lenin y Trotsky y a apoyar de manera entusiasta a la Revolución Rusa:

*Lo que a la hora histórica un partido puede proporcionar de valor, fuerza de acción, visión revolucionaria y lógica, los Lenin, Trotsky y camaradas lo hicieron ampliamente. Todo el honor revolucionario y la capacidad de acción que ha faltado a la democracia socialista en Occidente se encontró en los bolcheviques. La insurrección de Octubre no sólo salvó a la Revolución*

*Rusa, salvó también el honor del socialismo internacional.*

Y agrega:

*Lo importante es distinguir lo esencial de lo inesencial, el meollo de lo ocasional, en la política de los bolcheviques. En estos últimos tiempos en que nos enfrentamos con las luchas finales decisivas en todo el mundo, el problema más importante del socialismo es, como lo era antes, no esta o aquella cuestión menor de la táctica, sino la capacidad de acción del proletariado, la energía de las masas, la voluntad de poder del socialismo como tal. En este aspecto, Lenin, Trotsky y sus amigos son los primeros que han predicado con el ejemplo al proletariado internacional; son los primeros y, hasta ahora, los únicos que pueden decir, con Hutten, "¡Yo me he atrevido!".*

*Éste es el aspecto esencial y perenne de la política de los bolcheviques, a los que corresponde el mérito histórico irrecedero de mostrar el camino al proletariado mundial en lo relativo a la conquista del poder político y los temas prácticos de la realización del socialismo, así como de haber impulsado poderosamente el enfrentamiento entre el capital y el trabajo en todo el mundo. Lo único que había hacer en Rusia era plantear el problema, sin resolverlo. En este sentido, el futuro pertenece en todas partes al "bolchevismo"<sup>122</sup>.*

### 7.3. ¿HABÍA QUE TOMAR EL PODER?

Obviamente, no hay que exagerar la oposición entre estas dos opciones —fatalismo y voluntarismo—, incluso si siguen siendo opciones fundamentalmente diferentes. Una simplificación demasiado grande del problema puede enturbiar las aguas y dificultar todavía más la decisión.

En ese sentido, en el curso "voluntarista" existe la posibilidad de caer en excesos aventureros, golpistas, "blanquistas": las tentativas de toma del poder por minorías que no gozan del apoyo de la mayor parte de las y los asalariados<sup>123</sup>.

Pero la existencia y el peligro que tales desviaciones representan no puede servir de excusa para sustraerse a la opción estratégi-

ca real planteada en vísperas de Octubre en Rusia.

De manera manifiesta, los bolcheviques gozaban del apoyo de la mayor parte del proletariado. De manera manifiesta, el pueblo quería un cambio radical, revolucionario. En esas condiciones precisas, ¿había o no que tomar el poder?

Sin reservas, los marxistas revolucionarios de hoy día siguen convencidos, como los de 1917 y años posteriores, que la respuesta es "sí".

#### 7.4. DETERMINISMO, DECISIONES POLÍTICAS, EXPERIENCIA

Recientemente, el examen crítico de la táctica bolchevique en los años que siguieron a la victoria de Octubre dio lugar a una confrontación en torno a la naturaleza del determinismo histórico que opuso a John Rees y a Samuel Farber. El primero acusó al segundo de abandonar todo determinismo materialista, porque presenta un abanico de alternativas y analiza otras opciones que habrían sido posibles en lo tocante a la política socialista revolucionaria en la Rusia de 1918-1923.

*El marxismo no sugiere que la voluntad política o la ideología puede jugar un papel clave en cualquier circunstancia. La medida en que los trabajadores pueden "hacer su propia historia" depende del peso de los factores objetivos que actúan sobre ellos [...]. En Rusia (después de octubre de 1917), los límites de su acción se reducían a resistir a un asedio bajo coacciones cada vez más apremiantes. Cada onza de voluntad y de conciencia política debía utilizarse para defender el Estado obrero y evitar que fuera derribado. El "factor subjetivo" se limitaba, entonces, a optar por la capitulación ante los blancos o por la defensa de la revolución a través de todos los medios a su alcance<sup>124</sup>.*

Pero esta manera de plantear el problema adolece de dos debilidades fundamentales. De entrada, no responde a la objeción esencial, a saber, que la democracia soviética fue definitivamente asfixiada cuando se prohibió a los partidos soviéticos, tras la guerra civil y no cuando la alternativa estaba entre capitular ante los blancos o defender a la revolución por todos los medios. La democracia fue asfixiada, pues, después de la victoria, cuando ya ningún ejérci-

to blanco actuaba en territorio de la Rusia de los soviets.

Las medidas entonces se inspiraron en la idea de que, justamente en función de la victoria en la guerra civil, la movilización revolucionaria del proletariado decrecería. A los ojos de los bolcheviques, esta desmovilización corría el riesgo de amenazar al poder soviético aún más de lo que lo habían hecho los ejércitos blancos. John Rees no explica esto. No revela, pues, su carácter ilógico y erróneo.

Luego, Rees disuelve los problemas concretos en una fórmula abstracta y general. La cuestión no es saber si, en general, debían emplearse "todos los medios" para defender el poder de los soviets e impedir la victoria de los blancos. La cuestión es saber si *tal o cual* medida concreta facilitaba, o hacía más difícil, la prosecución victoriosa de la guerra civil.

¿Fue el caso de la creación de la Cheka? ¿Fue el caso del mantenimiento y la acentuación de las requisas de trigo en 1919-1920 y, en general, de los excesos del "comunismo de guerra"? ¿Fue el caso de la prohibición de los partidos soviéticos?

Ahora bien, para el poder soviético y los dirigentes del partido bolchevique, la opción era: tomar o no tomar estas medidas. ¿Tuvieron razón? ¿Se equivocaron?

Rees razona como si la cuestión ni siquiera estuviera planteada. Y curiosamente, no menciona el argumento clave que puede, si no justificar totalmente, al menos sí explicar en gran medida el comportamiento de los bolcheviques. El argumento fue formulado por Rosa Luxemburgo en su folleto sobre la Revolución Rusa.

La revolución socialista y el inicio de construcción de una sociedad sin clases constituían una experiencia totalmente nueva. No había ningún manual de reglas preestablecidas al que hubiera bastado remitirse. La Revolución Rusa fue un inmenso laboratorio histórico, a la vez exaltante y dramático. La única manera de avanzar era experimentando y tanteando.

Sólo la práctica puede demostrar si tal o cual medida concreta —no hablamos aquí de la orientación general— es correcta o equivocada. Todo enfoque dogmático, que parta de esquemas preestablecidos, resulta contraproducente (como resulta contraproducente, por lo demás, toda orientación puramente pragmática).

Ambos enfoques eluden las grandes decisiones estratégicas.

Muchas cosas resultan claras fuera de tiempo, pero no lo son en el momento. No pueden serlo. Como decía Napoleón Bonaparte: "Se comienza y después se ve". A Lenin le gustaba repetir estas palabras de un maestro de la táctica.

#### 7.5. ERRORES Y DEMOCRACIA SOCIALISTA

Es justamente porque las cosas son así que la revolución *necesita de manera vital* de la democracia soviética pluralista, del pluripartidismo, de una vida política activa, del derecho práctico de crítica y de intervención de las masas. Porque si la revolución y el inicio de construcción de una sociedad sin clases son un inmenso laboratorio, los errores son inevitables: resulta vital, entonces, disponer de mecanismos que permitan no evitar los errores —lo que es imposible— sino corregirlos lo más rápido posible, y luego evitar repetirlos. El propio Lenin hacía notar que la forma en que un partido se comporta frente a sus propios errores condiciona su futuro.

Y es en ese contexto que la democracia soviética adquiere todo su valor.

#### 7.6. DEMOCRACIA E IGUALDAD SOCIAL

En nuestra opinión, en lo que concierne al método general de enfoque, Farber tiene razón en su polémica con Rees. Pero la tiene sólo de manera general y abstracta y no en un buen número de juicios concretos que formula. En efecto, Farber emplea de manera excesiva criterios puramente formales de democracia que en la práctica se revelan mucho menos democráticos de lo que a primera vista se podría creer.

Farber insiste mucho en la importancia del "Estado de derecho": necesidad del derecho escrito, principio según el cual un inculpado es presuntamente inocente mientras no se demuestre su culpabilidad, etc.<sup>125</sup>. Nuestro movimiento incorporó la mayor parte de estos principios a las tesis, adoptadas durante sus congresos de 1979 y 1985, tituladas *Democracia socialista y dictadura del proletariado*. No tuvimos que esperar a los trastocamientos de Europa del Este ni a la publica-

ción del libro de Farber para afirmarlos y defenderlos<sup>126</sup>.

Pero Farber no toca otra serie de problemas que, aunque no "formales", no por ello son menos reales. Se trata de aquellos problemas que corren el riesgo de obstaculizar la garantía de los derechos del hombre y la mujer durante el tiempo en que subsisten los fenómenos mercantiles y monetarios (es decir, durante el período de transición): la corruptibilidad de los jueces; la necesidad de limitar el número de abogados al que puede acudir un individuo, pues de otra forma quienes tienen más dinero tienen posibilidades de defensa —o en los procesos civiles de acusación— superiores a otros; la gratuidad del acceso a la defensa; la necesidad de un estricto control público y, así, la supresión del principio de que la "cosa juzgada" no puede ser cuestionada; las modificaciones sustanciales a los códigos de procedimiento que los hagan más transparentes a la masa de ciudadanos/as; la generalización del principio de revocabilidad de los jueces (y, de esa manera, la supresión del principio de su inamovilidad) y la extensión al máximo del principio de los tribunales.

No se percibe claramente en qué medida tales trastocamientos jurídicos minarían o reducirían los derechos individuales o el "Estado de derecho". ¡En realidad, se trata de condiciones necesarias si se quiere que todos y todas, y no sólo las minorías privilegiadas (incluidos los burócratas y los intelectuales), puedan gozar plenamente de sus derechos formales! Sin embargo, los críticos severos de la "justicia revolucionaria" las rechazan dogmáticamente, como por principio.

La desigualdad social ante la justicia es un escándalo bien conocido de nuestros "Estados de derecho". Tres acontecimientos recientes lo confirman —si alguna necesidad hay— de manera más bien espectacular. El príncipe Victor-Emmanuel, aspirante al trono de Italia, fue absuelto de la acusación de asesinato de un joven alemán tras un procedimiento que duró once años (!). ¿Un ciudadano de ingresos medios hubiera tenido la misma posibilidad de darle largas al asunto tanto tiempo?

En Japón, después de un caso que duró veinticuatro años (!), el *trust* Hitachi ganó un proceso contra uno de sus empleados, despedido por haberse negado a trabajar horas extras. M. Kawahito, un

abogado que creó un buró de apoyo a las y los asalariados, declaró:

*Como muchas otras leyes japonesas, ésta es deliberadamente oscura. La decisión que hoy se tomó es incorrecta porque de ahora en adelante los trabajadores japoneses ya no podrán rechazar las horas extras y porque los karochi (mortalidad por agotamiento en el trabajo) se va a incrementar todavía más [...]. Ahora, según un sondeo recientemente realizado en Tokio por la firma farmacéutica Nippon Kayaku, uno de cada cuatro "cuellos-blancos" teme a la muerte por agotamiento en el trabajo [...].*

*Resulta claro que la Corte Suprema favoreció al gran capital y que piensa que el poder económico se basa en las horas extras. Priorizó la economía por encima de la vida humana*<sup>127</sup>.

En menos de seis meses, la familia Kennedy gastó un millón de dólares para defender a un miembro del clan acusado de violación<sup>128</sup>. ¿El común de los mortales puede hacer lo mismo?

Evidentemente, Estados Unidos, Italia y Japón son países capitalistas y no sociedades post-capitalistas. Pero esto no cambia en nada el hecho de que estos casos ilustran la ambigüedad del concepto "Estado de derecho". Los tres muestran que cuando hay desigualdad de fortunas, ingresos y estatuto social —fenómeno que sobrevivió durante la época de transición a que se refiere Farber—, la independencia del poder judicial puede entrar en flagrante conflicto con la igualdad de oportunidades.

### 7.7. ¿UN GOBIERNO DE COALICIÓN?

Desde luego, el problema de las opciones de acción posibles tiene una dimensión mucho más amplia que la de las variantes posibles, sin duda muy restringidas, de la táctica bolchevique. Este problema se plantea ante todo a aquellos que, de 1917 a la actualidad de Plejánov a Eric Hobsbawm, dicen perentoriamente: no había que tomar el poder; la Revolución de Octubre fue "prematura".

¿Qué había que hacer, entonces? ¿Esperar pasivamente el resultado de los acontecimientos? ¿Dejar triunfar a la contrarrevolu-

ción? ¿Entregar el país a la soldadesca de Guillermo II? Reformistas rusos e internacionales no argumentan nada coherente, salvo absurdas ilusiones en una imposible democracia burguesa.

De manera vacilante y tímida, centristas tipo Márto y Otto Bauer/Hilferding defendieron una solución de recambio: lo que Márto llamó "un gobierno democrático revolucionario unificado", esto es, una coalición de todos los partidos que se reclamaban del socialismo.

Toda un ala de los bolcheviques preconizaba un proyecto de esta naturaleza (como lo vimos en el anterior epígrafe). Sin embargo, el proyecto era irrealizable, no en función del supuesto "sectarismo" de los bolcheviques, sino por razones mucho más profundas.

En efecto, a ningún precio los S-R de derecha y los mencheviques de derecha quisieron abandonar la política de "defensa nacional", es decir, de continuación de la guerra, lo que tenía inexorables implicaciones. El menchevique de centro-izquierda Dan, partidario (cada vez más vacilante) de la "defensa nacional revolucionaria", escribió:

*Continuar con la defensa del país, a la espera de la firma de una paz democrática, exigía mantener en pie un ejército de varios millones de personas, y que todo se hiciera para evitar que no se desorganizara. En consecuencia, había que aplazar la puesta en marcha de la reforma agraria hasta después de la reunión de la Constituyente. En efecto, una expropiación revolucionaria de las grandes propiedades y la distribución de las tierras inevitablemente habría provocado la desertión de millones de soldados campesinos que en ese momento no habrían permanecido en el frente [...] <sup>129</sup>.*

En otros términos, ni la mayoría de los mencheviques, ni los S-R de derecha estaban dispuestos a aceptar la paz inmediata, el reparto inmediata de las grandes tierras y el control obrero sobre la producción. El ministro de Trabajo menchevique, Skóbelev, aceptó el restablecimiento de la autoridad de los fabricantes y directores en las empresas, una exigencia de la asociación patronal. ¿Sobre qué programa establecer una coalición gubernamental?

Además, los "conciliadores" ponían como condición para la

constitución de un gobierno de "frente único obrero" la exclusión de Lenin y Trotsky. ¡Evidentemente, ésta era una condición inaceptable para los bolcheviques que, a pesar de todo, detentaban la mayoría absoluta de los mandatos al Congreso de los soviets!

En rigor, un gobierno de coalición bolchevique, S-R de izquierda, mencheviques de izquierda (los "internacionalistas" que se encontraban alrededor de MártoV) hubiera sido posible. Los bolcheviques no se oponían a esta solución. Por lo demás, esta posibilidad se concretó parcialmente, ya que se constituyó un gobierno de coalición bolchevique -S-R de izquierda. Pero desde el primer momento fue el grupo de MártoV el que se negó a comprometerse en esta vía.

### 7.8. ¿NO ACTUAR? EL EJEMPLO ALEMÁN

Se podría argumentar que, en resumidas cuentas, más valía no comprometerse en una vía revolucionaria que sólo podía llevar al fracaso. En apariencia, esta posición no es más que una posición al estilo de Poncio Pilatos.

En realidad, se influye lo mismo sobre los acontecimientos negándose a actuar que actuando, porque se opta por el *statu quo* y se deja el campo libre al adversario de clase que puede tomar la iniciativa como quiere.

A los escolásticos no les falta razón cuando dicen que además de los pecados por comisión hay pecados por omisión.

Esta cuestión fundamental de la opción estratégica puede ilustrarse de la manera más clara oponiendo el comportamiento de la socialdemocracia alemana, mayoritaria en el curso de la revolución de 1918, al comportamiento de los bolcheviques en 1917 (la derecha del USPD ocupaba una posición intermedia muy similar a la de MártoV en Rusia).

Dejemos de lado el problema de la composición social de la dirección del Partido Socialdemócrata Alemán, el SPD, y los intereses materiales representados. Dejemos de lado incluso la cuestión de la motivación real de los miembros de esta corriente mayoritaria. El desastroso balance histórico del reformismo resulta claro<sup>130</sup>.

El SPD se negó a tomar el poder. Se negó a contemplar la posibilidad de avanzar, aunque fuera moderadamente, hacia el socialismo.

Se negó a depurar seriamente el aparato estatal heredado del imperio —sobre todo sus ramas militares, judiciales y diplomáticas—. Se pasó al cien por cien del lado del orden establecido, mostrándose dispuesto, a lo sumo, a reformarlo tímidamente.

Esta política se concretó de numerosas maneras: conclusión del acuerdo de concertación (de colaboración de clase) institucionalizado entre la burocracia sindical y el empresariado; formación de un gobierno de coalición con la burguesía; liquidación de los consejos obreros no sólo como órganos de poder político sino, incluso, como órganos de control obrero y de dualidad de poder en las empresas; y, sobre todo, acuerdo secreto con el estado mayor imperial, bajo el impulso común de Ebert, jefe de la socialdemocracia, y del general Groener:

*Hoy tampoco se puede discutir sobre la alianza alcanzada en esos días de noviembre por el canciller Ebert y los jefes del ejército, incluso si la versión del acuerdo telefónico entre Groener y Ebert la noche del 9 al 10 de noviembre no puede ser sostenida formalmente. Desde el 10 de noviembre, el mariscal Hindenburg telegrafió a los jefes militares que el estado mayor había decidido colaborar con el canciller para "evitar la extensión del bolchevismo terrorista en Alemania".*

*El general Groener [escribió] unos años más tarde: "Nos aliamos contra el bolchevismo"<sup>131</sup>.*

Pero lo que los Ebert, Noske y Groener llamaban "el bolchevismo" era en Alemania un vastísimo movimiento popular que cuestionaba a la sociedad burguesa, independientemente de la existencia de movimientos aventureros y minoritarios de extrema izquierda. Así lo testimonian la huelga general por la defensa de los consejos obreros de febrero-marzo de 1919 o la formidable movilización de masas contra la intentona golpista Kapp-von Lüttwitz en marzo-abril de 1920.

## 7.9. REFORMISMO Y CONTRARREVOLUCIÓN

En períodos revolucionarios, la negativa a comprometerse a favor de la revolución y la toma del poder tiene como corolario, casi

fatalmente, comprometerse con la contrarrevolución. La opción tampoco es, entonces, entre acción e inacción. Es entre acción revolucionaria y acción contrarrevolucionaria. En efecto, los reformistas son llevado a reprimir el movimiento espontáneo, semiespontáneo u organizado de las masas trabajadoras, oponiéndose a él primero a través de maniobras y mentiras, y luego a través de la acción violenta<sup>132</sup>.

El papel de Gustav Noske, ministro socialdemócrata, es tristemente célebre al respecto. Noske no dudó en escribir:

*Nadie hizo la menor objeción cuando opiné que el orden debe ser restablecido por la fuerza de las armas. El ministro de Guerra, coronel Reinhardt, redactó una orden que designaba al general Hoffmann como comandante en jefe [...]. Se objetó que el general era demasiado impopular entre los obreros [...]. Insistí en que había que tomar una decisión. Alguien dijo: "¿No puede usted mismo encargarse del asunto?" Respondí breve y resueltamente: "No veo objeción alguna. Alguien debe jugar el papel de perro sangriento. No temo a esa responsabilidad"*<sup>133</sup>.

Unos meses más tarde, el mismo Noske tampoco dudó en hacer fijar sobre los muros de Berlín el siguiente aviso:

*La brutalidad y la bestialidad (sic) de los espartaquistas que luchan en contra nuestra me obligan a dar la siguiente orden: toda persona que sea sorprendida con las armas en la mano en lucha contra el Gobierno será fusilada en el acto*<sup>134</sup>.

Estas masacres se justificaron en nombre de la hostilidad al "bolchevismo". Pero no sin ironía es posible constatar la indignación de estas mismas personas por el terror rojo dirigido contra las "personas sorprendidas con las armas en la mano en lucha contra el Gobierno" (y sin embargo, Trotsky nunca contempló o practicó la ejecución de miembros de los ejércitos blancos).

Pero el hecho fundamental está en otro lado. Aquí tenemos a los dirigentes de los partidos que se reclaman del socialismo arrogándose el derecho de prohibir a las grandes masas organizar huelgas o constituir cortejos, incluso sin armas, en nombre de prioridades, "principios" y juicios políticos que lejos están de ser compartidos por

todo el mundo y que sólo competen a la infalibilidad papal<sup>135</sup>.

Los mencheviques, incluso de izquierda, se opusieron con todas sus fuerzas a las iniciativas de control obrero que emanaban directamente de las empresas en Rusia. Incluso se arrogaron el derecho de reprimir a estos trabajadores cuando hicieron caso omiso de sus juicios. Esta arrogancia paternalista y pretenciosa procede de la misma orientación sustitucionista que sustenta el comportamiento estalinista. Debe ponerse en evidencia el paralelismo existente entre el comportamiento reformista y el de los estalinistas.

Repetimos: todo esto está en las antípodas de la doctrina y la orientación de Marx, centradas en el concepto de autoemancipación de la clase obrera.

Marx y Engels presintieron este sustitucionismo y sus implicaciones cuando, en su famosa carta de septiembre de 1879, condenaron la posición del Manifiesto reformista de "los tres zuriqueses" (Hochberg, Bernstein y Schramm) en términos muy irónicos:

*Pero si se quiere ganar [a nuestra causa, como lo esperan "los tres zuriqueses"] a las capas superiores de la sociedad [...] a ningún precio hay que asustarlos. Y en ese punto, los tres zuriqueses creen haber hecho un descubrimiento tranquilizador: "[...] el partido demuestra que no se inclina a seguir el camino de la violenta y sangrienta revolución, sino que está resuelto... a seguir el camino de la legalidad, es decir, de la reforma". [La conclusión lógica de este argumento es, pues, que] si Berlín llega a ser tan inculto que vuelve a tener un 18 de marzo [es decir, una explosión revolucionaria], los socialdemócratas en lugar de participar en la lucha como "canalla con manía de barricadas" [términos utilizados por los "zuriqueses"], deberán más bien "seguir el camino de la legalidad" [...] barrer las barricadas y, si fuese necesario, marchar con el glorioso ejército en contra de las rudas, incultas y unilaterales masas<sup>136</sup>.*

¡Aquí está el comportamiento de los reformistas Ebert-Noske previsto y condenado cuarenta años antes de los acontecimientos!

La principal justificación que los socialdemócratas alemanes levantaron a favor de su política de oposición a la toma del poder socialista en el curso de la crisis revolucionaria fue que había que

defender la democracia, y que había que defenderla a cualquier precio, incluso contra millones de obreros —poco importa, aquí, si éstos constituyen una (ligera) mayoría o una fuerte minoría del proletariado y del cuerpo electoral—. Para hacer esto, debieron comenzar por ignorar o negar la realidad de la amenaza contrarrevolucionaria<sup>137</sup>. Pero al comprometerse en la vía de la represión y al utilizar con este fin el viejo aparato de Estado de las clases poseedoras, abrieron un proceso de consolidación de las “elites” —pavimentando así la vía que llevó al sangriento poder de la dictadura nazi—. La República de Weimar dio a luz al Tercer Reich. Fue en 1918-1919, en 1920 y en 1923 cuando todo se puso en juego en la represión de la revolución y de las masas alemanas —los reformistas no sólo jugaron un papel pasivo, sino que se comprometieron activamente con el campo contrarrevolucionario<sup>138</sup>—.

La dictadura nazi y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) costaron cincuenta millones de muertos a la humanidad. Ésta fue la alternativa concreta a la Revolución de Octubre. Y ésta es, en los hechos, la justificación histórica más contundente de la revolución.

## 8. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Durante los años que siguieron a la victoria bolchevique, la reacción rusa e internacional atacó con violencia extrema a la Revolución de Octubre, afirmando que ésta sólo había tenido efectos puramente destructores.

### 8.1. UNA GRAN RIQUEZA CULTURAL

Los periódicos franceses, ante todo *Le Temps*, gastaron mucha tinta en denunciar la “barbarie asiática” que habría asfixiado toda vida artística, literaria y científica en la Rusia de los soviets. En julio de 1920, la Academia Francesa de las Ciencias suprimió un informe enviado por M. Victor Henri, encargado de una misión que investigaba la actividad científica en Rusia. En 1925, el diario *The Times*, de Londres, publicó una nota del almirantazgo británico en la que se afirmaba que el Gobierno soviético sólo había aportado a Rusia

sangre, miseria y hambre<sup>139</sup>.

El hidalguelo prusiano Karl von Bothmer resume correctamente el argumento central de esta campaña de denigración cuando escribe: "Ninguna fuerza constructiva se manifiesta. Por ningún lado aparecen fuerzas creadoras. El Gobierno 'sólo se mantiene a través de medios criminales, sin poder dar cuenta de realización alguna'"<sup>140</sup>.

En ese mismo momento, Beryl Williams constata en términos más honestos que: "La combinación de experimentaciones en materia de arte y de intensos debates intelectuales sobre cuestiones culturales dio origen a un período de vigor artístico y sueños utópicos en los años de revolución y guerra civil"<sup>141</sup>.

Destaca que a finales de 1918 ya había tres veces más museos que antes de la revolución<sup>142</sup>.

En realidad, el desarrollo del teatro y el cine, la pintura, el cartel y la escultura de vanguardia, el urbanismo y la arquitectura, la psicología y la psiquiatría, el análisis de la coyuntura económica y la historiografía, sin hablar de la literatura, impresionó al mundo entero. Este desarrollo rebasó el de los famosos "años de oro" de la Alemania de Weimar, cuyo punto de partida y cuya riqueza material eran sin embargo infinitamente más amplios.

## 8.2. EL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN

La revolución emprendió un inmenso esfuerzo de alfabetización y expansión de la enseñanza. El presupuesto para la instrucción pública, elevado a 195 millones de rublos en 1916 e incrementado a 940 por la Revolución de Febrero, fue llevado por los bolcheviques a 2.900 en 1918 y a 10 mil en 1919. El número de escuelas primarias creció de 38.387 en 1917 a 52.274 en 1918 y a 62.238 en 1919. La enseñanza pre-escolar, prácticamente inexistente bajo el zarismo, englobaba a 200 mil niños en 1921<sup>143</sup>.

Sin temor al ridículo, el profesor Norman Stone no duda en afirmar que antes de 1917 el zarismo ya estaba en el camino de la acertada modernización de Rusia. Cita al respecto su "esfuerzo científico y cultural"<sup>144</sup>.

Pero en la Rusia zarista había, a lo sumo, unos cuantos miles

de científicos. La inmensa mayoría de la población era analfabeta. Gracias a la obra comenzada por la Revolución de Octubre, a comienzos de los años ochenta ya había más de 2 millones de científicos, 125 millones de diplomados/as de enseñanza secundaria, 14,8 millones de ciudadanos/as con diplomas post-secundarios y más del 80 por ciento de los asalariados contaba con certificados de enseñanza secundaria<sup>145</sup>.

En cuanto al salto en materia industrial, cualquiera que haya sido su precio, el balance no es menos claro.

### 8.3. UNA REVOLUCIÓN HUMANISTA

¡Aquí está la "falta de realizaciones" de la Revolución de Octubre! Pero dejemos el terreno material para volver hacia el moral y el espiritual, tan alabados, no sin hipocresía, por los adversarios de la revolución.

Incluso von Bothmer debe reconocer que, al prohibir la venta de alcohol, la revolución prácticamente eliminó la embriaguez en las grandes ciudades: no vio a ningún borracho en Moscú o Petrogrado<sup>146</sup>.

Cuando se tiene conocimiento del grado en que el azote del alcoholismo golpeó a Rusia antes de Octubre —y luego de restablecido el monopolio estatal de venta de alcohol bajo Stalin!— y cuando se tiene conocimiento de sus estragos en la URSS posterior, fácilmente se da uno cuenta de la importancia de esta cuestión.

En el mismo sentido, el publicista Alfons Goldschmidt se sintió absolutamente seguro en Petrogrado y Moscú. Las calles se encontraban en calma. En plena carestía de víveres, los camiones de harina circulaban sin ser atacados. No había pillaje de almacenes de víveres<sup>147</sup>.

El humanismo de la revolución se expresó también en un pluralismo cultural-moral generoso, conmovedor y casi ingenuo. El escritor alemán Alfons Paquet, crítico calumniador de la revolución, no puede evitar, sin embargo, simpatizar con ella<sup>148</sup>.

Relata que en el primer aniversario de Octubre se escribió sobre los blancos muros del cuartel de la antigua academia militar una larga lista de "combatientes por la libertad". La lista incluía los

nombres de Victor Hugo, Zola, Visen, Emile Berhaeren, Nekrassov, Saltykov, Michalovski, Byron, Chopin, Koltzov, Constantin Meunier, Mussorgsky, Puschkin, Rimsky-Korsakov, Scriabin, Beethoven, Marx, Engels, Blanqui, Bebel, Lasalle, Jean Jaurès, Plejánov, Espartaco, Babeuf, Garibaldi, Robespierre, Danton, Rousseau, Owen, Herzen, Bakunin, Voltaire, Pestel y muchos más<sup>149</sup>.

En 1918-1919 las obras de Puschkin, Lermontov, Gogol, Tolstoi, Turgueniev, Dostoievski, Gontcharov, Grigorovitch, Ostrovski, Ryleiev, Zola, Anatole France, Mérimée, Walter Scott, Romain Rolland, Aulard, Louis Blanc, Jean Jaurés, Bebel, Plejánov y Kautsky (estos dos últimos adversarios resueltos de la Revolución de Octubre) alcanzaban tiradas que iban de 25 mil a 100 mil ejemplares<sup>150</sup>.

Al mismo tiempo, la revolución impulsó una formidable obra de participación de las masas en la vida cultural. El 1 de mayo de 1920, 20 mil personas participaron en Petrogrado en el espectáculo llamado "La liberación del trabajo", que relataba el combate histórico por la emancipación, de la revuelta de los esclavos de la antigüedad hasta la Revolución Rusa. El célebre film *El acorazado Potemkin*, de Serghei Eisenstein, fue rodado con la participación de miles de ciudadanos y ciudadanas de Odesa<sup>151</sup>.

#### 8.4. EL ESPÍRITU DE CLASE

Hay una innegable conexión entre este espíritu proletario-popular y la naturaleza misma de la revolución en el terreno institucional. Citemos una vez más a Alfons Paquet, quien, con todo, reconoció este espíritu en lo que de esencial tenía:

*El primer aporte, incomparable, de la Revolución Rusa es el de haber iniciado, con radicalidad y mano de hierro, el combate al egoísmo del capitalismo, en su forma privada o en su forma estatal. El mérito del bolchevismo radica en haber permitido que esto sucediera [...].*

*El desfondamiento de Europa está en camino de producirse ante nuestros ojos, pero el fundamento de su reconstrucción ya ha quedado establecido. Intentemos comprender a fondo las ideas de la revolución y saquemos de ellas esperan-*

zas para el futuro.

Y esta conclusión, de sorprendente actualidad:

*Un día, por ejemplo, los trabajadores de [las ciudades que circundan el Rhin que son] Basilea, Estrasburgo, Manheim, Maguncia, Ruhrort [un conglomerado minero]. Emmerich y Rotterdam podrían formar un consejo común de la cuenca renana y hacer sentir su influencia en la transformación de este eje en una gran ruta fluvial europea, más allá de las fronteras de los estados y del derecho de los de arriba [...]. La idea de tales consejos puede servir de numerosas maneras al objetivo europeo, es decir, a la construcción de una economía común y de la paz*<sup>152</sup>.

Innegablemente, aquí hay un espíritu de clase. Es por ello que los detentadores del poder de la propiedad privada, el poder de la fortuna, lo arrojan al banquillo de los acusados. Pero, conforme a las exigencias de justicia social y a los hechos históricos, para nosotros sigue siendo totalmente defendible desde cualquier punto de vista, comenzando por el punto de vista moral.

Alfons Goldschmidt percibió este espíritu de clase en Petrogrado: "La primera impresión: una ciudad proletaria. El obrero reina. El obrero es el dueño de la calle"<sup>153</sup>.

Por su parte, Alfons Paquet constata que: "Las empresas, los barrios urbanos, los pueblos, los distritos y las provincias son gobernados por consejos exclusivamente compuestos de proletarios"<sup>154</sup>.

En el curso de la guerra civil el Gobierno bolchevique distribuyó armas a los obreros en prácticamente todas las ciudades del país. ¿No es ésta la prueba de que no se trataba, en lo más mínimo, del gobierno de un clan o una secta, sino de un gobierno de clase, seguro de gozar de la confianza de la mayor parte de la misma?

Muchos historiadores afirman que los bolcheviques habrían perdido la adhesión e, incluso, el apoyo de la clase obrera luego de concluida la paz de Brest-Litovsk y del desencadenamiento del terror rojo en 1918. Esto lo afirma incluso un crítico benévolo como William G. Rosenberg<sup>155</sup>. Pero esta afirmación es contradicha por el llamamiento sistemático a la movilización de los obreros de fábrica dentro del ejército rojo con miras a defender el poder de los

soviets. En efecto, la inmensa mayoría de los trabajadores respondió positivamente a este llamado<sup>156</sup>. Obviamente, hubo innegables fluctuaciones en la actitud de la clase obrera frente a los bolcheviques en 1918, 1919 y 1920. Pero cualquiera que haya sido su aspecto crítico, el apoyo de la mayor parte de los trabajadores siguió presente.

El ejército rojo, por otra parte, estaba impregnado del espíritu de clase proletario. La instrucción del soldado contenía pasajes como el siguiente:

*Debes estar entre tus camaradas. Tus jefes son los hermanos más experimentados e instruidos. En el combate, en los ejercicios, en el cuartel, en el trabajo, debes obedecerles. Una vez que sales del cuartel eres totalmente libre [...]. Si te preguntan cómo luchas, responde: Combato con el fusil, la bayoneta, la ametralladora y con la palabra de verdad que dirijo a los soldados enemigos, que son obreros y campesinos, con el fin de que sepan que en realidad no soy su enemigo, sino su hermano*<sup>157</sup>.

Entre muchos testimonios que atestiguan este espíritu de clase, señalemos un hecho citado por S. A. Smith. Cuando a finales de diciembre de 1917 fue necesario reducir el empleo en las fábricas de municiones y en las fábricas Putilov de Petrogrado, los obreros establecieron listas de prioridad. No se tomó en cuenta ninguna adhesión de partido, ni siquiera, la adhesión al partido bolchevique<sup>158</sup>.

### 8.5. ESPERANZA

El sentido histórico de la Revolución de Octubre fue admirablemente expresado por Máximo Gorki, quien sin embargo fue un severo crítico de ella:

*Cualquiera que crea honestamente que la irreprimible aspiración de la humanidad a la libertad, a la belleza y a una existencia guiada por la razón no es un sueño inútil, sino una fuerza verdadera que por sí misma puede crear nuevas formas de vida —que en sí misma es una palanca que puede hacer mover el mundo—, debe reconocer el significado general de la actividad de estos revolucionarios consecuentes. La*

*revolución debe ser concebida como una vasta tentativa por dar forma a las ideas fuerza y a las respuestas imaginadas por los amos pensantes de la humanidad [...].*

*Venga con nosotros, al encuentro de la vida nueva por la que trabajamos [...]. Adelante, hacia la libertad y la belleza de la existencia*<sup>159</sup>.

Queda una justificación extra para la revolución. La aporta un autor ferozmente antibolchevique, Leonard Shapiro, sobre la base de sus propios recuerdos, cuando a finales de 1920 era un joven habitante de Petrogrado:

*La vida era extraordinariamente dura. El nivel de alimentación se acercaba a la hambruna [...]. Y sin embargo, mis recuerdos, indudablemente influenciados por los adultos que me rodeaban, son los del entusiasmo y la exaltación. [Esa] vida nueva, de esperanza, anunciaba un gran futuro. A pesar de las privaciones y la brutalidad del régimen, el sentimiento de euforia suscitado por la caída de la monarquía, en marzo de 1918, todavía no estaba muerto*<sup>160</sup>.

No se podría decir de mejor manera.

La historia es un juez severo pero justo; simplemente hay que concederle el tiempo necesario para acabar su obra. En 1810, incluso en 1815, no había mucha simpatía por la Revolución Francesa de 1789, salvo en algunos medios revolucionarios muy limitados. Pero en 1848, por no decir en 1889, el juicio había cambiado profundamente. Estamos convencidos de que esto sucederá en lo que concierne al veredicto emitido sobre la Revolución de Octubre.

## 9. CRONOLOGÍA

Los acontecimientos internacionales se destacan en cursiva. Los demás son acontecimientos rusos o soviéticos.

1903

II Congreso del POSDR. División entre bolcheviques y men-

cheviques.

1904-1907

*Guerra ruso-japonesa (1904-1905).*

Ascenso y derrota de la Revolución Rusa (1905-1907).

*Congreso de Stuttgart de la Segunda Internacional (1907).*

1907-1912

Años de reacción y de debilitamiento del POSDR.

Escisión de bolcheviques y mencheviques en partidos separados (1912).

1913-1914

*Congreso de Basilea de la Segunda Internacional (1913).*

Ascenso revolucionario de las luchas obreras en Rusia.

Estallido de la Primera Guerra Mundial.

*Crisis de la Segunda Internacional.*

1914-1917

*Años de extensión de la Primera Guerra Mundial. ¿Una carnicería sin fin?*

1917

Revolución de Febrero: derribamiento del zarismo. Emergencia del doble poder.

Jornadas de Julio: ¿revolución o contrarrevolución?

Revolución de Octubre: Establecimiento del poder de los soviets.

*Movimiento anti-guerra en los países beligerantes.*

1918-1920

Disolución de la Asamblea Constituyente.

*República de Consejos de Finlandia.*

Firma del Tratado de Brest-Litovsk.

*Fin de la Primera Guerra Mundial.*

Se generaliza la guerra civil.

*Primera ola revolucionaria de Alemania (1918).*

*Ascenso revolucionario en Austria.*

*Asesinatos de Luxemburgo y Liebknecht en Alemania (1919).*

Fundación de la Tercera Internacional.  
*I Congreso de los Pueblos de Oriente en Bakú.*  
*Repúblicas de Consejos en Hungría y Baviera.*  
 Intentona golpista Kapp-von Lüttwitz en Alemania (1920).

1921-1924

Revuelta de Cronstadt  
 Fin de la guerra civil, X Congreso del PC. Se pone en marcha la NEP.  
*Nueva ola de luchas en Alemania e Italia.*  
 Los fascistas (Mussolini) llegan al poder en Italia (1922).  
 Último fracaso de la revolución alemana (1923).  
*Enfermedad (desde 1922) y muerte de Lenin (1924).*

1925-1935

Establecimiento progresivo del régimen estalinista.  
 Fin de la NEP (1928). Colectivización forzada del campo.  
*Crisis económica mundial.*  
*Hitler canceller (1933). Establecimiento del régimen nazi en Alemania.*  
*Ascenso y derrota de la segunda revolución china (1925-1927).*

1936-1939

*Guerra civil española (1936-1939). Derrota de los republicanos.*  
*Victoria electoral del Frente Popular en Francia (1937).*  
 Procesos de Moscú. Comienzan las grandes purgas.  
 Estalla la Segunda Guerra Mundial (1939).

## NOTAS

1. Véase sobre todo David Mandel, *The Petrograd workers and the Soviet Seizure of Power*, Londres, 1984. R. Lorenz, *Die russische Revolution 1917: Der Aufstand der Arbeiter, Bauern und Soldaten*, Nymphenburger verlagsangestalt, 1981. John Reed, *Dix jours qui ébranlèrent le monde*. Paris, 1982. S. A. Smith, *Red Petrograd*, Cambridge, 1983. Y evidentemente L. Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Madrid, SARPE, 1985.
2. Véase, además de los tres libros mencionados en la nota anterior. E. H. Carr, *La Revolución Bolchevique*, Madrid, Alianza Editorial, 1972. G. Comte, *La révolution russe par les témoins*, Paris, 1963. M. Ferro, *La revolución de 1917*, Barcelona,

- Laia, 1975. R. Kohn, *Die russische Revolution in Augenzeugenberichten*, Munich, 1977. M. Liebman, *Le léninisme sous Lénine*, Paris, 1978. Entre los análisis publicados en la URSS en la época post-estalinista citemos, sobre todo en relación con el papel de la clase obrera, a: A. G. Egorova, *Rabocij klas v bobu za pobedu i uprocenie sovetской v lasti*, Moscú, 1975. Para una obra soviética preestalinista, véase P. N. Amosov y otros: *Oktjabrs kaja Revoljuicija i Fabzavkomy*, Moscú, 1927.
3. N. N. Sujanov, *The Russian revolution 1917*, volumen II, Oxford, 1955, pp. 528 y 579.
  4. O. Anweiler, *Los soviets en Rusia*, Bilbao, Zero, 1975.
  5. M. Ferro, *Des soviets au communisme bureaucratique*, Paris, 1980, pp. 139-140, 164.
  6. Dan, en Martov-Dan: *Geschichte der russischen Sozialdemokratie*, Berlín, 1926, pp. 300-301.
  7. B. Williams: *The Russian revolution 1917-1921*, Londres, 1987, pp. 38, 39.
  8. O. Anweiler, *op. cit.*, p. 274.
  9. A. Nekritch, *L'armée rouge assassinée*, Paris, 1965.
  10. Véase al respecto, entre otros testimonios, el que sigue siendo el más impresionante: V. Serge, *El año uno de la Revolución Rusa*, México, Siglo XXI, 1972. Se retoman numerosos y sorprendentes testimonios en el libro de S. A. Smith, *Red Petrograd*.
  11. S. A. Smith, *op. cit.*, p. 223 f.
  12. J. Braunthal, *Geshichte der Internationale*, vol. II, Berlín-Bonn, 1978, p. 113.
  13. Lenin, "Informe sobre la actividad del consejo de los comisarios del pueblo. 11 de enero de 1918", *Obras escogidas*, tomo VII, p. 498 (Moscú, Progreso, 1977).
  14. Buscando demostrar que desde el principio había una tendencia a la burocratización del movimiento de masas, Ferro prueba en realidad lo contrario. En la segunda conferencia de los comités de fábrica, en los que se apoyaban principalmente los bolcheviques, los miembros elegidos directamente por los obreros constituían el 93 por ciento, mientras que los miembros nombrados por los sindicatos, los partidos y los soviets conformaban sólo el 7 por ciento. En la tercera conferencia, la de octubre de 1917, estos porcentajes fueron de 88 y 12 por ciento, respectivamente (*op. cit.*, p. 118). Difícilmente se puede considerar como "burocratizado" o "en vías de burocratización" a un organismo cuyo 88 por ciento de miembros son obreros de fábrica directamente elegidos por sus compañeros de trabajo.
  15. En su *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky señala que el partido bolchevique designó como sus representantes a la presidencia del segundo congreso de los soviets a 14 personas, de las cuales seis se habían manifestado en contra de la insurrección.
  16. Lenin, "Señalamiento sobre la intervención de Kiseliöv respecto a la resolución sobre la unidad del partido. 16 de marzo de 1921", *Œuvres*, Moscú-Paris, tomo 42, p. 289.
  17. Cita sacada de la llamada plataforma "de los 46", del 23 de octubre de 1923, Véase *Documents of the 1923 Opposition*, Londres, 1975, p. 7.
  18. Véase en S.A. Smith (*op. cit.*, pp. 58-60, 63-64, 85-86, 139 f.) las numerosas iniciativas de control obrero en las empresas. Las Guardias Rojas fueron, por otra parte, la emanación de las milicias establecidas por estos comités.
  19. "El éxito, casi sin esfuerzo, del golpe de Petrogrado del 25 de octubre de 1917 parece demostrar que detrás de él se encontraba la gran mayoría de la población. Los bolcheviques tenían razón cuando se enorgullecían de que la revolución propiamente dicha había costado muy pocas vidas humanas y de que la mayor parte de ellas se había perdido en el curso de tentativas de sus adversarios por arrancarles la victoria luego de que ésta había sido conquistado". E. H. Carr, *La Revolución Bolchevique*, tomo I, p. 169.
  20. Con toda razón, S. A. Smith (*op. cit.*, pp. 150-156) se opone a la tesis de nume-

rosos historiadores occidentales que afirman que los bolcheviques estaban congénitamente opuestos al control obrero institucionalizado. Pero hay que lamentar que él mismo haga algunas concesiones apoyándose en los "años negros" de 1920-1921. Al respecto, no menciona las posteriores posiciones de Lenin y Trotsky en el tercer y cuarto congresos de la Internacional comunista, y las de Trotsky, la oposición de izquierda y la Cuarta Internacional a favor del control obrero a partir de 1923.

21. Martov-Dan, *op. cit.*, p. 304.
22. Lenin, *Obras Escogidas*, tomo VII, p. 384.
23. Lenin, "Informe sobre la paz del 26 de octubre", *Obras Escogidas*, tomo VII, pp. 385-386.
24. *Ibidem*, p. 387.
25. Esto no implica, evidentemente, que no hubiera profundas razones para la guerra, sobre todo la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania por el reparto del botín derivado del desmantelamiento del imperio otomano y el dominio del Medio Oriente, región de la que ya se comenzaba a sospechar sus riquezas petroleras, así como la rivalidad entre la Rusia zarista y la coalición germano-austro-húngara por el dominio de los Balcanes.
26. J. Longuet, *Le mouvement socialiste international*, París, 1931, p. 58 (colección Encyclopédie Socialiste).
27. *Ídem*, pp. 80-81.
28. Baviera es una región alemana fronteriza con Austria. Esta posición geográfica es importante, como se verá luego, porque hubo un empuje revolucionario simultáneo en Baviera, situada al oeste de Austria, en Hungría, en la frontera este de Austria, y en Austria misma.
29. G. Salvemini, *The Fascist Dictatorship in Italy*, Nueva York, 1927, pp. 30-31.
30. J. Braunthal, *op. cit.*, p. 175.
31. *Ibidem*, p. 186.
32. *Ibidem*, p. 232.
33. L. Trotsky, *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, tomo II, Buenos Aires, Pluma, 1974.
34. Sobre la base de material de archivo, R. Rosdolsky (*Die revolutionäre Situation in Österreich im Jahre 1918 und die Politik der Sozialdemokraten - Der Österreichische Januarstreik*, 1918, Berlín, 1973) demostró como los dirigentes socialdemócratas austriacos, en asociación estrecha con el Gobierno imperial, maniobraron para canalizar, primero, y para ahogar, después, esta poderosa huelga general en Viena. Otto Bauer, dirigente del ala de izquierda del PS austriaco, reconoció que la interrupción de la huelga general antes de que se transformara en revolución encontró una enorme resistencia en el seno del proletariado.
35. Para una presentación de esta cuestión, véase la introducción de Y. Bourdet a una selección de textos de Max Adler: M. Adler, *Démocratie et conseils ouvriers*, París, 1967. Yvon Bourdet justifica en lo esencial el rechazo de los austromarxistas a conquistar el poder, subestimando a la vez el potencial revolucionario internacional de la época y la gravedad de las consecuencias a corto plazo de esta decisión política (al tiempo que señala que el fracaso del proyecto austromarxista de "revolución lenta" dio lugar al posterior ascenso del fascismo).
36. Por primera y única vez, durante la huelga general contra la intentona golpista de extrema derecha de Kapp-von Lüttwitz, incluso los sindicatos reformistas llamaron a la constitución de un Gobierno obrero "puro" compuesto por el SPD, el USPD y los sindicatos. El SPD era el Partido Socialdemócrata y el USPD el Partido Socialdemócrata Independiente (centrista) Alemán. El general von Lüttwitz, comandante de las tropas de Berlín, y Wolfgang Kapp, director de Agricultura en Prusia, dirigieron un golpe de Estado abortado en marzo de 1920. El Gobierno

Cuno (del nombre del banquero Wilhem Cuno), formado a finales de 1922, netamente de derecha, descansaba inicialmente en una coalición parlamentaria que iba de los socialdemócratas a los partidos burgueses, pero había excluido a los socialistas del gabinete.

37. La ola revolucionaria alcanzó incluso la lejana ciudad de Seattle, Estados Unidos, donde estalló una huelga general que tomó formas de organización semi-soviética.
38. Después del golpe, el dirigente menchevique de izquierda, Martov, se esforzó por dar una interpretación "sociológica" de la radicalización obrera internacional que siguió a 1917. Afirmó (J. Martov: *Bolscevismo mondiale*, Einaudi, Toronto 1960; el original ruso data de 1919) que esta radicalización descansó especialmente en soldados y obreros desorganizados, que adoptaron el punto de vista de "consumidores", opuesto al punto de vista de "productores" de los obreros socialdemócratas tradicionales y los obreros calificados y semicalificados.

A la luz de los acontecimientos, esta tesis resulta insostenible. No sólo en Rusia y en Italia, sino también en Alemania, los asalariados que optaron por la Internacional comunista fueron ante todo los trabajadores de las grandes fábricas, calificados y semicalificados, mientras los reformistas encontraron su principal apoyo entre los trabajadores poco calificados o no calificados de las pequeñas y medianas empresas y de los sectores menos avanzados de la economía. La separación en Alemania entre el USPD y el SPD primero, entre izquierda y derecha del USPD luego (hasta marzo de 1921) y entre PC y socialdemocracia en 1923, tenía exactamente la misma base sociológica. En cuanto a Rusia, S.A. Smith y D. P. Koenker demostraron que los bolcheviques recibieron ante todo el apoyo de los obreros calificados de las grandes empresas (véase Kaiser, *The Worker's revolution in Russia in 1917 - The View from Below*, Cambridge, 1987).

39. El 9 de agosto de 1920, el comité parlamentario de los sindicatos, el comité ejecutivo del partido laborista y el grupo parlamentario de este partido organizaron un consejo de acción con el objeto de advertir al Gobierno "que los aliados preparaban una guerra en contra de Rusia soviética en torno a la cuestión de Polonia. Declaró que semejante guerra sería un crimen intolerable contra la humanidad. Advertió al Gobierno que se utilizaría todo el poder industrial de los trabajadores organizados para hacer fracasar esta guerra... y que inmediatamente se constituiría un consejo de acción para tomar todas las medidas necesarias con el fin de aplicar esta resolución". El 13 de agosto se reunieron en conferencia nacional más de 1.000 delegados con el objeto de constituir consejos de acción locales y preparar una huelga general. Se constituyeron consejos de acción en más de 350 ciudades.
40. L. Trotsky, *ibidem*.
41. Braunthal, *op. cit.*, p. 232.
42. Todos estos datos se encuentran en L. Trotsky, 1905, París, Ruedo Ibérico, 1971.
43. T. Shanin, *Russia as a "developing society"*, vol. I, Londres, 1985, pp. 98, 101.
44. D. Makenzie Wallace, *Russia on the Eve of War and Revolution*, edición de Cyril E Black, Nueva York, 1961, p. 346.
45. A. Koop, *Changer la vie, changer la ville*, París, 1975, p. 261.
46. James H. Baker: "St. Petersburg and Moscow on the eve of the revolution", p. 50, en Daniel H. Kaiser, *The view from below*, Cambridge University Press, 1987.
47. M Pokrovsky, *Geschichte Russlands*, Hirschfeld, Leipzig, 1929, p. 275.
48. M. Pokrovski, *Russische Geschichte*, Büchergilde Gutenberg, Berlín, 1930,

- pp. 249-252.
49. S. A. Smith, *op. cit.*, p. 13.
  50. Edward Crankshaw, *The Shadow of the Winter Palace*, Harmondsworth, 1978, p. 344.
  51. N. Riasanovsky, *Historie de la Russie*, París, 1987, pp. 463-464.
  52. Lionel Kochan y Richard Abraham, *The Making of Modern Russia*, Harmondsworth, 1983, p. 223.
  53. S.A. Smith, *op. cit.*, pp. 47-48.
  54. Kochan-Abraham, *op. cit.*, pp. 223-224, 196-197.
  55. J. Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique*, París, 1920, p. 288.
  56. Kerensky, un reformista, fue el jefe del Gobierno Provisional. La situación política en el seno de las fuerzas armadas y la voluntad de paz de los soldados eran tales que no alcanzó a organizar ofensivas militares eficaces frente a las fuerzas alemanas, lo que la derecha le reprochó vivamente. Recordemos que gran parte de Polonia fue integrada al imperio ruso.
  57. *Ibidem*, p. 322.
  58. K. V. Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau*, Tübingen, 1922, p. 56.
  59. A. R. Williams, *Durch die russische Revolution*, Berlín, 1922, pp. 233-234.
  60. Bothmer, *op. cit.*, p. 62.
  61. *Illustrierte Geschichte der russischen Revolution*, Berlín, 1928, p. 539.
  62. El 17 de noviembre de 1918, "el almirante Kolchak [...] fue declarado 'dirigente supremo de toda Rusia' [...]. Los representantes británicos y franceses aprobaron el golpe [...]. Los socialistas revolucionarios, en la clandestinidad en Ufa, condenaron a los cuerpos francos, pero fueron incapaces de hacer algo más. Algunos de ellos establecieron una paz precaria con los comunistas; los socialistas revolucionarios miembros del Comité Director, Zenzinov y Avkséntiev, se vieron forzados a emigrar; y Chernov finalmente escapó al extranjero" (L. Shapiro, *op. cit.*, p. 175).
  63. Recordemos que normalmente el término "blanco" es utilizado para designar a los contrarrevolucionarios, en oposición al término "rojos". Un general blanco es, entonces, un general del ejército contrarrevolucionario.
  64. J. Rees, "In defense of october", *International Socialism*, n° 52, otoño de 1991.
  65. Z. Gitelman, *A century of Ambivalence -The Jews of Rusia and the Soviet Union*, New York, 1988, pp. 96-106.
  66. B. Lincoln, *Red Victory*, Nueva York, 1989, p. 222-223.
  67. Citado en el libro de P. Price, corresponsal en Rusia del periódico liberal británico *Manchester Guardian*, *Die russische Revolution*, Hamburgo, 1921, p. 456.
  68. A. Morizet, *Chez Lénine et Trotsky*, La Renaissance du Livre, París, 1922, p. 129.
  69. L. Shapiro, *op. cit.*, pp. 176, 184.
  70. Contrariamente a lo que cuenta la leyenda, el régimen de Kerensky fue muy represivo, aunque menos sangriento que el régimen Ebert-Noske. En vísperas de Octubre, había más de 10 mil prisioneros, bolcheviques o simpatizantes de los bolcheviques, en las prisiones de Kerensky, en su mayor parte soldados.
  71. Dan, *op. cit.*, pp. 305-306.
  72. Baboeuf, hombre político en la Revolución Francesa de 1789. A la izquierda del radicalismo democrático, formuló un punto de vista comunista. Fue guillotinado en 1797.
  73. M. Raeff, *Comprendre l'Ancien régime russe*, París, 1982, p. 176.
  74. Hemos tratado estos problemas, incluido del de la naturaleza específica del termidor soviético, en nuestra obra más reciente: *Poder y dinero*, México, Siglo XXI, 1994. Al principio, el término "termidor" hacía referencia a la contrarrevolución política llevada a cabo durante un período de la Revolución Francesa de 1789-1815. Iniciada en 1794 ("thermidor" era un mes del calendario de esa

- época), esta contrarrevolución desmanteló las formas democráticas y populares nacidas del levantamiento contra el antiguo régimen, sin cuestionar su carácter burgués. Por analogía, el "thermidor soviético" hace referencia a la contrarrevolución estalinista que liquidó a la democracia socialista e instauró una dictadura burocrática, sin, con todo, restablecer el capitalismo en la URSS.
75. El historiador M. Ferro da las siguientes cifras, que expresan la transformación del PCUS: entre el primer semestre de 1924 y el segundo semestre de 1925, el número de obreros candidatos miembros del partido cayó de 64,5 a 43,8 por ciento. ¿No es elocuente? (M. Ferro, *op. cit.*, p. 246). Esto no hizo más que anunciar transformaciones todavía más profundas.
  76. L. Trotsky, *La Revolución traicionada*, Barcelona, Fontamara, 1976.
  77. L. Trotsky, *El Programa de Transición*, Barcelona, Fontamara, 1977, pp. 73-74.
  78. R. Luxemburgo, *La Revolución Rusa, Obras Escogidas*, tomo II, Madrid, Ediciones Ayuso, 1978, p. 144. Rosa Luxemburgo fue una dirigente revolucionaria y teórica marxista polaca, que participó activamente en el movimiento obrero alemán. Fue asesinada por la reacción en 1919.
  79. *Ibidem*, pp. 146-147. Kautsky fue el teórico y dirigente más reconocido de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional. Devendrá reformista.
  80. El "comunismo de guerra" es el nombre dado a la orientación político-económica puesta en marcha durante el período de guerra civil (1918-1920) y que se caracterizó por su espíritu igualitarista, una estatización radical y medidas excepcionales como la requisición forzada de alimento a los campesinos.
  81. Después de haber visto rechazada su propuesta precoz de NEP, Trotsky defendió durante cierto tiempo el tema alternativo de la "militarización" de la economía. La NEP se puso en marcha en 1921 y representó una profunda ruptura con la economía de comando del comunismo de guerra al liberalizar el mercado y la producción campesina, al favorecer cierto desarrollo de la pequeña industria privada y al proponer recibir las inversiones extranjeras.
  82. Roy Medvedev, *La Révolution d'octobre*, París, 1978, p. 210. En marzo de 1917, la guarnición de Cronstadt, un puerto del Báltico se rebeló. Habiendo fracasado las negociaciones entabladas con el poder, la rebelión fue aplastada por el ejército rojo. Este ensayo no busca analizar el problema planteado por la revuelta de Cronstadt y su represión por parte del poder soviético. La razón estriba en que, tomando en cuenta el hecho de que la guerra civil todavía no había terminado, tenemos que ver con una cuestión de juicio político, táctico, y no con una cuestión de principio. La dificultad del debate reside en el hecho de que la mayor parte de quienes critican la decisión de los bolcheviques fundan su juicio, en lo esencial, en apreciaciones específicamente políticas: naturaleza de las reivindicaciones, naturaleza de las fuerzas políticas presentes, etc. Desde nuestro punto de vista, en una situación de guerra civil lo que resulta decisivo es la naturaleza de las fuerzas sociales presentes (y sus "lógicas").
- Con todo, la información de que actualmente disponemos no permite sacar conclusiones definitivas. Según unos, sobre todo los anarquistas, los marineros de Cronstadt eran, en lo fundamental, obreros, como los de 1917-1918. Su revuelta entraba al relevo de las protestas obreras de Petrogrado y otros lugares. Lo que se planteaba, entonces, era el problema de la democracia soviética, proletaria. Según otros, sobre todo Trotsky, los marineros proletarios de 1917-1918 habían desaparecido en gran medida de la ciudadela: habían muerto en el frente, habían sido absorbidos por el ejército rojo y el aparato estatal, etc. Los marineros de 1921 eran hijos de campesinos medios y acomodados. Su revuelta entraba al relevo del rechazo de la gente campesina al "comunismo de la guerra" y a las requisas de trigo. Había que negociar con ellos, pero no ceder a una dinámica social que podía reforzar la amenaza contrarrevolucionaria sobre

- Petrogrado, una amenaza nacional e internacional, porque el deshielo de las aguas podía abrir la puerta de Cronstadt a la flota blanca del Báltico.
83. L. Kraitsman, *Die heroische Periode der grossen russischen Revolution*, Viena-Berlin, 1929.
  84. Marx y Engels alertaron contra este "comunismo de la miseria" primitivo, que sólo generalizaría la escasez, e inevitablemente desembocaría en el renacimiento de toda la "vieja mierda".
  85. Los Hohenzollern y los Habsburgo: familias reinantes de Alemania y Austria-Hungría.
  86. Lenin, "Discurso en la sesión del soviet de Petrogrado de los diputados y soldados y de los delegados del frente el 4 (17) de noviembre de 1917", en *Œuvres*, tomo 26, p. 307.
  87. A. R. Williams, *op. cit.*, pp. 112 y ss.
  88. *Ibidem*, p. 126.
  89. Morizet, *op. cit.*, p. 429.
  90. G. Leggett, *The Cheka: Lenin's political police*, Oxford, 1981, p. 171.
  91. Stephen F. Cohen, *Bolshevism and Stalinism* (en: Robert C. Tucker: *Stalinism - Essays in historical Interpretation*, Norton, 1977), cita a un gran número de autores que expresan este juicio. Las fuentes son demasiado numerosas para reproducirlas aquí. Mencionemos simplemente, a manera de ejemplo, a los autores Merle Fainsod, Hannah Arendt, Robert V. Daniels, Michael Karpovitch, Ulam, Barrington Moore, Arthur P. Mendel, Zbigniew Brzezinski, Robert H. McNeal, Alexandr Solzhenitsin. Una cita basta para sintetizar su juicio, y viene de Merle Fainsod: "Del embrión totalitario nacerá el totalitarismo acabado".
  92. N. Valentínov, *Encounters with Lenin*, Oxford University Press, 1968.
  93. L. B. Kamenev, *Lenins literarisches Erbe*, Hamburgo, 1924.
  94. R. W. Clark, *Lenin, the Man Behind the Mask*, Londres, 1988, pp. 207, 239-240.
  95. *Ibidem*, p. 227.
  96. Además, prácticamente se ha olvidado que fueron los mencheviques, y no Lenin, los que forjaron el concepto de centralismo democrático.
  97. Lenin, *¿Qué hacer?*, *Obras Escogidas*, tomo II, p. 134.
  98. Lenin, "Prefacio al libro 'en doce años'", *Œuvres*, tomo 13, pp. 102-103. En 1905-1907, Rusia vivió una importantísima ola de luchas revolucionarias que para todas las organizaciones representó una experiencia central, al tamaño natural, y una prueba de la validez de sus programas y de la calidad de sus estructuras. La posterior evolución de estas organizaciones —así como del régimen zarista— estuvo profundamente marcada por estos años clave. Véase sobre todo T. Shanin, *The Roots of Otherness: Russia's Turn of Century, Volume 2, Russia, 1905-1907 Revolution as a Moment of Truth*, Londres, 1985.
  99. Lenin, "Nuestras tareas y los soviets de diputados obreros", *Œuvres*, volumen 10, pp. 11-31. "Centurias Negras" es el nombre normalmente dado a la Asociación del Pueblo Ruso, una de las principales organizaciones de extrema derecha fundadas en el curso de la revolución de 1905-1907 para atacar a las fuerzas revolucionarias. Estas organizaciones querían volver a hablar de las medidas de reforma constitucional tomadas por el régimen, bajo la presión de los acontecimientos, en octubre de 1905.
  100. Lenin, "Petición al partido de los delegados del Congreso de Unificación, miembros de la antigua fracción 'bolchevique'", *Œuvres*, tomo 10, p. 327.
  101. Lenin, "Libertad de crítica y unidad de acción", *Œuvres*, tomo 10, pp. 466-467.
  102. Lenin "A los obreros les corresponde decidir", *Œuvres*, tomo 10, p. 531.
  103. Louis Fisher, *Lénine*, París: Bourgeois, 1966.
  104. Fue a raíz de los Procesos de Moscú, durante los años treinta, que Stalin hizo condenar y liquidar a la mayoría de los cuadros revolucionarios del partido

comunista, con el fin de consolidar el reino de la burocracia.

105. *Ibidem*, p. 462.
106. Haimson se extiende, por su parte, sobre la pretendida filiación de Lenin en relación al populista/terrorista Thatchev. Pero no dice una palabra sobre las posiciones de Víctor Adler y de Karl Kautsky sobre la necesaria introducción de la conciencia socialista desde el exterior —es decir, a partir de los intelectuales— en la clase obrera. Con el apoyo de los textos se puede demostrar, sin embargo, que ahí está la verdadera filiación del famoso y tan criticado pasaje del *¿Qué hacer?* de Lenin (véase L. Haimson, *The Russian Marxist and the Origins of Bolshevism*, Boston, 1966, p. 16).
107. Este episodio, por lo regular poco conocido, merece ser detallado: “Cuando el 25 de octubre el II Congreso de los Soviets ratificó la conquista del poder por los bolcheviques, generalmente se pensaba, incluso entre los bolcheviques, que el nuevo Gobierno incluiría representantes de todos los partidos soviéticos. La propuesta de Mártov de que el congreso pusiera inmediatamente este punto —el establecimiento de tal régimen— en el orden del día, fue apoyada por Lunacharsky y adoptada unánimemente por los delegados [...]. La dirección bolchevique intermediaria estaba marcadamente a favor de esta propuesta. Lenin había sido rechazado en Petrogrado y la organización de la ciudad de Moscú, dirigida por Ríkov y Noguín, apoyaba abiertamente a Zinóviev y Kámenev. El Buró Regional de Moscú, distinguido por su coloración izquierdista, se manifestaba resuelto a aceptar una coalición izquierdista, si los bolcheviques conservaban la mayoría de los puestos ministeriales. El 2 de noviembre, el punto sobre la coalición comenzó a volverse quemante cuando el Comité Ejecutivo Central (de los soviets) adoptó la resolución de que los bolcheviques debían recibir al menos la mitad de los puestos. Toda la derecha bolchevique votó contra esta condición mínima —Kámenev, Zinoóviev...—, así como casi la mitad del Consejo de Comisarios del Pueblo (Ríkov, Lunacharsky, Noguín, Miliutin, Teodorovith) y otros, entre ellos Lozovsky y los ex mencheviques Riazánov y Jurenev [...]. El 4 de noviembre, la crisis explotó. El Comité Ejecutivo Central discutió las medidas del Gobierno tendentes a amordazar a la prensa no socialista, y los representantes de la oposición bolchevique, temerosos del peligro de un régimen dictatorial, se unieron a quienes condenaban las restricciones impuestas a los periódicos que en la práctica no llamaban a la rebelión. Larín [...] presentó una resolución en ese sentido que fue rechazada por 31 votos contra 22, con cierto número de abstenciones [...]. Los cinco miembros del Comité Central que mantenían una actitud crítica ante Lenin abandonaron la sesión [...]. Declararon “[...] Viva el Gobierno de los partidos soviéticos [...]”. Shliápnikov, comisario de Trabajo, se unió a este grupo en una declaración que manifestaba: “Defendamos la posición de que es necesario formar un gobierno socialista de todos los partidos que se encuentran en los soviets [...]”. Tomado de R. Daniels, *The Conscience of the Revolution*, Nueva York, 1969, pp. 64-66.
108. Citados en S. Farber, *op. cit.*, p. 206.
109. A. F. Ilyin-Zhenevsky, *The Bolsheviks in power - Reminiscences of the year 1918*, Londres, 1984, pp. 48-51.
110. M. Liebman, *op. cit.*; P. LeBlanc, *Lenin and the Revolutionary Party*, Humanities Press, 1990; S. Cohen, *op. cit.*
111. Según L. H. Haimson, Lenin, más que Marx y los “marxistas ortodoxos”, habría estado convencido de que las “pasiones” juegan un papel central en las decisiones individuales y sociales. Pero desconfiaba profundamente de estas pasiones, incluidas las suyas propias. De ahí su intransigencia ideológica. Algunas decepciones personales, particularmente en sus relaciones con Plejánov, lo habrían traumatizado al respecto (*op. cit.*, pp. 139, 186-187).

- Pero Haimson mismo reconoce que al final del II Congreso del POSDR, Lenin adoptó una actitud muy conciliadora frente a los mencheviques, sobre todo frente a Mártoy; estaba dispuesto a reconsiderar su propuesta de modificar la composición del comité de redacción de *Iskra*. Fue la intransigencia de Mártoy y no la suya la que provocó la escisión (ibidem, pp. 182-183).
112. Es en la primera fase de su "nota" del 30 de diciembre de 1922 "Contribución al problema de las nacionalidades o sobre la 'autonomización'" donde critica violentamente la política seguida en esa materia por Stalin (*Obras Escogidas*, tomo XII, p. 364). Sobre este periodo, véase M. Lewin, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Lumen, 1970.
  113. Sobre la composición de aplastante mayoría obrera del partido bolchevique, véase *The Worker's Revolution in Russia - The View from Below*, op. cit.
  114. Citado por P. LeBlanc, op. cit., pp. 60 y 126.
  115. B. Williams, op. cit., pp. 28-29.
  116. L. Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Prefacio, p. 15.
  117. N. K. Krúpskaya, *Reminiscences of Lenin*, Nueva York, 1970, pp. 124-125.
  118. Recordemos que fue en marzo de 1921 cuando el X Congreso del PC prohibió las fracciones y redujo la democracia interna del partido. Por lo demás, paradójicamente la famosa "cosecha Lenin" de 1924, una ola de reclutamiento que permitió el ingreso en el partido de cientos de miles de obreros políticamente no educados y no templados en la experiencia de lucha, contribuyó a la despolitización del partido y del proletariado.
  119. El agnosticismo considera que no se puede conocer la realidad más allá de las apariencias (a saber, una doctrina que declara lo inconocible inaccesible al hombre), y que toda metafísica es inútil. Una teleología es un conjunto de especulaciones aplicadas a la cuestión de la finalidad del mundo, del hombre, o en este caso, de la historia. Tiende, pues, a interpretar el curso de la historia a partir de una supuesta "finalidad".
  120. El término "mecanicismo" designa una corriente del pensamiento materialista que simplifica a ultranza las interacciones, sobre todo entre los diversos factores sociales, determinando cadenas rígidas de causas a efectos. Ignora, en particular, la dimensión histórica en el análisis de las sociedades. El mecanicismo tiene su origen en las ciencias naturales del siglo XVIII que utilizaron mucho las comparaciones con las máquinas, y en particular con el mecanicismo de relojería. Según la concepción mecanicista del materialismo histórico, la evolución de las fuerzas productivas y las contradicciones de las relaciones de producción económicas determinan una sucesión única e inevitable de sociedades (comunitarias primitivas, esclavistas antiguas, feudales, capitalistas y socialistas). La concepción dialéctica (más auténtica) del materialismo histórico integra las determinaciones y las coacciones socioeconómicas. Pero también tiene en cuenta el peso propio de otros factores (por ejemplo: de los Estados, las culturas, las ideologías). Señala sobre todo el papel activo de las luchas sociopolíticas, de las luchas de clases. Es lo que le permite comprender que el curso de la historia está determinado por la interacción entre estos diferentes factores, y no sólo por la "lógica de bronce" de las contradicciones económicas.
  121. Charles Darwin fue un naturalista y biólogo inglés del siglo XIX, conocido por sus trabajos sobre la evolución de las especies vivas a través de la selección natural. Su teoría, el *darwinismo*, es muy rica, pero algunas veces ha sido interpretada de manera muy simplificadora (con el *neo-darwinismo*) e incorrectamente trasladada al terreno de las ciencias humanas.
  122. R. Luxemburgo, "La Revolución Rusa", *Obras Escogidas*, tomo II, p. 148.
  123. Entran en esta categoría la insurrección espartaquista de enero de 1919 en Alemania, la tentativa de toma del poder en Viena, Austria, dirigida por

Bettelheim un poco más tarde y, sobre todo, la "acción de marzo de 1921", en Alemania de nuevo, así como el golpe de Estado del PC búlgaro contra Stambulinsky. Auguste Blanqui, importantísimo revolucionario francés del siglo XIX, de inspiración comunista, dio su nombre al "blanquismo", considerado como la voluntad de conquista del poder apoyándose en una minoría activa y en métodos conspirativos.

124. J. Rees, *International Socialism*, nº 52, *op. cit.*
125. S. Faber, *Before Stalinism*, Polity Press, 1990, pp. 159-162.
126. La resolución "Democracia socialista y dictadura del proletariado" primero se presentó al XI Congreso Mundial de la Cuarta Internacional, realizado en 1979. Adoptada una primera vez mediante voto indicativo, fue rediscutida, retrabajada y definitivamente adoptada por el XII Congreso Mundial de enero de 1985. *Inprecor*, número especial, 1986.
127. *The Times*, 29 de noviembre de 1991. Un cuello blanco es un empleado, en relación a un "cuello azul", es decir, un obrero de producción.
128. *Sunday Times Magazine*, 1 de diciembre de 1991.
129. *Op. cit.*, p. 298.
130. Pierre Broué (*Révolution en Allemagne*, París, Minuit, 1971) publica una extensa bibliografía sobre la revolución alemana de 1918-1919. Aquí sólo mencionaremos los recuerdos de Richard Müller, el dirigente de los revolucionarios *Obleute* de Berlín, las memorias de Noske, Philip Scheidemann, Severing, y el general Groener, y los libros de Benoist-Méchin, Peter von Oertzen, Paul Frölich, Paul Levi y Franz Borkenau.
131. P. Broué, *op. cit.*, p. 173.
132. Por lo que hace a las maniobras y mentiras en contra de la población, Ebert negó descaradamente querer meter a Berlín tropas del ejército (de lo que lo acusaba el USPD), cuando fue confrontando al I Congreso de Consejos Obreros y Soldados. Dijo que sólo se trataba de un problema de repatriamiento de tropas del frente que atravesarían Berlín. En realidad, metió en Berlín las tropas de diez divisiones dirigidas por el general Lequis.
133. Gustav Noske, *Von Kiel bis Kapp*, Berlín, 1920.
134. Citado por Broué, *op. cit.*, p. 273. Los espartaquistas eran un movimiento revolucionario alemán.
135. Para los lectores que no fueron educados en el catolicismo romano, los juicios del Papa son considerados como infalibles, lo que dice mucho del carácter democrático de la muy cristiana Iglesia católica.
136. Marx y Engels, "A. A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke y otros, Leipzig", *Correspondance*, París/Moscú, 1981, pp. 323-324.
137. Es un argumento de Lenin en su polémica con Kautsky: "La revolución proletaria y el renegado Kautsky", *Obras Escogidas*, tomo IX. El texto de Kautsky, "La dictadura del proletariado", fue editado en castellano por Ayuso, Madrid, 1976. En ese texto, Kautsky, en la parte sobre Rusia, ¡no menciona para nada los peligros de la contrarrevolución!
138. Sobre el papel de las "élites" alemanas —dejadas en paz por la socialdemocracia— en el advenimiento del nazismo, véase sobre todo: Arthur Rosenberg, *Entstehung und Geschichte der Weimarer Republik*; Evelyn Anderson, *Hammer oder Amboss*.  
La República de Weimar se estableció el 9 de noviembre de 1918, tras la abdicación de Guillermo II, con la participación de numerosos socialdemócratas. El Gobierno con participación socialdemócrata envió tropas a Saxe para hacer renunciar a sus funciones al Gobierno de dirección socialdemócrata de izquierda que gozaba de un amplio apoyo popular (*op. cit.*, pp. 774-775). Después de haber reprimido a la revolución alemana, este régimen se reveló

- incapaz de vencer la crisis económica y social. En 1933 llamó a Hitler al poder, quien estableció por etapas la dictadura nazi.
139. *The Times*, 17 de noviembre de 1925.
  140. K. v. Bothmer, *op. cit.*, pp. 102, 131, 132.
  141. B. Williams, *op. cit.*, p. 80.
  142. *Idem*, p. 94.
  143. Morizet, *op. cit.*, p. 179.
  144. N. Stone, *Sunday Times*, 5 de enero de 1991.
  145. V. P. Tomin, *Uroven' obrazovanniya naseleniya SSE*, Moscú, 1981.
  146. *Op. cit.*, p. 47.
  147. A. Goldschmidt, *Moskau 1920*, Berlín, 1920.
  148. Fue Paquet el que en uno de sus libros lanzó la famosa e innoble acusación contra el poder de los soviets de haber "socializado a las mujeres". Cita al respecto un supuesto decreto de los anarquistas de Saratov, decreto que éstos denunciaron inmediatamente como una grosera provocación.
  149. A. Paquet, *Der Geist der russischen Revolution*, Múnich, 1920, p. 69.
  150. Morizet, *op. cit.*, pp. 194-195.
  151. Beryl Williams, *op. cit.*, p. 93.
  152. A. Paquet, *op. cit.*, pp. 40, 51-52.
  153. A. Goldschmidt, *op. cit.*, p. 20.
  154. A. Paquet, *Der Geist der russischen Revolution*, *op. cit.*, p. 75.
  155. W. G. Rosenberg, "Russian Labor and Bolshevik power. Social dimensions of protest in Petrograd after October", en *The Workers Revolution in Russia 1917. The View from below*, *op. cit.*, p. 98 f.
  156. Véase al respecto sobre todo Ilyin-Zhenevsky, *op. cit.*, pp. 32-33 y A. Moriste.
  157. André Morizet, *op. cit.*, p. 111.
  158. S. A. Smith, *Red Petrograd*, *op. cit.*, pp. 243-244.
  159. Citado en A. R. Williams, pp. 242-243.
  160. L. Shapiro, *op. cit.*, p. 219.

## LISTA DE ABREVIATURAS

CC:	Comité Central
IC:	Internacional Comunista
KD:	Constitucionalistas-Demócratas
PC:	Partido Comunista
PCUS:	Partido Comunista de la Unión Soviética
POSDR:	Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia
PS:	Partido Socialista
PSR:	Partido Socialista Revolucionario
RSFSR:	República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia
SPD:	Partido Socialdemócrata Alemán
S-R:	Socialistas-Revolucionarios
URSS:	Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas
USPD:	Partido Socialdemócrata Alemán Independiente